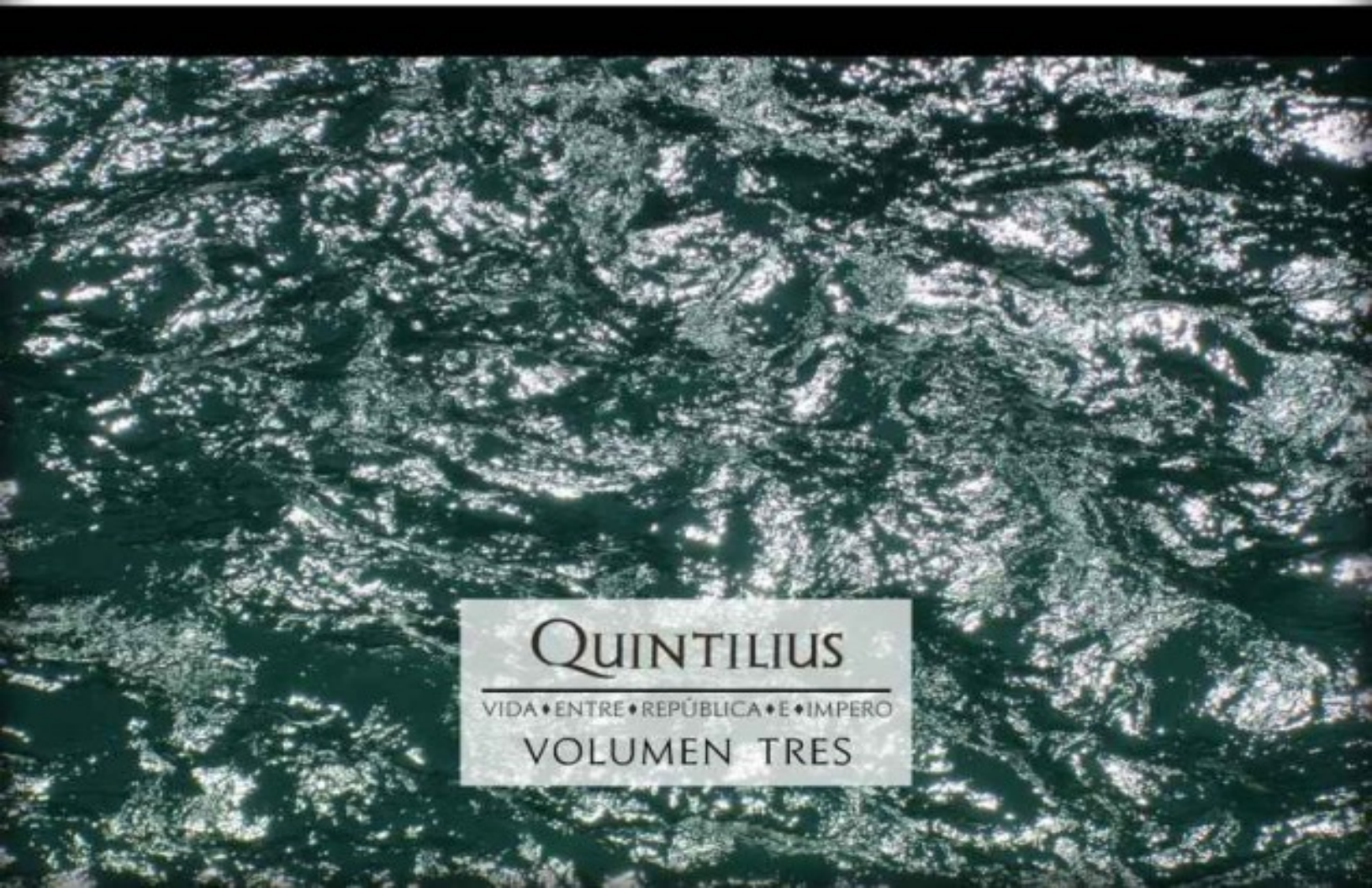
CLAUDIO ROSSI

SOMBRAS EN ORIENTE

UNA EXPEDICIÓN ALLENDE LOS CONFINES DE LA REPÚBLICA





QUINTILIUS

VIDA • ENTRE • REPÚBLICA • E • IMPERO

VOLUMEN TRES

Serie "Quintilius, Vida entre República e Imperio":

Iader

Misión en Attica

Sombras en Oriente

Los papiros de Alexandria

El Paso a Recia

El Oro de Palmira

Carthago Nova

Serie "Suetonio, un médico en el Egipto romano":

Tres estaciones en el Nilo

Los venenos de Tebas

Aunque algunos acontecimientos y personajes se basan en hechos y figuras históricas, esta novela es, en su totalidad, una obra de
ficción. Las expresiones y los diálogos de los protagonistas se basan en las características del personaje, y no tienen ninguna relación con hechos históricos y personas que existan o hayan existido.

Copyright © 2025 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.
Código ISBN: 9798896929598

Correo electrónico del autor: claudiorossibooks@gmail.com
FB: Quintilius - Home | Facebook
Sitio web del autor: https://claudiorossiautore.it/

Claudio Rossi

SOMBRAS EN ORIENTE

Una expedición allende los confines de la República

Traducción de Carlos Securun Sanz

Índice

ITALIA
- *I. Roma*
- *II.*
- *III.*
- *IV.*
- *V.*
- *VI.*
- *VII. La Vía Flaminia Menor*
- *VIII.*
- *IX.*
- *X. Ravenna*
- *XI.*
- *XII.*

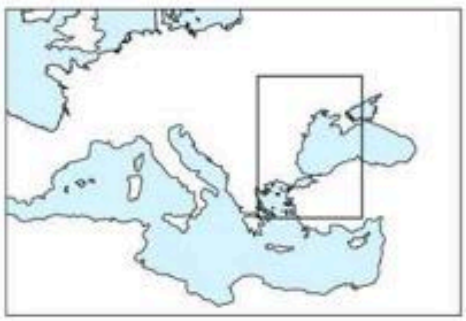
MACEDONIA
- *XIII. Thessalonica*
- *XIV.*
- *XV.*
- *XVI.*
- *XVII.*
- *XVIII.*

CIMERIA
- *XIX. La Vía Egnatia*
- *XX.*
- *XXI. El río Ister*
- *XXII.*
- *XXIII.*
- *XXIV.*
- *XXV.*
- *XXVI. El Ponto Euxino*
- *XXVII.*
- *XXVIII. "Nosotros fuimos elegidos"*

NOTA DEL AUTOR

GLOSARIO DE LUGARES GEOGRÁFICOS
UNIDADES DE MEDIDA
GLOSARIO DE TÉRMINOS

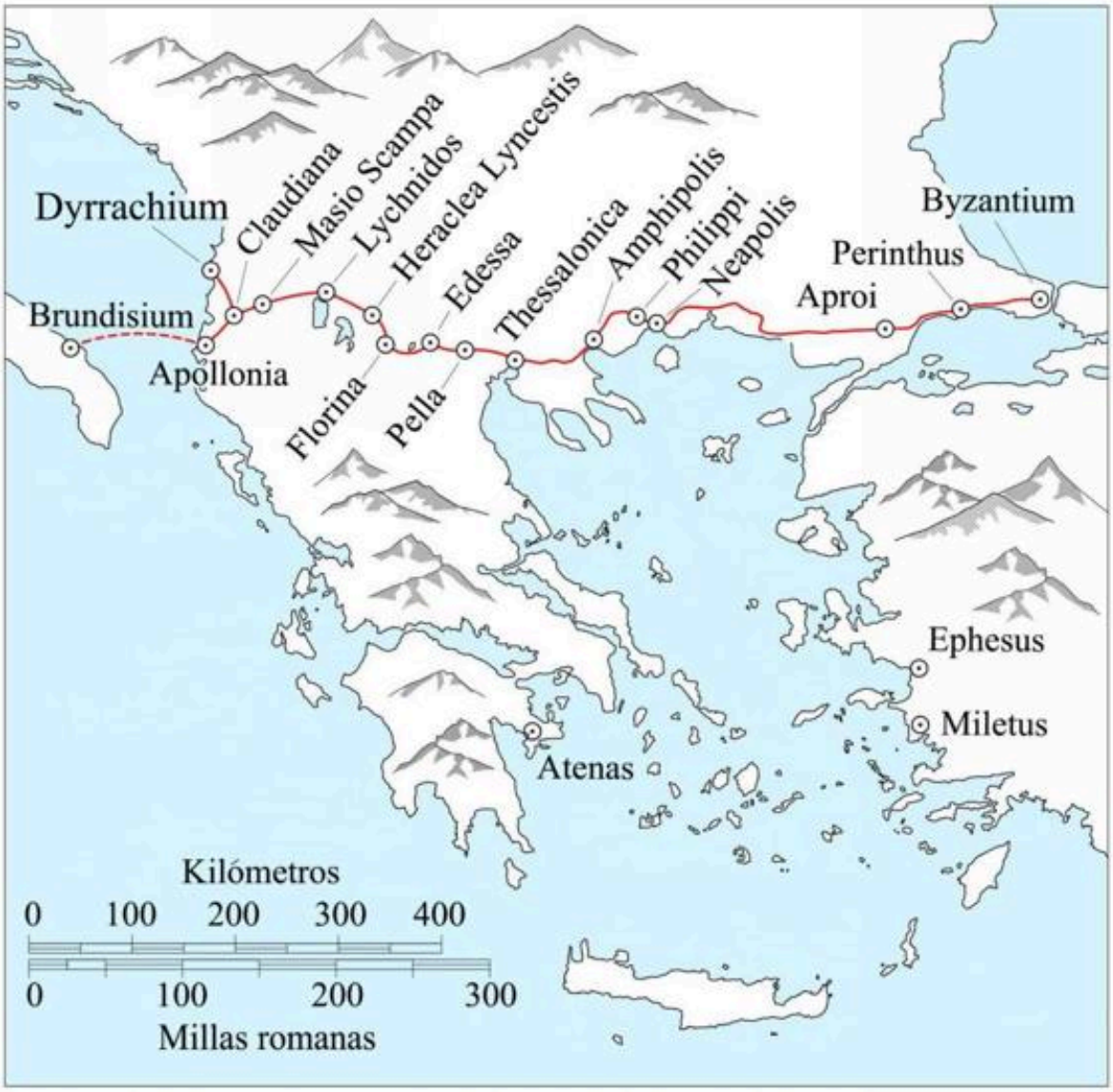




0 100 200 300 400 500 Kilómetros

0 50 100 150 200 250 300 Millas romanas

Macedonia y el Ponto en tiempos de César



La Via Egnatia

ITALIA

I. Roma

En el año del consulado de Quinto Fufio Caleno y Publio Vatinio, el 707[1], el liberto griego Hicesio y yo estuvimos al servicio de los oficiales de César.

Con anterioridad ya les habíamos realizado algunas pesquisas especiales, y una de ellas incluso tuvo cierta resonancia: en Attica nuestro arriesgado trabajo había sido decisivo para descubrir una ramificada conspiración contra la república.

Mi verdadero trabajo era el de agrimensor, y yo era simplemente un civil adscrito a una unidad del cuerpo de ingenieros. Y esa actividad me atraía: cuando me ocupaba de parcelar el agro pensaba en todos aquellos colonos y veteranos que disfrutarían de una vejez tranquila con la pequeña finca que les iba a entregar el Estado después de que las hubiéramos urbanizado a partir de terreno inculto. Era la justa recompensa por una vida dedicada a servir en la Legión.

Todo el mundo sabía que muchos legionarios, si no morían en acto de servicio, quedaban enfermos o mutilados por las heridas recibidas en combate. Y por si eso fuera poco, ¿qué vida habían disfrutado mientras tanto? Formar una familia les era imposible porque lo tenían prohibido, y el *stipendium* se lo habían gastado en burdeles y en sórdidas juergas tabernarias.

Al dar tierras a los antiguos soldados, César recompensaba su veteranía.

Sin embargo, ¿qué aportaban los optimates, los opositores conservadores de César, a la república? Sólo les interesaba mantener sus privilegios. ¿O acaso eso era algo que también beneficiaba al Estado, y no sólo a ellos mismos?

Pero yo sólo era un agrimensor del Cuerpo de Ingenieros, no podía entender del todo cómo funcionaban las cosas y mi lealtad se dirigía a los que mandaban y me pagaban, y en la Galia Cisalpina el que mandaba era César. Al fin y a la postre, no me interesaba gran

cosa lo que tramaban las facciones, por mucho que las facciones se hubieran interesado por mí en el pasado.

Éste era el clima de incertidumbre que prevalecía cuando acabé con mis huesos en la cárcel.

Recuperé el conocimiento cuando aún tenía fiebre y en un principio no pude entender dónde me encontraba. Sentí que me envolvía un olor nauseabundo. Estaba a oscuras. Me dolía la cabeza y también el resto del cuerpo.

Intenté levantarme para ver dónde estaba, pero un fuerte mareo me hizo darme cuenta de que aún era demasiado pronto. Así que me quedé allí en silencio, escuchando un murmullo a mi alrededor. Oía las voces de gente que hablaba, pero no entendía bien sus palabras.

Pasé unas horas en silencio, dormitando probablemente.

Cuando me desperté, un débil resplandor me hizo darme cuenta de que estaba con más gente en un lugar estrecho y oscuro.

El hedor era nauseabundo. Olía a letrina, a establo y a excrementos. Estaba tumbado sobre la paja y cubierto con una burda capa. Intenté moverme débilmente.

Oí una voz que exclamaba:

—¡Mira, se ha movido, ya se está despertando!

En la penumbra vi un rostro barbudo que me observaba de cerca:

—¡Es verdad, se ha despertado! —exclamó, y mientras me observaba, añadió—: Puedes tomártelo con calma, de todas formas aquí no tenemos prisa, ¡no tenemos que ir a ninguna parte!

Intenté poner orden en los escasos pensamientos y acontecimientos que me parecía recordar. Debía de estar en un barracón o en una prisión. Y el pestilente olor a excremento era mío.

II.

Poco a poco comprendí dónde me encontraba: era la inmunda celda de una prisión y yo estaba acostado sobre un espeso montón de paja.

Oía hablar a la gente cerca de mí. De vez en cuando se oían voces lejanas y algunos gritos ahogados, como de locos.

El hombre barbudo que estaba a mi lado intentó que bebiera de un cuenco un poco de un agua fétida.

Seguí durmiendo un buen rato, pero me estremecí cuando oí voces que se acercaban. Al poco, se abrió la puerta y la temblorosa luz de una antorcha invadió la celda: eran los guardias que nos traían la comida.

La luz se fue al cabo de unos instantes, apenas tuve tiempo de echar un vistazo a los compañeros encerrados conmigo en aquella estrecha celda. Por lo poco que pude ver, tenían pinta de forajidos.

El hombre barbudo que me había dado agua pidió al resto:

—¡Dadle algo de comer a ése, antes de que estire la pata y nos encontremos con un huésped muerto!

Hubo risas contenidas mientras el barbudo me ayudaba a sentarme y me apoyaba contra la pared:

—¡Por la Diosa Fortuna! ¡Apestas como una letrina! —Me dio un cuenco con un poco de caldibaldo y una rebanada de pan duro.

Intenté tragar algo, pero era una bazofia maloliente. En comparación con eso, el rancho de los legionarios de mi campamento, al que nunca había podido acostumbrarme, era una auténtica exquisitez.

El barbudo continuó hablándome:

—Come algo y ponte en pie. Encontraremos la forma de que te laves, apestas como una cloaca y no tenemos más remedio que quedarnos todos aquí dentro, ¿qué te parece?

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—¿No lo sabes? Estabas inconsciente cuando te trajeron, quizá para ti fuera una suerte. Esta es la Cárcel Mamertina. ¡Estamos bajo tierra!

—Y vosotros ¿quiénes sois?

—¡Hum!, ¿quiénes somos? Tenemos cada uno nuestra propia historia. Todos estamos aquí esperando a que el magistrado nos interrogue. ¡Pero no tienes que preocuparte! ¡Somos buena gente, aquí todos somos inocentes! ¡Ésta es la cárcel de los inocentes! —respondió entre carcajadas.

En la penumbra, un par de risitas poco convincentes se hicieron eco de él.

Me quedé sentado un buen rato con la espalda contra la pared y empecé a estudiar la situación: la celda era realmente angosta, y éramos seis presos. Quizás si hubiéramos intentado tumbarnos los seis a dormir sobre la paja al mismo tiempo, no hubiésemos podido caber todos.

Estábamos prácticamente a oscuras. Sólo un resplandor muy tenue, procedente probablemente del sol diurno, permitía distinguir la silueta de las personas, sin mostrar sus rasgos. Tampoco era posible ver con claridad lo que había en la celda.

Gracias a la fugaz aparición de los guardias con el rancho me había podido fijar en las manchas de humedad de los muros construidos con grandes bloques de toba, y tanteando a mi alrededor observé lo brillantes que estaban esos muros, en la parte más cercana al suelo, por el continuo roce de las espaldas de los reclusos que se apoyaban contra ellos.

El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de paja picada, que en un principio debía de ser heno o algo así, pero ahora, tras el incesante pisoteo debido a la presencia de los prisioneros, se había convertido en algo parecido a la paja del trigo cuando se golpea para liberar la semilla. De la paja salía un olor a orina che no pasaba desapercibido.

Durante la noche algunas pulgas comenzaron a atormentarme y me despertaron. Pero lo peor era el hedor, que era terrible; en la penumbra vi que había, como letrina, un cubo de madera que todo el mundo utilizaba y cuyo olor inundaba toda la celda.

Y yo también tuve que utilizarlo, como animal entre animales.

Los demás reclusos se sentaban tranquilamente apoyados contra la pared, aquí no había nada más que hacer.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté a mi vecino.

—¿Y quién puede saberlo? —respondió una voz.

—Deberíamos estar ya en noviembre —replicó el barbudo.

Intenté tumbarme para descansar y mientras tanto poder reflexionar.

Había sido arrestado en Eporedia[2], el sexto día antes de los idus de octubre[3], y trasladado a la Urbe para ser interrogado. Por lo tanto, ya habían transcurrido más de tres semanas.

Había hecho buena parte del viaje por las vías consulares a pie, quizá más de la mitad, con otro par de prisioneros, escoltados por legionarios.

En los Apeninos había caído enfermo, probablemente por el esfuerzo de la marcha o tal vez por el frío, y en aquella tesitura, los legionarios habían decidido cargarme en el carro que seguía a la pequeña unidad con los materiales habituales del campamento. Debía de llevar enfermo cerca de una semana.

Seguí dormitando sobre la paja que cubría el suelo de la celda, y sólo al día siguiente pude pensar con mayor claridad.

Mi barbudo compañero, bueno, me di cuenta de que todos éramos barbudos, pidió a los guardias que me permitieran lavarme. A sabiendas de que estaba a la espera de ser interrogado por el magistrado, los guardias me permitieron salir de la celda y me condujeron a un cubículo vacío donde, en un abrevadero, pude asearme y lavar mi túnica, y luego permanecer frente a un hogar mientras se secaba la ropa.

Durante ese ir y venir, siempre me tuvieron en estancias subterráneas, a la luz de antorchas o de un candil, o de algún minúsculo lucernario que dejaba entrar un poco de luz del exterior.

Cuando me encerraron de nuevo en la celda decidí hacer las presentaciones.

—Me llamo Quintilio —le expliqué al barbudo—. Estoy aguardando a ser escuchado por el magistrado.

—Todos estamos a la espera de ser interrogados. Yo soy Arrio. Esos dos ladrones de ahí —dijo señalando con la mano a un par de sombras sentadas sobre la paja—, son Pío y Quinto, y ése de la esquina es Atilio, un buen padre de familia que estranguló a un

vecino al que debía dinero. Lleva aquí con nosotros cerca de un mes. A ese otro no lo conozco, acaba de llegar.

El recién llegado no reaccionó, no deseaba hablar.

—No sé exactamente por qué me ha citado el magistrado —le dije a Arrio—, aunque han sucedido cosas en mi vida que supongo que podrían despertar la curiosidad de un hombre de ley.

—Se ve a la legua que eres un hombre instruido, seguro que sabrás responderle —se entrometió Pio—. A nosotros, lamentablemente, nos sorprendieron de noche los *vigiles*[4] robando queso en un almacén y nuestro interrogatorio será muy breve. Nuestra única excusa es que somos pobres.

—Yo además tengo mujer y dos hijos —añadió Quinto, el segundo ladrón—. Y aquí ni siquiera sé cómo va a terminar esto. Mi familia está destrozada. Ahora nadie cuidará de ellos. Pero tú, Quintilio, tienes que darle las gracias a Arrio, él ha cuidado de ti como si fueras un hermano. Tu aspecto no era en absoluto bueno cuando te trajeron.

—¿Es cierto eso, Arrio? Entonces, ¿tengo que agradecértelo?

—Bah, me pareció que te conocía, así que te he ayudado con mucho gusto. De hecho, ahora que te oigo hablar, estoy seguro de que nos conocemos. Soy del Cuerpo de Ingenieros, creo que coincidimos en un campamento.

—Efectivamente, yo también trabajo para el Cuerpo de Ingenieros —le respondí—, pero no logro recordar haberte visto antes.

Este casual contacto me alarmó un poco porque me habían advertido de que en la cárcel, para sonsacar información, los guardias suelen meter en las celdas a espías bien preparados que consiguen que se cuenten cosas que nadie confesaría jamás al magistrado.

Así que guardé silencio y le dejé hablar.

—Creo que tú y yo estuvimos juntos en el campamento del Cuerpo de Ingenieros, cerca de Mantua, tú eras agrimensor, creo recordar —continuó Arrio.

—Sí, es cierto, pero yo no te recuerdo.

—Es posible —asintió—, yo estaba con la tropa, con los de la Décima Legión, bajo el mando del centurión Mamecio, ¿lo

recuerdas?

—Sí, me acuerdo del centurión.

¿Cómo iba a olvidar a los de la Décima? Eran los descartes que César había querido eliminar de su legión. Individuos poco combativos, nada sanguinarios, por no decir simplemente medrosos. Debido al alto coste de los legionarios, no había querido diezmarlos, sino que los había quitado de en medio metiéndolos a todos en una centuria de castigo y enviándolos luego a hacer trabajos de simples siervos para el Cuerpo de Ingenieros: cavar zanjas o talar bosques.

Alejados para que no corrompieran el espíritu combativo de la Décima Legión, ésos eran los hombres del centurión Mamecio.

—Permanecí poco tiempo en ese campamento, que entonces estaba bajo el mando del prefecto Festio —continuó—. Durante el invierno de 704 me trasladaron a Placentia[5].

—¡Ah, eso es! Yo acababa de llegar al campamento de Vadus[6]. ¿Y qué has hecho para acabar aquí?

—Me arrestaron por un hecho poco claro, algo acaecido hace tres meses. Estaba adscrito a la guarnición del puente de Placentia. Soy un hábil carpintero, y se me da especialmente bien hacer las uniones para fabricar naves, ya sabes, machihembrar cajas y espigas.

—No soy tan experto en trabajos de carpintería—le confesé—, pero aquí no nos falta tiempo, ¡podrás explicármelo con todo lujo de detalles!

—Bien dicho, Quintilio, ¡así me gusta! Entonces, ya habrás visto que en los barcos, y también en los muebles, o incluso en esas cajitas de madera que todos usamos para guardar monedas, en todos estos objetos de madera hay uniones entre las distintas piezas para garantizar que sus partes no se separen. En los objetos pequeños o en los muebles, se hacen pequeñas uniones y suele bastar un poco de cola para mantener todo en su sitio. En objetos más grandes, como las embarcaciones que mantienen a flote el puente de Placentia, o en las vigas de un puente, las piezas se tallan para que encajen entre sí y luego se sujetan con clavos o clavijas de madera. Esas uniones se hacen con una parte hueca, que llamamos hembra, y que es la caja, y la pieza que entra en ella, que es el macho, o la espiga.

—Sí, claro, he visto esas uniones miles de veces, sólo que no sabía cómo se llamaban —le respondí.

—Las cajas y las espigas son necesarias en las embarcaciones porque el esqueleto debe permanecer unido mediante juntas, ¡no sea que se deshaga todo a la primera ola! Una vez que las juntas están bien encajadas, se suelen poner clavos o, mejor aún, unas buenas clavijas de madera. Una vez unidas así todas las piezas, ¡ya puedes echarte a la mar!

—¿Y porque te iba muy bien haciendo esas juntas te han traído aquí?

—¡Claro que no! Como te decía, hace casi tres años me trasladaron a mantenimiento de barcas y puentes. En tres años no hice otra cosa que cientos y cientos de juntas para fijar piezas de barcas que se rompían, o vigas de puentes. Y cuando no había que hacer juntas, me dedicaba a reparar la cimbra de algún barco, a rehacer entablados o tapar grietas en los tablones con estopa y pez caliente. Si te soy sincero, también disfrutaba de cierta libertad en mi trabajo. Al Mando del puente sólo le importaba que la travesía del Po fuera siempre eficaz y que las reparaciones se hicieran sin pérdida de tiempo. Yo trabajaba bien y me dejaban hacer lo que quería.

—Es decir, ¿estabas mejor allí que en Vadus?

—Estaba muchísimo mejor, ¡ya lo creo! Como me dedicaba más a mis asuntos en Placentia que en el astillero, había encontrado allí una mujer que me gustaba. Pensábamos hacer algo juntos a pesar de que los legionarios tenemos prohibido casarnos mientras estamos de servicio.

Mientras Arrio contaba su historia, los demás también se habían reunido a su alrededor para disfrutar un poco del relato.

—Esta mujer, que se llama Domitila, es una sierva, no es una mujer libre. Yo estaba tratando juntar el dinero para rescatarla, pero, lamentablemente, mientras siguiera al servicio de su amo sólo podía verla durante el día; por la noche no sabía qué hacer, así que me había convertido en cliente habitual de una taberna cercana a una cabeza de puente.

—¡Y allí dilapidaste todo el dinero para rescatar a Domitila! —concluyó Quinto.

— ¡Nada de eso! A veces jugaba a los dados o a los *latrunculi*[7], pero no nos jugábamos dinero, sabes de sobra que está prohibido, como mucho nos jugábamos un vaso de vino. Al grano: hace tres meses estuve jugando una feroz partida con un campesino de la zona con el que jugábamos de vez en cuando. Aquella vez los dos nos pasamos con el vino, nos emborrachamos mucho y acabamos enzarzados en una pelea. Resultó ser toda una trifulca, incluso con los demás parroquianos, bien avenidos a pesar de que sólo eran civiles, es decir, no profesionales como nosotros, los legionarios. Empezaron a abofetear incluso a los que intentaban separarnos, y al final, ¡nadie sabe cómo ni por qué, ese campesino recibió una cuchillada!

—Ahora está clara la historia —le respondí.

—¡No, no está en absoluto clara! A pesar de la cuchillada, que no parecía nada grave, y te lo digo yo que he estado unos años en la Décima Legión, aquel campesino se fue tranquilamente a su casa. Luego se curó, eso me dijeron, pero una quincena de días más tarde, una mañana, lo encontraron muerto en la cama.

—Hum, y en esos quince días, ¿cómo estuvo? — le preguntó el ladrón Quinto.

—Por lo que me contaron le dolía un poco, pero no parecía nada grave. Al menos eso comentaron los que lo vieron. Sin embargo, nadie ha podido establecer con certeza que muriera a causa de dicha cuchillada. Tampoco vino nunca a quejarse a mí. Al final, sin embargo, el campesino murió, y el dueño de las tierras para las que trabajaba vino a quejarse al centurión, que era mi superior, porque nadie iba trabajar sus tierras y él perdería su cosecha. Este terrateniente era rico y conocido y agitó las aguas para solicitar la intervención de un juez. Tal vez esperara que me condenaran a ir a trabajar sus tierras, ¡vete a saber!

—¿Y ahora estás esperando el fallo del juez? —le pregunté.

—Sí, intentaron procesarme en Placentia, pero el caso no estaba nada claro. Por cierto, ni siquiera se sabe quién fue el que le apuñaló. Tal vez fuera yo, no puedo saberlo con seguridad ya que

estaba muy borracho. Los dos estábamos completamente ebrios. Pero podría haber sido otra persona, y el campesino también podría haber muerto por sí solo. ¡Qué sé yo!, tal vez su mujer estuviera harta de él y aprovechara el incidente para envenenarlo. ¡Ya sabes que estas cosas pasan! Su viuda y sus hijos, por si acaso, afirman que murió por la herida.

—Vaya, ¿te acusan de un homicidio y ni siquiera estás seguro de que fueras tú? Al menos a mí me pillaron robando, ¡no puedo culpar a otros! —exclamó Quinto con cierto alivio.

—Te juro —continuó Arrio—, que a la mañana siguiente no recordaba nada de lo ocurrido. ¡No niego que pudiera haberle apuñalado! ¡Sólo que no lo recuerdo!

—Igual tuviste suerte de que sólo fuera un civil —añadí—. ¡Si hubiera sido un legionario habría sido mucho peor!

—Sin embargo, al magistrado de Placentia no le apetecía condenarme y como el caso era demasiado confuso por culpa de aquel terrateniente que no paraba de quejarse, me envió a Roma. Llevo ya un tiempo aquí dentro, probablemente me llamarán en unos días y me dirán cuál es mi condena.

—Creo que si tuvieras algo de dinero ahorrado —le dije—, podrías intentar una conciliación pagando daños y perjuicios al propietario del terreno, a la viuda y a los hijos. Teniendo en cuenta que, de todos modos, está muerto y que no podrás resucitarlo, ¿quién tendría el valor de rechazar una cantidad de dinero?

—Qué fácil lo dices, Quintilio, desgraciadamente mis ahorros no son como para que se los lleve un terrateniente que ha perdido su cosecha. Pero es cierto que la esposa y sus hijos los aceptarían. ¿Tienes idea de cuál podría ser una compensación justa por un campesino de mediana edad?

—Hum, no lo sé. Considera que un esclavo que pueda hacer el trabajo de un capataz cuesta más o menos dos mil sestercios. Eso sería como la paga de dos años de un legionario.

—Dicho así, tampoco sería un mal trato. En nuestra unidad de Placentia me habían vuelto a conceder el *stipendium*, podría comprometerme a darles el dinero que tengo ahorrado y pagar el resto con mi servicio. ¿Qué me dices?

—Lo que yo te pueda decir no sirve para nada. Debes intentar mostrarte arrepentido ante el magistrado y dejar claro que harás todo lo posible por resarcir el daño.

A pesar de que estábamos a principios de noviembre, en nuestra celda no hacía frío; probablemente al estar bajo tierra se conservaba durante más tiempo parte del calor residual del verano y, al abrigo de la paja y la capa, mi salud se recuperaba.

Por desgracia, mi cuerpo necesitaba urgentemente algo sustancioso para comer, y aquí sólo podíamos tomar el caldibaldo que nos pasaban a diario, casi con toda seguridad hecho con las sobras de algún barracón, y un durísimo pan de legionario cuyos trozos había que remojar en el consabido bebistrajo.

Entre compañeros de celda nos ayudábamos a mantener alta la moral, y entre ladrones y asesinos redescubrí un poco de humanidad.

El sexto detenido, el que mostraba un estricto mutismo, indicaba con su comportamiento que tenía graves problemas y grandes preocupaciones. No le molestamos, cada uno de nosotros ya tenía sus propios quebraderos de cabeza. En un par de ocasiones le oí llorar.

Hablar entre nosotros no sólo nos hacía pasar el tiempo, sino que también nos ayudaba a prepararnos para la convocatoria del juez.

De modo que empecé a concentrarme en la llamada que pronto recibiría yo también.

No tenía claro qué podía querer el magistrado de mí. Me acusaban de no haber colaborado, eso lo sabía de sobra. Quizá pronto conocería mi destino.

III.

—En Vadus ¿llegaste a conocer a Sextilio? —le pregunté a Arrio.

—¿El arquitecto? Bueno, en cierto modo lo había conocido. Lo había visto por ahí. Recordarás que él nunca se rebajaba a hablar con la tropa. Cuando tenía algo que decirnos nos lo comunicaba a través de los centuriones o de un teserario[8]. Recuerdo que una vez nos envió a su secretario griego, uno con el pelo grasiento. Quería que caváramos una zanja más profunda. Nosotros, fingiendo trabajar, ¡lo cubrimos de barro a conciencia!

—He trabajado bastante tiempo con ese secretario —le respondí —. Estuvimos casi dos años juntos. Pero me hubiera gustado conocer mejor al arquitecto. Era un gran erudito, siempre había algo que aprender de él.

—El problema de los grandes eruditos —concluyó Arrio—, es que viven en un mundo de fantasía. Sextilio vivía en su tienda en compañía de sus garabatos. ¡Los legionarios éramos para él sólo bueyes de labranza!

La única interrupción diaria de nuestras charlas nos la proporcionaban los guardias que repartían el escaso rancho y obligaban a un prisionero a cambiar el cubo de la letrina; en estas condiciones, hablar de nuestras vidas se convirtió en la única forma de pasar el tiempo.

A partir de algunos detalles que recogí de las historias de Arrio, acabé por convencerme de que realmente había estado en el campamento de Vadus y no era un espía enviado allí para reunir confidencias.

Me aventuré a contarle algo más sobre mis aventuras, teniendo mucho cuidado de no revelar nada que no fuera ya bien conocido por los magistrados

—Tuve muchos problemas cuando mataron al arquitecto —le expliqué—. Debió de ser cinco o seis meses después de dejar Placentia.

—¡Ah, no sabía que lo hubieran asesinado! ¿Y quién lo mató?

—En un principio me culparon a mí, porque la noche del asesinato había salido del campamento sin permiso para ir a cenar como es debido a una *popina*[9]. Mientras estaba allí, me emborraché y cuando a la mañana siguiente volví al campamento, me arrestaron como principal sospechoso.

—Supongo que no fuiste tú quien lo asesinó. Aunque al ser tu superior directo todas las sospechas podían recaer sobre ti.

—Precisamente por esas sospechas, como tú las has llamado, estuve a punto de acabar en manos del verdugo. Afortunadamente resultó que había toda una conspiración, incluso un noble que formaba parte del Mando de la Cisalpina estaba implicado.

—Quintilio, ¡realmente has elegido con sumo cuidado los charcos que quieres pisar!

—Sí, yo mismo me lo he dicho más de una vez.

—¿Y fue castigado ese noble?

—No pudieron apresarlo. Eludió a los que habían sido enviados para capturarle y, poco después, intentó matarme porque sabía que yo había colaborado con los investigadores enviados por Roma en las pesquisas dirigidas hacia él.

—Desde luego, los nobles siempre se salen con la suya —surgió una voz de entre las sombras; era uno de los ladrones de queso—. Es más fácil ensañarse con unos pobres desgraciados que roban para comer.

—Y al final ¿ese noble se vengó de ti? —preguntó Arrio.

—No, no lo consiguió, porque perdió la vida ensartado entre unos abrojos[10], ya sabes, los que se usan en los asedios. Al caer al suelo, se clavó uno en mitad de la cabeza.

» El secretario, el griego Hicesio, el del cabello engominado que tú también conoces, estaba conmigo, me echó una mano y entregamos todos los papeles que el noble llevaba consigo cuando murió. Lo depositamos todo en la Flota de Ravenna, incluso ciertas cartas que demostraban la posesión de grandes sumas de dinero.

—¡Por la diosa Fortuna! ¡Entonces habrás hecho amigos! —exclamó Arrio.

—Sí, desde luego el griego y yo hemos hecho amigos, ¡lo malo es que hoy en día si haces un amigo por un lado también haces un

enemigo por el otro!

—Sí, ¡eso también es verdad! Salvo que hoy en día ni siquiera sabes quién es tu amigo y quién tu enemigo. A veces pienso que nosotros, que somos pobres, lo llevamos mejor, ¡porque el que tiene algo sólo está rodeado de aprovechados o enemigos!

—Y tú, Arrio, ¿qué has estado haciendo estos años?

—Ya te lo he dicho: había conocido una buena mujer, esa Domitila de la que te he hablado, que me quería. Cuando me detuvieron para traerme aquí, tuve tiempo de enviarle un mensaje a través de un compañero legionario. De hecho, en este sentido te pido que, si sales antes que yo, tal y como te deseo, me hagas el favor de llevarle un mensaje mío. Sé que acaba de trasladarse con sus amos a una aldea donde hay un barquero, justo río arriba del puente sobre el Po. Ese lugar se llama Ad Padum[11]. Me alegraría si de alguna manera pudieras tranquilizarla.

—Lo haré, Arrio, si me es posible. Pero quizás te pongas de acuerdo con el juez y hables con ella tú mismo.

—Ojalá sea así, Quintilio, ojalá —y soltó un largo suspiro.

El tiempo en la celda no pasaba nunca, y nos guiábamos según los turnos de los guardias porque apenas distinguíamos el día de la noche.

Arrio me contó muchas cosas sobre su trabajo de pontonero:

—Como te decía, el puente sobre el río Po se hizo con veinticinco barcazas ancladas con grandes sogas a las dos orillas, que pueden así oscilar con el nivel del río. Estas barcazas son todas iguales: la misma longitud, el mismo número de cimbras, el mismo entarimado de madera. Básicamente, si ves una ya las has visto todas. En los barracones teníamos un dibujo con las medidas y siempre nos servía de referencia. Junto a los barracones, en la orilla meridional del Po, en el lado de Placentia, teníamos un gran toldo bajo el que trabajábamos y guardábamos las piezas de repuesto. Tenía conmigo a tres jóvenes que se turnaban en un gran caballete para cortar y escuadrar largos tablones de madera; cuando no había emergencias, en esos tablones cortábamos cimbras o quillas, que con unos pocos ajustes nos servirían para las reparaciones. Cada verano nos hacían

construir dos o tres de estas barcazas, nuevas. También teníamos un gran almacén de madera serrada para tener siempre a mano los tablones de cubierta, ya que de vez en cuando algún trozo acababa en el agua, o arrastrado por la corriente.

—Sí, recuerdo haber pasado por ese puente. Es una obra impresionante, aunque da un poco de miedo ver la corriente del río fluyendo tan cerca, ¡justo bajo tus pies!

—Es verdad. En ese puente ha muerto más gente de la que te puedas imaginar —dijo muy serio Arrio—. Si te caes al agua, es muy difícil que llegues a la orilla, aunque seas un buen nadador. ¡El Po es un río que no bromea! ¡Basta pensar que en primavera separamos el puente por la mitad, y cada una de las mitades se retira hacia la orilla para evitar que las aguas del deshielo se lo lleven todo al mar! El Po se puede volver violento.

Arrio cuando empezaba a hablar de su trabajo de carpintero también era como el Po, un río desbordado.

Con la ayuda de Arrio en la oscuridad de la celda poco faltó para que me convirtiera en carpintero. Naturalmente, asimilé toda la teoría. Aprendí a hacer mortajas con una gubia y un mazo de madera, y a hacer espigas sólo con una sierra. Incluso a afilar gubias.

Agotado el tema de la carpintería, los días empezaron a hacerse más largos, no terminaban nunca. Sólo eran interrumpidos por el paso diario de los guardias que nos daban el rancho y retiraban los cubos de las letrinas.

Normalmente, de esta operación se encargaba un preso en régimen de semilibertad; le acompañaban dos guardias que, cuando se abría la puerta, se colocaban detrás de él, con el gladio desenvainado por si algún preso quería hacer un vano intento de fuga o de, simplemente, suicidarse.

Durante una de esas entregas le pregunté a aquel asqueroso preso:

—¿Por un casual no sabrás qué día es hoy?

—Muchacho, si no me equivoco —me respondió pensándoselo largo y tendido—, estamos en noviembre, hoy debería ser la víspera

de los idus[12]. ¿Debes marchar a algún sitio? ¿Tienes algún asunto urgente que atender?

—No, sólo te preguntaba por preguntar.

Sólo habían pasado una docena de días desde que estaba en la cárcel, y el ambiente ya me daba náuseas.

Pero incluso más que el cansancio de la cárcel me había invadido el abatimiento por la vida que había llevado hasta aquel fatídico día de octubre en que me habían arrestado en Eporedia.

Mi existencia había sido un sinfín de oportunidades perdidas y decisiones equivocadas. En las largas horas de silencio en la celda, cuando cada uno de nosotros se encerraba en sí mismo para reflexionar sobre sus problemas, yo pensaba que debería encontrar una forma para, de una vez por todas, empezar a tomar alguna decisión correcta.

Hermosísimas mujeres me habían amado, y seguramente Regila, la joven nieta del arquitecto Sextilio, también me había querido a su manera, con sus dieciséis años. Y yo la había dejado marchar sin pensar siquiera seriamente si alguna vez podríamos tener un futuro juntos.

Siempre me había sentido atraído por emprender empresas oscuras y peligrosas en lugar de aquellas que podrían brindarme tranquilidad y certezas. Al final, tras ser detenido en el campamento, me encontraba en la cárcel esperando la convocatoria del magistrado.

Incluso Hicesio, el secretario griego, había sido más astuto que yo. Se había dado cuenta de que corríamos un gran riesgo y en el momento oportuno, se había desvanecido por los callejones de Thessalonica[13] donde nadie lo podría encontrar.

Éstos eran los pensamientos que me atormentaban, tanto o más que la cárcel. Yo la llamaba "la lista de las ocasiones perdidas".

En uno de esos días se produjo un acontecimiento que interrumpió la monotonía de la vida en nuestra celda. Nos percatamos de que nos rascábamos con mucha frecuencia, y pronto estuvimos ocupados con ese pasatiempo durante todo el día, e incluso durante la noche. Por oscuras razones, de repente nos habíamos llenado todos de pulgas.

Esos odiosos insectos, como si todo un ejército hubiera invadido de repente la celda, nos obligaban a rascarnos continuamente por sus dolorosas picaduras, sin poder hacer nada para librarnos de ellas. Como vivíamos en penumbra, cualquier intento de matar a los molestos animales era inútil, y tuvimos que resignarnos a regañadientes a darles buena parte de nuestra sangre.

—Entonces, Quintilio, ¿me estabas diciendo que te arrestaron en Eporedia? —me preguntó Arrio en uno de esos días inútiles y siempre iguales—. Ya he oído hablar de ese lugar. ¿Dónde está?

—Está en el camino hacia el Valle de los salasios[14], pero aún está en la llanura; se ven las montañas muy cerca, a menudo cubiertas de nieve. Siempre estaba al mando del prefecto Festio y con el centurión Valencio, pero también estaba tu centurión Mamecio. Siempre realizábamos las mismas tareas.

—¿Zanjas y caminos?

— Más o menos. Eporedia es una ciudad preciosa. Y también rica. A pocas millas al mediodía de la ciudad, hace unos cincuenta años, se trazó una *limitatio*[15] para instalar a colonos y veteranos. Una *limitatio* sin pretensiones, no tan grande como la de la zona de Mantua. La hicieron deprisa y corriendo, y bastante mal; no estaba terminada del todo cuando se fueron los del cuerpo de Ingenieros y se asignó por completo. Aquellos campesinos han conservado hasta hoy caminos mal hechos y canales defectuosos. Nosotros, los agrimensores, hemos tratado de arreglar los principales desperfectos: los legionarios de la unidad han rectificado algunas cunetas y profundizado otras, pero sobre todo están intentando arreglar cardos y decumanos, que a menudo se inundan en invierno y se vuelven intransitables. Como puedes imaginar, los civiles no hacen nada, tenemos que hacérselo todo nosotros.

—Te creo, Quintilio. ¿Y cómo te las arreglabas? Eres un civil agregado, debería haberte ido mejor que a un legionario.

—Bueno, en teoría no me estaba yendo tan mal, salvo que hacía poco que había cumplido un año de confinamiento en el campamento, y sólo podía trabajar dentro del mismo campamento, con prohibición expresa de salir de su perímetro, y por supuesto sin

stipendium. Y ya sabes que, durante un periodo de reclusión, éste no cuenta como servicio. Firmé por cinco años, ¡y este año no me vale para nada!

—¡Menuda jugada, Quintilio! ¡No sabía que podían imponer esos castigos también a civiles agregados al ejército! ¿Pero qué habías hecho?

—Me interrogaron ciertos oficiales que decidieron que yo era reticente. Había muchísimo dinero en juego. Querían meterme en la cárcel, pero no había pruebas contra mí y por pura venganza me sentenciaron a un año de trabajos forzados. Sólo tuve tiempo de cumplir unos meses, luego me detuvieron y me trajeron aquí, sin que me metiera en más líos.

Apenas me había dado tiempo a pedirle al prefecto Festio que enviara una carta al tribuno Annio Elpidio y otra a su colega Livio Veranio pidiéndoles que acudieran a rescatarme.

Con el prefecto Festio, las relaciones habían mejorado mucho en los últimos tiempos. Él era el prefecto del destacamento y disponía de mi vida durante los cinco años del contrato que había firmado, pero desde que se dio cuenta de los importantes resultados que había obtenido trabajando con los tribunos del César, su estima hacia mí había crecido enormemente.

También tuve la ocasión, al pasar de camino a Roma, de visitar a su familia y tranquilizar a sus padres sobre la vida en el campamento, y eso había mejorado mucho nuestra relación.

Ahora confiaba que al menos uno de los dos tribunos estuviera en el cuartel general de los cesarianos y pudiera ayudarme. A fin de cuentas, había arriesgado el pellejo por ellos un par de veces; en la última misión sólo habíamos sobrevivido el griego Hicesio y yo. Estaban en deuda conmigo, y yo no estaba en el calabozo por errores cometidos con la groma o el chorobate. Estaba claro que había una guerra entre los optimates y los cesarianos, pero los tribunos no me dejarían ahí pudriéndome. Ellos eran mi esperanza, pero podría haberse ido al traste si ambos hubieran estado de misión en alguna provincia.

—Arrio, cuando estabas en la Décima Legión ¿viste alguna vez a César? —Era una curiosidad que siempre había tenido, y decidí preguntárselo.

—¡Claro que le vi, y muchas veces! César estaba a menudo con los legionarios de la Décima, y a veces, cuando tenía un poco de tiempo libre venía a pasarlo con nosotros, a beber o a comer con sus centuriones y su tropa. A muchísimos legionarios los conocía por su nombre. Por eso todos le queremos, y toda la Décima está dispuesta a arrojarse al fuego por él.

Aquí Arrio se dio cuenta de repente de que su relato no había sido demasiado coherente, pues le habían echado de la Décima Legión por falta de combatividad, y trató de arreglarlo:

—Ah, pero ¿lo que tú quieres saber por qué acabé entre los descartes?

—No, Arrio, me parece que aquí adentro no hay uno mejor que otro, todos somos prácticamente iguales, ¿no crees?

—Puede. Pero te lo diré igualmente. No todos estamos hechos para estar en la Décima. Las centurias de la Décima están formadas por hombres que no temen la sangre, es más, la buscan. Para muchos de ellos el combate es una oportunidad para dar rienda suelta a sus peores instintos: masacrar, despedazar no sólo a otros legionarios, sino también a civiles. En más de una ocasión, por donde ha pasado la Décima, han matado a todo ser viviente: hombres, mujeres, niños, caballos, bueyes, cabras, ovejas, incluso perros. Y luego el ansia de saqueo y la violación de mujeres jóvenes, casadas, niñas, incluso viejas o mancebos. Debo decírtelo claramente: yo luchaba porque debía hacerlo, pero no deseaba esa forma de violencia, ni la buscaba.

—Te entiendo, Arrio. Es el precio que hay que pagar por vencer. La victoria exige a menudo violencia. Yo mismo, para no ser encuadrado y obligado en mi comportamiento, no quise firmar con la Legión; renuncié a mi carrera y sólo firmé como agrimensor civil adscrito al Cuerpo de Ingenieros.

—Hablé de mi forma de ver las cosas con mis compañeros —siguió explicándose Arrio—, pero cuando comprendieron que yo no pensaba como ellos fueron a contárselo al centurión, que me

denunció al tribuno. Así que me llamaron para oír mis razones, que eran las que acabo de contarte, tras lo cual me arrojaron a una centuria de castigo, y tuvimos suerte de no acabar diezmados, sino simplemente trasladados al Cuerpo de Ingenieros.

—¿Y te fue mejor con los Ingenieros?

—Si he de decirte la verdad, la vida en el campamento del Prefecto Festio no me gustaba mucho —continuó Arrio—. Allí no era más que un simple bracero, como el buey que ara. En Placentia, sin embargo, había encontrado el oficio que me convenía, trabajando la madera en obras importantes como un gran puente, construyendo en vez de destruyendo. No me arrepiento de nada de la Décima, ni de las canciones para infundirse valor, junto con el vino, antes de la batalla, ni de la sed de destrucción, ni de la matanza de enemigos desarmados en fuga, ni de la compañía de los fervorosos fanáticos de la guerra y de la sangre que empapa el suelo, y tampoco del pillaje.

Nos interrumpió la llegada del rancho.

Antes de cerrar la pesada puerta de la celda, uno de los dos guardias, aún con el gladio desenvainado, se acercó y me preguntó:

—¿Eres tú Quintilio?

—Sí, soy yo.

—El magistrado te interrogará. Mañana podrás asearte para presentarte en orden. ¡Ya puedes empezar a pensar qué le vas a contestar!

Mi turno había llegado.

IV.

—Yo no soy tan inteligente como tú —murmuró Arrio en cuanto la puerta de la celda volvió a cerrarse—, pero sé leer, aunque muy despacio, y tengo experiencia con muchos tipos diferentes de personas que he conocido en la legión y en la vida. No me cabe duda de que no tienes nada que ver con las historias entre César y los optimates. Se nota enseguida que eres uno de los que están detrás de la groma[16]. Pero por lo que me has dicho, y por otras cosas que no me has contado pero que me imagino, entiendo que esta gente de aquí quiere algo concreto de ti. Tal vez algo que hayas visto u oído. Tienes que jugar bien tus cartas con el magistrado porque de vez en cuando alguno acaba en el Tíber, y en pedacitos.

Como no podía saber si me traerían de vuelta a la misma celda después del interrogatorio, discutimos largo y tendido cómo enviar un mensaje a Domitila, la amiga de Arrio. Llegamos a la conclusión de que yo enviaría una carta a un legionario amigo de Arrio, al cuartelillo del puente de Placentia; éste iría luego a leer el mensaje a la sirvienta Domitila, que obviamente no sabía leer. Me explicó exactamente dónde debía dirigir la misiva.

Quinto, uno de los dos ladrones de queso, al oír lo que estábamos preparando, me preguntó si podía hacer llegar a su familia algunos denarios:

—Quintilio, yo sólo soy un ladrón de poca monta, pero ya me he dado cuenta de que eres buena persona. Si pudieras ayudar a mi familia, te estaría eternamente agradecido. Mi mujer sabe arreglárselas, pero yo tengo dos hijos pequeños y temo por ellos.

Después de un rato de lloriqueos acabó por convencerme y dije que sí, que buscaría la manera de conseguir algo de dinero para que la mujer pudiera salir adelante durante un tiempo.

Hice que me dijeran varias veces cómo encontrar la ínsula donde vivían, lo cual no era nada fácil al tratarse del barrio de Suburra.

Antes de presentarme ante el magistrado pude lavarme, como me había prometido el guardia, y les traspasé a los soldados del cuerpo

de guardia, con verdadera satisfacción, un gran número de mis famélicas pulgas, que se habrían alimentado mejor con ellos, ya que la sangre de los guardias era ciertamente más nutritiva que la de los prisioneros. Pero sin una túnica nueva y sin la ayuda de un barbero, seguía teniendo aspecto de malhechor.

Por fin llegó la mañana del interrogatorio y los guardias vinieron a conducirme ante el magistrado. Cuando la puerta de la celda se cerró tras de mí, oí la voz de Arrio deseándome con tono sincero:

—¡Buena suerte!

Me escoltaron por las escaleras interiores hasta la primera planta del gran palacio situado encima de la prisión. La luz me deslumbró y tuve que mirar al suelo con los ojos entrecerrados. Los guardias me llevaron a un gran vestíbulo donde otros siete u ocho desgraciados como yo aguardaban sentados en unos desvencijados bancos a ser llamados a la sala de interrogatorios. Una decena de guardias custodiaban las entradas, prudentemente protegidas por pesadas rejas de hierro.

Un guardia con un bastón nos mantenía bajo control y nos miraba fijamente a los ojos para intimidarnos y evitar que alguien iniciara un tumulto.

Yo también me acomodé en uno de aquellos bancos con los demás detenidos e intenté intercambiar algún chascarrillo con mi vecino, un joven que estaba aún más asustado que yo. Pero, increíblemente, al cabo de unos instantes, cuando ya estaba preparado para una larga espera, un joven funcionario salió de la oficina de interrogatorios y me llamó:

—¿Está aquí presente el agrimensor Quintilio?

¡Yo era el primero! Me puse en pie inmediatamente, y volviéndome hacia él, le contesté:

—¡Soy yo!

—Escúchame bien, detenido —me ordenó sin más preámbulos—: ahora vamos a entrar en el despacho del pretor. ¡Ten mucho cuidado porque no tiene tiempo que perder! Que tus respuestas sean claras y concisas, porque el escriba tendrá que redactar el acta. Si intentas hacernos perder el tiempo, te llevarán de vuelta a tu celda y no sé si te volverán a llamar, ni cuándo. Posiblemente nunca. ¿He sido claro?

—Sí… sí, señor —balbuceé.

—Respuestas claras y concisas, ¡métetelo en la cabeza! —me repitió, dirigiéndome una mirada de despecho, ante la cual tuve que asentir de nuevo.

Luego me indicó con el dedo índice que cruzara el umbral.

En la sala de interrogatorios había un gran escritorio tras el cual se encontraba el pretor, un hombre corpulento y calvo de más de sesenta años, y con el poco pelo que le quedaba tratando de cubrir su inmensa calvicie.

En un rincón, dos escribas, libertos, estaban afilando sus cálamos.

El funcionario que me había dejado entrar también ocupó su lugar detrás del escritorio; dos guardias, armados cada uno con un bastón, permanecieron a mi lado para impedir todos mis movimientos. Eran dos hombres corpulentos que parecían gladiadores: una sola mirada bastaba para calmar hasta al prisionero más reacio.

Me quedé de pie esperando a que el pretor terminara de consultar ciertos papiros que tenía sobre la mesa y que podrían referirse a mi caso.

Entonces levantó la mirada hacia mí. Debía de ser un poco miope, porque noté que entornaba los ojos para verme mejor; me estudió durante un breve instante y con una sonrisa socarrona en el rostro exclamó:

—Vaya, ¡hoy por fin conoceremos al agrimensor Fausto Quintilio! ¡Hace tiempo que habíamos oído hablar de ti! Eres tú Quintilio, ¿no? ¿No serás otra persona?

—Sí, señor, soy yo — juzgué oportuno contestarle, aunque obviamente era una pregunta retórica e inútil. Me di cuenta de que a sus colaboradores ya se les dibujaba una sonrisa bajo el bigote.

El interrogatorio no empezaba bajo los mejores auspicios. Afortunadamente, yo ya había sido interrogado por un magistrado un año antes, y un *patronus*[17] muy experimentado me había enseñado todos los trucos que necesitaba saber para no caer en las garras de un magistrado. La astucia del magistrado consiste en hacer que el acusado parezca culpable, aunque no sepa nada de la acusación que pesa sobre él.

Respuestas breves y seguras, una actitud tranquila, eso es lo que me había recomendado mi *patronus* Sidonio. Sobre todo, me había advertido que no me perdiera en palabrería inútil sobre otros acontecimientos ajenos al caso. Y también me había enseñado a mantener una postura seria y autoritaria, para nada temerosa, con la cabeza alta, como corresponde a una persona inocente.

—Tengo pocas preguntas que hacerte, Quintilio —continuó el pretor—. ¡Responde la verdad y tal vez puedas seguir tu camino en libertad! Ha quedado constatado que asesinaste a un noble hace un par de años, ¿es cierto?

—Me defendí de él y de sus asesinos para no acabar muerto.

—Sí, así respondiste hace un par de años. Conozco tu historia. Pero por ese asunto ya fuiste interrogado por un colega mío en aquel entonces. Ahora quiero saber esto: encontraste papeles en el cuerpo del noble. ¿Los entregaste inmediatamente?

—Los entregué tan pronto como pude. Algunas cartas fueron entregadas acto seguido en un cuartel de Langaranus para ser enviadas al Mando de la Cisalpina. Pocos días después, mientras huía de los sicarios que habían enviado para eliminarme, se descubrieron accidentalmente cuatro cartas que atestiguaban un gran depósito de dinero. Estaban ocultas entre dos capas superpuestas de cuero en un morral que había pertenecido al noble.

—¡Bien! ¿Los entregaste a continuación?

—Tenía conmigo a un hombre gravemente herido y a mí me perseguían unos sicarios. Tuve que esconderme en los pantanos del Po, cerca de Ravenna. En cuanto pude escapar, sin saber a quién acudir, se los entregué al *collegium*[18] de los argentarios de Ravenna para que los trasladaran a la tesorería de la flota, que era la única autoridad que estaba en el lugar.

—¿Cuánto tiempo conservaste esas cartas contigo?

—Algo menos de dos meses. Sólo salí de los pantanos cuando el secretario del arquitecto Sextilio, que había sido herido por los sicarios, fue capaz de moverse.

—¿Sólo encontrasteis esas cartas, o quizás también algo que no se entregara? ¿O que tal vez se perdiera? —prosiguió el pretor con tono inquisitorio.

—No había nada más. No retuve nada conmigo.

—¿Ese secretario y tú no retuvisteis nada para vosotros? ¿No había dinero?

—El poco dinero en monedas que se encontró fue entregado al Mando de la Cisalpina junto con las ropas del noble. No se retuvo nada.

—A mí, en cambio, me consta, y otros lo confirman, ¡que te quedaste dinero! Tendremos que ponernos de acuerdo sobre este tema, ¿no te parece? ¿Qué tienes que decirme? —y sonrió burlón.

—Te respondo que eso es falso y que quien lo ha afirmado sin duda ha mentido. ¡Las pruebas falsas son fáciles de desmontar! —le solté.

Pero el pretor no hizo ningún comentario sobre mi respuesta; al contrario, me pareció que disfrutaba al estar tratando con un prisionero peleón.

—¡Te aseguro que me gustaría ver cómo lo harías! ¡Es tu palabra contra la de un funcionario del estado! ¿Qué me respondes?

—Te respondo, pretor, que hablar es fácil, pero las verdaderas pruebas son las que provienen de personas no involucradas y a las que no les sirve de nada mentir. ¡O de los hechos! ¡Los hechos documentados son la mejor prueba!

—¡Ah, muy bien! ¡Me alegro de que estés hoy aquí para enseñarnos a todos cómo debe hacerse nuestro trabajo! —replicó el pretor, volviendo la mirada y riéndose con sarcasmo ante los presentes. Uno de los guardias hizo ademán de darme un bastonazo, pero lo detuvo la mano del pretor.

—Pues bien —continué yo tranquilamente—, si hay pruebas, te responderé y podré desmentirlas.

—Volveremos sobre este punto más adelante, agrimensor. Pero ahora respóndeme a esto: en esos dos meses que permaneciste escondido, ¿quién estuvo contigo?

—Cuando hui por el Po, venían conmigo un siervo y el secretario del arquitecto Sextilio, malherido en una pierna.

—¿Quién os dijo dónde esconderos?

—Nadie nos dijo dónde escondernos. Me vi obligado a detenerme porque el secretario había perdido el conocimiento y parecía a punto

de morir. Nos detuvimos al azar a lo largo del río Po, y para escondernos tomamos el primer riachuelo que vimos.

—¿Niegas haber recibido órdenes de alguien durante tu huida del servicio?

—¡Niego rotundamente que nadie me diese órdenes sobre lo que tenía que hacer! Mi huida fue dictada únicamente por la necesidad de despistar a los sicarios que sabían que existían esas cartas de depósito, y trataban de apoderarse de ellas.

—¿Así que un buen día sales del pantano por iniciativa propia y entregas todo ese dineral a otros?

—Así es, pretor, y en cuanto el herido pudo moverse, navegamos por el Po hasta Ravenna y entregamos las cartas de depósito, que equivalen a plata, al *collegium* de los argentarios de la ciudad, con la instrucción de que ese dinero quedara bajo la tutela de la tesorería de la flota de la república. De ese modo, aunque nos hubieran matado los sicarios, ¡nunca habrían conseguido ese hacerse con ese tesoro!

—Para ser un agrimensor, tu historia me resulta francamente complicada, ¿no te parece?

—Lo que resultó complicado fue salvar mi vida de los sicarios. Las pruebas de lo que digo, los documentos y deposiciones de personas de confianza, y funcionarios del Estado, fueron entregados a tu colega, el pretor Nerva, que me interrogó sobre estas mismas cosas hace aproximadamente un año.

—¡Y tú ahora quieres que yo también me lo crea! Entonces respóndeme a esto: ¿por qué no quisiste responder claramente a los investigadores del Erario del Estado cuando éstos, persiguiéndote en tu huida durante medio año, te interrogaron hace unos meses en Thessalonica?

—Les respondí con la verdad, como te estoy respondiendo a ti. Con una diferencia: tú me preguntas para conocer los hechos, ellos en cambio me interrogaron tendenciosamente sólo para que yo denunciara a otros… ¡A otras personas que ya no están!

—Agrimensor, ¡esto me parece puro teatro! Sé que conoces a algunos miembros importantes de los cesarianos. ¿Quiénes son?

—Sólo conozco a uno —respondí sin vacilar—. Al senador Menenio, que me ayudó durante la transferencia final del dinero al Erario del Estado.

—Claro, ¡un senador que ya no puede responder porque está muerto! ¡Buen testigo me traes!

—¡Pero que intervino en persona, delante de otros testigos, acompañándome a mí y al secretario que tenía los poderes para transferir definitivamente ese tesoro a los funcionarios del Erario!

—Ya, una transferencia que aún se discute, ¡y de la que desaparecieron doscientos mil denarios!

—Yo no soy contable, pero es indudable que ante esa transferencia —le puntualicé—, el tribuno del Erario del Estado nos entregó un recibo delante de testigos declarando por escrito su completa satisfacción. ¡Yo estaba allí!

—¡Para un recluso que se enfrenta a una larga condena eres de lo más ocurrente! Pero ten cuidado, porque aquí tenemos muchos presos, a veces se pierden algunos expedientes y pasan años, muchos años, antes de que alguien se acuerde de un detenido. Pero explícame, ya que estamos aquí, ¿qué hacías en Thessalonica? ¡Los investigadores que te persiguieron me dijeron que no fue nada fácil encontrarte!

A lo mejor el pretor no disponía de toda la información. Con esta pregunta tuve la impresión de que el viento se volvía a mi favor. Estaba claro que no había pruebas contra mí, sólo mezquinos intentos de venganza y una búsqueda a ciegas para tratar de implicar a algún otro culpable, tal vez un nombre ilustre al que arrastrar por el fango, y el pretor lanzaba el sedal a ciegas. Seguramente para salvar los fracasos de algún funcionario del Erario del Estado.

Pero pude responder al pretor con la mayor confianza porque ahora estaba en mi propio terreno:

—¡No estaba huyendo en absoluto! Estaba de servicio. Me habían llamado a Thessalonica para una misión confidencial en nombre del Estado.

—¿Qué es esa historia, agrimensor? ¿Qué cuentos chinos vas contando? ¡Mira que aquí no existen asuntos confidenciales! ¡Estás

delante del pretor!

—Pretor, te puedo confirmar que estuve en Macedonia con el tribuno Annio Elpidio y el tribuno Livio Veranio en una misión que debía permanecer bajo el máximo secreto. Esta promesa de secreto la juré hace varios meses, porque concernía a la seguridad de la república, y el secreto sobre la misión nunca se ha levantado. No puedo desobedecer una orden que recibí de mis superiores sin su conocimiento. Por lo tanto, te pido que me dispenses de responder a esta pregunta, o que me otorgues una dispensa para poder responderte.

El pretor, visiblemente molesto por esa alusión a la "seguridad de la república", se dirigió a los dos funcionarios que le asistían:

—¿Qué es esta historia? ¿Por qué no se nos ha informado? ¿Lo sabíais?

Los dos guardaron silencio, y uno de ellos negó con la cabeza, ambos estaban visiblemente desconcertados.

Los nombres de los tribunos que había mencionado eran conocidos y respetados; evidentemente, el pretor no estaba al corriente de que se había producido una operación que afectaba a la seguridad del Estado.

—¿Crees que estos dos tribunos podrían responder por ti? —preguntó el pretor.

—Yo diría que sí —respondí sin dudarlo—, ¡ya que en aquella misión arriesgué mi vida por la seguridad del Estado!

El pretor tamborileó nervioso con un cálamo sobre la mesa, incierto sobre el rumbo que estaba tomando el interrogatorio.

—Por el momento nos detendremos aquí —dijo bruscamente, no queriendo adentrarse en terreno desconocido, e hizo un gesto con la mano para que me sacaran de su despacho.

Se había dado cuenta de que algo no cuadraba, y sin duda se pondría en contacto con el Alto Mando para averiguar si mi historia era cierta o si se trataba de una fanfarronada absurda e inútil.

Me condujeron de nuevo al vestíbulo, donde esperé instrucciones.

Media hora más tarde salió el mismo funcionario que me había llevado ante el magistrado, dijo a los guardias que seguiría bajo custodia y les ordenó que me llevaran de vuelta a mi celda.

Fui recibido con cierto estupor por mis compañeros de encierro.

—¡Sigues aquí! —exclamó Arrio—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha ido mal el interrogatorio?

—No, no creo que haya ido mal. Al contrario, creo que el pretor tenía una información un tanto escasa y carente de fuerza. Le he dado pruebas, pero evidentemente querrá verificarlas.

—¡Ojalá sea así, Quintilio, porque estos magistrados no son de fiar!

En los días siguientes no hubo novedades. Pocos días después de mi interrogatorio llamaron al sexto huésped de la celda, aquel civil que no había querido confraternizar con ninguno de nosotros y al que, de vez en cuando, había oído llorar.

En los últimos días habíamos notado que rezaba a los dioses y le habíamos dejado solo, procurando no molestarle porque sin duda tenía algún problema gordo.

Se fue con la cabeza bien alta; nos dirigió a todos una mirada serena de despedida antes de marcharse.

Imaginamos que sería ejecutado, al menos ésa era la hipótesis que más se ajustaba a su comportamiento.

Nos quedamos los cinco restantes en la celda y durante los días siguientes nos enzarzamos en complicados planes para acordar cómo el primero de nosotros en salir llevaría algo de dinero a la hambrienta esposa e hijos de Quinto en Suburra, y cómo enviaría al legionario amigo de Arrio el mensaje para su enamorada, Domitila.

Todos los días le preguntaba al preso encargado del reparto del rancho qué día era, y yo, por mi parte, con un guijarro marcaba una línea en la pared.

Un día, según mis cálculos debía de ser el tercer día antes de las calendas de diciembre[19], los guardias vinieron a buscarme.

Abracé fraternalmente a Arrio, sin saber si volvería a verle, y me condujeron al mismo vestíbulo que ya conocía y que llevaba a la sala de interrogatorios.

Los guardias llamaron a la puerta y, tras responder que me dejaran entrar, me condujeron al interior.

Volví a ver al pretor con sus ayudantes y a los dos guardias con aspecto de gladiadores.

Pero esta vez también estaba sentado en un rincón el tribuno Annio Elpidio, que me saludó con la cabeza.

El pretor no se anduvo por las ramas:

—¿Es este tu hombre, tribuno?

—Sí, es él, te lo confirmo.

El pretor mojó su cálamo en el tintero, hizo un garabato en un papiro y respondió:

—Es todo tuyo —abriendo las manos y sonriéndome mientras su ayudante ataba mi expediente con un cordel y lo colocaba en una estantería polvorienta a sus espaldas, junto con muchos otros.

Todo había terminado. ¡Libre, por fin!

El tribuno Elpidio se levantó y me hizo un gesto con la cabeza para que saliera mientras la mirada socarrona del pretor me seguía.

Al cruzar el vestíbulo donde se agolpaban los desdichados a la espera de ser interrogados, no pude evitar sentirme un poco culpable: yo salía libre mientras mis compañeros de celda se pudrían en las mazmorras.

En cuanto puse un pie en la calle le dije al tribuno:

—Te agradezco que te hayas ocupado de mi caso. Si no me hubieses echado una mano, me habrían tenido en la cárcel, tal vez durante mucho tiempo.

—Estaba en Helvecia, Quintilio, y hace sólo un par de días he vuelto a Roma; acabo de encontrar la misiva de tu prefecto Festio. Que sepas que Festio es un buen hombre y no te ha abandonado en las garras de esos lobos. Ninguno de nosotros sabía nada de este embrollo. Pero tendrás que lavarte inmediatamente, apestas como una letrina, ¡es imposible estar a tu lado!

—Perdóname, tribuno, intentaré colarme en el primer baño público que vea. Allí dentro, por desgracia, era imposible lavarse.

—¡Me lo imagino, Quintilio! Nuestros enemigos, individuos despreciables, buscan a tientas en la oscuridad una abertura desde donde poder atacarnos. Sé que mencionaste a Menenio, y con razón. ¿Nombraste a alguien más?

—Tribuno, no conozco a nadie. Sólo soy un agrimensor. Pero yo también he comprendido que no tenían pruebas; ya sabes cómo es esto, se agita el árbol para ver si cae algún fruto.

—Sí, ¡así es! Ahora vamos a ver si lo resolvemos definitivamente. Estarás un tiempo en el cuartel con nosotros, me gustaría hablarte de algunas cosas en las que estoy trabajando y pedirte tu opinión como agrimensor.

—Estoy a tu completa disposición, tribuno.

En ese instante no sé qué se apoderó de mí, puede que fuera la emoción de verme libre, o no sé qué otra extraña idea pasó por mi mente, pero antes de que pudiera reflexionar a fondo sobre lo que estaba diciendo, se me escapó:

—Tribuno, ya que aún estamos cerca de la prisión, ¿no te serviría, por casualidad, un ingeniero especializado en el levantamiento de puentes?

El tribuno Elpidio se detuvo en medio de la calle y me miró con curiosidad:

—¿Y cómo sabes que podría serme útil?

Respondí precipitadamente:

—No lo sé, pero me lo imagino porque es un hábil ingeniero que reúne todas las características de los hombres que participan en tus misiones.

—¡Estás despertando mi curiosidad, Quintilio! ¿Es acaso un prisionero?

—Es un ingeniero de la Décima Legión. Se vio envuelto en un turbio asunto en una taberna, tal vez ni siquiera lleguen a juzgarlo. Creo que si le preguntas al comandante de la prisión, estará contento que se lo quites de encima.

Nunca supe a ciencia cierta qué me llevó a defender la causa de Arrio allí, en medio de la calle y frente a la cárcel.

—Quintilio, otras veces has aportado información interesante, quizás no siempre acertada, pero siempre la hemos tenido en cuenta. ¡Es curioso lo que me cuentas! Con lo rápido que avanza César por las provincias, el problema de cruzar las vías fluviales, sobre todo las grandes, es una preocupación constante para nosotros. Ahora me has despertado la curiosidad por conocer a ese

ingeniero. Como tengo tiempo y ya estoy aquí, voy a volver al Mando de la Cárcel para pedir información. ¿Cómo se llama?

—Se llama Arrio, debe tener unos treinta años, estaba destinado en el cuartelillo que mantiene el puente de barcazas de Placentia.

—Conozco muy bien ese puente. Tú, mientras tanto, busca un baño público y deshazte de esa túnica. Nos veremos aquí a la hora sexta[20], ¿vale? —y me entregó unos cuantos denarios.

—¡Muy bien tribuno, te agradezco una vez más tu intervención!

Me puse en marcha calle abajo en busca de un baño público, preguntándome qué narices se me había pasado por la cabeza para dirigirme así al tribuno. Al fin y al cabo, sólo conocía a Arrio de mi celda; fuera de la cárcel quizá fuera otra persona, y eso ni siquiera lo había pensado.

Me crucé con un anciano bien vestido, con aspecto de funcionario u hombre de letras, y no pude resistirme a preguntarle:

—Por favor, ¿puedes decirme qué día es hoy?

Apartándose por el hedor que yo desprendía, me contestó:

—Mañana son las calendas de diciembre[21]. ¿Acabas de salir de la Mamertina?

—Sí, ¿se nota? Precisamente estoy buscando un baño público.

—Hay uno cincuenta pasos más adelante. ¡Buena suerte, joven!

Y se marchó sonriendo.

Sólo en ese instante me di cuenta de que la calle estaba llena de colores, todos los colores del arco iris. Vivos reflejos de las mercancías expuestas delante de las tiendas, de la gente que se movía con coloridos ropajes y del cielo azul despejado.

Demasiado tiempo había permanecido inmerso en la penumbra de esa celda subterránea.

V.

A la hora sexta me presenté delante de la Mamertina.

Me había lavado y afeitado, aunque me habían mandado a un baño de agua caliente en el patio de atrás; apestaba tanto que hubiera espantado a todos los demás clientes. Me había quitado el hedor a establo y la suciedad de la prisión y en una tiendecita había encontrado una túnica y un par de sandalias nuevas por unos sestercios.

Poco después vi llegar al tribuno Elpidio junto con un hombre, mientras los dos legionarios de escolta observaban el movimiento a lo largo de la calle.

El tribuno sonrió al verme aseado y me dijo:

—Busquemos un lugar donde se pueda comer algo —e hizo un gesto a los dos de la escolta.

Miré un poco mejor al otro acompañante que no me habían presentado y no daba crédito a lo que veían mis ojos:

—Pero ¡si eres Arrio! —le dije incierto. Era él, en efecto: se había lavado, afeitado y comprado una túnica nueva, como yo.

Y me miró a los ojos:

—¡Y tú, Quintilio!

El tribuno rio complacido y preguntó:

—Pero ¿vosotros dos no estabais en la misma celda? ¿Y no habéis sido capaces de reconoceros?

—Pues así es, tribuno —le respondí—: estábamos juntos en la celda, ¡pero siempre a oscuras y con tales barbas que parecíamos asaltantes callejeros!

Arrio me murmuró al oído:

—Gracias, Quintilio, siempre estaré en deuda contigo… ¡mientras viva!

Encontramos una *popina* de aspecto pulcro y tomamos asiento en la mesa que nos indicó el tabernero. Éste había visto el uniforme de oficial y se había imaginado que éramos huéspedes distinguidos. No podía saber que acabábamos de salir de la cárcel.

Arrio y yo nos miramos a los ojos. Hacía casi un mes que yo no comía decentemente. Arrio mucho más.

Nos trajeron una montaña de cebollas asadas, carne hervida humeante y pan fresco. Nos pusimos manos a la obra y en unos instantes devoramos un par de raciones cada uno, sin importarnos que la carne estuviera aun ardiendo. Después pasamos rápidamente a las albóndigas en salsa de vino.

El tribuno Elpidio sonrió al comprobar nuestro voraz apetito y aguardó pacientemente a que saciáramos el hambre.

—Quintilio, el comandante de la prisión me mostró la lista de espera para los interrogatorios y era como me has dicho. Arrio ni siquiera estaba en la lista. Ninguno de los magistrados estaba de humor para hacerse cargo de una burda historia de taberna en la que ni siquiera es seguro que haya un muerto, y esperaban que alguien se presentara preguntando por él.

Arrio guardó silencio al enterarse del terrible riesgo que había corrido.

—Arrio —continuó el tribuno—, has de agradecerle a este joven que ha tenido la buena idea de sacarte de ahí—y me señaló con la mano, sonriente—. Pero quizá no hayas entendido bien lo que has firmado conmigo en el despacho del comandante de la cárcel.

—Tribuno, he confiado en ti—respondió Arrio—. Me preocupaba que mi estancia en la cárcel pudiera durar mucho tiempo.

—Así que os explico a ambos cómo están las cosas: tú, Quintilio, has sido confiado de nuevo al Cuerpo de Ingenieros y yo he firmado avalando que tu declaración es cierta. Has de saber que en tu caso no te ha salido del todo mal. Tu posición ha sido aclarada y el año de trabajos forzados que se te impuso ha sido revocado. Vuelves a estar a las órdenes del prefecto Festio, a quien le escribiremos dos líneas lo antes posible para que registre tu reincorporación a la unidad. También recuperarás tu *stipendium*. Fue gracias a tu petición que tuve conocimiento de tu arresto y pude trasladarme a Roma.

—Entonces tengo que agradecértelo de nuevo, tribuno —respondí al instante—, ¡porque un año confinado en el recinto del campamento habría sido muy duro! Con el prefecto Festio, las cosas han ido mejor últimamente. Tuvimos la oportunidad de hablar y

conocernos, e hice de mensajero para él con algunas cartas dirigidas a su familia. También le daré las gracias de la mejor manera en cuanto pueda.

—Y ahora vayamos a tu situación —dijo el tribuno, señalando a Arrio con el hueso que estaba limpiando.

—Que sepas que estás fuera de la Mamertina por pura casualidad. En realidad necesitamos ingenieros cualificados para trabajar en los puentes. Nunca tenemos suficientes debido a los constantes y repentinos movimientos de las legiones a causa de la guerra civil. Para sacarte sin juicio, he tenido que garantizar que te presentarías voluntario para una misión sin retorno. Esto es lo que has firmado.

Vi que Arrio se había quedado paralizado con un bocado de carne en la boca.

—¿Dónde se supone que tengo que ir? —susurró asombrado.

—Por el momento no tienes que ir a ninguna parte. Has sido confiado a mi custodia. Que sepas que si te encuentran vagando por ahí, borracho y sin justificación ni permiso precisos, volverás a la Mamertina. Pero esta vez no sé si saldrás. Ofrecerse voluntario y ser aceptado para una misión peligrosa era el precio que pagar para salir sin ser juzgado.

De repente nuestra mesa se había quedado en silencio, sólo se oía el murmullo de los otros comensales y los ruidos que llegaban de la calle.

Al cabo de unos instantes Arrio contestó:

—Sé que cometí una estupidez y que, de alguna manera, he tenido que pagar por ello. Pero creo que la oferta que me has hecho es justa porque, por lo menos, tendré la oportunidad de hacer algo útil. Tengo buena memoria, esta es una lección que nunca olvidaré.

—Bien. Me alegra que digas eso. Ahora te quedarás en nuestro cuartel por unos días, Quintilio sabe dónde está. Mañana por la mañana ambos os presentareis ante mí a la hora cuarta[22]. Habrá una reunión y necesito preguntaros algunas cosas. Tú, Arrio, no puedes volver a Placentia. Seguirás a Quintilio al campamento del prefecto Festio, que en este momento ya ha completado la

reubicación del campamento en la Vía Flaminia Menor, en los Apeninos.

—¿Vuelta al servicio, tribuno?

—Quintilio, tendrás que estar un par de años más con el Cuerpo de Ingenieros, pero mientras tanto puedes hacer algo con nosotros, si lo deseas. Pero ya tendremos tiempo de hablar de eso. Ahora os dejo, debo volver al cuartel. Si queréis dar un paseo por la ciudad, alejaos de tabernas, de los burdeles sombríos y de los *vigiles*. Aquí no se andan con chiquitas. Si os ocurre algo, no necesariamente podré volver a ayudaros, ¿entendido?

—¡A la orden, tribuno! —respondimos al unísono.

Cuando el tribuno se marchó con los dos legionarios de escolta, volvimos a sentarnos a la mesa para picar algo, incrédulos de que estuviéramos fuera de la Mamertina y libres, ¡libres para ir adonde quisiéramos y hacer lo que nos viniera en gana!

—¡Quintilio, si no fuera por ti seguiría ahí dentro, en aquella celda a oscuras!

—Arrio, si hubieras tenido la oportunidad, ¿tú no habrías hecho lo mismo por mí? Lo importante es que ya estamos fuera, pero debemos tener mucho cuidado para no meternos en líos.

—¡Ya lo creo! Y más no podía decir ni hacer el tribuno Elpidio. ¡Tengo con él, como contigo, una deuda enorme!

—Así que, Arrio, como estamos libres, tengo algo que hacer: debo ir a visitar a unos medio parientes míos, porque quiero saber cómo les va. Luego, mañana, en cuanto acabe la reunión, quiero ir al balneario, a meterme en el agua caliente, siempre pensaba en eso cuando estaba en la celda. Y debería pasar a saludar a los padres del prefecto Festio. Siempre los visito cuando estoy aquí en Roma, son dos ancianos muy entrañables. ¿Y tú que vas a hacer?

—No estoy familiarizado con la ciudad, no tengo ganas de meterme en follones nada más llegar. Podría ir contigo, si no te importa. Luego debemos acordarnos de enviar dinero a la familia de Quinto. ¡Se lo hemos prometido!

—Por supuesto, y lo haremos. Pero no quiero ir solo a Suburra. Debo encontrar a alguien que nos acompañe, preguntaré en el

cuartel si hay alguien que conozca la zona. Cambiando de tema, ahora que veo tu aspecto, ¿cuántos años tienes, Arrio?

—Bueno, en cuanto al aspecto, ¡tú también has cambiado mucho en estas últimas horas! Tengo treinta y cuatro años. Soy de Ariminium[23], pero ahora no tengo a nadie allí. Espero formar una familia con Domitila. Y, de todos modos, tenías razón: ¡seré yo quien le lleve el mensaje!

—Entonces en marcha, Arrio, que los días de noviembre son cortos y nos queda mucho camino por recorrer.

Mientras nos levantábamos de la mesa Arrio, llevándose la mano a la cabeza como quien ha recordado algo de repente, añadió:

—¿Recuerdas esta mañana cuando el tribuno hablaba con el comandante para que me sacara? Yo estaba entre dos guardias, y hablaban entre ellos de la ejecución de un tal Pesencio. ¡El verdugo le ha decapitado hace unas horas! Era ese hombre silencioso que estaba en la celda con nosotros y que fue llevado ante el juez hace unos días.

—Claro, me acuerdo muy bien de él. ¡Entonces está muerto! Pobre hombre. ¡A saber lo que habría hecho!

—Los guardias estaban hablando de ello. El hombre estaba loco. Dijeron que un zagal de siete u ocho años, hijo de sus vecinos, había desaparecido y que no podían encontrarlo. Luego vieron a un perro sacando huesos de una zanja en el jardín del tipo, y mandaron a los vigiles a comprobarlo. Al parecer, ¡había devorado al niño!

Caminamos un buen rato por las calles de Urbe, preguntando qué camino seguir y a veces incluso equivocándonos. Compramos un par de capas porque empezaba a refrescar. Arrio no paraba de mirar a todas partes y señalarme ahora una tienda, ahora el paso de una silla de manos con alguna hermosa mujer, o un individuo singular que parecía venido de tierras lejanas.

Nunca había estado en Roma, todo le resultaba novedoso. Para visitar la Urbe había tenido que ser arrestado.

—¿A casa de quién vamos, Quintilio? —me preguntó en cierto momento—. ¿Me has dicho que son medio parientes tuyos?

—Vamos a casa del arquitecto Sextilio. Allí viven su nieta y su tutor, y su secretario Hicesio. En realidad, no son mis parientes, era sólo una forma de hablar. Son buena gente, me llevo muy bien con ellos. Pero puede que en la casa no encontremos a nadie. En cualquier caso, los criados podrán darme noticias recientes, ya que hace varios meses que no sé nada de ellos.

Llegó un momento en que prácticamente tuve que arrastrarle, porque al pasar a la vista del Capitolium y de la colina del Palatino estaba tan absorto por las riquezas, los templos, los mármoles y la masa de gente, que ya ni siquiera veía dónde ponía los pies.

Mientras caminaba, pensaba en lo que podría decir si encontrara allí a Regila. Y lo que ella podría responderme.

La chica estaba ciertamente enamorada de mí. Era obvio, nunca había tenido la oportunidad de conocer gente y yo era el único joven con el que se había familiarizado un poco.

Ella y su tutor Rusonio procedían de una pequeña granja situada en el campo de Fidenae, donde tenían un huerto y unas cuantas cabras. Regila se había quedado sin padres de niña y había sido acogida por su tío Rusonio, que la había librado de las calles y, casi con toda seguridad, de una vida de esclavitud o prostitución.

Era la nieta natural del arquitecto Sextilio, el testimonio vivo de una relación que el erudito había tenido muchos años atrás y que no había querido o podido convertir en una relación estable o matrimonio.

Con los años, el arquitecto había tenido controladas, primero a su hija natural y luego a su nieta, y la había nombrado heredera de una parte de su patrimonio, igual que a la hija que había tenido por legítimo matrimonio. La había sacado de la pobreza dejándole su villa y bastante dinero. La chica tenía ahora dieciséis años y sentía debilidad por mí, pero yo nunca le había hecho demasiado caso, sabiendo cómo son las chicas.

Debía de ser la hora nona[24] cuando llegamos al Celio y nos dirigimos hacia la villa que yo conocía bien. Llamé a la pesada puerta y un criado se acercó a mirar con recelo por el ventanillo. Le reconocí de inmediato:

—Apolonio, soy Quintilio, puedes abrirme, no temas nada.

El sirviente Apolonio abrió:

—¡Quintilio, bienvenido! No hay nadie en la casa. Sólo estamos los tres sirvientes, Nico, Acilla y yo. Escucha, nos han ordenado que no dejemos entrar a nadie.

Arrio estiró el cuello para admirar el gran jardín y el lujoso atrio de entrada, mientras Apolonio nos hacía sentar en el *tablinum*[25].

—Entonces, Apolonio, cuéntame cómo van las cosas por aquí.

—Las cosas van bien, Quintilio, como ves, la casa está en orden y afortunadamente no hemos tenido ningún problema desde vuestra partida en los idus de enero, hace unos diez meses. Como predijiste, un par de semanas después vinieron los guardias. No dijeron lo que buscaban, pero eran una decena y miraron por toda la casa. Sin embargo fueron educados y no rompieron nada. Cuando se dieron cuenta de que hacía tiempo que nadie vivía en la casa, salvo nosotros los criados, se fueron.

—¿Y hay noticias de Regila y Rusonio?

—Sí, Rusonio estuvo aquí hace un mes, debían de ser las calendas de noviembre[26], creo recordar. Todos están muy atareados en Ravenna. Vino a recoger las cosas de Regila, tenía una larga lista escrita de objetos que yo busqué por toda la casa y empaqueté; luego Rusonio, con una carreta, se lo llevó todo a Ravenna.

—¡Oh! ¿Una carreta llena? ¿Pero qué se llevó Regila?

—Se llevó muchas cosas que eran del arquitecto, incluida su mesa de trabajo, la grande de madera con cajones que trajiste desde Vadus. Luego estaban las ropas de Regila y el baúl de mi amo. Los libros, en cambio, no los encontramos.

—¿Así que planean quedarse en Ravenna por un tiempo?

—Claro, Quintilio. ¿Pero no lo sabes? ¡Regila se ha casado! ¡Por eso quería que le llevaran sus cosas!

Me quedé boquiabierto y mudo, mirando la cara de caballo de Apolonio.

En ese instante entró la criada Acilla con unos vasos y algo de beber, y le dijo:

—Apolonio, cabeza de chorlito, el chico no puede saberlo, se fue hace un año. Lo siento, Quintilio, para nosotros también fue una

completa sorpresa. La chica se casó de repente, aquí no habíamos tenido más noticias de ella después de que se trasladara a Ravenna, cuando os fuisteis todos juntos. Y Rusonio no nos dijo mucho. Tal vez a él también le dolió un poco este repentino matrimonio, creo que se sintió un poco excluido. ¡Ah!, lo único que nos contó fue que se había casado con un oficial del ejército que parecía un joven muy simpático, educado y muy cariñoso y amable con la chica.

¡No me lo podía creer! Después de todas nuestras risas y bromas juntos, y de las lágrimas que había derramado Regila sobre mí, ¿ahora se había casado sin decirme nada?

—Pero, escucha, Acilla. ¿Te ha dado la impresión de que había algún problema, o no sé, algún contratiempo? —le pregunté a la sierva.

—No, Quintilio. Rusonio se detuvo aquí a dormir una noche, y al día siguiente partió de inmediato hacia Ravenna. Esa noche estuve un rato con él durante la cena y me contó algunas anécdotas. Vivían bien en Ravenna. Se alojaban en casa de un rico argentario[27], Regila se había hecho amiga de la hija de ese argentario y era querida por todos en la casa. Este verano en una cena, también en casa del argentario, conoció a ese joven oficial y por lo que tengo entendido, se vieron durante dos o tres meses, luego ese joven se la pidió a Rusonio en matrimonio, y Regila dijo que sí. Eso fue todo.

—Pero ¿no te resulta extraño que se haya casado así, sin avisar a nadie?

—Quintilio, ¡la chica debió pensar que era la hora de casarse! Ya sabes que todas se casan hacia los quince años, algunas incluso a los trece, aunque a mí me parezca demasiado pronto, porque a los trece una chica es todavía una niña. Regila debía de pensar que ya tenía casi diecisiete años y se arriesgaba a quedarse sola el resto de su vida, ¿no crees?

No supe qué responder a la rigurosa conclusión de Acilla. El resumen que había hecho ya era lo suficientemente claro.

Mientras estaba sumido en mis pensamientos sentí que me tocaban en el hombro. Era Arrio:

—Quintilio, tenemos que irnos, es casi de noche. ¡Creo que es mejor no deambular por esta ciudad de noche!

—Sí, tienes razón Arrio, ¡no podemos arriesgarnos a acabar en medio de alguna pelea callejera! Acilla y Apolonio, os agradezco lo que me habéis dicho. Si puedo, volveré a visitaros. ¡Cuidaos!

Bajamos a la calle y salimos a paso rápido para recorrer las dos millas que nos llevarían al cuartel.

Caía la noche, pero aún había mucha gente por la calle, empezaban a encenderse los primeros candiles delante de las tiendas.

No podía quitarme de la mente la noticia que acababan de darme. Como mínimo, esperaba recibir algo de ella, aunque sólo fuera un par de líneas de despedida.

Podría haberme informado, al menos para evitar que me enterara por otras personas.

Pero se me ocurrió que tal vez lo hubiera hecho.

Era yo quien resultaba difícil de localizar: durante el último año había estado en el mar o en Macedonia, enredado en las complicadas mediciones que el tribuno Elpidio me había encargado. El resto del tiempo lo había pasado en las Vías Consulares, confinado en los trabajos forzados o en la cárcel.

Ésta era la verdad.

Tal vez un mensaje corto, o quizás una larga carta, me estuviera esperando en alguna parte, pero yo siempre estaba fuera o en prisión.

En un año apenas le había escrito una carta desde Thessalonica. Había preparado otra mientras estaba en Eporedia, pero luego la había tirado, no había sido capaz de enviarla, temiendo que la muchacha se metiera cosas equivocadas en la cabeza.

¿Y qué era lo que iba a metérsele en la cabeza?

La culpa era mía. Si quería a esa chica, ¡tenía que habérselo dicho claramente cuando tuve la oportunidad!

Incluso Rusonio estaba deseando que me la llevara.

Ahora ella había elegido su propio camino.

VI.

El oficial de guardia estaba al corriente de nuestra llegada y, en cuanto nos vio, llamó a un ayudante que nos condujo al minúsculo cuarto que nos habían asignado.

Arrio se fue a cenar con los legionarios, mientras que yo me tumbé en el catre, a meditar sobre mis oportunidades perdidas. Estaba feliz de haber salido de la cárcel, pero aquella noticia me había tomado por sorpresa.

Regila se había esfumado, y en el futuro tendría que arreglármelas para cambiar de planes. Ya no debía pensar en ella ni imaginármela de alguna manera relacionada con mi vida, porque ella había tomado otra decisión. Como me había sugerido la sirvienta Acilla, con su buen saber de ama de casa, se había cansado de esperarme.

Aquel joven oficial del que me había hablado había actuado con inteligencia: la chica le había gustado y había pedido su mano. Desde luego no se había equivocado, Regila era guapa y si bien no era rica, desde luego tampoco era pobre, pues disponía de la herencia que le había dejado su abuelo Sextilio.

Lo que me carcomía era que la joven me hubiera dejado de lado.

Es más: ¿cuántas oportunidades se me habían ofrecido y no había aprovechado? ¿Debería alguien haberme dicho que ésa era una gran oportunidad que no debía perder?

¿O pretendía que me lo escribieran en alguna parte? ¿Y cómo, si no, podía distinguir una oportunidad provechosa que el destino me ofrecía de otra sin valor?

Ésa era la duda que me asaltaba mientras intentaba dormir, por primera vez en bastante tiempo, en un catre.

A la mañana siguiente le pregunté a un ordenanza dónde tendría lugar la reunión con el tribuno Elpidio y me condujo, junto con Arrio, a una sala de espera cuya puerta estaba vigilada por dos guardias armados.

Allí esperamos un buen rato, prácticamente toda la mañana, mientras funcionarios y oficiales entraban y salían.

Por fin, el ordenanza vino a llamarnos y nos hizo pasar a una salita donde ya se encontraban el tribuno Elpidio y otras cinco personas, entre las que destacaba un oficial grande y corpulento; las cintas lo identificaban como general.

El tribuno no se inmutó, al parecer continuaba un discurso que ya había comenzado:

—Ya conocéis a Quintilio, el agrimensor. Suyos son los documentos y el informe de la misión en Attica de hace unos meses. Quintilio, explícanos sin hacernos perder el tiempo si puedes medir la anchura de un río.

—Claro —le respondí con seguridad—, no necesitamos cruzarlo para saber exactamente la anchura de un río, siempre y cuando podamos trabajar con la *groma* y un par de ayudantes mientras permanecemos en nuestro lado, a cubierto de flechas o ataques.

—Por supuesto. No es nuestro caso, no tenemos actividad enemiga. Supongamos que tenemos que estudiar la viabilidad de cierto número de puentes, precisamos conocer con exactitud la anchura del río para evaluar a qué nos enfrentamos. ¿Cuánto tiempo se tarda en efectuar esas mediciones? —preguntó Elpidio.

—Si tenemos un río de gran anchura, como por ejemplo el Po, y el acceso a la orilla no está obstaculizado por densos matorrales, puesto que necesitamos ver tanto nuestra orilla como la otra, en un día creo que organizándonos bien podríamos realizar cuatro mediciones de distancia en lugares no muy lejanos entre sí, por ejemplo, a media milla el uno del otro, para luego decidir cuál es el mejor.

El general me observaba mientras hablaba, aburrido y poco convencido.

—Quintilio —volvió a preguntarme el tribuno Elpidio—, ¿hay algún límite de distancia? ¿Cuáles son las dificultades para realizar estos estudios?

—No existen limitaciones particulares. Para realizar las mediciones se necesita buena visibilidad y poco viento. La orilla desde la que actuamos debe ser transitable al menos en un tramo igual a la

anchura del río. Es necesario que los ayudantes puedan desplazarse para plantar estacas mientras yo les dirijo en sus movimientos con banderines. Por lo tanto, deben poderme ver. Eso es todo. La precisión de estas medidas es buena, y con varias medidas se podría hacer un dibujo que respete las proporciones.

—¿Cuántos hombres utilizarías para hacer un trabajo así?

—Si disponemos de poco tiempo, necesitamos al menos cuatro hombres capaces de leer y escribir para plantar los piquetes y tomar medidas sobre el terreno; puede que necesitemos ocho o diez legionarios para cortar la maleza allí donde ésta impide la visibilidad y la colocación de las cuerdas con nudos.

Por último, el general, después de un rato mirándome, se decidió a hablar:

—¿Estabas tú en Attica con Galerio? —soltó casi con brusquedad.

Galerio era el centurión que nos había salvado el pellejo durante la huida de Attica unos meses antes. Había perdido la vida en Siria, mientras continuaba la misma misión que había iniciado en Attica.

—Sí, yo estaba con Galerio. Nos salvó la vida a todos. ¡Era un valiente oficial!

El general asintió y no añadió nada más.

El tribuno Elpidio volvió a tomar la palabra:

—Si hubiera que efectuar decenas y decenas de estas mediciones, es decir, en función del número de mediciones, ¿podría plantearse algún problema concreto?

—No habría ningún problema, siempre que el instrumento no se dañe. Una groma es muy difícil de construir en el campamento, deben hacerlo artesanos especializados. Por eso siempre nos movemos con al menos dos. También en Attica...

—¡Muy bien, ya basta, Quintilio! El legionario del cuerpo de Ingenieros que he traído aquí esta mañana —continuó el tribuno Elpidio, señalando a Arrio con su bastón—, trabaja en el puente de barcas de Placentia, el que atraviesa el Po. Pero también conoce la barcaza que está cerca, en la aldea Ad Padum[28], la que a veces usamos si el puente de barcas está en mantenimiento.

Arrio asintió con la cabeza, para nada intimidado por estar en esta importante reunión.

—Arrio, ¿cuál es la distancia máxima que se puede cruzar con un puente de barcas?

—Depende de la fuerza de la corriente. Si elegimos un lugar donde el cauce se ensancha y la corriente es débil, el puente podría ser incluso más largo que el del Po. Los problemas más relevantes tienen que ver con el anclaje de las embarcaciones que se encuentran a mediados del puente: basta con que se mueva un ancla para que el puente se deshaga, y es muy fácil que las aguas destruyan una pieza tras otra.

—Entonces, ¿crees que el puente del Po ya es lo máximo que se puede construir?

—Quizá se pueda mejorar, pero no mucho. Baste decir que en primavera tenemos que arrastrarlo junto a la orilla para evitar que las aguas del deshielo lo destrocen. Si me permitís dar mi opinión, creo que más que la longitud máxima, habría que valorar los anclajes de las barcas. Como siempre es la parte central del puente la que está en peligro, si hay buenos anclajes para las barcas que están en medio del río, creo que se podrían hacer puentes de más de doscientos pasos de largo.

Uno de los oficiales que había permanecido en silencio hasta ese momento le preguntó a Arrio:

—Entonces, ¿crees que no sería difícil superar los doscientos pasos?

—Podemos superarlos, pero es necesario evaluarlo caso por caso. Por ejemplo, si tenemos la suerte de encontrar algunos islotes, como ocurre a veces a lo largo de los ríos, podrían ayudarnos enormemente. Si la corriente está dividida por un islote, aunque sea de los poco profundos, de los que se hunden durante las crecidas, podemos pensar en hacer refuerzos con espaldones en los que la vegetación desarrolle raíces y los haga más estables. Con un islote se pueden hacer dos puentes de barcas, y cruzar tramos de río incluso de una anchura superior a doscientos pasos. ¿Has visto cuando los ingenieros hacen puentes de piedra? Primero construyen pequeñas islas artificiales en el río y las defienden con cantos rodados y piedras, de cara a la corriente como la proa de un barco. Luego, una vez que han hecho esas islitas, empiezan a erigir los

pilones. Y de un pilón al siguiente, es básicamente un pequeño puente cada vez. Muchos puentes pequeños, y al final, una larga travesía.

Me sorprendió la sencillez de las explicaciones de Arrio. Era obvio que amaba su trabajo.

El mismo oficial le hizo otra pregunta a Arrio:

—Y con una barcaza de arrastre, ¿qué anchura de agua se puede superar?

—Si hablas de una barcaza de arrastre, es porque ya has evaluado que no cabe la construcción ni de un puente fijo ni de uno flotante. En cualquier caso, lo más que se puede abarcar no dejan de ser doscientos pasos romanos. No disponemos de cuerdas lo bastante largas y fuertes como para vencer el empuje del agua sobre la barcaza. Hay que tener en cuenta que la cuerda siempre está sumergida en el agua. Y, de todas formas, la cuerda también tiene que retirarse cuando llega el deshielo, porque nada puede resistir cuando la corriente arrastra los grandes árboles que arranca de las islas y la maleza de las orillas. ¡He visto bajar por el Po pilas de madera más grandes que este cuartel!

—Y de los puentes de pilotes hundidos en el lecho fluvial, como los que hizo César en el Rin, ¿qué opinas? ¿Sabías que tenían trescientos pasos romanos?

—No he tenido la suerte de ver en persona los dos puentes que hizo César. Sé que uno fue erigido en 699 y el otro en 701[29]. Hablé de esos puentes con un par de ingenieros que estuvieron en las construcciones, y se dice que esas obras pueden realizarse si la profundidad del lecho fluvial es propicia, y si la cantidad de árboles y broza que traen las aguas en primavera y se amontona contra los pilotes es razonable. Si se acumula demasiada madera, se formará un dique que impedirá el paso del agua, en cuyo caso ningún puente podría resistir.

El tribuno Elpidio volvió a tomar la palabra:

—Creo que puedo concluir que, antes de dejarnos llevar por fantasías, hay que realizar mediciones precisas y recabar información sobre el terreno. ¿Hay alguna pregunta?

El mismo oficial que había hablado antes indicó que tenía alguna pregunta más. Se volvió hacia Arrio:

—Si dispusiéramos, por así decirlo, de recursos ilimitados de hierro y pudiéramos construir grandes clavos, grapas y abrazaderas de hierro, ¿crees que podríamos proponernos hacer algo mejor?

—No lo creo —le respondió Arrio con seguridad—. Precisamente César hizo sus puentes casi exclusivamente de ligaduras de cuerda para que, deformándose, resistieran la corriente y, tras las primeras acometidas, volvieran a su posición inicial, como juncos que se doblan y no se rompen ni en las tormentas.

Aquí la discusión se descompuso en un intercambio de ideas entre los presentes, señal inequívoca de que con la información disponible no era posible ir más allá.

El tribuno Elpidio hizo una señal al ordenanza para que nos acompañara fuera, ya que nuestra contribución había terminado. Al pasar junto a él me dijo:

—Espérame fuera, he de hablar contigo en cuanto termine aquí.

Y en el vestíbulo no pude evitar decirle a Arrio:

—¡No te creía tan experto! ¡Hoy le has dado una lección a todo un general! ¡Y pensar que sólo hace dos días estabas en la Mamertina!

—Ya te dije en la celda que estaba contento con mi nuevo trabajo en Placentia, ¡fuera de la Décima! Pero en fin, son cosas que cualquiera que trabaje en los puentes podrá decirte. Está claro que estos funcionarios son buenos organizadores, pero no pueden conocer estos trabajos al detalle.

Esperamos un buen rato a que terminara la reunión y saliera el tribuno.

—¡Vosotros dos! —exclamó en cuanto nos vio—. Hacedme el favor de pasaros por administración y que os den un uniforme. No quiero ver civiles por el cuartel. Y el uniforme también os servirá para moveros por Roma y no meteros en líos.

—A la orden, tribuno —le respondimos al unísono.

—Os agradezco que estuvierais en la reunión. Hoy mi ayudante preparará vuestra documentación, os la entregarán mañana por la mañana. Tendréis vuestros documentos personales y los permisos

para ir al campamento del prefecto Festio en la Vía Flaminia Menor. Tú, Quintilio, sígueme a mi despacho.

Unos instantes después, tras cerrar la puerta, el tribuno hizo que me sentara frente a su escritorio:

—Quintilio, por el momento hemos terminado aquí en el cuartel. Estoy organizando algo que sólo se podrá mover cuando empiece a hacer calor, así que vosotros dos os quedaréis una temporada con vuestro prefecto Festio, luego mandaremos a buscaros. Quería hablar contigo en privado porque ha llegado a mis oídos que te enfrentaste al pretor que te interrogó, y hoy me han confirmado que no le revelaste nada sobre la misión en Attica. Tengo que agradecértelo personalmente, y me imagino que no se te habrá pasado por alto lo arriesgado de tu jugada. El secreto sobre nuestras operaciones es importante, y nadie debe saber lo que hicimos allí. Afortunadamente el magistrado no quiso insistir y gracias a eso pude ponerte en libertad. ¡Corría el riesgo de que te metieran en alguna celda y se olvidaran de ti durante años!

—He conservado como oro en paño las instrucciones que me dio hace más de un año el *patronus* Sidonio, el que me envió el senador Menenio. Si el pretor me hubiese encerrado en alguna celda, confiaba en que vendríais a ayudarme. Si tú no venías, tarde o temprano aparecería el tribuno Veranio, al que también había enviado una carta. Y si él tampoco podía, esperaba que, ante la falta de noticias mías, el prefecto Festio se moviera. En realidad temía hablarle al pretor de aquella misión. Ya os había nombrado a ti y a Veranio, y él ya no podía entregarme al verdugo ni hacerme desaparecer en el Tíber, puesto que no sabía lo que había detrás. Pensé que habría corrido más riesgos si hubiera dicho más, porque a partir de ahí me habría vuelto del todo inútil. Pero aparte de eso, yo había dado mi palabra de guardar silencio.

El tribuno me miró con seriedad y luego añadió:

—Podría haber sido fácilmente así. Si hubieras empezado a hablar te habrían exprimido hasta el fondo, y entonces ya no le habrías importado nada a nadie. En cualquier caso, creo que la mejor protección es dejar huellas para que puedan venir en tu ayuda, y tú lo has hecho. De todos modos, he podido saber que el magistrado

que te interrogó es un hombre honesto y que llegaría a la verdad de tu caso. Pero hoy también quería agradecerte la ayuda que nos ha prestado Arrio. Cuando ayer me hablaste de él, ¿cómo diantres sabías que aquí estábamos discutiendo de puentes?

—No lo sabía, tribuno. Ha sido pura casualidad. Arrio tiene ciertos rasgos que me recuerdan a tus hombres, te lo dije enseguida. Pensé que no merecía ser olvidado en una prisión.

—Yo también he notado que se parece a uno de los míos. ¡Lástima que lo echaran de la Décima!

—Estando en la celda con él, me di cuenta de que es un hombre del Cuerpo de Ingenieros, un constructor, no un luchador. Su puesto no estaba en la Décima.

—¡Ya lo creo! Ahora descansad un día o dos, y luego marchad hacia Arretium por la Vía Flaminia Menor. Transmitirás mis saludos al prefecto Festio, para quien te daré una carta. Aguardaréis allí, en el campamento, nuevas noticias.

Fui con Arrio a la administración y nos entregaron dos uniformes con lorigas de cuero y cáligas nuevas. En el vale de recogida de los uniformes se especificaba que el tesorero nos daría también unos cincuenta denarios a cada uno, indispensables para reponer fuerzas en las mejores *popinas* de Roma.

Por la noche seguí con mis cavilaciones sobre el asunto de Regila.

Lamentaba que hubiera terminado así, pero por muchas vueltas que le diera, era yo quien no había querido tomar una decisión en su momento. Y de hecho nunca le había prometido nada, ni en un sentido ni en otro.

Al final ella había elegido.

Eso era lo que me encendía: ¡que ella hubiera tomado la iniciativa!

Permanecí en mi catre pensativo y contemplé durante largo rato las vigas del techo a la débil luz del candil, como si fueran obras de Fidias el ateniense.

VII. La Vía Flaminia Menor

Para llegar al campamento del Cuerpo de Ingenieros, situado a una veintena de millas de Bononia[30], Arrio y yo cruzamos los Apeninos entre los rigores del invierno.

Hasta el último puerto de montaña, que superamos a toda prisa con un frío glacial y un viento traicionero, no sabíamos si llegaríamos a nuestro destino.

Nos habíamos unido a cuatro oficiales que se dirigían a Bononia con cuatro hombres de escolta intentando ahorrarse el larguísimo viaje por la otra Vía Flaminia[31], la *Vetus*, que los llevaría primero al mar Adriático y luego a la Vía Aemilia donde ésta alcanza la costa del mismo mar Adriático.

La información que habíamos reunido en Arretium[32] y en Faesulae[33] antes de partir nos aseguraba que con buenos caballos lo conseguiríamos. Justo antes de los pasos nos cruzamos con un par de mensajeros que recorrían la misma ruta en sentido contrario al nuestro, de norte a sur, y nos confirmaron que el camino era transitable.

La Vía Flaminia Menor era una antigua carretera construida por el Cuerpo de Ingenieros cuando se les ocurrió que esa ruta sería una buena forma de mover tropas con rapidez, tomar a los ligures por la retaguardia y hacerles entrar en razón. Atravesaba montañas salvajes donde los desprendimientos eran frecuentes y al destacamento del prefecto Festio le había tocado encargarse del mantenimiento del tramo en peor estado, donde estaban previstos dos años de trabajo de nuestras cuatro centurias.

El tramo más difícil de la vía, sobre todo en invierno, era el que se encontraba a mayor altitud; lo atravesamos en una jornada inolvidable que para nosotros comenzó a altas horas de la noche, cuando salimos de la mísera posada próxima al puente sobre el río Sieve. Partimos de madrugada y en una oscuridad total, guiados por la blancura del hielo. Íbamos tan cubiertos de capas y bufandas que ni siquiera podíamos reconocernos los unos a los otros.

Pero los auspicios habían sido favorables y no parecía que fuera inminente una nevada.

Así que empezamos a subir intentando prescindir de los caballos, desmontando para guiar al animal de las riendas siempre que fuera posible y calentarnos un poco con el movimiento, pero sin detenernos en ningún momento.

Superamos los puertos por la tarde, y a última hora de la noche, al límite del agotamiento y con los caballos exhaustos, empezamos a oler el humo del campamento del Cuerpo de Ingenieros.

En el campamento encontré los rostros de siempre que tan bien conocía, y saludé a compañeros y amigos. El centurión Valencio me recibió cordialmente, y riendo me dijo:

—He oído que te has lucido, ¡pero no me han dicho cómo! ¿Acaso asaltaste algún burdel defendido por una vieja arpía que quería tu dinero?

Le estreché el antebrazo. El centurión siempre me había ayudado cuando me había hecho falta, sin jamás echarme en cara su rango.

Me presenté en la tienda del prefecto junto con Arrio y los oficiales boloñeses que iban a tomarse un día de descanso, ellos y los caballos, antes de continuar.

El prefecto me saludó cordialmente:

—Quintilio, ¡me alegro de verte! Envié una misiva al Mando hace unos días para tener noticias tuyas, ya que no he obtenido respuesta después de mis primeras cartas.

—Debo darte las gracias, prefecto, si estoy aquí es porque la carta que te pedí que enviaras al tribuno Elpidio cumplió su cometido. Estaba en la cárcel Mamertina, pero como no había cargos probados, el tribuno Elpidio pudo hacer valer mis razones y sacarme. El pretor incluso anuló mi año de trabajos forzados. Ahora he sido reincorporado a esta unidad. Tengo dos pliegos que entregarte: uno es de tu familia, fui a visitar a tu padre y a tu madre hace unos días. El segundo es del tribuno Elpidio, que te contará algunos acontecimientos. También ha enviado aquí al ingeniero Arrio, a quien quizá recuerdes, pues trabajó con nosotros en Vadus.

—Te lo agradezco, Quintilio. Mañana nos reuniremos y hablaremos un poco. Hoy debo dar audiencia a estos oficiales que van a Bononia.

Vi a Arrio en compañía de su antiguo centurión Mamecio; se contaban las últimas noticias frente al fuego, pasándose el uno al otro las castañas recién asadas. En la tienda de los agrimensores, la que antaño había sido mi oficina, encontré a mis colegas Aurelio Cápulo y Elio Víctor con montones de papiros abarrotando la mesa de trabajo. Elio se alegró de verme y me saludó calurosamente.

Estaba en deuda conmigo desde que lo había arrastrado como segundo agrimensor y ahora, como yo me había marchado, ocupaba mi puesto como agrimensor jefe del campamento.

—Elio —le pregunté para quitarme la curiosidad—, pero ¿cuál es la razón de tanta prisa por abandonar el campamento de Eporedia e instalarse aquí en medio del frío, el viento y la nieve? ¡He recorrido toda la Vía Flaminia! ¿No me dirás que estáis haciendo algún trabajo? Todo está helado, ¡la tierra es más dura que el mármol!

—Ya lo sé, Quintilio, está todo helado, ¡con el invierno no se juega! Tuvimos que acampar aquí, a medio camino entre los pasos y Bononia, precisamente para no arriesgar nuestras vidas más arriba en las tormentas de nieve. Pero al final fue necesario. Tenemos dos canteras de arenisca que trabajar, no las has visto porque están un poco apartadas de la vía, si no sabes dónde están no las puedes encontrar.

—Elio, pero ¿no podéis extraer la roca en verano? Precisamente ahora que hay nieve, ¿hay que trabajar en ella?

—Quintilio, se ve que no estás familiarizado con este trabajo, pero si no separas los bloques en invierno con el hielo, no podrás hacerlo en verano, cuando ya no hiela.

Era una operación que yo desconocía, así que le pedí que me la explicara.

—Mira, Quintilio, esta piedra arenisca está un poco estratificada, de vez en cuando hay pequeñas grietas, pero si tuviéramos que romper los bloques con cuñas ¡haría falta una legión entera! En cambio, si en invierno viertes agua en las grietas, cuando ésta se congela la roca se abre.

—Entonces, ¿por eso se trasladó el campamento aquí?

—Sí, por eso. El prefecto Festio podría habernos dividido en dos secciones y dejar una que invernase en Eporedia, pero al final prefirió mantenernos a todos juntos, y no es mala idea porque si pasa una legión y ven a un campamento de ingenieros sin alguien al mando, los alistan sin preguntarle nada a nadie.

—¿Y hay hombres trabajando en las canteras?

—Sí, tenemos una treintena de hombres en cada cantera, se relevan cada dos días con personal fresco. El prefecto Festio ha dado instrucciones a los centuriones para que sigan trabajando sólo cuando haya buen tiempo, y se detengan si éste empeora. No quiere arriesgar la vida de nuestros hombres. Pero si hace bueno y al final no nieva, el trabajo supone poco esfuerzo y se puede llevar a cabo incluso con frío. Ya ves, lo único que hay que hacer es derretir nieve con fuegos.

—¿Y tú has visto tallar la roca con este sistema?

—Sí, Quintilio, y es bastante sencillo, nada complicado. Una vez al día vierten agua tibia sobre las rocas, y ésta se filtra por entre las grietas; si ven que se escapa por algún sitio, taponan la fuga con una palada de tierra. A medida que el agua se congela, la grieta se ensancha, y para ayudar a las rocas a romperse, a veces hincan en las grietas unas cuñas hechas de ramas de castaño, que también ayudan.

—¿Y adónde han ido todos los demás? No veo a nadie en el campamento.

—A otros grupitos los han enviado a lugares accesibles desde la vía Flaminia, río abajo, para pasar media jornada aserrando madera.

—Entonces, Elio, ¿es un trabajo totalmente distinto al que solíamos hacer en la llanura?

—Sí, es completamente distinto. En cuanto llegue la primavera y el tiempo lo permita, una cuadrilla se pondrá a trabajar en la cantera y empezará a cuadrar adoquines de arenisca para la pavimentación de la carretera.

A media mañana, un ordenanza vino a buscarme para avisarme que el prefecto me aguardaba a la hora del almuerzo. Esperaba esa

invitación y seguramente tendría que informarle sobre los últimos acontecimientos en Roma.

A la hora sexta me recibieron en la gran tienda de piel de vacuno del prefecto, que también servía de lugar de mando y de reunión para los centuriones.

—Entonces, Quintilio, lo conseguimos una vez más, ¿verdad? —me preguntó el prefecto sonriendo y apretándome el antebrazo.

—¡Lo logramos porque me echaste una mano enviando esas cartas en el momento oportuno!

—Pero vamos a comer algo caliente, Quintilio, ¿has visto el clima de aquí?

—¡Desde ayer por la noche ya lo estoy sufriendo, incluso oímos aullar a los lobos! —le respondí.

—Se estaba mejor en Mantua, ¡hace un par de años! Alguna que otra helada en invierno, pero luego siempre trabajando. Aquí, en cambio, nos vemos obligados a esperar al buen tiempo, pero el trabajo de las canteras había que hacerlo ahora, ¡no cabe otra! ¿Y en Roma? ¿Cómo van las cosas?

—¡En Roma se está bien, siempre y cuando permanezcas alejado de la cárcel Mamertina!

—¿Te has enterado de alguna novedad en el Mando?

—Nada concreto, prefecto. Participé en una reunión porque me pidieron que explicara a algunos oficiales y a un general cómo se pueden tomar medidas con una groma. Pero luego tuve que salir de la sala de reuniones y ni siquiera me enteré de qué estaban discutiendo. De todos modos, ten en cuenta que solo estuve en la ciudad tres días, el resto del tiempo lo pasé en la cárcel.

—Sí, Elpidio menciona algo de eso en la carta que me trajiste. Dice que ahora todo está atado y bien atado, y que no habrá repercusiones.

—Ojalá sea así, porque no había absolutamente nada en mi contra. Mi posición ahora ha sido definitivamente aclarada.

Además del vino, hice honor a las excelentes aves de corral, que nunca faltaban en la mesa de mi superior, y le anticipé:

—Prefecto, es posible que me llamen para nuevas misiones por cuenta del Mando de Roma.

—Estoy al corriente, Quintilio, Elpidio lo dice en su carta. También me adelantó que el ingeniero Arrio trabajará contigo y ha sido reincorporado a esta unidad, ¡sin embargo esta vez con el *stipendium*!

—Sí, creo que deben estar planeando la construcción de puentes. No sé mucho más al respecto, no es que se me haya pedido que guarde el secreto, pero sólo me hicieron participar en la reunión el tiempo necesario para hacerme algunas preguntas específicas.

—Quintilio, si te piden que vayas, me alegrará que uno de mis hombres sea requerido para una operación importante y, en la medida de lo posible, te lo facilitaré. Al igual que Arrio, que os acompañará; es un buen carpintero, lo recuerdo cuando estuvimos en Vadus. Los centuriones me han dicho que esta vez debería haber aprendido la lección. Ha tenido suerte de que lo sacaran de la Mamertina.

—Sí, ¡le han soltado porque le han ofrecido una misión sin retorno!

Sólo en ese momento me di cuenta plenamente de lo que le estaba diciendo al prefecto: yo también era candidato para la misma misión.

VIII.

La convocatoria se produjo en las nonas de febrero[34], un correo con el mensaje vino exprofeso al campamento del prefecto Festio. El día acordado, Arrio y yo nos presentamos a la hora cuarta en Bononia ante una sala vigilada por seis legionarios armados. Un ordenanza tenía una lista de los que podían entrar en la reunión.

Nos admitieron en la pequeña sala y tomamos asiento alrededor de una gran mesa. En poco tiempo llegaron todos los participantes, una decena, entre oficiales y civiles; yo no conocía a ninguno.

Se cerraron las puertas y un tal legado Aurelio Estatilio nos convocó por nuestro nombre, uno a uno, explicando en pocas palabras a los presentes cuál era el rango y la especialidad de cada uno.

Fueron presentados dos centuriones, Octavio y Maximino, y un joven agrimensor llamado Calpurnio, que especificó que era experto en cálculos de agrimensura.

El legado Estatilio blandiendo un manojo de hojas de papiro nos hizo saber lo que se estaba cociendo:

—¡Os doy la bienvenida a todos! Algunos de vosotros aún no sabéis por qué estamos aquí reunidos. Os lo diré ahora: estamos preparando una expedición que nos llevará a Cimeria[35].

Arrio y yo nos miramos. Nunca habíamos oído hablar de aquel lugar.

El legado hizo un gesto a un ayudante para que descubriera un mapa que colgaba de la pared, y con una vara empezó a explicar:

—Tras la victoria en Zela[36] del pasado agosto el ilustre César sometió definitivamente a la república el reino del Ponto, que ya había sido conquistado hacía más de diez años por Pompeyo. En la actualidad, el Ponto depende de Roma con un estatuto especial que nos permite estar allí sin tener legiones asentadas de manera permanente. Junto con el Ponto, el ilustre César nos trajo también un "reino cliente", como nos gusta llamarlo: la Cólquida, y con ella, el Reino del Bósforo.

Las miradas inexpresivas de los reunidos indicaban que más de uno no había oído hablar nunca de estos lugares; yo traté de estirar el cuello y estudiar el mapa que colgaba de la pared.

—¡Hoy hablamos del Bósforo Cimerio! —continuó el legado.

—Este reino no es más que un conjunto de antiguas colonias griegas ocupadas en parte por tracios que destruyeron lo que los griegos habían conseguido crear. Estos parajes están muy lejos de nosotros, ¡el mismo Pompeyo que trazó toda esa parte de Asia hoy romana nunca ha estado allí! En conclusión, Cimeria[37] es un pequeño e inútil reino en medio de pueblos en gran parte hostiles como los tracios, una isla en medio de un mar de bárbaros. El Ponto Euxino, que veis en el mapa, es un gran mar navegable, pero aquí le cedo la palabra a un oficial que conoce bien ese mar.

Un oficial alto y delgado se situó junto al mapa y comenzó a explicar:

—Soy el legado Espurio Valeriano. El Ponto Euxino es un gran mar totalmente navegable, muy útil para desplazarse entre las ciudades de la costa que fueron en su día colonias griegas, como Sinope. Allí se sigue hablando griego, pero ahora hay muchas más poblaciones. Tampoco estamos demasiado lejos del Reino Parto y de esa frontera que tantos quebraderos de cabeza le dio a Pompeyo y muchos suponen que nos darán también a nosotros. Ni que decir tiene que aquí —y señaló un punto en el mapa que colgaba de la pared—, justo aquí se encuentra Carras[38], donde Craso fue derrotado en el año 699. Así pues, el problema es el siguiente: necesitamos el Reino del Bósforo porque es el lugar más avanzado hacia Asia desde donde podamos controlar fácilmente todo lo que ocurre en los reinos de oriente. Básicamente, queremos reforzar nuestra presencia allí. Es obvio que la única manera de hacerlo es llevar nuestras tropas y participar en el gobierno local con nuestros propios hombres, como se hace en el resto de las provincias. La forma más fácil sería ir por mar, ya que podemos acceder al Ponto Euxino con una flota a través de los estrechos de Byzantium[39], que está firmemente en nuestras manos.

Un ordenanza trajo un cántaro de agua y vino a la mesa, y el legado se detuvo un momento para observar si alguno de nosotros

tenía alguna pregunta.

—No disponemos de naves que llevar al Ponto Euxino. Pero, aunque las tuviéramos, para mantener operativa allí una flota, por pequeña que sea, necesitamos astilleros, equipamiento e ingenieros; ¡mucha madera, hierro, bronce! Para poder disponer de todas estas cosas, se necesitan grandes estructuras de tierra. Y no las hay, ¡porque el Bósforo Cimerio es como una isla en medio de poblaciones no romanas! En breve, podríamos enviar allí una flota, pero no podríamos mantenerla, salvo durante un período de tiempo limitado.

Empezaba a darme cuenta de que el problema de la república era que había heredado este reino, muy útil para reforzar y vigilar las fronteras, pero que tenía el defecto de estar demasiado lejos de Italia, ¡no era más que una cabeza de puente en casa ajena!

El legado Estatilio le interrumpió:

—Creo que está claro para todos que, antes de llevar una flota, ¡debemos tener bases! Para tener bases seguras debemos tener el control de la costa: en la práctica, lo primero debemos infiltrar a nuestros mercaderes en las tierras de los tracios con nuestras mercancías, ¡que darán a conocer las costumbres y riquezas romanas! Con las mercancías y la moneda romana, podremos allanar el camino hacia alianzas estables. Pero para lograrlo, no basta con una expedición por mar; ¡necesitamos carreteras! Carreteras para que puedan pasar comerciantes y carros, donde surjan posadas y emporios con nuestras mercancías, donde circule nuestra moneda, ¡pero que en caso de necesidad también sirvan para las legiones!

Retomó la palabra el legado Espurio Valeriano:

—Conocemos bien las carreteras hasta el delta del Ister[40], donde nuestros mercaderes ya van y vienen. Ahora queremos que esta expedición encuentre una buena ruta por tierra hacia el Reino del Bósforo y la ciudad de Teodosia[41]. Junto con la ruta, evaluaremos los cruces de los ríos, que son nuestro principal problema. A continuación, el centurión Octavio, que conoce parte de la ruta que hemos elegido, nos contará lo que cree necesario para realizar esta expedición.

El centurión Octavio, un hombre alto y bien parecido, se puso en pie y se acercó al mapa:

—Hemos hablado con mucha gente que ya ha estado allí y estamos seguros de que no hay grandes problemas hasta el delta del Ister. Utilizaremos barcas para cruzar a la otra ribera. No podemos seguir adelante con caballos porque no tenemos apoyo para el suministro de forraje. Con la hierba que hay allí, tal vez podríamos seguir un poco más, pero pronto nos quedaríamos sin caballos. Por tierra, de Ister a Teodosia hay unas seiscientas millas. Es tierra abierta, sin caminos, sólo cuenta con algunos senderos de los bárbaros. Es difícil saber qué promedios se pueden mantener, pero estoy seguro de que legionarios entrenados, con una carga ligera, puedan avanzar más de veinte millas al día. Por supuesto, hay que contar con el tiempo que se perderá en cruzar los otros ríos que encontremos. Calculamos que serán cuarenta días de marcha en el viaje de ida, y otros tantos de vuelta.

Ésta era la verdadera expedición. ¡Desde el río Ister en adelante, a pie y en territorio ignoto! ¡Seiscientas millas! ¡Y otras tantas para regresar!

—Has sido claro, centurión Octavio —retomó la palabra el legado Estatilio—. Basándote en tu experiencia, ¿con cuántos hombres irías?

El centurión reflexionó unos instantes:

—Se podrían plantear varias hipótesis —le respondió cortésmente —. En una expedición similar hace un par de años, se enviaron cuatro centurias. Quien quiera atacar a trescientos o más legionarios entrenados debe pensárselo muy bien y contar con muchas muertes. Más hombres sería inútil, porque si nos desplegamos contra un ejército, ser trescientos o mil es lo mismo. Estaríamos en su casa y nadie volvería de allá.

Un silencio glacial acogió las últimas palabras del centurión Octavio.

—Te has explicado muy bien, Octavio —recalcó el legado Estatilio —. El tamaño del cuerpo expedicionario es algo que se discute desde hace varios meses. No podemos garantizar suministros para un destacamento avanzado de cuatro centurias. ¡Y tú sabes de sobra

que nunca podríamos encontrar víveres para trescientos veinte hombres por el camino! Tampoco es concebible avanzar haciendo incursiones en busca de alimentos y luchando contra los lugareños, porque no podemos arriesgarnos a una sublevación de las tribus, en esta fase. Sin embargo, desarrollaremos estos argumentos por la tarde. Veamos ahora con más detalle cuáles son los objetivos de nuestra expedición. El legado Valeriano nos explicará lo que tenemos que traer de vuelta a casa.

—La expedición debe recabar información sobre las fuerzas hostiles presentes en el terreno o de las que se tenga conocimiento. El diario de la expedición debe registrar cualquier información que le pueda ser útil al Mando para evaluar la reacción de las tribus locales a la entrada de mercaderes con mercancías en su región, y posteriormente de legionarios del cuerpo de Ingenieros para construir carreteras y puentes. Tú te encargarás de esto, Octavio —dijo dirigiéndose al centurión—. Podrás utilizar a los guías para recabar cualquier información sobre el tamaño de las tribus que encontraréis y el número de hombres que pueden emplearse militarmente contra nosotros.

El centurión asintió con la cabeza.

—¡Pasemos a las tareas de agrimensores y pontoneros! —exclamó el legado Valeriano dirigiéndose a nosotros—. Vosotros tendréis que evaluar la ruta en términos de conversión en una carretera militar. Por supuesto, no estamos pensando en nada similar a nuestras vías consulares, pero se mantiene la necesidad de tener, para el paso de carruajes, nunca menos de ocho pies de ancho[42]. Tendréis que medir las distancias por pasos[43]. Para ello, asignaréis legionarios, cada cierto tiempo, para hacer los recuentos. Tendréis que dibujar la hoja de ruta con la longitud de los recorridos diarios y la descripción de los cruces de ríos y todo lo que haga falta para el proyecto de una carretera. Para ésta y las demás tareas que os explicaré más adelante, podéis contar con la ayuda de los legionarios que os acompañarán. Para cada cruce de vías fluviales, tendréis que reunir todos los datos útiles para el diseño de un puente apto para carruajes. Hay que conocer la anchura del río, la profundidad del agua y cualquier información sobre las crecidas. El

pontonero que está con vosotros, ayudado por agrimensores y oficiales, tendrá que hacer una propuesta sobre cómo hacer el cruce, con sus pros y sus contras. Lo que concluyáis se anotará en el diario de la expedición junto con las mediciones que toméis. ¿Hay alguna pregunta?

Los objetivos eran claros y el legado Valeriano pudo continuar:

—Debo añadir algo sobre los mapas que traigáis. Tendréis que marcar en ellos los lugares adecuados para que cierto número de legionarios se detenga o acampe, imaginad que se trata de una legión. Así que serán lugares elevados, pero cerca de suministros de agua, y no lejos de nuestra carretera. Habrá que marcar los pasos, que suelen ser adecuados para paradas o fortificaciones. Para localizar estos lugares los agrimensores se ayudarán de los centuriones, que tienen experiencia, y luego los marcarán en el mapa. Deberéis llevar siempre estos apuntes con vosotros, como si fueran más importantes que vuestra propia vida.

—¿Se ha fijado la fecha de salida? —preguntó el centurión Octavio.

—Mi colega Estatilio te responderá más tarde sobre la fecha. Quiero que sepáis que no se ha dado expresamente la orden de silencio sobre esta operación, pero ahora os ordeno que, bajo ningún concepto, habléis de ella a la tropa ni difundáis novedades. Recordad que es vuestro pellejo el que está en juego, y cuanto menos se hable de esta expedición, mucho mejor. Tomemos un descanso, reanudaremos la reunión justo después de comer.

Al regresar a la sala de reuniones, el legado Estatilio volvió a tomar la palabra:

—Debéis saber que el año pasado en Cimeria y en Sarmacia[44], que es esa enorme región más al septentrión, hubo una terrible plaga. La gente empezó a morir hace dos años, pero el punto álgido de la plaga fue el año pasado. Gran parte de las regiones en las que nos moveremos, más allá del río Ister, han sido asoladas por esta plaga, y es algo que consideramos como un acontecimiento favorable para iniciar una exploración en profundidad. Si acaban de sufrir muchas bajas, no tendrán ganas de luchar, entre otras cosas

porque al no haber podido cultivar casi nada, ni dedicarse a la ganadería, a los supervivientes les espera un año de hambruna. No obstante, la enfermedad ya ha pasado y no hay peligro. Tribus enteras han sido aniquiladas, el año pasado ni siquiera se cosechó trigo, y ésta es una de las razones por las que nuestra expedición tendrá que ser de tamaño limitado, ¡porque no se encontrarán víveres! Nuestros médicos opinan que la enfermedad se debe a la costumbre de los sármatas de beber agua infectada de los ríos. Estos pueblos beben el agua que encuentran a su paso, no hacen como nosotros los romanos que tenemos pozos o acueductos. He aquí otra de las tareas para el cuerpo de expedición. El comandante tendrá que coordinar la excavación de cierto número de pozos. Evidentemente, no estamos hablando de pozos que vayan a abastecer a las legiones, ¡si no de obras que sólo sirven para comprobar si hay agua! Las legiones harán sus propios pozos. Pero nada os impide utilizar el agua que encontréis en vuestros pozos en lugar de los ríos. Para nosotros, es necesario comprobar si hay agua cada veinte millas, como se trata de una zona en llano, lo que sugiere cierta uniformidad, estos sondeos quedarán a discreción del comandante.

El centurión Octavio, preocupado por los aspectos prácticos de la expedición, levantó la mano para plantear una cuestión:

—Por fin ¿se ha decidido cuántos seremos?

—Eso se está discutiendo. Seguramente no podremos ir con centurias. No encontrarían comida. Se tratará de un número limitado de legionarios que irán de paisano y sin estandartes ni otras señas de identidad. Hasta el río Ister no habrá problemas, tal vez sea posible ir de uniforme. Más allá del Ister los tracios no dejarían pasar una expedición militar. Hemos dado instrucciones a personas que habitualmente negocian con los tracios y los escitas para que os preparen el camino, y en la práctica hemos conseguido acuerdos con las tribus locales.

—¿Tendremos al menos una centuria? —insistió esperanzado Maximino.

—Probablemente menos —le respondió el legado Estatilio—. En lugar de confiar en el número de hombres, nosotros preferimos

llegar a acuerdos con las tribus locales.

El legado Valeriano concluyó:

—Puede que también nos acompañe un oficial de alto rango, lo que será una garantía de seguridad para todos. La operación podría comenzar en aproximadamente un mes, habrá una reunión entre todos nosotros justo antes de la partida. No habléis de esta expedición. Si tenéis alguna duda o pregunta, mi colega y yo estaremos aquí, en este cuartel, hasta el día de la partida.

IX.

Arrio y yo salimos de la reunión con un montón de dudas.

Si al entrar estábamos ansiosos por saber a dónde nos enviarían, al salir estábamos definitivamente preocupados. Al principio se hablaba de cuatro centurias y al final, tal vez sólo seríamos, a lo sumo, media centuria.

Fuimos a dar un paseo por las calles de Bononia y nos dirigimos a una taberna a cenar, pero no nos contagió la alegría del lugar donde no se escatimaba ni en vino ni en sirvientas pechugonas.

Ante unos tordos asados que habrían resucitado a un muerto, Arrio fue el primero en hablar:

—Ese legado Estatilio parece todo un personaje. ¡Me recuerda a un tratante de ganado! Pero ¿participará entonces en esta expedición o se quedará a salvo en Roma?

—Nos ha enviado el tribuno Elpidio —le respondí—. Yo confío en el tribuno, ya me ha ayudado en situaciones peligrosas.

—¡Claro, faltaría más! ¿No fue él quien me sacó de la Mamertina? —replicó Arrio.

—Los centuriones también me parecen buena gente, especialmente Octavio. Desde luego, es un hombre de gran experiencia. Y el legado Valeriano tampoco tiene pinta de idiota. Lo que les interesa a todos es que volvamos con el informe de la expedición, con los dibujos del camino y los puentes. El Mando no puede arriesgarse a que perdamos la vida y se pierdan al mismo tiempo los planos, podrían pasar años antes de que organicen otra expedición de este tipo. César les ha ordenado montar esta expedición, ¡y a César habrá que enseñarle los mapas! ¡Ésta es nuestra garantía! ¿Y sabes lo que pienso? Que el legado Estatilio puede que sea un charlatán, pero ciertamente no lo es todo el estado mayor.

Sabía que tenía razón, pero comimos sin ganas y volvimos al cuartel.

A la mañana siguiente pedí hablar con Seyo Torcuato, el agrimensor jefe del cuartel. Era un viejo oficial con gran experiencia

en el trabajo en las carreteras que salían de Bononia y en las intervenciones que a menudo eran necesarias en tantos puentes que cruzaban los ríos de los Apeninos en la llanura boloñesa.

Le expliqué que necesitábamos dos gromas desmontables, de manufactura ligera, pero sólidas y resistentes, aptas para una expedición por tierras desconocidas: idénticas, de modo que una pudiera repararse con piezas de la otra, si hacía falta. También pregunté qué tenían en el almacén que fuera apto para escribir nuestros apuntes y almacenar las notas que tendríamos que llevar encima durante mucho tiempo, manteniéndolas a salvo del agua y la humedad.

El veterano oficial sonrió, era un experto en el oficio y me contestó:

—Agrimensor, veo que aún eres joven pero ya te han metido en un buen lío. Celebro tu interés, no me gustan esos jóvenes de hoy en día que rehúyen el trabajo duro. Pasé años trabajando en las carreteras de Trebata[45], ¡y sé lo que significa andar cargado de papeles durante mucho tiempo con el riesgo de que se mojen y se borre todo! Pero tengo justo lo que necesitas.

Y me condujo a una sala del cuartel donde todo el material de uso diario del que disponían los agrimensores y escribanos estaba ordenado en las estanterías.

—Así que, joven, sólo hay una forma de asegurar tus escritos: utilizar tinta resistente a la humedad. No es que esto te dé licencia para empapar tus documentos, pero ahora te mostraré una tinta especial que, una vez seca, no se destiñe ni emborrona con el agua. —Y me mostró una pequeña masa del tamaño de una avellana, parecía una piedrecita negra.

—Esto que ves aquí es tinta concentrada. Tienes que raspar un poco y reducirla en polvo con el otro extremo de un cálamo de bronce machacándolo como es debido en un cuenco o en un tintero, pero si no tienes nada mejor, también te servirá un pedazo de loza. Cuando lo hayas hecho polvo, le añades unas gotas de agua y lo mezclas bien con el cálamo. Cuando se haya disuelto por completo, puedes utilizarla. No prepares demasiada, porque como mucho dura un par de días, luego hay que tirarla y preparar más. Te aconsejo

que hagas pruebas antes de irte. Puedo darte algunas bolitas de esta tinta que tendrás que guardar al abrigo de la humedad. Los escritos, una vez secos, resisten muy bien el agua.

—¿Y qué me recomiendas para escribir? ¿Papiro?

—¡De ninguna manera! El papiro con la humedad se desencola, se convierte en estopa y luego se pudre. Sólo se puede utilizar cuero bien curtido, pergamino. Cuando tenemos problemas como los que mencionas, utilizamos pergamino finísimo hecho con pieles de conejo. Son de tamaño pequeño, pero muy apropiados para tus necesidades. Para mantener un buen número de hojas juntas, debes cuadrar las pieles de modo que todas sean igual de altas, luego coser una hoja a la otra con un cordel fino y enrollarlas como harías con un papiro. Yo tengo aquí varias hojas de conejo, luego tendrás que hacértelas tú como mejor te parezca. Será mejor que te hagas una bolsita de cuero encerado, para que sea impermeable, y guardes allí el rollo. La tinta seca, en cambio, debe guardarse en una vejiga de animal cuidadosamente sellada.

—Por supuesto, agrimensor jefe, así lo haré. Tengo algo de tiempo antes de partir y haré varias pruebas porque es un documento que siempre tendré que llevar conmigo, a pie o a caballo, sin desprenderme nunca de él.

El veterano agrimensor me dio una docena de finísimos pergaminos de conejo y algunas bolitas de tinta seca. Acordamos que las gromas se guardarían en un estuche de cuero rígido adecuado para llevar en la sarcina, y que junto con las gromas se prepararían algunas piezas de repuesto indispensables, como los hilos de plomada y las cuerdas que sujetan la escuadra. Todo sería entregado al legado Valeriano, llegado el momento.

Estuve todo el día deambulando por el cuartel y conseguí ir a comer a la cantina junto con aquel *optio* que había visto en la reunión. Se llamaba Marcio y era seguro que vendría con nosotros.

—De verdad que me gustaría saber de qué nos vamos a alimentar —me comentó Marcio un tanto perplejo—. Al marchar ligeros, ni siquiera llevaremos tiendas, sólo unas lonas para resguardarnos de la lluvia. Como mucho, podremos llevar algo de farro y carne seca

para pasar una decena de días, y luego ¿qué? ¿Nos convertiremos en pescadores y cazadores en una región devastada por la peste?

—¿Qué dicen tus centuriones? —le pregunté.

—Maximino dice que tendríamos que estudiar mejor la cuestión de los suministros y que deberíamos equiparnos para cazar y pescar.

A partir de ahí me di cuenta de que incluso los centuriones tenían los mismos recelos que yo.

Al día siguiente, Arrio y yo nos despedimos de todos y emprendimos el regreso a nuestra unidad, acampada en las laderas de los Apeninos. Era el día después de los idus de febrero[46], anochecía pronto y hacía frío, pero conocíamos el camino y el tiempo iba a aguantar.

En los días siguientes, Arrio se puso manos a la obra con los leñadores para continuar en la limpieza de la maleza y las plantas que habían invadido la vía pública o retirar, en su caso, algún gran castaño cuyas raíces levantaban los adoquines: todo muy lentamente, ya que con el frío que hacía sólo se podía trabajar media jornada.

En los tocones que era imposible retirar, los legionarios amontonaban un montón de leña seca y luego encendían un gran fuego que también incineraba el tocón. A veces era necesario reavivar el fuego con más leña, porque las llamas trabajaban muy poco hacia abajo, mientras que quemaba muy rápido el combustible que estaba más arriba.

En aquellos fríos días de febrero, Elio y yo hicimos varios viajes a las canteras, donde vi a los legionarios ocupados en verter agua por entre las grietas y taponar con tierra las fugas laterales para que el hielo pudiera continuar con su inexorable labor de demolición.

También me dio tiempo a experimentar con la tinta que me había proporcionado el agrimensor jefe del cuartel boloñés, y observé cómo ésta, una vez penetrada en el pergamino, permanecía indeleble incluso en condiciones de mucha humedad.

Encontré a un legionario en la cocina, un cocinero, que me instruyó para limpiar las pieles frescas de conejo quitándoles antes el

pelo, luego remojándolas en agua con cal, y estirándolas, por último, manteniéndolas bien tensas con una varilla larga curvada en círculo.

Si me hubiera hecho falta, ahora también sería capaz de utilizar pieles de conejo conseguidas por el camino.

Me puse manos a la obra con los pergaminos que me había dado el agrimensor jefe de Bononia y, después de haberlos escuadrado cuidadosamente en hojas del mismo tamaño, las uní la una a la otra con una fina costura hasta obtener un pergamino de siete pies de largo en el que podría escribir por ambos lados.

De nuevo tuve que agradecer al cocinero, experto en pieles, quien me preparó una funda de cuero blando que se podía cerrar con un cordel como se cierra la boca de un saco. La hicimos del tamaño del rollo de pergamino y la impermeabilizamos rociando el cuero con cera caliente, tanto por dentro como por fuera: luego hicimos que la absorbiera mediante diversas y rápidas exposiciones al fuego. Por último, equipamos la funda con una cómoda bandolera para poder ocultarla bajo la túnica sin que molestara demasiado.

Empecé a vigilar la Vía Flaminia Menor hacia Bononia, porque sabía que alguien llegaría desde esa dirección. Durante aquellos días vi muy poco a Arrio, estábamos asignados a diferentes tareas en el campamento, pero ciertas miradas largas que me dirigía me sugerían que él también estaba esperando la partida.

No hablamos más de nuestras dudas sobre la seguridad de la expedición, convencidos de que los oficiales necesitaban nuestro mapa y que harían lo imposible para que volviéramos sanos y salvos.

Por eso no me sorprendió que el quinto día antes de los idus de marzo, viéramos llegar a un mensajero, escoltado por un legionario hasta la tienda del prefecto Festio.

X. Ravenna

Era la orden para que Arrio y yo nos presentáramos en Ravenna en un plazo de tres días; apenas nos daría tiempo a recorrer las setenta y cinco millas que separaban Ravenna de nuestro campamento.

Volvería a ver a mi amigo, el argentario Pisón, y a Regila y Rusonio, que ya llevaban un año instalados en su casa de Ravenna.

No es que se me hubiera pasado del todo el enfado con la muchacha que me había dado el plantón y se había casado sin decirme nada, pero seguía formando parte de una especie de familia en la que me había encontrado muy a gusto. También me alegraba de volver a ver a Rusonio, con sus manos de hortelano, siempre tan atento conmigo.

Fui a buscar a Arrio y juntos empezamos a preparar los caballos y a revisar nuestras pertenencias para salir ligeros, como siempre con nuestros uniformes de legionario y las lorigas de cuero.

Por la noche nos despedimos de todos. Le di a Elio una carta para mi familia, él la enviaría.

Le reiteré a mi criado Vecio las órdenes de que guardara cuidadosamente mis cosas y quedara a disposición del *optio* Emiliano, mi compañero de tienda. Pero también le dejé la opción, si se le presentaba la oportunidad de viajar con alguna unidad, de regresar a Langaranus, a casa de mis padres. Mi ausencia podría ser larga.

A última hora de la tarde, junto con Arrio, fui a presentar mis respetos al prefecto, quien, tras entregarnos nuestras tablillas de madera con el permiso para recorrer las Vías consulares, nos ofreció un vaso de vino caliente.

—Por el camino seguro que os llegarán novedades acerca de la misión —nos explicó—. Os deseo que obtengáis los mejores resultados y que volváis a esta unidad con buena salud. Pero me gustaría que reflexionarais sobre una cosa aparentemente trivial que mi instructor solía decirme cuando era joven. Hoy me ha venido a la memoria a propósito de vuestra misión. En mis tiempos, no lo

entendía del todo. Pues bien, ahora os lo repito a los dos: sabed que participar en misiones de alta exigencia o llevar a cabo obras importantes no es sólo cuestión de *stipendium* y premios, o de ascenso de rango. Siempre os quedará el orgullo de haber participado. Y quiero que sepáis lo más importante: hoy puede que no os lo parezca, pero más adelante os daréis cuenta de que no fuisteis vosotros los que os ofrecisteis, ¡sino que fuisteis elegidos! Y tenéis una gran oportunidad: la de participar en una hazaña que podréis contar a los que ya os conocen, o a los que no os conocen aún, o a vuestras mujeres e hijos. Pero recordadlo bien: ¡no vais porque queráis, sino porque habéis sido elegidos!

No nos quedó otra que asentir, a pesar de que no me quedaba del todo claro el concepto, ni quién nos había elegido. Por no hablar de las dudas sobre la expedición que aún albergábamos y que ni Arrio ni yo habíamos querido discutir desde hacía un mes. Pero su deseo era sincero, y de buena gana le ofrecimos el antebrazo al prefecto.

Acabábamos de salir de la tienda del prefecto cuando Arrio me preguntó:

—¿De qué va todo esto? ¿Quién me ha elegido? ¿Sabes quién lo ha hecho?

Le hice una seña para que guardara silencio, ya hablaríamos de eso más tarde.

Resistió hasta la mañana siguiente, a lo largo del camino y de las suaves cuestas que nos conducirían hasta Bononia.

—¡Debes decidirte a explicarme de qué va todo esto! ¿Quién me ha elegido? ¿Qué quería decir el prefecto con eso? ¿Por qué siempre soy el último en enterarme?

—¡Que no, Arrio, cálmate! El prefecto dijo que es algo que había oído de su maestro cuando era un niño. ¡Significa que es un gran honor poder participar en estas misiones! Yo tampoco entendí muy bien lo que significa este ejemplo. La conclusión es que estamos en el negocio. ¿Habrías preferido quedarte con aquel ejército de pulgas en la celda de la cárcel?

—¡Ah no, con ésas sí que no! Prefiero estar fuera talando árboles y comiendo hasta hartarme, aunque sólo sea el inmundo rancho de

los legionarios y eso sí, estar delante del fuego. ¡Claro que nunca lo cambiaría!

Al atardecer nos detuvimos en Forum Cornelii[47], encontramos hospitalidad en un cuartel gracias a unas líneas que el prefecto me había escrito en un trocito de papiro. Dormimos en un pequeño dormitorio con otros legionarios y por la mañana temprano partimos hacia Ravenna. A mediodía, viendo que el tiempo estaba nublado y empezaba a chispear, incluso con algún que otro copo de nieve, decidimos acelerar el paso sin detenernos, y llegamos helados y empapados a las puertas de Ravenna, una ciudad que ya conocía bien de mis anteriores viajes.

Nos dirigimos de inmediato al cuartel donde nos esperaban y aprovechamos unas pequeñas termas anexas al edificio para entrar en calor y aliviarnos un poco. Escribí dos líneas al argentario Pisón y encontré un mancebo dispuesto a llevarle el mensaje. Iría a verle al día siguiente, en cuanto terminara la reunión para la expedición a Cimeria.

La reunión tuvo lugar en una sala del cuartel. Pude saludar al tribuno Elpidio, que había venido a traernos la orden de partida, y me encontré con el legado Valeriano y los centuriones Maximino y Octavio.

El tribuno Elpidio habló el primero:

—Tenemos la orden. ¡Adelante, pues! —exclamó sin ceremonia alguna—. He venido a despedirme en persona porque deseo discutir los últimos detalles, pero también os traigo algunas noticias de la Urbe. Mientras tanto, para que todos nos entendamos bien y no surjan malentendidos, ¡que sepáis que César ha necesitado alargar el año! ¡Este año tendrá cuatrocientos cuarenta y cinco días[48]! —Y aquí hizo una pausa para mirarnos a la cara.

¿Cómo era posible que el año se alargara hasta los cuatrocientos cuarenta y cinco días? Nunca se había oído hablar de una cosa así.

—¡Sin duda lo han hecho para alargar mi contrato! —se me escapó en voz no muy baja, de modo que todo el mundo se volvió para mirarme con desprecio, ¡porque era a todas luces imposible que el ilustre César hubiera prorrogado el año sólo por mí!

Incluso el tribuno Elpidio sonrió, mientras yo me ruborizaba.

—¡Y ésa no es la única novedad! —añadió el tribuno—. Todas nuestras vidas están cambiando, pero os diré sólo una cosa más, luego hablaremos de nuestra misión. ¡Que sepáis que a partir de ahora se os podrá pagar en oro! César ha mandado acuñar un áureo que vale veinticinco denarios, así que el oro no sólo estará en las arcas de los argentarios, ¡sino que también podréis tenerlo vosotros!

La noticia suscitó un gran revuelo, porque no estaba claro de qué nos iba a servir ese oro. ¿Nos íbamos a hacer todos ricos de la noche a la mañana? Probablemente no, sólo era cuestión de elegir entre oro y plata, ¡pero la paga sería la misma!

Luego pasamos a hablar de nuestro equipamiento ligero: no podía ser de otra manera, se hablaba de ir a pie.

También hablamos del registro y almacenamiento de los datos medidos sobre el terreno y expliqué que me había equipado debidamente con la ayuda del agrimensor jefe de Bononia.

Entonces Octavio soltó esa pregunta que tanto le apremiaba:

—Tribuno, ¿se ha decidido ya la dotación de la unidad? ¿Cuántos seremos?

—Seréis treinta hombres —le respondió Elpidio sin vacilar.

Silencio y desconcierto acogieron la noticia.

—No es posible ir con más legionarios. Ya sabéis que la región ha sido devastada por una grave plaga y no queda trigo. Un grupo reducido tiene más posibilidades de desplazarse que una o dos centurias. En la práctica, una vez agotadas las provisiones tendréis que buscar algo para comer en el lugar. Por eso hemos incluido en el grupo a tres arqueros expertos, que podrán abastecer de víveres a la cantina con la caza que encontraréis allí.

Todos nos quedamos callados. Treinta hombres, y además a pie, ¡era una expedición de lo más temeraria!

Incluso Maximino quiso preguntar algo:

—Tribuno, de acuerdo con vuestros planes, ¿cuánto durará nuestra marcha a pie y cuánto durarán nuestras provisiones?

—Buenas preguntas, centurión. Hablemos del tramo más duro, porque hasta el delta del río Ister no tendréis problemas. Hemos calculado que más allá del Ister marcharéis con, en vuestras

sarcinas, suficiente trigo, carne seca y habas para unos quince días, como es costumbre legionaria y como se ha hecho siempre. A partir de ahí, tendréis que recorrer seiscientas millas y no os llevará más de cuarenta días, pero pongamos cuarenta y cinco porque tardaréis unos días en realizar los levantamientos topográficos de las vías fluviales y los puentes, y algún que otro ensayo cavando en busca de agua. Tendréis que buscar los alimentos in situ durante un mes. Al menos en teoría, porque la última semana de ese mes la pasaréis viajando por el Reino del Bósforo, donde podréis encontrar víveres y comprárselos a los lugareños, ya que se trata de una región sometida. Así que una vez que se os acaben las provisiones, tendréis que arreglároslas durante unas tres semanas en el viaje de ida, y otras tantas en el de vuelta.

Se produjo un murmullo generalizado: todos discutíamos juntos la triste perspectiva de arreglárnoslas en territorios desconocidos. En ese instante entró en la sala el legado Valeriano, que iba a dirigir la expedición, y tomó de inmediato la palabra.

—¡Nos embarcaremos mañana por la noche antes del amanecer, en el puerto de Ravenna! La tropa permanecerá acuartelada, y yo quedo a disposición de quienes tengan cualquier necesidad o algo que discutir antes de la partida. Mañana por la tarde, nos reuniremos en el patio del cuartel para una oración y un sacrificio a los dioses. ¡Eso es todo!

Cuando nos íbamos, le pedí al tribuno Elpidio el permiso de salir por la noche para visitar al argentario Pisón en su casa.

—Puedes ir, Quintilio —me respondió el tribuno—. Cuando salgas del cuartel, di que estás bajo mis órdenes y te dejarán pasar.

Dudó un instante, mirándome fijamente, antes de añadir:

—Veo que estáis todos preocupados por esta expedición, pero sabed que la hemos planificado bien. También habrá algunas sorpresas positivas que no he querido desvelaros antes de partir, os las dará a conocer el legado Valeriano una vez estéis en el mar. Me he asegurado personalmente de que todo se haya hecho para que podáis completar la misión sin demasiados problemas. Puedo asegurarte que una expedición militar como es debido no era viable, ésta era la única manera y hemos tomado todas las medidas

necesarias para que no corráis riesgos innecesarios. Te doy mi palabra.

Un poco más tranquilo, salí del cuartel y en esa fresca tarde de marzo me dirigí a casa de Pisón.

Cuando llegué a la villa que ya conocía, golpeé la puerta y fui recibido por los sirvientes, que me hicieron entrar al *tablinum*.

Pisón se hallaba con un par de escribas. Me pareció que el argentario había engordado un poco desde la última vez que lo había visto. Ya por entonces tenía sobrepeso y estaba algo envejecido para sus cincuenta años; vestía su habitual túnica de ricos colores, cadenas de oro al cuello y grandes anillos en los dedos.

Me abrazó como si fuera de la familia:

—Quintilio, ya era hora de que vinieras a visitarnos. ¿Te quedarás con nosotros un tiempo?

—Pisón, estoy encantado de estar en tu casa, pero por desgracia, ¡me embarco mañana por la noche hacia la Vía Egnatia y Thessalonica!

—Entonces ¿verás a Hicesio?

—No lo sé, estoy en una misión para el Cuerpo de Ingenieros, pero es posible que tenga tiempo suficiente en Thessalonica, ¡de ser así iré a buscarlo!

Mientras estábamos allí intercambiando estas palabras, llegó también Rusonio, y en cuanto me vio me abrazó con ojos llorosos, como si fuera un hijo al que no veía hacía años.

—Quintilio, ¡cuánto tiempo llevaba deseando volver a verte! Regila también se alegrará de verte. —Luego guardó silencio, temiendo quizás haber hablado ya demasiado.

—Yo también la veré encantado —le respondí—. Me enteré de las últimas novedades por los siervos de la mansión de Roma, donde estuve hace un par de meses. Lamentablemente siempre estaba ocupado, ten en cuenta que en Roma tampoco me dejaban ver a nadie. —No tenía ganas de explicarle que me habían encerrado en la Mamertina—. Pero ya verás como luego tendremos tiempo para hablar.

—Has llegado justo a tiempo —me respondió Rusonio—. De hecho, nos marcharemos de aquí dentro de unos días, y volveremos a la Urbe. Regila se trasladará con sus suegros, el muchacho que la desposó, y que ahora es su marido, ha sido llamado a filas y partirá para África dentro de unos días. Seguro que tú también lo verás, es un buen chaval.

Poco después llegó Regila. Estaba preciosa, ya no tenía ese aire de niña un poco perdida que tanto me gustaba, y también estaba un poco más rellenita de como yo la recordaba. Para ella también había pasado el tiempo. Me abrazó y me dio un beso en la mejilla como si nos hubiéramos despedido la víspera, y yo también fingí que no había pasado nada.

Mientras esperábamos la hora de cenar, di una vuelta con Rusonio por el huerto ubicado detrás de la hermosa villa del argentario. Aquel pequeño terreno era su reino, pero estaba claro que su propósito no era sólo mostrarme las hileras cuidadosamente cavadas, ya listas para recibir las simientes de las hortalizas.

—Bueno, Quintilio, ¿cómo te va? —me preguntó.

—¡Cómo quieres que me vaya!, últimamente he tenido un sinfín de problemas. Ya sabes que estuve en Macedonia durante el verano, y luego me destinaron a Eporedia. Debido a algún malentendido me recluyeron en el campamento, y perdí toda posibilidad de recibir noticias vuestras.

—Temía que te hubiera pasado algo, y me he alegrado mucho cuando Pisón me ha dicho que venías esta noche. Llevo mucho tiempo esperándote, van pasando los años, ya sabes cómo son las cosas.

—Por supuesto Rusonio, pero no pude venir, créeme, no dependía de mí. Cuando por el siervo Apolonio en Roma me enteré de lo de Regila, me quedé de piedra. No me esperaba que se hubiera podido casar.

—Sí, me lo imaginaba. Has de saber que cuando te fuiste hace un año Regila no dejaba de llorar, luego con el paso del tiempo, esperaba recibir noticias tuyas. Creo que le llegó algo, alguna carta tuya. Tal vez se esperaba algo más, desde aquel día sólo la he visto enfadada.

—Rusonio, yo estaba inmerso en una difícil situación y no sabía cómo iba a acabar todo. Le envié una carta banal, simplemente para salir del paso.

—Ya. El problema es que no volviste a ponerte en contacto. No diste la cara, no se lo hiciste saber a ella. Simplemente te alejaste. Sabes que muchas mujeres aquí se casan a los trece o catorce años, y creo que Regila se sintió abandonada y pensó que ya no volverías a aparecer. Creo que eso fue lo que pasó.

No supe qué responder. Era completamente cierto.

La cena, Pisón la montó a lo grande.

En Ravenna eran especialistas en pescado, y nos presentaron platos increíbles, con pulpo y pescados de distintas clases, hasta las insidiosas morenas, magistralmente preparadas por los expertos cocineros de la casa.

En la mesa, Regila estaba junto a Licina, la hija de Pisón, que tenía su misma edad. Las tenía a las dos delante: no sabía cuál era la más bonita.

Incluso Licina, a quien yo recordaba como una chiquilla algo mustia, había engordado un poco ganando en curvas y pechos, y ahora, con la ayuda de algún tinte que le alegraba las mejillas y las pestañas, parecía una mujer en edad casadera. Y por algunas bromas que oí, supuse que algún joven la rondaba. De vez en cuando ella y Regila cuchicheaban algunas palabras, seguidas de una sonrisita. Sin duda estaban compinchadas. Más de una vez sospeché que hablaban de mí, y me sorprendió un poco que Regila hubiese olvidado tan pronto todas las lágrimas que había derramado cuando yo estaba a punto de irme. Al fin y al cabo, sólo habían pasado unos pocos meses, no años.

Pero ¿acaso para una mujer joven unos meses no equivalen a muchos años?

Después de cenar, Pisón y yo nos retiramos a su despacho.

—He visto a tu Licina, ¡cada día está más guapa! —le dije.

—Sí, Quintilio, se ha convertido en una chica preciosa, pero me está volviendo loco. ¡No sabes lo que significa tener en casa a una esposa, una madre y una hija juntas! Afortunadamente, en los

últimos meses ha llegado Regila, que con su espíritu campesino, práctico y sencillo ha calmado un poco el ambiente. Y también le ha ayudado mucho a Licina a hacerse mujer. ¡Pero también te veo bien a ti, Quintilio! ¡Estás en forma y musculoso! ¿Dónde te han tenido escondido para tonificarte así?

—Hum, escucha Pisón, si realmente lo quieres saber, ¡he encontrado un lugar que es la panacea! ¡Ese lugar sí que posee algo único para poner a la gente en forma!

—¿Ah sí? ¡Dime dónde está! ¿Has estado mucho?

—No, por suerte no estuve demasiado, es la cárcel Mamertina de Roma. Me metieron un tiempo, siempre por ese asunto de las cartas de depósito que entregamos al *collegium* de los argentarios de Ravenna. Algún miserable supuso que yo había perpetrado quién sabe qué fraude. Pero luego se supo la verdad y me liberaron. Aun así, fue muy duro. ¿Desviando el tema, has tenido noticias de nuestro banco[49] de Iader[50]?

Negó con la cabeza:

—Aquel dinero que juntos tú, Hicesio y yo dimos prestado a esos sinvergüenzas que querían construir el nuevo puerto de la ciudad está completamente perdido. Ya sabes que también agredieron a mi contable, que casi pierde un ojo. ¡Ten por seguro que no volveremos a ver un as! También intenté interesar a los magistrados de aquí en nuestro caso, pero examinaron detenidamente el asunto y respondieron que no se puede hacer nada. Hemos perdido el dinero, no hay nada más que decir.

—Para mí no será una gran pérdida, todo ese lío de trozos de papiro dando vueltas de aquí para allá, nunca lo consideré dinero real, ¡como el que de verdad gano con mi trabajo!

El argentario sonrió:

—Sí, Quintilio, ya sé lo que opinas, ¡y sin embargo las sumas importantes deben circular así! He tenido noticias de Hicesio: en Thessalonica ha abierto un pequeño banco junto con el hijo de un amigo suyo de la infancia. Se hace pasar por Nicóteles de Byzantium; ¡no le dice a la gente que es el liberto Hicesio!

—Hace bien, lo hace para no arriesgarse a ir a la cárcel como me ocurrió a mí. Pero ahora que mi posición se ha aclarado, tal vez lo

mismo pueda aplicársele a él. Trataré de hablar con Hicesio una vez esté en Thessalonica.

—Con ese pequeño banco sé que está haciendo algún negocio. Thessalonica es una ciudad pujante y en crecimiento que necesita capital. ¡Ahora mismo está en el lugar adecuado!

Necesitaba dormir después de un día tan agotador, y me despedí de Pisón, pero antes de retirarme en el cuartito que me habían reservado, pasé por la cocina a tomar algo.

Regila estaba allí, esperándome.

XI.

—¡Qué buen aspecto tienes Quintilio! ¡Se nota que viajar te sienta bien! —me lanzó irónicamente.

—Sí, Regila, no eres la primera persona que me lo dice. Pero tú también tienes buen aspecto, ¡se nota que el matrimonio te ha sentado bien!

—Pues así será, si tú lo dices. ¡Estoy casada desde las calendas de octubre!

—¡Cómo pasa el tiempo, fíjate que en octubre yo estaba en la cárcel! No ha pasado tanto tiempo desde que se ha arreglado mi situación.

—¿Estuviste en la cárcel todo el año? ¿Por eso no he sabido nada de ti?

—No, Regila, no fue sólo por eso.

Era obvio que el encuentro estaba a punto de tomar un cariz desagradable, era evidente que la joven estaba resentida y yo no quería que acabara mal.

—¡Ah!, ¿no fue sólo por eso? Pensaba que era porque yo no te gustaba lo suficiente, pero me alegra que digas que también había otras razones.

—He estado lejos de Italia y ha habido muchas cosas por medio. Yo no soy dueño de mi tiempo.

—¡Pues me parece muy mal, Quintilio! ¡Otros sí lo son!

—Regila, no te lo tomes ahora así.

—Lo siento, Quintilio, pero lo único que se me ocurrió fue que evidentemente sólo te gustaban las viejas matronas, las que van babeando detrás de los gladiadores.

Con esta despiadada ocurrencia me dejó plantado ahí antes de que yo tuviera tiempo de replicarle con alguna respuesta igual de cruel.

Me di cuenta de que había tenido tiempo de sobra para preparar la sal que esparciría sobre mis heridas.

A la mañana siguiente hubo una segunda reunión en el puesto de mando del puerto.

Se habló de caballos, de guías tracios, de preparativos para que pudiéramos atravesar ilesos aquellas tierras desconocidas y las tribus que las habitaban.

No hice mucho caso, seguía pensando en lo que Regila me había echado en cara. Cosas que a ningún hombre le hubieran hecho gracia.

El legado Valeriano continuó con sus explicaciones y nos dijo que un importante tribuno se uniría a nosotros en Macedonia; haría todo el viaje junto a nuestra unidad debido a una misión especial que le habían encomendado. Debía de ser un personaje eminente, y su presencia nos tranquilizó un poco, porque todos sabíamos que, si se perdía algún miembro de la tropa, a nadie le interesaría, mientras que si se trataba de oficiales superiores era otra historia.

Poco después terminó la reunión y me fui a comer algo con Arrio a la cantina del cuartel.

Arrio estaba preocupado porque le habían ordenado presentarse ante el legado Valeriano y el comandante del cuartel. No sabía el motivo de la citación, pero debía de tratarse de algún asunto importante y relacionado con el servicio.

Vagué sin rumbo fijo hasta la hora de la ceremonia; a medida que se acercaba la hora undécima[51] vi a los legionarios reunirse en el patio de armas, y yo también fui a ocupar mi lugar.

Vi por primera vez a todos los legionarios que vendrían con nosotros. Lo primero que llamaba la atención era el estado de aquellos hombres: estaban descuidados, a sus uniformes llenos de remiendos les faltaban piezas, y además estaban sucios. Ni siquiera lucían el mismo uniforme, evidentemente procedían todos de diferentes unidades.

Éstos eran los hombres con los que iría a Cimeria, pero no me importaba que estuvieran un poco sucios. Sabía de sobra que los hombres no deben juzgarse por la limpieza de sus uniformes. Deben valorarse en el campo de batalla.

Y si éstos eran los hombres que el tribuno Elpidio había elegido, pues bien, ¡ésos eran los hombres más adecuados para la misión,

con uniforme en regla o sin él! De eso podía estar seguro.

Cuando estábamos formados, entró en el patio un oficiante, un anciano flaco y enjuto como un palo, vestido con una túnica blanca impoluta, seguido de dos jóvenes que portaban los útiles de la ceremonia; un poco más atrás, un par de legionarios, con túnicas blancas, conducían al altar un ternero y un cabrito.

Un último legionario alzaba la insignia del cuartel y de la unidad.

El oficiante sólo pronunció unas pocas palabras, cuyo significado era que nuestra misión exigiría, de cada uno de nosotros, lo mejor de nosotros mismos, y que la empresa no se mediría con toques de trompeta ni con estandartes de colores. Debíamos orar a los dioses para que nos apoyaran en los momentos difíciles, y por ello debíamos estar agradecidos.

A continuación, el ternero fue conducido y colocado sobre el altar. El oficiante cogió los cuchillos y se apresuró a realizar el sacrificio, empapando por completo su túnica con la sangre que brotaba del cuello del animal.

Observó cuidadosamente las vísceras y las encontró regulares.

Luego pasó al cabrito, asustado por el olor a sangre, y volvió a realizar la operación.

Mientras tenía lugar el servicio, ni siquiera me había fijado en que Arrio había tomado asiento a mi lado.

Le observé y me di cuenta de que estaba incluso en un estado de excitación. Le pregunté en voz baja:

—¿Qué demonios ha pasado? ¡Parece que has engullido un odre de vino!

—Quintilio, ¡me acaban de ascender! —respondió por lo bajines—. ¡El comandante y el legado Valeriano me han concedido el rango de *optio*! ¡Ahora soy suboficial! ¿Sabías que tenía que presentarme al comandante, no? Me han sometido a una prueba rápida para ver si sabía leer y escribir, ¡y en un instante me han escrito el nombramiento! Me han explicado que al centurión Maximino le falta un *optio*, y formalmente ahora tengo ese papel. Sólo que en realidad no tendré que servir a Maximino, sino seguir con la tarea de los puentes. El motivo es que el pontonero tiene que estar separado de la tropa, según me han dicho. De todos modos, ahora tengo el

nombramiento guardado en mi loriga, ¡y me han concedido un importante aumento de la paga!

Me resultó sumamente extraño ese ascenso la víspera del embarque, aunque pensándolo bien no era del todo inesperado: habían requerido la presencia de Arrio en todas las reuniones, y se le había separado formalmente de la tropa. A fin de cuentas, también era justo que se reconociera que su opinión sobre los puentes era importante, ya que acabaría en los informes de la expedición.

No es que le hubieran regalado mucho, sobre todo si se tenía en cuenta que había sido incluido en la expedición, como rezaba el documento que había firmado en el Mando de la Cárcel Mamertina, como "voluntario para una misión sin retorno".

Éste y otros negros pensamientos ocupaban mi mente mientras caminaba hacia el hogar de mi amigo Pisón al fresco del atardecer. El argentario había insistido en que me quedara en su casa hasta el último momento, sólo que yo no estaba de humor para juergas aquella noche.

Me quedé un rato en el salón charlando con Rusonio, la persona más parecida a un padre que yo tenía aquí, hasta que nos llamaron a la mesa. Charlamos de esto y aquello sin detenernos en nada concreto, como suele hacer la gente cuando tiene el petate listo y no saben si volverán a verse.

Todos en casa sabían que me había metido en una misión difícil, y en la mesa hacían todo lo posible por levantarme el ánimo, ni más ni menos que si se hubiera tratado de un soldado que se iba a la guerra. Más de uno en aquella mesa pensaba que mi regreso no era en absoluto seguro. Y yo estaba entre ellos.

Mientras observaba a Licina y Regila cuchicheando frente a mí, terminando cada frase con una pequeña sonrisa, resonó en mi mente aquella extraña frase del prefecto Festio: "¡Vosotros habéis sido elegidos para esta misión!".

¿Cómo era posible que me hubiera metido en ese lío?

Al otro lado de la mesa, sobre todo Licina me miraba de forma extraña e indudablemente provocativa. Si no fuera porque aún la consideraba una niña… si hubiera sido un poco mayor, habría

pensado que estaba tratando de iniciar alguna relación sentimental o de placer.

Participé poco en la conversación con los demás comensales; de hecho, ni siquiera recuerdo de qué se habló.

Pero una cosa era cierta: aquellas dos jóvenes tramaban algo, y yo era su objetivo. Me devané los sesos intentando adivinar qué podían querer de mí.

Por la forma en que parloteaban entre ellas, y por el hecho de que Regila siempre hablaba primero, pensé que fuera ella quien instigaba a Licina.

Terminada la cena, nos reunimos delante del larario de la casa; Rusonio, que era el mayor, encendió una vela a los Lares de la familia y rezó una breve oración para que yo no corriese peligro y pudiese volver a casa, y estar de nuevo en compañía de esta familia como habíamos estado durante esas dos veladas. Luego cada uno permaneció unos instantes con sus propios pensamientos.

Todos sabían que yo partiría antes del amanecer, y Pisón me deseó lo mejor en la expedición; se despidió con un abrazo, entregándome un papiro enrollado como recuerdo de su familia.

Uno a uno, todos se despidieron de mí antes de retirarse a sus aposentos. Rusonio me abrazó con fuerza como si fuera su hijo y me pidió que les informara de vez en cuando de cómo iban las cosas.

Licina, en cambio, me sonrió alegremente, como si hubiera cierto entendimiento entre nosotros.

Regila, que tenía un nudo en la garganta, se quedó la última. Me abrazó con firmeza y me empapó el cuello con cálidas lágrimas. No pudo pronunciar palabra y, tras un último apretón, me besó en la barba y salió corriendo, aun llorando.

No me pareció un abrazo completamente fraternal, pero fuera lo que hubiera sido, ahora se había acabado.

Y no pude evitar pensar en cuántas lágrimas se habían desperdiciado, completamente en vano y, por desgracia, del todo inútiles para mí o para ella.

«Siempre están llorando estas mujeres» concluí, y empecé a pensar en mi viaje.

Poco después, mientras terminaba de revisar mis pertenencias en la sarcina, oí el ajetreo de los siervos y me trajeron a un joven que se presentó:

—Soy Lucio Rufo, el marido de Regila. Te conozco por tu reputación y quería acercarme a saludarte. Lamentablemente, no me permitieron salir antes del cuartel, pero aun así he querido pasarme y aprovechar la oportunidad para darte las gracias por lo que has hecho por Regila y Rusonio, ¡que siempre te estarán agradecidos por tu ayuda!

¡Así que éste era el marido de Regila! Era un joven simpático que tendría un poco más de veinte años, con el pelo ligeramente desgreñado y de semblante honesto, que esbozaba una sonrisa. Por su uniforme deduje que era suboficial, e imaginé que iba camino de hacer carrera militar.

—Bien, Lucio, encantado de conocer al marido de Regila. ¡Me han hablado muy bien de ti! ¿A qué te dedicas? —le pregunté.

—De momento soy *Librarius Legionis*[52] aquí en el cuartel de Ravenna. En los últimos días, he estado revisando toda la documentación de vuestra expedición, ¡y he comprobado que es realmente importante!

—Sí, muy importante. Ojalá podamos vernos algún día y podré contarte cómo nos has ido. He encontrado a Regila muy bien. ¡Parece ilusionada con su nueva vida de ama de casa! ¡Y a Rusonio también lo he visto contento! Todos nos alegramos de que ella pueda vivir feliz.

—Rusonio es una bellísima persona y quiero que se quede siempre con nosotros. Le tiene mucho apego a Regila y me alegra poder tenerlo en casa. Dentro de unos días tengo que irme a África, donde me han destinado por unos meses. Los dos se trasladarán a Roma y vivirán con mi familia. Tenemos una casa grande, no habrá problemas. Cuando vuelva pensaremos qué hacer y dónde vivir.

—No tendréis problemas, Lucio. Regila puede que no sea rica, pero ciertamente no es pobre.

Uno no podía dejar de admirar a este joven, pero también había algo en él que me molestaba. Me di cuenta de lo que era, y pensé para mis adentros: «Se parecería a mí si hubiera decidido llevar una

vida tranquila en lugar de una vida irregular». Eso era lo que me fastidiaba: me recordaba a mí mismo, pero para bien.

También le deseé lo mejor en su misión y me alegré de poder estrecharle el antebrazo sin rencores antes de que regresara al cuartel. Acordamos que nos enviaríamos noticias lo antes posible.

Me retiré al cubículo que me habían asignado; me quedaban unas horas. Volví a pensar en la extraña actitud de Licina. Ella y Regila siempre andaban juntas, y ciertamente hablaban de todo entre ellas, sin tapujos ni falsos pudores.

Ya hacía rato que una sospecha zumbaba en mi mente: ¡que Regila la hubiera instigado a hacerme una visita nocturna en mi cuartucho! ¡Eso era algo que podía esperarme de aquellas dos!

Desde luego, Regila no se atrevería a venir a verme, así que ¿por qué no enviar a su amiga más querida? Yo no debería desviarme del buen camino. Por supuesto, nunca podría haber iniciado un romance con aquella chica. Habría sido una falta de respeto imperdonable hacia Pisón, y Licina no era para nada mi tipo. Por supuesto que era una chica hermosa, ¡pero nunca hubiera querido tenerla cerca! Se parecía demasiado a su madre, una mujer tiñosa a la que había llegado a conocer en las cenas y que, a su vez, se parecía demasiado a su petulante suegra, y siempre de luto.

A raíz de este descubrimiento, encendí el candil y me dispuse a bloquear la puerta con un taburete inclinado y una pequeña cuña bajo la hoja. ¡Para entrar habrían tenido que derribar la puerta!

Me quedé allí tranquilo, esperando que las horas pasaran inútilmente. En sueños me pareció oír algo en la puerta, pero tal vez me equivoqué, tal vez fuera algún ruido procedente de la casa, como muebles o vigas que crujían.

Pero un poco más tarde estuve completamente seguro de haber oído arañazos en los postigos de la ventana del dormitorio, que daba al patio interior. No cabía duda, ¡era alguien de fuera que arañaba la madera para saber si seguía despierto!

Sin encender el candil, me acerqué a la ventana, moví la contraventana un poquito y al ver una sombra fuera, le dije en tono categórico:

—Licina, ¡te juro que si no vuelves inmediatamente a acostarte, iré y te azotaré como nunca lo llegó a hacer tu padre!

La amenaza fue suficiente, vi a esa sombra alejarse sigilosa y silenciosamente como había venido.

Unos instantes después me asaltó una duda: ¡no había visto la cara de aquella sombra! ¿Y si hubiera sido Regila?

¡Incluso la había llamado por su nombre!

Así que ya tenía algo más por lo que preocuparme, precisamente para no dormir el resto de aquella noche irrecuperable. A la cuarta vigilia[53] vino un siervo a llamar a la puerta y despertarme.

Era hora de levantarse.

Recogí mis pocas pertenencias, dejé al siervo que se despidiera de todos y abandoné la silenciosa y oscura casa para partir, más solo que nunca, al encuentro de mi destino.

XII.

Faltaba poco para el amanecer del día de las Adonias[54], el octavo día antes de las calendas de abril.

Nuestros hombres estaban formando en el patio del cuartel, medio dormidos y sin ganas de hablar.

El legado Valeriano pronunció unas palabras de buen augurio, gritó el lema de la legión y nos pusimos en marcha con una antorcha en alto para recorrer el cuarto de milla que nos separaba del puerto. Vi a Arrio, también taciturno, con sus distintivos de suboficial en la loriga y portando un bastón con una esfera, el símbolo del *optio*. Llegamos al puerto cuando aún era de noche. Embarcamos en tres cascos, que con unos golpes de remo nos condujeron hasta una *liburna* fondeada a cincuenta pasos de la orilla.

La nave bullía de actividad: se oían gritos y el barullo de los marineros caminando por el entablado. Subimos a bordo y vi que las operaciones de salida ya estaban en marcha.

El capitán, un tipo pequeñajo y barbudo que curiosamente me recordaba a uno de esos chuchos que siempre están ladrando, furioso contra todo y contra todos, impartía órdenes secas, golpeando nerviosamente los tablones de la cubierta con sus cáligas tachonadas.

Finalmente cedió las operaciones a sus oficiales y vino a saludarnos. Estaba esperando a Valeriano y, una vez le hubo saludado, se acercó con él al parapeto: mientras ambos recitaban una plegaria a los dioses del mar, el capitán vertió una copa de vino por la borda.

Inmediatamente después sentí las sacudidas de las aguas contra el casco, cuando los remeros empezaron a dirigir lentamente la nave mar adentro; por último, llegó el momento de levar el ancla, que en seguida fue izada a bordo.

Por delante de nosotros, a levante, los primeros destellos de la luz que precede al alba comenzaban a teñirse de rojo, mientras que a popa la tierra ya se perdía en la oscuridad.

En la *liburna* nos instalamos bajo cubierta para resguardarnos de la brisa, fresca y húmeda. Tras un breve trayecto a remo, oímos a los oficiales dar la orden de izar la vela e inmediatamente se recogieron los remos.

Arrio nunca había estado en el mar y ésta era su primera experiencia; se desplazaba tambaleándose, de manera un tanto exagerada, para compensar el balanceo de la nave.

Se sentó a mi lado y me preguntó:

—Quintilio, ¿qué es ese hedor a estiércol? ¿Acaso en esta nave suelen transportar ganado para el ejército o la marina?

No pude evitar sonreír, recordando la misma pregunta que yo hice a mí mismo la primera vez que embarqué en una nave de la flota el año anterior.

—Arrio —le respondí—, has de saber que este hedor procede en parte de los hombres que están en los remos y que no pueden moverse cuando quieren ir a la letrina. El resto del hedor procede del agua muerta del fondo del casco, que a veces sirve de letrina para los que están a bordo.

Me miró atónito, casi sin dar crédito a lo que le estaba contando, y al final exclamó:

—No esperaba algo así, teniendo en cuenta que el mar es, en definitiva, una extensión de agua limpia.

Por fin salió el sol, pero un viento más fuerte de lo necesario azotaba el mar y tuvimos que permanecer bajo cubierta mientras las salpicaduras de las olas inundaban el entarimado superior.

En un rincón de la bodega se había colocado un brasero con protecciones de placas de bronce para evitar que toda la nave prendiera fuego, y un legionario estaba preparando sopa para todos.

El legado Valeriano dio órdenes a los centuriones para que pasaran lista y luego me hizo una señal porque quería hablarme.

Nos colocamos en un rincón y me dijo:

—Quintilio, ¿has visto que ya hemos zarpado?

—Por supuesto, legado —le respondí sonriendo—. ¡No tenía ninguna duda! El tribuno Elpidio estaba involucrado y estoy convencido de que se esforzó al máximo para preparar una misión con las mayores posibilidades de éxito.

—Así es, Quintilio, aunque sé que tu primera impresión fue la de una partida desorganizada. Pero era necesario hacerlo así, no podemos presentarnos armados en esos territorios. Tendremos que desplazarnos como civiles, y si alguien nos pregunta, habrá que decirles que somos carpinteros encargados de construir naves en Teodosia[55] o inventarnos alguna historia similar. Quería hablar contigo por este motivo: tienes el puesto de agrimensor jefe en la expedición, y nuestro agrimensor Calpurnio estará formalmente a tus órdenes. Os debo encargar que redactéis un diario muy conciso de la misión. Si no ocurre nada grave, bastará con una línea de descripción por día. Te pongo un ejemplo: "Idus de abril: recorrimos veinte millas al septentrión de tal ciudad. Acampamos en la orilla de tal río". Nada complicado. Si lo deseas, puedes encargar directamente a Calpurnio, que cada noche anotará la fecha y el itinerario, o el lugar donde acampamos, si acampamos. Si te parece, este diario puede combinarse con el informe de mediciones que tendrás que preparar. La narración cronológica de la ruta y las mediciones son la forma más fácil de transmitir nuestros resultados a los demás.

—Has sido claro, legado. Puedo hacer que Calpurnio escriba unas líneas todas las noches en un papiro y luego transferir sus notas, corregirlas si es necesario, a mi pergamino, más o menos cada cinco o seis días. De esta manera, al final, el pergamino acabaría siendo tanto un diario como un informe de las mediciones.

—Creo que es una excelente elección. Puedes empezar hoy mismo incluyendo la lista exacta de todos los participantes con su rango y función. Más tarde llamaré a los centuriones y a los *optio*, ya que hay novedades que también les afectan.

En un rincón protegido del viento, tomamos un poco de sopa en la que habíamos remojado trozos de pan duro, y poco después el legado Valeriano presidió la primera reunión del estado mayor de la misión.

—Bueno, ya estamos en marcha —nos explicó—. Dentro de pocos días estaremos en la Vía Egnatia y en breve llegaremos a Thessalonica. En esa ciudad haremos nuestra primera parada, pues tendremos que esperar a un importante tribuno que vendrá

directamente de Roma y que viajará con nosotros. En Thessalonica también nos aguarda un legionario conocedor de los caminos del delta del Ister. Se llama Servilio y es natural de esas tierras. Como sabéis, tenemos un primer tramo hasta el río Ister que recorreremos a caballo. Durante este tramo vosotros os encargaréis de mantener a los hombres a raya, como es habitual en cualquier traslado de tropas. No preveo ningún problema particular, sólo somos una treintena, y encontraremos fácilmente alojamiento para pasar la noche en posadas o establos. Por otro lado, que sepáis que más allá del Ister estaremos fuera de los confines de la república, y vestiremos de civil, como ya se os ha explicado. Tendremos otro guía que está familiarizado con esos territorios y que conoce a las tribus de la zona. Desde el Ister hasta Teodosia seguiremos el reglamento de guerra: no debe haber deserciones ni rebeliones, que serían inútiles, porque un hombre solo no tiene ninguna esperanza de volver sin la cobertura que hemos preparado.

Maximino levantó tímidamente una mano:

—Legado, ¿nos puedes explicar en qué consiste esa "cobertura"?

—Os puedo decir lo siguiente: nuestro paso ha sido comprado a las tribus locales en oro, una suma enorme. Una parte ya se ha entregado, y la otra se pagará cuando crucemos el Ister a nuestro regreso. Ésta es la razón principal por la que no nos molestarán: ¡somos un montón de oro contante y sonante para los caudillos de esas tribus!

Vi la inmediata satisfacción que enmarcaba los rostros de los centuriones y de los *optiones*. Arrio también se sintió visiblemente aliviado al conocer este detalle, y me dijo en voz baja:

—¡Qué astutos son! ¡La mitad antes y la otra mitad cuando volvamos sanos y salvos! ¡No me extraña que no nos vayan a molestar!

Comprendí que el legado filtraba esa noticia para mantener a los hombres tranquilos, y si ése había sido su objetivo, sin duda lo había conseguido.

Como no tenía nada que hacer en la *liburna*, salvo observar a los que se empeñaban en vomitar profusamente por el mar

embravecido, hablé largo y tendido con Calpurnio sobre cómo organizar el diario de la expedición.

Enseguida nos pusimos manos a la obra y elaboramos una lista de los miembros de la expedición. Fue algo interesante, porque me permitió comprender mejor quiénes eran los hombres que formaban nuestra unidad. Y al pasar lista, no faltaron las sorpresas.

Calpurnio escribía mientras yo preguntaba a cada uno cuál era su cargo, y finalmente salieron los roles completos de la expedición:

Legado Valeriano: comandante de la expedición
Centurión Octavio: comandante de la tropa
Centurión Maximino: comandante de la tropa
Optio *Arrio: suboficial-pontonero*
Optio *Marcio: suboficial*
Agrimensor Quintilio: ingeniero jefe
Agrimensor Calpurnio: ingeniero
Legionarios: 23 en total, divididos como sigue:
3 arqueros expertos
3 herreros expertos
1 guía tracio
5 carpinteros
5 legionarios de la marina
1 instructor de armas
5 exploradores experimentados en infiltraciones en territorio enemigo y acciones nocturnas más allá de las líneas.
Además, cinco de los legionarios son capaces de hacerse a la mar a vela, y todos son expertos en las labores del Cuerpo de Ingenieros, como excavaciones y preparación de campamentos avanzados.
Efectivos totales: 30 hombres.

Al repasar la lista, era evidente que quienes habían preparado la expedición habían previsto más de un problema y se habían planteado hipotéticas soluciones.

En primer lugar, contábamos con fuerzas suficientes entre nosotros para atacar una pequeña nave y hacerla navegar,

reparando los daños que pudiera haber sufrido. El tribuno Elpidio no nos lo había mencionado, pero sin duda alguien en el Ponto Euxino se había encargado de hacer posible una retirada por mar. La composición de nuestro grupo no podía explicarse de otro modo.

No mencioné a nadie lo que había descubierto, pero el legado Valeriano sin duda sabía más de lo que nos había contado.

Había más viento del necesario en nuestra ruta, y oía al pequeño capitán ladrar órdenes sin cesar y feroces reproches a todo el mundo, especialmente a los timoneles que dirigían las dos enormes palas que servían para mantener la dirección de la *liburna*.

Durante tres días estuvimos sometidos al tormento del viento, tanto que muchos de nosotros nos preguntamos si no sería mejor detenernos en algún lugar y esperar a que amainara.

Cuatro o cinco hombres se encontraban en pésimas condiciones después de pasar tres días y dos noches vomitando continuamente, pero los marineros nos tranquilizaron explicándonos que, por muy mal aspecto que tuvieran, no morirían por el mareo.

Al atardecer del tercer día el viento se intensificó aún más, y el capitán buscó una posición no muy alejada de tierra para fondear la *liburna* alineada en la dirección del viento y aguardar el nuevo día.

Cuando los marineros iniciaron la maniobra, pronto quedó claro que el ancla no bastaba para detener la nave, por lo que se lanzó una segunda ancla, lastrada también con pesadas placas de plomo para que pudiera agarrarse más firmemente al fondo marino.

Poco después, cuando aún no había oscurecido del todo, llegaron nuevas ráfagas de viento acompañadas de poderosas olas, y oímos a los marineros gritar:

—¡Las anclas están arando el fondo!

Enseguida comprendí de qué se trataba: las anclas no eran suficientes para sujetar la *liburna* y mantenerla en su lugar resistiendo a las olas y el viento, que de seguir así acabarían arrojándola hacia la costa que se podía vislumbrar en la penumbra, a poco más de media milla de distancia.

Empezamos a temer por nuestras vidas. Ya no podríamos alcanzar una bahía protegida ni ningún puerto.

El capitán hizo que todos los hombres se pusieran a remar para contrarrestar el empuje de las olas y el viento que nos arrastraban inexorablemente hacia tierra.

Pero incluso ese intento, mal coordinado ya que estábamos a oscuras y era imposible mantener una lámpara encendida, estaba condenado al fracaso; ya podíamos entrever el débil resplandor de la espuma de las olas rompiendo en la orilla cada vez más cerca.

El legado Valeriano nos reunió y dio las últimas instrucciones:

—¡Corremos el riesgo de acabar en el mar! Dejad en la nave cualquier cosa pesada que pueda arrastraros al fondo y procurad agarraros lo mejor que podáis a objetos de madera o flotantes. La tierra está a poca distancia, y con el viento es fácil llegar a la playa. Si la *liburna* se hunde, ¡nos reuniremos en la playa! ¡Intentad quedaros con vuestros centuriones!

Al cabo de unos instantes, oímos los gritos desesperados de los marineros, que ahora podían ver la espuma que indicaba la cercanía de la costa. Luego, gritos aún más fuertes:

—¡Allí se ve un río!…

Por encima del fragor de la tormenta, el pequeño capitán gritó con todas sus fuerzas:

—¡Todos a los remos, ritmo de batalla! —Mientras, los oficiales daban el ritmo.

Vi al capitán agarrado a la pértiga de uno de los enormes timones gritar órdenes como un obseso a los otros timoneles que intentaban, tirando de cabos, ayudar a las maniobras de las dos palas del timón. Luego empezamos a golpear el fondo con la quilla, y se gritó la orden:

—¡Soltad los remos! ¡Todos fuera de los remos!

Oímos entre los silbidos del viento los gritos de los remeros que probablemente habían resultado heridos, luego oímos que la *liburna* varaba: primero raspó suavemente el lecho marino bajo la quilla, luego se produjeron violentas sacudidas hasta que el barco se detuvo, mientras no disminuían ni el vendaval ni el chapoteo de las olas.

Al rato, por si fuera poco, empezó a llover torrencialmente.

El capitán siguió gritando:

—¡Todos a los fuegos! —ante el temor de que el barco pudiera arder debido a los braseros desparramados sobre la madera.

Indudablemente, la maniobra había tenido éxito: nuestro capitán había conseguido minimizar la fuerza del impacto contra la orilla, varando casi sin daños en unos bancos de arena frente a la desembocadura de un pequeño río, que podíamos ver a corta distancia a la luz de los relámpagos. La *liburna*, aunque maltrecha, no parecía haber sufrido daños importantes. Algunos marineros con antorchas ya habían ido a inspeccionar la sentina y el estado del entablado.

Tensaron la soga de la única ancla que quedaba, la otra había sido arrancada por el mar; no quedaba más remedio que esperar a que amaneciera. Permanecimos a la intemperie con la nave inclinada sobre su costado y, para protegernos de la lluvia, nos acurrucamos en una sección del puente inferior donde no llegaba el chapoteo del agua, apoyándonos unos contra otros como perros mojados.

Los marineros ayudaron a algunos remeros que habían resultado heridos por las largas astas de los remos al chocar con el lecho marino. Los trajeron con nosotros a la cubierta inferior, pero en la oscuridad poco pudimos hacer por ellos.

El viento y la lluvia sacudieron la *liburna* durante toda la noche, pero no pudieron moverla del banco de arena en el que yacía.

Con las primeras luces de la mañana vimos que habíamos encallado en un tramo de costa poco profundo, desprovisto de rocas, la razón principal por la que la nave no había acabado destruida, y nosotros con ella. La *liburna* descansaba en aguas poco profundas, que en efecto llegaban a la altura de la rodilla de un hombre. Por poco no nos habíamos adentrado en aquel pequeño río que desembocaba en el mar y que arrastraba consigo ramas y plantas del interior arrancadas por el temporal.

Una minuciosa inspección no reveló más daños que la rotura de algunos remos y la pérdida de un ancla; en las jarcias y el mástil se apreciaban daños menores, fáciles de reparar. Pudimos encender fuego a bordo, tomar algo caliente y socorrer a los heridos.

Arrio, tan hábil como era, ayudaba en todo lo que podía a los carpinteros de la *liburna*. Tuvo tiempo de decirme:

—Si esto es la vida en el mar, pues bien, ¡yo estoy hecho para el trabajo en tierra!

El legado Valeriano hizo balance de la situación con el capitán. Era necesario realizar algunas reparaciones para poner la *liburna* en condiciones de navegar. Pero lo más difícil sería devolver la nave al mar, que ahora descansaba sobre la arena con sólo una pequeña parte de la quilla sumergida.

Los carpinteros le estaban explicando al capitán que para poner de nuevo la embarcación a flote había que aligerarla de parte del lastre y contar con la ayuda de otro barco, bien anclado a poca distancia y equipado con un cabrestante capaz de trasladar la *liburna* a aguas profundas con la marea alta.

Hacia la hora sexta, un par de barcas de unos atrevidos pescadores, nada temerosos del mar y el viento, vieron el barco y se dirigieron hacia nosotros para ofrecernos ayuda. Lo primero que les preguntó el capitán fue dónde estábamos: resultó que habíamos varado en la desembocadura de un pequeño río llamado Trinius[56], y estábamos a unas cinco millas de la aldea de Histonium[57].

No habíamos salido tan mal parados.

Nosotros éramos los únicos pasajeros de la liburna y, debido a nuestra misión, no podíamos quedarnos a ayudar a la tripulación. Además, la operación de salvamento duraría varios días, por lo que el legado Valeriano preguntó a los pescadores si habían visto alguna nave en el puerto de Histonium a la que pudiéramos pedir un pasaje.

En efecto, nos dijeron, había una *liburna* que se había detenido a pocos pasos de la costa y debido al viento en contra no había podido ganar el mar.

A media mañana el viento había amainado; llegaron otras embarcaciones y se llevaron a los heridos, en su mayoría marineros con algún hueso roto que debían bajar a tierra para ser atendidos.

Con nuestro desastroso encallamiento parecía que finalmente habíamos pagado nuestro correspondiente tributo a los dioses del

mar, y a partir de ese momento las cosas empezaron a mejorar.

Nos despedimos del capitán y la tripulación, a los que no podíamos culpar del desafortunado oleaje, y fuimos conducidos por los pescadores a Histonium.

Tras poco más de una hora de navegación hacia septentrión, avistamos a lo lejos el pequeño puerto, que no era más que una miserable ensenada que ofrecía una protección casi insignificante; en su interior había una *liburna* fondeada con muchos hombres trabajando.

Nos detuvimos y el legado Valeriano subió a bordo para hablar con el capitán.

La embarcación se dirigía hacia mediodía, y nos llevaría hasta Brundisium[58]. No hubo dificultades para nuestro embarque, y pronto estuvimos todos a bordo.

MACEDONIA

XIII. THESSALONICA

Con el viento a favor y los días que empezaban ya a ser más largos, el capitán calculó que podría navegar las doscientas millas que nos separaban de Brundisium en tres días.

El primer día de navegación, Arrio vino a buscarme con aires de misterio:

—Quintilio, ven conmigo, tengo algo que enseñarte.

Le seguí hasta el interior del casco, sobre el entablado que se encontraba un pie por encima de la tablazón inferior de la nave.

—Quintilio, ¡mira lo que hay aquí! —me dijo, mostrándome un extraño artilugio de bronce de unos cuatro pies de altura, anclado a los tablones del barco con gruesos cables de hierro. Se había puesto verde por la sal; a cierta altura, un tubo de plomo salía del aparato y se conectaba a los laterales del entablado.

—¿Tú qué opinas, Quintilio? —me preguntó Arrio.

—¡Qué quieres que opine, tiene que ser algo muy valioso! ¡Sólo que no sé lo que es! —le respondí.

—¡Es una bomba! —replicó, triunfador.

—¿Puede sernos útil? —le pregunté, sin saber a dónde quería llegar.

—Pero ¿cómo es posible, Quintilio? ¿No te has dado cuenta de que en este barco no huele a ganado como en el otro, el naufragado?

—Ahora que lo mencionas, es verdad, aquí no huele tanto. Y esta bomba ¿según tú…?

—Con esta bomba, el capitán mantiene seca la sentina. Cada día, dos marineros se aferran a esas asas que ves ahí, y las aguas fétidas de letrina que se estancan en el casco se eliminan antes de que les dé tiempo de apestar a todos los que están a bordo.

—Ahora lo entiendo, Arrio, desde luego son inventos meritorios que mejorarán la vida de nuestros marineros. Los tienen en algunos departamentos del Cuerpo de Ingenieros, pero nunca me he interesado por su funcionamiento. Nuestra armada no deja de progresar, ¡seguro que pronto los veremos en todos los barcos!

—Eso espero, además porque pueden bombear el agua si por un casual el barco tiene grietas, por ejemplo, debido a un tablón que se ha podrido, ¡o por algún golpe!

Con esta nave casi desprovista del triste olor de la marinería, el capitán pudo cumplir su palabra y la tercera noche llegamos a divisar las luces de Brundisium. Y a estas alturas, tras unos días en el mar y un naufragio, todos nos habíamos convertido en marineros.

A la mañana siguiente, en el puerto de Brundisium, encontramos un barco que partía rumbo a Apolonia[59] y Macedonia y, gracias a la prioridad que le correspondía a nuestra misión, no tuvimos más que pasar de una embarcación a la otra. Tres días más tarde, al final de una travesía tranquila, desembarcamos en la playa, no muy lejos de la ciudad de Apolonia.

Nos detuvimos en tierra firme para revisar si no se había perdido nada de nuestro equipo, mientras que los dos centuriones fueron a la gran *mansio* que se encontraba al inicio de la Vía Egnatia a buscar caballos para todos; poco más de una hora después, estábamos de camino rumbo a Thessalonica.

Yo ya había recorrido esta carretera el invierno anterior, habiéndolo encontrado todo cubierto de nieve y hielo. Ahora era el séptimo día antes de los idus de abril[60]: con una temperatura suave, la carretera tenía un aspecto diferente y resultaba irreconocible.

A caballo nos movíamos con rapidez y las únicas dificultades fueron las de nuestros desacostumbrados traseros; comprobé que algunos legionarios sufrían terriblemente.

En la *mansio* de Apolonia no sabían nada del tribuno que debía reunirse con nosotros en Thessalonica, y el legado Valeriano pensó que podíamos reducir el ritmo de la marcha, pero tampoco pudimos detenernos y observar la belleza de la región, ni visitar los monumentos de los que aquellas gentes estaban tan orgullosas.

Pasamos por las ciudades de Lychnidos, Heraclea Lyncestis y Edessa, conocimos las consabidas *mansiones,* pero lo pasamos fatal al no estar acostumbrados a las sillas de montar.

Por la Vía Egnatia estuve varios días a solas, encerrado en mis pensamientos. Era curioso cómo durante aquellos viajes se intercambian unas palabras con alguien de vez en cuando, pero durante la mayoría del tiempo uno se encuentra completamente aislado y su mente permanece libre para divagar sobre los acontecimientos pasados y las expectativas del futuro.

Llevaba unos días reviviendo lo que me había ocurrido aquí el año anterior; en Thessalonica había tenido un fogoso romance con Fabritia Secunda, una hermosa mujer que por desgracia estaba casada. Había sido una historia tan intensa como los incendios que se propagan violentamente con el calor de agosto por las resecas colinas de estas tierras.

También conocía bien a su marido. Era un valioso oficial de nuestro ejército y me resultaba difícil y odioso ocultarle nuestro romance. Sabía en qué cuartel servía. Creo que nunca sospechó nada de nosotros.

Aquella mujer me había hecho perder el juicio, y ahora no sabía si debía aventurarme a verla de nuevo: ya lo había intentado una vez y ella me había rechazado.

En la tarde del séptimo día llegamos a Pella y a última hora de la noche entramos en el cuartel de las afueras de Thessalonica.

Al día siguiente, Arrio y yo hablamos con el legado Valeriano para decidir cuáles iban a ser nuestras tareas.

—Tengo órdenes de esperar al tribuno —nos respondió el legado sin vacilar—. Sin el tribuno no podemos ir a ninguna parte. Seguro que viene de Roma y ya sabes que allí siempre hay problemas al acecho.

Que siempre había problemas en la Urbe no tenía por qué decírnoslo a nosotros dos, que recientemente habíamos sido huéspedes de la Mamertina.

De todos modos, lo esencial era que tendríamos que esperar.

—¡Estáis en una ciudad grande y hermosa! ¡Id a las termas, buscaos alguna mujer! ¿Tengo que enseñaros yo cómo pasar el tiempo?

Desde luego, a mí no tendría que enseñarme nada.

Yo ya conocía a alguien allí y sólo tenía que decidir a quién visitar primero.

Me hubiera gustado volver a ver al liberto Hicesio, que había sido mi compañero en otras aventuras hasta que había optado por la clandestinidad entre los callejones de esta ciudad, por temor a que lo detuvieran tal y como me había ocurrido a mí.

Tenía una pista que seguir: había estado con él el año anterior en casa de un viejo e íntimo amigo suyo: su nombre era Stratios, y era el hijo del hombre que lo había comprado cuando era un crío para alejarlo de la humillante vida de esclavo y lo había criado junto con su hijo, el propio Stratios, educándolo hasta convertirlo en un respetado tutor.

Aquellos dos habían crecido como hermanos, y yo sabía muy bien dónde vivía Stratios.

Arrio me preguntó si necesitaba ayuda. Él no sabía ni una palabra de griego y no conocía nada de esta ciudad; temía meterse en algún lío, algo que no podíamos descartar teniendo en cuenta el carácter orgulloso de los griegos.

Acepté de buen grado llevarlo conmigo a la morada de Stratios, donde probablemente nos darían noticias del liberto Hicesio. Tomamos un carruaje que pronto nos llevó a la lujosa mansión, en una esquina que yo recordaba.

Arrio se asombró al ver la increíble suciedad que reinaba por las calles: al no disponer de alcantarillas como Roma, los ciudadanos tiraban cualquier porquería a lo largo de la calle o en la canaleta que discurría por el centro. Por desgracia, el clima de Macedonia no es muy lluvioso, y como la limpieza de la ciudad era tan irregular que estaba prácticamente en manos del dios de la lluvia, no había esperanza de deshacerse del hedor que reinaba por las calles.

Le di al cochero una pieza de cobre y fui a llamar a la puerta. Al cabo de un momento fue el propio Stratios, que no se esperaba volver a verme, quien abrió la puerta.

—¡Ah, pero si tú eres Quintilio! No te esperaba, ¡pensé que era mi hijo volviendo a casa! Sé bienvenido a la casa de Stratios, ¡y bienvenido también este legionario que veo contigo! —Y me abrazó fraternalmente.

—Yo me llamo Arrio, señor Stratios.

—¡Pero qué señor ni qué niño muerto! ¡Aquí todos somos miserables contables! ¡Entrad, muchachos! —y voceó algo en griego para avisar a su mujer y a la servidumbre.

Nos acomodó en el *tablinum*, una sala amueblada con muy buen gusto, repleta de cortinas de colores y muchas alfombras.

—¿Qué se os ha perdido por Thessalonica? ¡Ah, pero antes de nada debo decirte que me alegro de volver a verte, Quintilio! Nos asustamos mucho cuando te arrestaron y sentimos no poder hacer nada por ti. ¡Si hubieses visto a Hicesio! Temeroso de ser arrestado, se escondió como una culebra debajo de las piedras. ¡No habrían podido sacarlo ni con una legión! Pero resolviste tus problemas con los magistrados, ¿no?

—Sí, Stratios —le respondí—, ¡los resolví! Y creo que también se pueden resolver los de Hicesio. Puede que tengamos que trabajarlo un poco, pero estoy convencido de que ya no corre grave peligro. Aunque no se puede descartar que pueda ser interrogado. A mí me encerraron durante más de un mes en una celda subterránea para interrogarme a sus anchas. ¡Arrio, al que ves aquí, era de hecho mi compañero de celda!

—¡Hum, pocas bromas con los magistrados! Aquí tampoco se bromea con ellos. Si algo bueno tengo que reconocer a las costumbres de Roma, ¡es el rigor de las leyes! Aquí se dice que antes de la llegada de los romanos era normal sobornar a los magistrados, el problema lo tenían los que no tenían dinero. Eran los que pagaban por todos. Pero, Quintilio, ¿cómo has acabado aquí?

—Estoy en Thessalonica en una misión bastante especial, ya sabes, como la última vez, y quizás un poco más complicada. Acabamos de llegar y me alegro de verte, pero también quería tener noticias de Hicesio.

—Hicesio está bien. Es más, diría que está francamente bien. Se ha dejado crecer una barbita puntiaguda, como un oriental, y ya sabes que siempre va peinado hacia atrás y vestido con ropa llamativa.

Arrio rio a carcajadas, exclamando:

—Ése es el Hicesio que yo conocía, ¡no ha cambiado nada!

—¡No, siempre ha sido así! —replicó Stratios—. Pero es un buen hombre, ¿sabes? Ahora trabaja con mi hijo. O, mejor dicho, es mi hijo quien trabaja para él, actúa como su secretario y se encarga de mantener en orden algunos papiros, escribe sus cartas, concierta citas para él con algunos clientes y prepara sus contratos. Los dos trabajan bien juntos y además ganan dinero.

—¡Me alegro, Stratios! Nunca hubiera imaginado que el secretario Hicesio encontraría a su vez… ¡un secretario! Pero los tiempos cambian y eso es buena señal. Y tu hijo, que es joven, ¡sólo tiene que aprender de ese sabelotodo!

—Por supuesto, lo sé, y estoy feliz de que mi Athanasios esté trabajando para él. Pero ahora he de confesarte que Hicesio no está aquí, se marchó hace veinte días y ahora debería de encontrarse en Byzantium. Está llevando a cabo una importante negociación para un cliente, una persona adinerada que le pidió consejo para desentrañar ciertos asuntos, así que se marchó directamente a Byzantium para ver con sus propios ojos de qué se trataba. Me informó de que estaría fuera un mes, pero si se lo preguntamos a mi hijo, seguro que tiene noticias más recientes porque se escriben muy a menudo por los asuntos de la oficina. De momento quedaos aquí y comed, luego ya veremos qué es lo más conveniente.

En ese momento entró su mujer, que me conocía bien, y me abrazó cariñosamente.

Ni que decir tiene que nos quedamos a comer, y Stratios, para no arriesgarse a quedar mal, ordenó preparar doradas a la parrilla, una especialidad de su mujer, deliciosas carnes y frutas exóticas como sólo se podían encontrar en el mercado de Thessalonica.

En la mesa conocimos a Athanasios, el hijo mayor de Stratios, que nos contó lo bien que le iban las cosas en el banco de Nicóteles.

Naturalmente, me guardé mucho de explicarle a Arrio la complicadísima historia de aquel Nicóteles, un riquísimo argentario bizantino, inventado el año anterior por Hicesio y por mí: sólo existía en los papiros, pero la gente y el Tesoro del Estado no lo sabían. Y cuanta menos gente estuviese al corriente, mejor.

Al parecer, a Hicesio le iba bien aquí. La ciudad estaba en expansión y el modesto capital disponible en el banco circulaba sin

descanso para facilitar operaciones a corto plazo con pingües beneficios.

Como no iba a poder ver a Hicesio, traté de explicarle a su joven secretario, para que se lo contara, que las cosas marchaban bien, y como yo había conseguido resolver mis problemas con la república, Hicesio podía esperar resolver los suyos.

Athanasios, que dominaba a la perfección nuestro idioma, me sugirió que visitara a un conocido común: Agapios, uno de los herederos del riquísimo Pansophios.

Me acordaba muy bien de él porque sabía que la madre de Hicesio, reducida al estado servil en esa familia, en su día lo había educado como una madre, tanto que Hicesio y él se consideraban ahora hermanos, y fue a partir de un conocido de Agapios que había comenzado la operación en la que el griego estaba ahora involucrado en Byzantium.

En ese momento, Arrio no pudo evitar murmurar, quizá no demasiado apropiadamente:

—Pero, en Thessalonica ¿están todos emparentados?

Le expliqué que las familias extensas eran más comunes en Macedonia que entre nosotros y que, de todos modos, el caso de Hicesio era realmente único.

—Sí, recuerdo algo de lo que me contaste. Él, el griego, ya era también un personaje muy particular hace años —concluyó.

Cuando regresamos por la noche al cuartel, no tuvimos novedades y charlando con los centuriones nos dio la impresión de que nuestra estancia en esta ciudad podría prolongarse durante mucho tiempo.

Así que decidimos organizarnos.

Al día siguiente le expliqué a Arrio dónde estaban las termas. Él pensaba ir con los centuriones y allí se juntarían con los oficiales romanos que holgazaneaban permanentemente por esos parajes, haciendo salaces comentarios sobre los transeúntes, y especialmente sobre las bellas transeúntes que entraban y salían de las termas.

En cuanto a mí, decidí visitar al joven Agapios para averiguar qué negocios se traía entre manos Hicesio. Tomé un carruaje a media

mañana y me condujo a la lujosa villa de la familia Pansophios. Era un gran complejo próximo al mar, un conjunto de edificios en el que bien podrían haber vivido unas cincuenta familias.

El atrio era una gran sala con columnas áticas, dividido por pesadas cortinas en varias habitaciones para no incomodar a los visitantes y que pudieran aislarse unos de otros. En el interior había un espacioso jardín, sombreado por palmeras y con un par de fuentes de las que manaba agua cristalina.

Aunque ya había estado allí el año anterior, no pude evitar observar con renovado asombro los mármoles policromados y los mosaicos con figuras mitológicas. Un criado me trajo algo de beber y me quedé esperando largo rato.

Por último, apareció Agapios.

—¡No sabía que eras tú! —dijo el joven, un poco sorprendido, estrechándome amistosamente el antebrazo—. Disculpa la larga espera, estoy inmerso en la construcción de un gran edificio público y siempre hay problemas, ¡pero me alegro muchísimo de verte! Hicesio me dijo que hubo algunos problemas el verano pasado, pero ahora te veo aquí y con buena salud, ¡supongo que todo se ha solucionado!

—Sí, Agapios, todo se arregló del mejor modo. Estoy de paso por Thessalonica y no he podido resistir la tentación de visitaros.

—¡Ah, mira qué bien! ¿Te quedarás mucho tiempo? ¿Qué vais a hacer?

—Estoy inmerso en una misión que me llevará muy lejos, más allá de Byzantium. —No consideré oportuno revelar el propósito de nuestra misión—. Estoy aguardando en Thessalonica la llegada de un funcionario de Roma, y lamentablemente no sabemos cuándo llegará. Podría ser cuestión de unos días o de unas semanas, no se sabe.

—¡Bien, bien! Pues entonces escúchame, Quintilio: ahora mismo te hago una propuesta. Estás alojado en el cuartel, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Informa a tu superior que eres mi invitado y quédate con nosotros. Tengo sitio de sobra en esta enorme casa y estoy encantado de tener un invitado. Además, siempre estamos deseosos

de tener noticias frescas de Roma. De hecho, ¿sabes lo que te digo? Tienes que quedarte aquí porque esta noche se ha organizado un bonito banquete y vendrá mucha gente.

—Agapios, no quiero ser inoportuno.

—Quintilio, no pienso dejar pasar la oportunidad de oír algún cotilleos de fuera. Nuestra ciudad es grande, pero nos conocemos todos y, al final, siempre priman las insípidas habladurías de siempre. Pero no creas que te invito sólo para divertirnos. Has venido en el momento ideal: me encuentro en la necesidad de resolver un asunto relacionado con la herencia de una prima mía lejana. Es algo que me preocupa, y aprovecharé la ocasión para pedirte consejo, si no te importa.

—Agapios, ¡estoy en Thessalonica y tengo tiempo libre! No dudes en disponer de mí, si puedo ayudarte.

—Haré que mi prima venga a cenar esta noche. Así podrás conocerla y juntos te explicaremos el problema que tenemos con una gran finca. ¡Ah, por cierto, también es una hermosa mujer! Habla bien tu idioma, ¡ya verás como te cae bien!

No podía rechazar una invitación hecha con tanta amabilidad, porque de lo contrario los días en el cuartel iban a ser aburridísimos.

El afabilísimo Agapios me prestó un carruaje con un criado para todo el día, así que pude pasear un rato por la ciudad y refrescar el recuerdo de las confusas callejuelas, y el mercado con su ajetreo de vendedores y mujeres con vestidos de colores comprando para sus familias.

Me dirigí al cuartel y le pedí permiso al centurión Octavio para quedarme como huésped en casa de una familia de amigos. Me preguntó si me alojaría en un lugar lejano, y sabiendo que no distaba más de media hora, me concedió gustosamente su consentimiento, siempre y cuando le dejara un trozo de papiro con la dirección y me dejara ver de vez en cuando ante el oficial de guardia a la entrada del cuartel.

Vi a Arrio de pasada y le expliqué también que iba como huésped a casa de unos amigos; le garabateé la dirección en un papiro para que viniera a buscarme si había alguna novedad.

Me tomé mi tiempo y cuando llegué a casa de Agapios ya había anochecido. La villa había sido iluminada con antorchas y faroles y vi a mucha gente en el vestíbulo con vasos de bebida, riendo y bromeando. Agapios no mentía al decir que habría una fiesta, pero por otra parte era rico, así que ¿por qué no disfrutar de parte de esa riqueza junto con sus amigos?

Un liberto me ofreció una copa de un delicioso zumo de cítricos y me condujo con avezada experiencia a conocer a los invitados por orden de importancia. Vi que no era el único romano presente, incluso había un togado con una franja púrpura que me presentaron como el pretor Julio Celso, el pretor más importante de Thessalonica.

Agapios me vio e hizo una seña con la mano, estaba enfrascado en una ajetreada discusión con un par de sus acaudalados colegas.

Finalmente consiguió librarse y me llevó a conocer a los invitados, presentándome como "un importante jefe agrimensor del Cuerpo de Ingenieros", cargo que había inventado en aquel preciso instante y que despertó cierto interés, dada mi corta edad.

Me presentó a un grupo de mujeres perfumadas y cargadas de oro que estaban a un lado charlando entre ellas, tal vez sobre ropa o zapatos, y sacando con gracia a una del grupo y cambiando del griego al latín, me presentó:

—Ésta es mi "casi" prima Arethi —dijo sonriendo—. Es a ella a quien quería presentarte. Me gustaría que os conocierais, ¡porque ella es la fuente de ese problema que te he mencionado esta mañana! Tú, Quintilio, no hablas griego, así que te diré enseguida que "Arethi" significa llena de gracias y virtudes.

Era cierto. Al pie de la letra.

Llevaba un rato mirándola de reojo, la había visto mucho antes de que me la presentara. Era imposible no fijarse en ella: el fino vestido verde esmeralda no ocultaba ninguna de sus formas. Debía de tener unos cuantos años más que yo, pero era una mujer hermosa, su soleado rostro enmarcado por el larguísimo cabello castaño, grande y de curvas generosas.

XIV.

Arethi me saludó fraternalmente con un beso en la mejilla y, mientras me envolvía con su perfume embriagador, exclamó:

—¡Tú eres Quintilio! Tenía muchas ganas de conocerte. ¡Hace unos meses se habló mucho de ti! Hicesio nos contó que habíais corrido mucho peligro juntos, y luego me dijo que le salvaste la vida hace un par de años, pero también me relató asuntos muy turbios, no sé, ¡quizás intentara burlarse de mí!

—Bueno Arethi, pues si ya me conoces, ¡yo también me alegro de conocerte! Hicesio y yo somos grandes amigos, pero ya te habrás dado cuenta de que él es un erudito, y a veces es realmente difícil entender lo que quiere decir.

Por fortuna para mí, nos interrumpió el liberto que iba a dirigir la cena, quien nos invitó a tomar asiento; lo que me vino muy bien, porque yo estaba un poco intimidado ante tan hermosa mujer, probablemente ya me estaba poniendo colorado.

Y tampoco fue casualidad que Arethi tomara asiento a mi lado en un gran triclinio, pero afortunadamente me ayudó la conversación que ya había comenzado entre los invitados mientras los siervos iban trayendo los grandes platos de humeante carne con deliciosas salsas.

Hablamos de lo de siempre: del tiempo y de las estaciones, que evidentemente ya no eran los de antes, de esa extraña historia de que en Roma querían cambiar el calendario y alargar el año[61], pero era obvio que era imposible conseguirlo, y de los precios del trigo, la uva y las aceitunas que ya ni siquiera compensaban los costes.

Se discutió sobre los piratas, que quizás no hubieran sido exterminados por Pompeyo unos años atrás, tal y como se esperaba, y que alguien debería decidir algo al respecto, ¡porque ciertamente también había corrupción! Y, por último, llegamos a los problemas de la república, y al constante movimiento de las legiones: la Vía Egnatia pasaba por Thessalonica y no se podía ignorar el paso de las tropas.

Dominaba la incertidumbre, alimentada por el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo. Y los ejércitos estaban desplegados en frentes tan lejanos que muchos de los convidados ni siquiera sabían dónde se encontraban ciertas remotas provincias.

Y como acababa de llegar de Roma, abundaban las preguntas.

Me las arreglé como pude para eludir las preguntas difíciles sobre la actuación del Senado, y si era realmente capaz de legislar y hacer cumplir las leyes; eran cosas de las que yo no sabía nada, y tuve que explicarles que mi trabajo como agrimensor me había mantenido alejado de la vida pública, confinándome primero en Eporedia, y luego a lo largo de una oscura y casi olvidada Vía Consular que atravesaba los Apeninos.

Mi desconocimiento de los temas de la velada suscitó cierta decepción, pero aquel imponente togado vestido de púrpura, el pretor Celso, había escuchado un par de mis respuestas y evidentemente ya me tenía calado, así que decidió provocarme a bocajarro:

—Entonces, Quintilio, ¡explícanos cómo se vive en Roma hoy en día! ¿No irás a pensar que te vas a salir con la tuya? Llevamos años desaparecidos de la Urbe. ¿Has estado dando vueltas por la ciudad, hablando con la gente? ¿Qué se dice? ¡Vamos, cuéntanos!

Era un pretor. Un hombre acostumbrado a interrogar a la gente, e ir al meollo de la cuestión, incluso cuando estaba de fiesta o tenía ganas de bromear.

Pero yo también estaba hecho a los interrogatorios de los pretores, y no en vano había sido aleccionado por el *patronus* Sidonio. Comprendí enseguida lo que él quería, e imaginé también lo que deseaban los demás invitados: algo de espectáculo, una pizca de drama y ¡unas manchas de sangre!

Apenas tuve que pensármelo unos instantes porque, como por arte de magia, tenía justo las historias que tanto anhelaban.

—Bueno, entonces os voy a contar tres episodios recientes ocurridos en la Urbe que lo dicen todo, luego vosotros seréis los que juzguéis.

Y empecé a narrarles en voz alta, como si estuviese contando un cuento de hadas a unos niños.

—El primer episodio es el siguiente. Habéis de saber que, hace poco, de paso por Roma, se me ocurrió visitar a los padres del prefecto de nuestra unidad: personas de avanzada edad a las que no podía dejar de visitar porque, además, me recordaban a mis padres, también mayores.

Mientras hablaba, había bajado la voz, como si me dirigiera confidencialmente sólo a los del triclinio opuesto al mío, y se hizo un silencio sepulcral.

—Llamé a su puerta cuando ya era de noche y vinieron a abrirme, pero me percaté de que les había asustado mucho al presentarme de uniforme, ¡porque pensaban que habían llegado los sicarios enviados por algún desconocido motivo! Luego me reconocieron y conseguí tranquilizarlos. Estaban aterrados: ¡el miedo de no saber ya quién es amigo y quién enemigo! Los vecinos, o los siervos, de un día para otro, por abyectos motivos, se convierten en solícitos delatores, ¡y luego, de buenas a primeras, aparecen unos sicarios en tu casa, por la noche, para matarte! ¡Esto es lo que muchos romanos temen hoy en día!

Un murmullo saludó este breve episodio, y oí de fondo un par de frases: «Ya te dije que era así», y: «¡Ves cómo es verdad!».

Aproveché para degustar un trozo de carne, que estaba exquisita, y sentí que Arethi se acercaba cada vez más a mí, en el triclinio, como si mis palabras le hubieran dado frío.

—Quintilio, habías dicho que tenías tres historias que contarnos —me apremió el tenaz pretor Celso con una mirada incierta entre sonriente e inquisitiva.

—El segundo episodio es éste: en la Urbe necesitaba localizar a una persona muy importante a la que había conocido un par de años atrás. Una buena persona, un togado. Quizá podría haberme ayudado a resolver un complicado asunto familiar que se prolongaba desde hacía tiempo y del que nadie quería ocuparse. ¡Pues bien, no pude hacerlo! ¡Me resultó imposible!

—¿Y quién te lo impidió? —me preguntó Agapios.

—Sucedió que unos días antes, mientras pasaba por una calle con su escolta, aquel togado se topó con unos aficionados a las carreras de cuadrigas que, casualmente, habían iniciado una trifulca entre

ellos, y hasta el mismísimo togado acabó por los suelos. Y la cosa no acabó ahí porque, un segundo después, ¡a él también lo habían cubierto de puñaladas! Y de pronto fue evidente que no se trataba en absoluto de una pelea callejera entre borrachos, ¡sino de un atentado hábilmente orquestado! Su víctima falleció pocas horas después.

El silencio que siguió a la última frase fue tal que pudimos oír los cascos de un caballo pasando por una calle lejana.

—¿Quién era ese noble, si es lícito conocer su nombre? —me preguntó el pretor en un regreso nostálgico a los interrogatorios.

—Era el senador Clodio Menenio —le respondí.

—Sí, así fue. ¡Es completamente cierto! —susurró, asintiendo seriamente—. Otras personas también me narraron que había sucedido tal y como tú lo acabas de contar.

Sentí la cálida mano de Arethi en mi hombro:

—Pero ¿y el tercer episodio, Quintilio? ¿Nos contarás al menos una historia con un final feliz?

—Hum, ¡eso depende! Ya sabes cómo van las cosas. A veces hay acontecimientos que son felices para alguien y, al mismo tiempo, quizá menos felices para otros. Sin embargo, os aseguro que la historia que os voy a contar ahora es asimismo una historia real en la que yo mismo participé. No hace mucho tiempo, unos dos meses o poco más, tuve la oportunidad de conocer a una persona bastante discreta; hablaba muy poco, de hecho, casi nunca hablaba. Pasé bastante tiempo con él, pero pensándolo bien creo que nunca llegamos a intercambiar una sola palabra. No es que hubiera animosidad entre nosotros, de hecho, estábamos… en la misma barca. Este tipo era muy religioso, le oí varias veces orar a los dioses, murmurar en voz baja sus plegarias, muy concentrado.

Pasé por alto el hecho de que había sido mi compañero de celda durante un mes y que ambos estábamos presos en la cárcel Mamertina, no era cuestión de perderse en detalles innecesarios.

—Pues bien, un día vinieron dos guardias a llevárselo, ¡y desde ese momento ya no lo volví a ver! ¡Nunca más!

—Quintilio —dijo Arethi riendo y dándome una palmadita en la espalda—, pero ¿qué historia es ésta? ¿Qué querías decir?

—¡Un momento! ¡La historia no ha terminado! Entonces, os estaba diciendo que "yo" jamás lo volví a ver. Pero unos días antes de salir de Roma para venir aquí, a Thessalonica, uno de mis camaradas de confianza me dijo que, por fin, justo aquella mañana, un par de horas antes, aquel tipo había encontrado la solución a sus problemas. Le habían decapitado. ¡Los *vigiles* habían descubierto que había devorado al hijo del vecino!

Un escalofrío recorrió a todos los comensales y un par de mujeres soltaron un grito ahogado mientras se cubrían los ojos con las manos.

El pretor nos devolvió en seguida a la normalidad asintiendo con la cabeza y confirmando con voz grave:

—¡Te creo, Quintilio! Y sé que nos has narrado hechos reales, son cosas que, por desgracia, ocurren. El cuadro que has pintado no es el más reconfortante, pero es verídico. Sabemos de hecho, incluso estando aquí en Macedonia, que la Urbe no es sólo una ciudad de fiestas y pompa. Ni mucho menos. ¡Corrupción, tragedia, orden público! Muchas cosas están mal. Las leyes y la religión son demasiado a menudo olvidadas, o quizás me atrevería a decir, ¡simplificadas! Se doblan demasiado fácilmente a los caprichos de los individuos. Precisamente porque esas cosas que nos has contado son ciertas, y no son justas ni conformes a nuestras costumbres, ¡debemos mejorar en todo! Y cada uno de nosotros sabe lo que esto significa: ¡cumplir con el propio deber para con los demás, no ceder a la corrupción porque otros roben, considerar los asuntos de Estado como propios!

Agapios aprovechó el momento para indicar al copero que llenara las copas que todos juntos alzamos en celebración de la república.

Arethi me susurró al oído:

—¡Enhorabuena, Quintilio! ¡Lo has conseguido!

Ella había visto muy bien que al principio me había sentido un tanto incómodo y arrastrado involuntariamente al debate, pero que luego había conseguido captar la atención y poner en su sitio incluso al pretor y, al final, mis relatos incluso habían gustado.

Me di cuenta de que la discusión se había ido rompiendo poco a poco, y ya no había una persona narrando algo a los demás: los

invitados conversaban ahora con sus vecinos de triclinio.

Y aproveché la oportunidad para preguntarle a la mía:

—Entonces Arethi, ¿qué es eso de la herencia?

—Quintilio, ya te lo ha dicho Agapios, llevo tres años metida en un buen lío. Ni siquiera con la ayuda de Agapios somos capaces de resolverlo. Has de saber que soy viuda desde hace tres años.

Ésa era una excelente noticia. El hecho de que fuera una mujer hermosa y no tuviera marido rondándole, me colmó de alegría.

Y continuó:

—Mi marido desapareció en el mar cuando se dirigía a Alexandria. El barco nunca llegó a su destino, ni hubo noticias de que nadie se salvara o fuera hecho esclavo. Ahora se sabe con certeza que el barco naufragó durante un temporal. Entre los bienes de mi marido había una gran finca, una propiedad muy grande a pocas millas de la ciudad. Esta hacienda debería haber pasado a ser mía a través de mi tutor. Pero desgraciadamente Diotimo, que es una buena persona, ya está entrado en años y adora el buen vino por encima de todas las cosas. No es muy luchador, y el hermano de mi marido reclama una parte de esa propiedad.

—Bueno, ¿por qué no le das esa parte? ¿Te aferras a ella por alguna razón especial?

—No, no hay ninguna razón especial, pero mi cuñado es un poco ignorante, y haría falta una persona de fuera para hacer la división.

Mientras hablaba, a cada movimiento me llegaba una ráfaga de su perfume embriagador y, en fin, digamos que se estaba convirtiendo en una situación un poco difícil para mí.

—¿Eso es todo? —le respondí—. ¿Y lleváis tres años enfrentados por el reparto de la propiedad? —le cuestioné.

—Puede que a ti te parezca sencillo —respondió Arethi un poco molesta—, pero para nosotros no lo es. Necesitamos que alguien haga la división como es debido, estudiando el documento que mi marido depositó hace quince años en el *Tabularium*[62], y proponiendo una solución aceptable por el propio *Tabularium*. Ya lo hemos intentado con un agrimensor local, pero la segregación fue rechazada por los funcionarios del *Tabularium* el año pasado. Y al

haber sido rechazada por el *Tabularium* tampoco le sirve a mi cuñado. Ni a mí, evidentemente. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, he entendido que tenéis unos agrimensores ineptos. ¿Tienes una copia de lo que consta en el *Tabularium*?

—Sí, la tengo, pero Agapios y yo, que además de ser un primo lejano mío fue un gran amigo de mi marido, esperábamos encontrar a alguien capaz de trabajar en este entorno. Y como puedes ver, ¡esta noche no he perdido la oportunidad de conocerte! Pero aparte de la cuestión de la tierra, ¡me alegro de estar aquí contigo porque Hicesio nos había hablado mucho de ti y de vuestras aventuras!

—Ya, me lo imagino. ¡A saber lo que te habrá contado!

—No, no pienses mal, Hicesio tiene muy buena opinión de ti. Me ha dicho que, si no fuera por ti, ¡muchas cosas nunca se habrían hecho realidad!

—Me agrada oír eso. Pero ya sabes que no sé cuánto tiempo podré quedarme aquí. Estoy cumpliendo una misión, y de momento estoy de permiso porque estamos esperando la llegada de una persona importante de Roma. No sé cuándo llegará. Pero si por un casual llegara mañana o pasado mañana, ¡tendría que marcharme acto seguido!

—Agapios me ha comentado algo de tus obligaciones. Para no perder tiempo, ¿qué tienes previsto para mañana?

—Nada —le respondí sin vacilar—. Y tú, ese documento ¿dónde lo tienes?

—Lo guardo en mi casa, ¡muy cerca de aquí! —me respondió.

—Entonces podríamos hacer lo siguiente: esta noche soy huésped de Agapios, pero mañana por la mañana puedo pasar por tu casa y me dejas leer ese papiro. Pero ya que estamos aquí, ¿puedes explicarme para qué sirven esas grandes bolas de madera que los criados ponen con la fruta?

—Pero, Quintilio, ¡no son bolas de madera! Son nueces africanas. ¿De verdad que nunca las has visto?

La casa de Agapios era espectacular. Por todas partes había acabados en mármol, frisos de bronce y grandes paredes pintadas al fresco con temas mitológicos. Y pesadas cortinas para silenciar el

ruido y eliminar los ecos, de modo que toda la casa parecía inmersa en una atmósfera amortiguada.

La villa estaba muy próxima al mar: desde las terrazas se podía disfrutar de la vista de varias millas de costa y observar el movimiento de las naves y los pescadores que entraban y salían del puerto.

Me asignaron un cuarto pequeño y agradable en un ala que imaginé reservada para huéspedes distinguidos.

Un siervo me explicó que en caso de necesidad podía tirar de un cordel que corría por encima de la puerta y a cualquier hora aparecería un sirviente. Incluso me mostró un gran *tepidarium*[63] con una bañera en la que cabían cómodamente al menos una decena de personas. Luego una pequeña cocina con fruta y algo de comer si de repente tenía hambre, y por supuesto las letrinas. Por todas partes, durante la noche, las lámparas se quedaban encendidas para que los huéspedes estuvieran cómodos si necesitaban algo.

Por la mañana, tras un copioso desayuno, salí a pie para dar un paseo hasta la residencia de Arethi.

Esta zona de la ciudad rebosaba riqueza y opulencia; donde terminaban las villas señoriales empezaban las tiendecitas de especialidades gastronómicas, vinos finos o ropa lujosa.

Paseando por el centro de la ciudad encontré una zapatería: aproveché para comprarme un par de cáligas un poco más finas y, sobre todo, sin tachuelas de hierro. No era muestra de buenos modales destrozar las alfombras de las moradas de la gente acomodada y hacer sonar los clavos sobre el mármol como en un cuartel.

También compré un zurrón en el que metí mis cáligas, y luego me dirigí tranquilamente a la mansión de la bella hacendada.

Al pasar por las tiendas no pude evitar fijarme en el pequeño taller de un artesano que fabricaba extraños utensilios de bronce, algunos de los cuales estaban expuestos a la vista de los transeúntes. Algo me había llamado la atención de los trabajos de ese artesano y después de una treintena de pasos, suponiendo que

pudiera tener algo útil, volví a su tienda. Este hábil tendero tenía expuestos compases y reglas para tomar medidas. Los compases se utilizaban habitualmente para anotar medidas en los mapas, y yo estaba familiarizado con ellos. Sin embargo, nunca había visto unas reglas de bronce que se utilizaban para medir ángulos. También vi que había otras hermosas reglas de bronce, algunas de las cuales llevaban escalas con diversos tipos de medidas, griegas o romanas, para facilitar el trabajo de los delineantes. Decidí hacerle una visita más pausada en cuanto tuviera tiempo.

Poco después llamaba a la puerta de la mansión de Arethi: una villa lujosa, ciertamente no como la de Agapios, pero, aun así, el hogar de una familia adinerada.

Un sirviente vino a abrirme la puerta y me condujo a un elegante *tablinum* con divanes tapizados; unos instantes después llegó Arethi, ataviada con un lujoso chitón y acompañada por un anciano de nariz colorada, que supuse que era el tutor Diotimo. Una sirvienta me sirvió una bebida con sabor a cítricos y observé detenidamente a la viuda. Incluso vestida de manera más hogareña era una mujer hermosa, tal vez incluso más hermosa sin el profuso maquillaje que se había puesto en la cena de la noche anterior; y estaba segura de sí misma como corresponde a las mujeres bellas y ricas.

—Quintilio —me sonrió—, te presento a mi tío Diotimo, que vive en esta casa y se ocupa de la administración de mis bienes.

Diotimo hizo un gesto de agradecimiento y me dio la bienvenida, trabándose un poco al hablar nuestra lengua, que evidentemente utilizaba muy de tarde en tarde.

Hablamos un poco de todo, como corresponde al recibimiento de un invitado, sobre cómo se vive en Roma y cómo en Thessalonica, quién tiene el mejor vino y cosas por el estilo, y finalmente Arethi me preguntó:

—Quintilio, ¿quieres ver el famoso documento?

—Claro, para eso he venido.

Tomamos asiento en el pequeño estudio donde se llevaban a cabo la correspondencia y los negocios, y sobre una lujosa mesa de mármol me entregaron el famoso papiro. Lo miré un sólo instante: ¡estaba en griego!

—Arethi, ¡no puedo leerlo! No conozco vuestro idioma. —Y mientras tanto empecé a desdoblarlo, viendo que no era un documento muy largo, poco más de dos páginas densamente escritas.

—Te echaré una mano —dijo la mujer—, de hecho, vamos a hacerlo así. Yo te lo leo y traduzco, y tú si quieres, ¡escribes lo que te haga falta! —Y amablemente me entregó unos papiros para escribir, con cálamo y tintero.

Empezó a leer, frase a frase, lentamente, y a traducírmelo.

Pronto comprendí de qué se trataba: no era más que la inscripción en el *Tabularium* de la cesión de un gran latifundio a dos hijos, realizada tras la muerte por causas naturales del suegro de Arethi. El hombre había dejado esta gran propiedad indivisa a sus dos hijos, y era evidente que se necesitaba un estudio de dicha propiedad para llegar a una división equitativa. La situación se veía complicada por el hecho de que la gran extensión contenía tierras de diferentes características, algunas más valiosas que otras, un par de acequias mal repartidas, un manantial o pozo de agua y un gran edificio utilizado en su día como casa de labranza, donde se realizaban las gestiones de la finca, que el difunto marido de Arethi había reformado posteriormente, convirtiéndolo en residencia veraniega.

Yo ya sabía que las casas de las afueras les servían a muchos ciudadanos para escapar de las miasmas que el caluroso verano desprendía de la basura y las aguas residuales esparcidas por las calles.

Había anotado algunos datos y el problema ya estaba claro para mí. Casos similares también eran corrientes en mi región, en la campiña de Parma, y cuando un anciano cabeza de familia se moría, los hijos reñían entre ellos para repartirse la propiedad.

—Arethi —le respondí—, hacer la división de una propiedad así requerirá cierto esfuerzo. Y los agrimensores lo harán lo mejor que puedan, pero no lo conseguiréis si no es con un acuerdo por parte de cada uno de los que tenéis derecho a la finca. Ya te adelanto que si esta propiedad fuera mía intentaría no dividirla, y ofrecérsela al otro a cambio de dinero, o intentaría comprarle al otro su parte.

—También lo habíamos pensado. Pero a mí no me hace falta el terreno, en todo caso me vendría bien usar la villa en verano. Y mi cuñado no tiene suficiente dinero para comprar mi parte.

—Ya. Pero el problema es el siguiente —traté de recalcarle—: nunca podremos hacer dos partes iguales: la villa pertenecerá a uno sólo. Y ni siquiera el agua podrá abastecer a dos propietarios, porque las dos acequias están en un lado, ¡y el otro se quedará seco! Sin duda, ¡es un gran problema!

—Si no fuera así, no habría acudido a ti —me respondió sonriendo.

Mientras estudiaba el exiguo mapa garabateado en el papiro bisunto, me acordé de algo que mi profesor de agrimensura había hecho en Parma una decena de años antes.

—La única manera que veo de lograr una división justa es hacer dos lotes que sean disímiles, pero de igual valor. A esto creo que podemos llegar. Los dos, tú y tu cuñado, confirmareis ante el magistrado del *Tabularium* que los dos lotes tienen el mismo valor, de modo que el mismo magistrado realizará un sorteo.

—Es todo un riesgo, Quintilio, pues a mí sólo me interesa la casa. ¡En cambio, podría tocarme la tierra que no tengo ningún deseo de cultivar!

—Me lo imaginaba. Sin embargo, una vez que estéis de acuerdo en que los dos lotes tienen el mismo valor, puedes ofrecer algo de dinero a tu cuñado para que te dé preferencia en la elección.

—¡Ah! ¡No se nos había ocurrido eso!

—Es algo que se puede hacer si estáis de acuerdo y lo habláis. ¿No os habréis peleado ya por un casual?

—No, no me he peleado con mi cuñado. Pero es una persona un poco cerrada de mollera. No habla mucho.

—Si este es el problema, la oficina de Hicesio podría ser la intermediaria. De hecho, uno de sus mediadores debería redactar el preacuerdo en el que los dos propietarios declaráis que los dos solares tienen el mismo valor. Sólo entonces Hicesio le hará una pequeña oferta económica a cambio de la preferencia sobre la elección. Si Hicesio se lo propone, ¡es capaz de venderle pescado podrido a un pescador!

—Sí, creo que ésta podría ser la forma más correcta. Hicesio tiene don de gentes y seguro que es capaz de hacer razonar a mi cuñado de manera sosegada. ¿Y tú cómo procederías?

Tuve que pensármelo unos instantes:

—Necesito hacer un estudio del terreno, quizás con alguien que me ayude a poner unos hitos de mármol, para que luego no haya discusiones sobre las medidas; para estimar su valor, yo creo que utilizaría las tablas de impuestos que emplean en el *Tabularium*. Si hago dos solares que paguen los mismos impuestos, en el *Tabularium* los aceptarán seguro, y ya verás como al final no estaremos tan lejos de valores de mercado similares entre las dos partes.

Arethi me miró un poco confundida; era una mujer guapa, no era demasiado importante que entendiera del todo los detalles técnicos. Seguro que tenía otras armas para defender sus argumentos.

—¿Tienes a alguien en esos campos que pueda echarme una mano con pequeños trabajos? —le pregunté.

—En el campo teníamos un capataz, pero se fue. Todavía debe haber un par de pastores con unos chavales como ayudantes. No estamos trabajando la tierra porque antes tenemos que resolver el problema de la división. Habría que plantar un nuevo olivar; es una operación que costará mucho dinero. No es algo que pueda abordarse sin resolver el problema de la herencia.

—Entonces estamos de acuerdo: mañana por la mañana iré al *Tabularium*. No obstante, esta tarde tengo que hablar con mis colegas y ver si pueden ayudarme con esta división. También tendré que buscar a alguien aquí en la zona que pueda suministrarme una decena de pilastras de mármol de doscientas libras cada una. Quizá mañana por la tarde pueda tener una idea más clara de lo que hay que hacer y podremos discutirlo de nuevo. ¿Qué opinas?

—¡Pues que ahora sólo dependo de ti, Quintilio!

XV.

El encuentro con Arethi había sido realmente agradable, y ella aún conservaba el perfume de la noche anterior. Su casa era preciosa, Diotimo se había quitado de en medio, y en el futuro tendría la oportunidad de volver a encontrarme con la viuda.

Para la división habría trabajo por hacer, pero eso no me preocupaba. Incluso me sorprendí a mí mismo silbando mientras paseaba tranquilamente por el camino que me llevaría al cuartel. Le pediría a Arrio que me echara una mano, y quizá en un par de días ya habríamos medido a conciencia toda la propiedad. En definitiva, lo único que tendría que hacer sería organizar reuniones diarias con Arethi para iniciarla en los misterios de la parcelación de tierras, y a ser posible, en otros.

Mientras estaba inmerso en estos pensamientos, me encontré de repente con una cara conocida. Casi tropecé con él de lo distraído que estaba. Era un oficial romano de uniforme.

Y todo sucedió en un instante.

Aquel oficial me resultaba familiar, aunque su nombre no me vino a la mente de inmediato. Estaba a punto de saludarlo cuando vi que fruncía el ceño e intentaba desenvainar su gladio, aunque le sentó mal descubrir que yo no llevaba ningún arma conmigo. De hecho, en la ciudad estaba prohibido llevar armas a menos que estuvieras de patrulla.

¡Había tropezado accidentalmente con el legado Polio!

Marco Polio, ¡nada más y nada menos que el marido de la hermosa Fabritia Secunda! Durante el verano anterior, sin que él lo supiera, por supuesto, había dedicado un par de meses a experimentar todas las posiciones amorosas, posibles e imaginables con su mujer.

En cuanto se dio cuenta de que estaba desarmado, hizo el ademán de atacarme, pero lo esquivé echándome a un lado y agachándome. Y como no era cuestión de discutir nada, eché a correr.

Por la manera frenética en que se había lanzado en mi persecución, debía de haberse enterado de todo.

El legado Polio era unos años mayor que yo y me pareció bien entrenado; sin duda era un oponente formidable en la carrera.

Pero calzaba las pesadas cáligas militares tachonadas y vestía un uniforme con lorigas de bronce en los tirantes que debía de pesarle mucho. Yo llevaba un calzado ligero, recién comprado, y ya ni siquiera llevaba al hombro mi zurrón con las otras cáligas, pues se me había caído durante el intento de asalto.

Echamos a correr por la calle como locos. Intenté distanciarme de él colándome por el medio de la calzada para no arrollar a los transeúntes, y al volver la vista atrás me pareció que el perseguidor no había ganado terreno.

Pero tampoco lo había perdido.

Oí su voz enfurecida, que ahora se volvía ronca:

—¡Maldito sinvergüenza, en cuanto te pille te vas a enterar!

No sé por qué, en ese momento, que era el menos adecuado, me vino a la cabeza algo que había dicho una vez Hicesio: "Después de un tiempo, todo el mundo se entera de las infidelidades matrimoniales, si bien el marido, por lo general, suele ser el último".

¡Quién sabe si era una perla de sabiduría filosófica que había encontrado en algún papiro o si le fue inculcada por su preceptor!

Intenté ganar terreno mientras oía a Polio resoplar unos pasos por detrás de mí.

Para entonces llevábamos recorridos varios centenares de pasos y no había forma de despegarme de él. Estaba furioso y si hubiéramos llegado a un cuerpo a cuerpo yo me habría llevado la peor parte, porque no estaba acostumbrado a ningún tipo de lucha. No me quedaba otra que confiar en mis piernas y en los dioses.

Pronto quedó claro que la simple huida no bastaba para despistarlo: yo ya estaba corriendo con la boca abierta buscando aire, señal de que pronto me vería obligado a aminorar la marcha. Y el legado parecía incluso menos cansado que yo.

Buscando con la mirada una forma de entorpecerle, me di cuenta de que corríamos por una calle donde, junto a las aceras, había unos ingeniosos puestos de vendedores de verduras y frutas que

amontonaban sus mercancías en altas construcciones geométricas para atraer la atención de los transeúntes.

Oí detrás de mí, apenas comprensible por el resuello:

—¡Si te agarro te abro en canal!

Primero hice una finta hacia la derecha e inmediatamente después viré a la izquierda hacia uno de esos puestos que exhibían una elaborada pirámide de manojos de espárragos de al menos diez pies de altura.

Durante la brusca maniobra pisé una monumental pila de excrementos que se hallaba a un lado de la calzada, haciendo que salpicaran a diestro y siniestro, pero mantuve el equilibrio e incluso conseguí patinar sobre las aguas residuales sin caerme.

Al pasar junto al puesto de espárragos, sólo tuve que alargar la mano hasta la base de la pirámide y darle un golpe a unos cuantos manojos que sostenían a todos los demás.

Por los gritos del hortelano me di cuenta de que todo su trabajo se había ido al garete, y al cabo de unos diez pasos oí gritar detrás de mí, en mi propio idioma:

—¡No escaparás de mí, canalla! ¡No podrás esconderte! ¡Te encontraré!

Me volví y vi que Marco Polio había perdido el equilibrio, y se estaba cayendo sobre los espárragos que ya habían invadido parte de la calzada.

Pero aún no podía detenerme, el recurso sólo lo frenaría unos instantes, estaba furioso como una fiera de circo y estaba seguro de que reanudaría la persecución.

Con la confianza que me daba mi exigua ventaja, me metí por un callejón y, tras unas decenas de pasos, giré hacia un segundo callejón estrecho y lleno de basura, donde una jauría empezó a perseguirme, ladrando y señalando mi posición.

Lejos de estar a salvo, salí a una gran calle paralela a aquella en la que había arrojado los espárragos, en medio de un gran tráfico de carruajes y peatones.

De repente frené mi apresurada carrera para evitar que se fijaran en mí y tuve la acertada ocurrencia que me consentiría salvarme del

irrazonable marido enfadado: vi una puerta con dos batientes azules a medio cerrar y me deslicé por ella con cuidado.

Yo ya resoplaba como el fuelle de un herrero. Además, apestaba de mala manera a malolientes excrementos, y hasta mi túnica estaba embadurnada de mierda, además de empapada de sudor y tierra.

Di unos pasos por un pequeño jardín y vislumbré una escalera con peldaños de madera que subía a las habitaciones del piso de arriba. El sótano estaba lleno de ramas de una enredadera que continuaban con hojas y flores a lo largo de la barandilla de la escalera.

No se me ocurrió nada mejor que subirme hasta ahí y esconderme lo mejor que pude entre la maleza.

Permanecí inmóvil durante un rato, con el corazón latiendo desbocado por el pecho y las venas del cuello. Parecía que mi fuga había terminado por fin y, cuando empezaba a respirar con más regularidad, razoné que debía llegar cuanto antes al cuartel para cambiarme, ya que apestaba como los criados que limpian las letrinas de las villas.

En ese momento oí pasos en el patio: me agaché para no ser visto. No me parecieron los pasos de un marido furibundo.

De repente, sin que mediara aviso alguno, recibí un violento golpe en el costado que me dejó sin aliento. Asombrado y dolorido, salí rodando del improvisado refugio y me encontré con dos criados, uno armado con un nudoso bastón y el otro con una horquilla de madera.

Dolorido por el primer golpe, una cachiporra que había sido lanzada a ciegas en medio del verdor, no pude pronunciar ni una sola palabra mientras los dos criados gritaban en lengua griega, totalmente desconocida para mí.

¡Me habían tomado por un ladrón! Por uno de esos despreciables individuos que se esconden en los patios y entran a su antojo para saquear las posesiones de los inquilinos.

Cuando les hice señas para que se calmaran mostrándoles las palmas de las manos, llegó un segundo golpe, luego un tercero aún

más doloroso sobre una rodilla, y por último toda una somanta de palos.

No podía explicarles en su idioma que yo no era un ladrón, y pronto me di cuenta de que si no lograba escapar, esos dos idiotas me matarían a golpes.

Como los porrazos caían sobre mí sin piedad, resbalé al suelo, pero me levanté con presteza y conseguí darle una patada en la entrepierna al mayor de los dos con todas mis fuerzas, esquivando al mismo tiempo un certero golpe de horquilla que habría acabado conmigo, de haberme alcanzado.

Recogí el bastón que había soltado el que había caído al suelo y le grité algo al otro, intimidándolo por un momento, y eso bastó para poderme acercar a la puerta y alejarme.

Salí renqueante.

La sangre rezumaba profusamente de mi cabeza, pero me alejé rápidamente para evitar recibir más porrazos, con mucho cuidado de no ver por los alrededores el uniforme romano con las hombreras de bronce del legado Polio.

Abandoné el barrio y me deslicé con cuidado a través de estrechas callejuelas con la intención de que cualquiera de mis posibles perseguidores me perdiera la pista. Por lo visto, nadie más me había seguido.

Sin detenerme en ningún momento, tomé la dirección del cuartel. Ya no tenía ni una moneda de cobre con la que pedir un viaje en carruaje, y en las condiciones en las que me encontraba, nadie se detendría si antes no le demostraba que tenía algo con qué pagar.

Mientras caminaba por la calle empecé a cojear ostensiblemente; me parecía que no tenía nada roto, en cambio tenía el cabello y el rostro empapados de sangre y sentía las punzadas de los bastonazos en varias partes del cuerpo. La gente me fulminaba con la mirada, rehuyéndome, y decidí buscar en el borde de la calzada si había algo útil. De un tocón conseguí arrancar una rama para hacerme un bastón que me ayudara a caminar, pero también para defenderme si alguien quería atacarme.

Me arrastré durante horas. Cojeando lentamente llegué a la zona a septentrión de Thessalonica donde conseguí orientarme, y justo

antes del ocaso entré por el portón del cuartel. El guardia me confundió con un mendigo o un loco y agarró el vergajo para echarme.

—El agrimensor Fausto Quintilio pide permiso para entrar en el cuartel —llegué a tiempo de decirle antes de que soltara el primer vergajazo.

Me miró mal y, tapándose la nariz, llamó a un oficial.

No podía explicar a mis conmilitones lo que me había ocurrido, ni quería convertirme en el hazmerreír del cuartel. También había que tener sumo cuidado de no ofender aún más al legado Polio y a su bella esposa, así que le dije al oficial que me había topado con unos granujas callejeros que me habían dado una paliza y se habían llevado mi dinero y mi zurrón.

Fui a lavarme a los baños mientras seguía bebiendo para reponerme de los esfuerzos del día, y finalmente, el médico de la pequeña enfermería del cuartel me echó un vistazo.

Al untarme con ungüento me dijo:

—Desde luego, ¡te han zurrado de lo lindo! ¿Y qué razón podían tener para darte una paliza así?

—No quería darles el dinero, ésa era la razón —sólo se me ocurrió decirle.

—Si te vuelve a pasar, dales lo que quieran al instante. Mira, ¡si te hubieran dado bien en la cabeza, te habrían matado!

Los golpes que había recibido ya se habían convertido en grandes magulladuras azuladas y bien hinchadas, y el corte en la cabeza me obligaría a guardar reposo durante un tiempo. Los golpes en las costillas y la rodilla también me exigirían evitar cualquier esfuerzo. Por si era poco un ojo me dolía, estaba tumefacto. Ni siquiera recordaba haber recibido aquel golpe.

Un legionario me ayudó a llegar a mi cuarto; me tumbé en mi catre reflexionando entre dolores, mientras descansaba la mente admirando las vigas del techo.

Permanecí allí un par de horas dándole vueltas, bebiendo de vez en cuando un poco de agua de la jarra.

Luego, como un resorte, un pensamiento me hizo saltar del catre, venciendo al instante cualquier deseo de descansar: ¡el legado Polio

sabría muy bien cómo encontrarme! Sabía de sobra en qué cuartel me habían alojado durante el verano pasado, ¡y éste sería el primer lugar donde me buscaría! Y, en cualquier caso, a un oficial no le resultaría demasiado difícil obtener noticias de mis movimientos.

Así que no podía quedarme en el cuartel, era cuestión de unas horas, ¡pero seguro que el legado vendría a buscarme aquí!

Me levanté de la cama y renqueante me dirigí a buscar a Arrio. Pronto lo encontré: acababa de cenar con los demás legionarios y estaba regresando a su cuarto.

Me miró sorprendido y me dijo:

—Quintilio, ¿qué te ha pasado? ¿Quién ha sido? ¿Necesitas ayuda?

—Arrio, tienes que echarme una mano —le dije con voz grave, apretándole el brazo—. Tienes que ayudarme a largarme del cuartel ahora mismo. Creo que me están buscando y no tengo ningún deseo de que me encuentren. Te adelanto que es un asunto privado, puedes ayudarme sin correr ningún riesgo.

—¡Dime qué quieres que hagamos, Quintilio!

—Tenemos que salir del cuartel. Podemos decirle a la guardia que salimos a cenar o que vamos a algún burdel, luego tengo que buscar un carruaje.

Llegamos a la calle sin problemas; me escondí detrás del establo donde estaban atados los caballos, detrás de un montón de heno, mientras Arrio iba en busca de un carruaje.

Lo más odioso era que no podía decirle a nadie que huía de un marido enfurecido por haberme acostado con su mujer. Esas noticias se propagan a gran velocidad y sólo habría provocado hilaridad.

Y mucho menos aun, podía decir que me habían apaleado unos siervos ignorantes mientras me escondía del enfurecido marido. Nadie volvería a considerarme una persona de fiar. La única solución era mantener el secreto.

Poco después Arrio regresó con el carruaje. Subí con cautela y partimos hacia la mansión de Agapios.

A mitad de camino se me ocurrió que en el cuartel había dicho a todos, oficiales y guardia, dónde encontrarme en caso de necesidad, dando la dirección de la casa de Agapios.

Si el legado Polio no era un completo imbécil, todo lo que tendría que hacer era preguntar al guardia del portón donde podía buscarme. ¡En casa de Agapios me habría encontrado de inmediato!

Así que no podía ir a casa de Agapios.

Podría esconderme en casa de Stratios.

El año anterior, cuando nos habíamos hospedado en casa de la familia Polio, Hicesio había narrado algo de su juventud en la familia de Stratios, y tal vez alguien recordaba todavía que a menudo se quedaba allí a dormir.

A lo mejor también suponía un riesgo alojarme en casa de Stratios. Necesitaba desaparecer por completo durante uno o dos días, con tiempo suficiente para organizarme. En alguna posada habría sido demasiado fácil localizarme.

Tenía que recurrir a alguien con quien no tuviese ningún vínculo previo: sólo me quedaba conseguir que Arethi me alojara.

Ya tenía en mente desde la noche anterior intentar entrar en casa de la bella viuda con alguna excusa, pero desde luego no tan rápido. Y mucho menos después de recibir semejante paliza.

Di la vuelta al carruaje y nos dirigimos a la morada de la mujer.

Arrio me observaba preocupado, ¡incrédulo de los desastres que había provocado en tan sólo unas pocas horas en Thessalonica!

Seguramente era el destino el que había querido ponerme en la senda del legado Polio. Comencé a explicarle algo a Arrio, limitándome a vagas generalidades:

—He tenido algún problemilla que es demasiado difícil de explicarte en dos palabras. Es cierto que he recibido una buena tunda, pero no estoy malherido. Ahora buscaré un lugar donde esconderme, luego necesitaré tu ayuda para hacer algún trabajo.

—¿Tiene que ver con la paliza? —preguntó enseguida Arrio.

—No, tienes mi palabra de que no tiene nada que ver con la paliza. Sin embargo, el problema sigue siendo que no deben encontrarme hasta que partamos para nuestra misión. Ahora hay dos cosas en las que debes ayudarme: la primera es que vengas a buscarme, o envíes a alguien a avisarme, para que pueda estar en el cuartel en el momento de la partida de la unidad. Sabes de sobra que si no aparezco seré considerado un desertor, o igual algo peor.

—Para eso no hay ningún problema, sólo tienes que escribirme en un papiro cómo se llama ese lugar. ¿Y la segunda?

—Manteniendo siempre en secreto mi paradero, repito, nadie debe saber dónde estoy, mañana por la mañana tendrás que traer a mi colega, el agrimensor Calpurnio, porque tendrá que ir en mi nombre al *Tabularium* de esta ciudad. Debe ir a buscar información y documentos, ya que yo no me encuentro en condiciones de hacerlo. Si disponemos de tiempo suficiente, hay un pequeño trabajillo que podría resultarle útil y reportarle una pequeña ganancia. Tendrás que confiar en mí por un tiempo.

—Quintilio, no tienes ni que decirlo. ¡A veces pienso en dónde estaría si no me hubieras ayudado! Si no me equivoco, quieres que lleve a Calpurnio donde tú te escondes, pero sin que él sepa la dirección.

—Lo has entendido de maravilla.

Nos aproximábamos a la villa. Ahora mi esperanza era que, primero, Arethi estuviera en la casa, segundo que confiara en mí, y, por último, que no me hiciera demasiadas preguntas.

Era ya la segunda vigilia[64], noche cerrada. Llamé a la puerta muy confiado, pues ya había tenido bastante mala suerte. Una sirvienta con una lámpara vino a mirar por el ventanuco. Sólo que yo no hablaba griego.

Pronuncié con insistencia el nombre de su ama, sin entender yo ni una sola palabra de lo que la sirvienta respondía. Por el fraseo podría haber sido algo así como: «Voy a preguntar si podéis entrar», pero ¿quién podía asegurármelo?

Poco después, Arethi se personó para comprobar a través del ventanuco quiénes eran los imbéciles que iban a molestar a la casa del vecino a tan intempestivas horas.

—¡Quintilio! ¿Qué haces aquí? ¿No íbamos a vernos mañana? Espero que no estés borracho, se te ve un poco raro.

—No Arethi, no estoy borracho. Tendrás que disculparme por la hora, pero había una emergencia. Te ruego que me dejes entrar para poder explicarle de qué se trata todo esto.

—¿Y ése de ahí está contigo? —me preguntó señalando a Arrio.

—Sí, es un conmilitón mío que me ha acompañado hasta aquí, pero ahora se marchará de vuelta al cuartel.

La mujer confió en mí y abrió la puerta. Mientras tanto, la sirvienta había ido a encender los candiles de la casa.

Arethi vio que yo estaba ligeramente herido, pero aunque llena de asombro no dijo nada.

—Arethi, te pido un favor: necesito que me hospedes al menos una noche. He sufrido un infortunio, como puedes comprobar, y necesito estar fuera de circulación durante un tiempo, al menos un tiempo suficiente para organizarme. No tengo muchos sitios donde ir en esta ciudad.

—¿Te buscan los guardias?

—No, Me busca alguien que me quiere... mal. Pero no se trata de nada que pueda comprometerte con las autoridades. De eso tienes mi palabra, de lo contrario nunca habría venido a pedirte ayuda.

—Por ahora, no quiero saber nada. ¿Necesitas un médico?

—No, Arethi, sólo necesito un favor: que escribas la dirección de esta casa en un trozo de papiro, para que mañana por la mañana mi amigo Arrio pueda traer aquí al agrimensor, al que le daré las instrucciones necesarias para que acuda al *Tabularium* en mi nombre. Se trata de tus tierras.

—¡Ah! —exclamó asombrada, tal vez malinterpretando que la paliza que había recibido pudiera tener algo que ver con su finca.

Un momento después entregó un trozo de papiro a Arrio que, antes de marcharse, me saludó con un gesto elocuente señalando a la mujer.

Arethi me colocó en un pequeño cubículo para invitados, hizo encender siete u ocho candiles para tener más luz y quiso echarme un vistazo a la cabeza, que entretanto había empezado a sangrar de nuevo.

Hizo traer una palangana de agua y entonces ambas mujeres, sin decir palabra, volvieron a lavarme la herida con agua y vinagre. Al ver que me movía de forma un poco extraña, Arethi me preguntó:

—¿Hay algo más, Quintilio?

—No, nada grave, sólo la típica somanta de palos. El médico de nuestro cuartel ya me ha dado un ungüento.

La sirvienta se apresuró a hacerme señas con las manos para que me desnudara. Le respondí que no con la cabeza. Luego me hizo un segundo gesto, mirándome amenazadoramente, como se hace con los niños, mientras Arethi permanecía de brazos cruzados, esperando a que me decidiera.

Tuve que desnudarme como un colegial al que han pegado unos compañeros de más edad. Me quedé vestido sólo con el *subligaculum*[65] mientras Arethi se le escapaba en voz baja, pero claro y audible:

—Los hombres sólo pensáis en pegaros y haceros daño.

—No es lo que piensas —le respondí con poca convicción.

Tuve que aguardar pacientemente a que Arethi, que sostenía el candil, indicara los golpes a la sirvienta que untaba otra buena dosis de linimento sobre mis magulladuras.

Me preguntaba, ayudado por mi maltrecho orgullo, cuál había sido la causa de mis problemas esta vez: ¿acaso había perdido alguna valiosa oportunidad? Y, si era así ¿cuál era? ¿No iba a haber nadie capaz de señalármela?

XVI.

A la mañana siguiente, mientras luchaba por llegar hasta la letrina, tuve claro que la paliza que me habían endiñado era digna de auténticos profesionales, aunque, desde luego, aquellos dos criados no lo fueran.

Una de mis rodillas había doblado su tamaño y, con sólo moverme, ya me dolía todo el cuerpo.

Me acomodé en mi catre hasta que llegaron Arrio y Calpurnio.

Mi compañero agrimensor se alegró de participar en aquella novedad que le alejaba de la monotonía del cuartel, y casi me dio las gracias por haber pensado en él. Arrio ya le había dado instrucciones estrictas de que no hiciera preguntas.

Arethi también quiso saludar a mis colegas, así que empecé a explicarles a los dos lo que había que hacer:

—Hoy iréis al *Tabularium*. No tendréis ninguna dificultad en encontrar a alguien que hable nuestra lengua. Os presentaréis con este documento, que bajo ningún concepto debéis dejar en manos de otra persona, y que me devolveréis cuando volváis.

Les entregué a los dos, encantados de participar en una conspiración, el papiro en griego que la viuda me había mostrado el día anterior.

El joven Calpurnio parecía acostumbrado a las conjuras, y bastó una breve explicación para que comprendiera que se trataba de una herencia y un traspaso de propiedad.

—Por lo tanto, tenéis que pedirle a ese funcionario —recalqué, señalando el mapa garabateado en el papiro—, cuáles son los valores de los impuestos que gravan anualmente estos terrenos, y anotar las superficies relativas y el importe de los impuestos de cada una de sus partes. Y entonces, cuando tengamos el valor de los impuestos, podremos discutir una división entre los dos nuevos propietarios.

—Claro, Quintilio, entiendo perfectamente de qué se trata. ¿Tendremos que hacer también un levantamiento topográfico de este lugar?

El despierto agrimensor ya lo había comprendido todo, y no podía ser de otro modo. Si no, el tribuno Elpidio no lo habría incluido en nuestra expedición.

—No sólo tendremos que hacer el levantamiento topográfico, que de todas formas nos llevará uno o dos días, sino que también tendremos que colocar unas pilastras de mármol con los *decussis*[66], para evitar cualquier discusión entre propietarios y colindantes. De hecho, ya que estáis, preguntadle al oficial del *Tabularium* dónde podemos encontrar canteros que nos hagan ocho o diez cipos de mármol de doscientas libras.

Mientras los dos se ponían en marcha, Arethi les preguntó:

—¿Necesitáis dinero?

—Sí —le respondí yo—. Dales el equivalente a unos veinte denarios, porque tendrán que darle algo al oficial del *Tabularium* para congraciarse con él, ya que también lo necesitaremos más adelante.

Una vez que mis colegas se hubieron marchado Arethi me preguntó:

—¿Qué tal va la mañana?

—Bah, regulín, regulán. No creo que tenga nada roto, pero necesito unos días de reposo. Durante un tiempo no puedo dejarme ver y puede que esta división de tus tierras me venga como anillo al dedo. ¿Crees que podría instalarme en tu casa de campo durante unos días?

—Por supuesto, Quintilio, no representa ningún problema, de hecho seguro que te ayudará estar allí. La casa está en orden, sólo tengo que mandar a alguien al mercado a hacer la compra ¡porque no hay nada de comer!

—Te lo agradezco, pero la compra representa el último de los problemas. Me será útil estar sobre el terreno porque la división tendrá que hacerse rápidamente, me arriesgo a que me reclamen para la misión cualquier día de éstos. Pero como ves, mis compañeros están muy lanzados y espero no encontrar obstáculos.

A la hora séptima[67] Calpurnio y Arrio habían vuelto.

—Ha ido todo como la seda —explicó Calpurnio, que mientras nos acomodábamos alrededor de una mesa desplegaba un gran papiro garabateado—. Mientras estaba allí he hecho una copia rápida de lo que había en el *Tabularium*. El oficial, encantado, me ha echado una mano porque lleva aquí tres años y tenía curiosidad por conocer las últimas noticias de la Urbe. Pero, de todas formas, haciendo la copia he visto que hay un problema notable. Se quiere hacer una división en dos partes, pero el que se quede con el agua no podrá quedarse con la casa. Claro que si tiene el agua siempre puede construir otra villa, ¿no? En cambio, quien tenga la villa no tendrá ni una gota de agua. ¡Y además no hay vías de acceso al segundo predio!

Arethi nos había traído bebidas y escuchaba un poco preocupada.

—Podemos trazar tantos caminos de acceso como queramos. Además, el terreno alrededor de la villa ya está plantado en gran parte con olivos y vides, no hay necesidad de agua. El agua sólo se necesita para la casa.

Le pregunté a Arethi:

—¿Cómo conseguís tener agua en casa? ¿Tenéis un pozo?

—Sí, hay un pozo, pero da agua sucia e impotable. Mi marido siempre luchó por ello y nunca pudimos encontrar una solución, así que mandó construir una gran cisterna, una habitación subterránea revocada con cal, en la que se guarda el agua de lluvia. Pero para beber traemos jarras de agua limpia del exterior en un carro.

—No nos queda otra, tenemos que ir a verlo, hacer un levantamiento topográfico y empezar a echar cuentas.

—Bien, Quintilio, ¿quieres que Calpurnio y yo vayamos allí por la mañana? Explícame dónde está. De todos modos, no tenemos nada que hacer en el cuartel. ¡Ah!, la única novedad es que el centurión Octavio se ha enterado por el médico de que te golpearon y quiere saber de ti. Creo que sería mejor que te presentaras.

Mientras mis dos colegas regresaban al cuartel me resigné a quedarme tumbado con paños húmedos en la rodilla para reducir la hinchazón.

Hice oídos sordos a las órdenes de la sirvienta que, a pesar de no hablar mi idioma, se hacía entender perfectamente: quería bañarme a toda costa, como si fuera un mocoso de pocos años.

Incluso vino a visitarme el sabio tutor Diotimo, que me ordenó comer ajo hasta la saciedad. Nunca había oído hablar de nadie en toda Thessalonica que hubiera enfermado por comer demasiado ajo. Era la panacea para todos los males. Bastaba con comer mucho. Le despedí, diciéndole que guardaría como oro en paño tan sensacional información.

Empecé a estudiar detenidamente el croquis de la propiedad que había anotado Calpurnio. Ajustando y colocando un cordel sobre el croquis, intenté poner límites al azar, para darme cuenta enseguida de que Calpurnio tenía razón.

Nunca conseguiríamos dos parcelas de igual valor. Además del problema del camino que no existía y del agua, había una larga cuña de tierra, como una quinta parte de todo el latifundio, que invadía otras propiedades, y nunca podríamos atribuirla a uno u otro de los propietarios sin desequilibrar demasiado una de las dos parcelas.

Al atardecer Arethi me invitó a cenar, y así me encontré en la mesa con ella y su tutor.

—Arethi —le pregunté—, ¿sabes si tu cuñado está interesado en esa cuña de terreno que va hacia septentrión, colándose entre otras propiedades?

—Recuerdo ese pedazo de tierra. Mi marido me habló de eso hace años. Ya se lo había ofrecido a su hermano, que lo rechazó diciendo que le resultaba incómodo para trabajar, porque tendría que preparar un camino ex profeso para los carros.

—¿Y a ti no te interesa?

—¡Por nada del mundo! ¿No pretenderás que me ponga yo a trabajar la tierra? ¡Incluso mi marido ya estaba harto! Por eso se iba a Alexandria, ¡quería empezar una nueva actividad comercial y no volver a oír hablar de ese miserable terreno!

—Entonces mañana por la mañana iremos a verlo juntos, también vendrán mis colegas, y luego te haré una propuesta.

—Bien, Quintilio. ¿Iremos mañana temprano?

—Cuando lo desees. Debo intentar moverme lo menos posible, pero Arrio y Calpurnio se encargarán de las mediciones.

Llegamos al latifundio en poco menos de una hora en carruaje, casi al mismo tiempo que mis dos colegas.

Mientras dos siervos abrían la casa y se iban a llenar los cántaros de agua, yo me instalé a la sombra de un toldo de lo que parecía un cubierto para heno, carros y aperos de labranza, y les expliqué a mis colegas lo que tenían que hacer.

—Lo primero es poner algunas estacas en las esquinas de las parcelas y luego empezar a medir con cuerdas con nudos. Haremos los perímetros y algunas diagonales, para asegurarnos. Luego, en cuanto sea posible, sustituiremos las estacas por hitos de mármol con los *decussis*.

—¿Te has hecho ya una idea de dónde ubicar la segregación entre las parcelas? —le pregunté a Calpurnio.

—Sí, ya tengo una idea, pero voy a procurar hacer tres lotes en lugar de dos. Esa cuña de tierra de allí será el tercer lote. —Observé varios aperos de labranza colocados entre los postes del tejado del cobertizo, protegidos de la humedad durante el invierno.

—Podéis cortar unos postes de algún tocón con esos utensilios, ¡y luego podéis empezar! Yo tendré que quedarme aquí con los paños húmedos en la pierna.

Después de despachar a los dos empecé a mirar a mi alrededor.

La propiedad era realmente espléndida: se trataba de un terreno a pocas millas de la ciudad, seguramente apto incluso para trigo, espelta u hortalizas. Por supuesto, para éstas últimas se necesitaba un considerable aporte de agua, y en cuanto me fuera posible iría a ver esas dos acequias que aparecían en el mapa.

El latifundio había sufrido el abandono de los tres años durante los cuales la viuda no había mandado a nadie a hacer los trabajos. La frondosa vegetación había cubierto el suelo, y arbustos y enredaderas casi habían engullido los pequeños olivos que se veían aquí y allá.

El camino de entrada también necesitaba una reparación.

La villa de campo estaba en excelente estado; se notaba que había sido renovada recientemente. Un gran patio se alzaba frente a un edificio en forma de herradura; un ala consistía en el cobertizo que servía para almacenar los materiales de trabajo y los productos

de la tierra. Detrás había un granero, un almacén, un establo para caballos, un granero para forraje y un gran palomar, todos completamente vacíos.

Todavía un poco renqueante, entré en la casa con un criado, mientras Arethi y la sirvienta llevaban fardos con ropa al interior.

La casa era lujosa: de una quinta de campo adecuada para quienes viven del trabajo de la tierra, el difunto marido había esculpido una casa señorial apta para mudarse en verano, cuando la canícula y las miasmas de los desperdicios abandonados en las calles hacían la vida en Thessalonica bastante desagradable.

Las habitaciones de la planta baja estaban todas amuebladas con muy buen gusto, y los pavimentos de mosaico en blanco y negro repetían la simbología habitual en Macedonia: delfines, olas de mar, peces marinos, cangrejos, pulpos y naves con las velas desplegadas. Precisamente aquellos barcos que habían resultado fatales para el dueño de todo aquello. Quién sabe qué buscaba en el mar con una hacienda próspera y una mujer como ella, la misma que ahora yo veía moverse por la casa.

Arethi me preparó un cuartito en la planta baja al que los criados llevaron un catre y algunos muebles. Me instalé allí y empecé a garabatear algunas soluciones para la segregación.

Hacia la hora séptima, se esparció un delicioso olor a asado. No sé si fue por el olor, pero enseguida Arrio y Calpurnio dejaron sus tareas para venir a comer.

Había pan fresco, carne exquisita y vino.

Comimos los tres de buena gana; no vimos a la viuda, quizás ocupada en arreglar la casa que había estado cerrada todo el invierno.

Calpurnio me señaló que la propiedad merecía un mejor cuidado. Ciertamente se podría haber sacado más provecho de aquel enorme terreno, pero había que trabajar duro. Y no se trataba sólo de quitar las malas hierbas: había que podar los olivos y las hileras de viñas, que habían crecido en exceso. No se podía dejar todo en manos de la naturaleza, porque el resultado sería una espesura impenetrable de zarzas y arbustos.

—En cuanto a tus dos acequias —recalcó Calpurnio—, date cuenta de que no son acequias como tú las entiendes y como nos las imaginamos en Italia.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué? ¿Cómo son las acequias en Macedonia? —le respondí.

—Estas acequias no contienen ni una gota de agua, ¡no proporcionan agua para regar la tierra!

—Pero ¿qué estás diciendo, Calpurnio? Entonces, ¿qué riegan aquí?

—Aquí sólo hay zanjas, por así decirlo. No contienen agua, porque estas tierras son áridas. Sólo llueve un poco en primavera, y luego el sol lo calcina todo. Son zanjas excavadas por el agua, parecidas a los arroyos de montaña por los que, durante las raras tormentas de primavera, baja el agua de las colinas. Creo que estos pastores han preparado unos pequeños embalses para recoger agua para el ganado, ¡pero el agua sólo aguanta unos pocos días al año!

—Entonces no tiene sentido discutir si uno tiene agua y el otro no —le respondí—. Esas acequias no son más que una molestia y un incordio, y quizá traigan más trabajo que beneficios.

—Quintilio, según tengo entendido —continuó Arrio—, estos griegos obtienen un provecho relativo de esa agua que les llena unos charcos en primavera. Por lo demás, es una economía de pobres pastores. Nosotros en nuestras tierras no estamos acostumbrados a tales miserias. Creo que hay que ser muy prudentes con la división, porque es realmente difícil ver dónde está el beneficio.

—Y pozos, ¿habéis visto alguno? —inquirí.

—Sí, hemos visto uno cerca de un cubil, pero no hemos llegado hasta allí. Vimos el gran poste de la balanza mirando al cielo. Son pobres, ni siquiera tienen cuerda, en su lugar utilizan una rama. ¡Cosas de pastores, a fin de cuentas!

—Sin embargo, esta mañana hemos recorrido la gran parte del latifundio —continuó Calpurnio—. Mañana si no pasa nada deberíamos terminar de medir, entonces en un día pondremos un mapa con todas las referencias de nuestras estacas.

—Y tú, Arrio —pregunté, mordisqueando una chuleta con cebollas —, ¿qué idea te has hecho de este latifundio?

—Bueno, mira, no lo sé. Me parece una propiedad enorme que requeriría un sinfín de sirvientes. Pero el secreto, quizás esté en encontrar un buen capataz que sepa hacer trabajar a la gente. Estas no son tierras hechas para nosotros, que estamos acostumbrados a trabajar de otra manera. Aquí hay que tener cuidado con preparar muy bien todo desde el principio, porque si se hace algo mal todo se estropea y no se cosecha nada. ¿Sabes cuál es el problema? Creo que aquí llueve demasiado poco.

Nos quedamos un rato más charlando de esta extraña tierra, luego los dos reanudaron sus mediciones con las cuerdas con nudos, y yo fui a que me untaran un poco de ungüento antes de echarme a dormir.

El criado vino a despertarme cuando ya había anochecido. Había dormido toda la tarde. Sin duda era el cansancio por la paliza recibida. Di unos pasos por la silenciosa casa y finalmente salí al patio. Si no me hubiera dolido tanto, me habría puesto a cortar un poco de hierba, de tan agradable que era el lugar y de tanto que molestaba el desorden a la vista.

Oí a Arethi detrás de mí:

—Quintilio, ¿te apetece un poco de queso, aceitunas y verdura? ¡Enseguida pondremos la mesa!

Y poco después me encontré con la bella Arethi, vestida de forma más práctica y ciertamente con un aspecto más campechano.

Yo estaba seguro de que le había causado muy mala impresión al presentarme todo magullado. ¡A saber qué idea se había hecho de mí!

Por suerte ella necesitaba mi colaboración, de lo contrario me habría puesto de patitas en la calle, como a un vagabundo.

—Te veo pensativo esta tarde —me dijo—. ¿Has podido echar una cabezadita?

—Sí, los últimos días, ayer, sobre todo, han sido muy agotadores para mí. En cualquier caso, me alegra estar aquí para echarte una mano. Hoy hemos trabajado mucho, o mejor dicho, lo han hecho Arrio y Calpurnio. En un par de días deberíamos tener un buen mapa

en el que podremos definir nuestro proceder. Yo ya tengo una idea, aunque puede que no sea definitiva.

—Cuéntame, me come la curiosidad —me provocó sonriendo.

—Bien, lo primero es ese trozo de terreno que se encaja en la propiedad de los vecinos situados a septentrión: yo lo vendería solo, quizás intentaría vendérselo precisamente a los vecinos, que podrían estar interesados. Esto es lo que le diría también a tu cuñado, que obviamente tiene que estar de acuerdo antes de iniciar cualquier negociación. Ni tú ni él os quedaréis con ese terreno, pero lo utilizaremos para conseguir algo de dinero. ¿Crees que estaría dispuesto a algo así?

—No lo sé, puede que sí, está demasiado lejos para que él lo trabaje. Pero supongo que eso sólo es una pequeña parte de tu plan, ¿no?

—Por supuesto. El dinero de ese terreno lo podéis dividir a partes iguales. Del terreno restante haremos dos parcelas: una, la de la casa, un poco más pequeña que la otra, para compensar los valores de las dos parcelas. Luego trazaré un carril para dar acceso a la otra parcela, puesto que la villa ya tiene su propio acceso privado. Sólo quedaría una cosa por hacer, la más difícil, y es elegir.

—Sí, eso es lo más difícil —dijo Arethi—. Sin embargo, me dijiste que primero quieres que aceptemos el hecho de que ambos tendremos que estar disponibles para un sorteo, ¿verdad?

—Por supuesto. Los dos expresaréis, ante testigos, que estáis dispuestos a aceptar el resultado de un sorteo, porque creéis que las dos partes son iguales.

—¿Y si mi cuñado no está de acuerdo?

—Entonces, delante de los testigos, le haremos que trace esa modificación que, según él, hace que las dos parcelas de tierra sean iguales y estén disponibles para un sorteo. Esta parte se la dejaría a Hicesio que tendrá que encontrar un magistrado no fácil de enfadar.

—Sí, ya entiendo, si no le gusta cómo lo hemos repartido, que haga ese pequeño cambio que considere necesario. ¡Y a estas alturas no podrá echarse atrás en un empate! ¡Claro, es una buena idea! Pero ya sabes que yo no quiero ningún terreno. Sólo me interesa esta casa.

—Por supuesto. Tendrás que llevarte a tu cuñado aparte y decirle que le dejarás todo el dinero que conseguiste con la venta del terreno del que hablamos al principio, ¡con tal de que él consienta que tú elijas primero!

—¡Eso es! —Arethi dejó escapar un gritito—. Él quiere cultivar la tierra, es un agricultor. Pero, como cualquier agricultor, ¡nunca renunciará a la plata!

—Exactamente. No me puedo imaginar a un agricultor diciendo que no a un dinero extra cuando se enfrenta a elegir entre dos terrenos iguales.

Con el asunto de la parcelación conseguí evitar que se hablara de la paliza del día anterior.

Me dolía todo el cuerpo, los huesos y las articulaciones, pero la tranquilidad del lugar y la compañía de Arethi ya me hacían sentir mejor.

Mientras pensaba en estas cosas, entró la vieja sirvienta con una taza humeante y me la puso en la mano, indicándome que bebiera. Olfateé su contenido, y era bastante desagradable.

La criada puso mala cara, como se hace con los niños, y para no iniciar una dolorosa discusión empecé a sorber la fétida mezcla.

Intenté dejar la taza a medio beber y fingir que no había pasado nada, pero no había nada que hacer, la vieja se quedó mirando, quería que me lo bebiera todo y tuve que obedecer para no parecer un crío. Luego empezó a manosearme la cabeza, donde mi corte ya se había transformado en una bonita costra, y no se dio por satisfecha hasta que me la estrujó y me hizo soltar un grito de dolor.

Finalmente, la anciana se marchó, murmurando y sacudiendo la cabeza.

Arethi había observado la escena y sonreía:

—Quintilio, es inútil intentar contradecir a Cleide, ¡ni yo misma lo consigo!

XVII.

Era imposible saber qué hierbajos contenía la pócima de la sirvienta, pero tuvieron el efecto de calmar mis dolores, de modo que pude tener un largo sueño, despertándome sólo a última hora de la mañana.

En realidad, habría dormido mucho más si la vieja criada no me hubiera retorcido el dedo gordo para despertarme y obligado a beber otra taza de su letal mejunje. No hubo forma de negarse, y sólo después de habérmelo bebido todo, la mujer me permitió un tazón de leche tibia con un bollo.

Arethi estaba fuera, se había ido a hacer algún recado, y no pude sacarle ninguna información a la sirvienta, que hacia la hora sexta empezó a encender los fuegos para preparar la comida.

También vi salir de los campos a Calpurnio y Arrio, que habían traído a un legionario, uno de los hombres de nuestra expedición, para acelerar la tarea de colocación de la cuerda con nudos para las mediciones.

Nos instalamos a comer a la sombra del toldo del aparejo, y Calpurnio me puso al corriente del trabajo:

—Si no nos topamos con ningún obstáculo, sólo nos quedará la parte meridional de la finca, y con un par de horas debería bastar. ¿Y tú? ¿Puedes acompañarnos a dar una vuelta por el predio?

—No lo sé —le respondí—, me temo que si me esfuerzo demasiado empeoraré la situación. Por lo que veo el descanso me ayuda mucho. Y en el cuartel, ¿hay alguna novedad?

—¡Ninguna! —me respondió Arrio—. No se sabe nada de ese tribuno que ha de venir de Roma. Tampoco se sabe nada de ese otro asunto tuyo.

Arrio sabía que me interesaba saber si alguien había aparecido por el cuartel preguntando por mí, alguien con intención de darme el resto de la tunda que aún pudiera tener pendiente.

Pero no significaba nada el hecho de que Arrio no supiera si habían venido a buscarme. El legado Marco Polio podría haber

hablado con algún oficial en lugar de con el guardia del portón, y eso no había forma de saberlo. Sin embargo, estaba claro que yo correría peligro mientras no saliera de Thessalonica.

También estuve pensando que quizás no fuera buena idea reincorporarme a la unidad el día de la partida: era arriesgado presentarse en el cuartel. ¡Un oficial inteligente se habría enterado fácilmente de qué día pasaría yo por el portón!

Tenía que inventarme algo para no volver definitivamente más al cuartel y reincorporarme al resto de la tropa a las afueras de Thessalonica.

No había mucho que bromear: el legado había amenazado claramente con matarme: «¡Si te agarro te mato!» Tales habían sido sus palabras exactas, que aún resonaban en mis oídos.

—Bueno, Quintilio —continuó Calpurnio—, ¡te veo nervioso! ¿Estás preocupado? ¿Podrás realizar la misión que nos aguarda?

—Pues claro, ¡no faltaría más! —le quité importancia—, ¿acaso no has estado nunca en una pelea? De todos modos, nos esperan un montón de días a caballo antes de movernos a pie, ¿no?

—¡Yo sólo veo que te dieron una soberana paliza! —intervino Arrio—. Y será mejor que te quedes quieto durante unos días. Tú sólo eres un aficionado, en peleas. Si te quedas quieto te recuperarás antes, pero si empiezas a moverte necesitarás más tiempo. Te lo digo yo, todo un experto en trifulcas tabernarias. De hecho, *fui* experto, porque ahora ya no pienso meterme en ninguna, y si veo algo que pueda degenerar en una pelea, me voy enseguida, ¡aunque me arriesgue a que me llamen cobarde!

Nos quedamos largo rato charlando tranquilamente. La cantina era improvisada, pero no nos faltaba de nada: deliciosas verduras asadas, aceitunas, queso de oveja y trozos de asado. Y estar a la sombra y con una ligera brisa era para todos una experiencia nueva, mejor que las *popinas* que a menudo nos permitíamos. Así que nos tomamos nuestro tiempo calculando lo que quedaba por hacer para concluir ya definitivamente.

—Calpurnio, mañana pondrás el mapa con las medidas de lados y diagonales, y harás el cálculo de las áreas. Hemos decidido definitivamente que excluiremos de la división ese trozo largo de

tierra que discurre entre las fincas de otros propietarios. Para ello, comprobarás cuánto es el impuesto anual en el *Tabularium*, porque a partir del valor del impuesto podremos llegar a un precio para proponérselo a algún comprador.

Luego me volví para explicarle a Arrio:

—Esa tarea se la cederemos a Hicesio, que tiene una oficina para estas vicisitudes, y él encontrará un cliente. El resto se dividirá en dos lotes: el de la villa será más pequeño, para equilibrar los valores de los impuestos de cada uno de los dos lotes.

—Calcularé las áreas, y luego desplazaré ligeramente la línea divisoria hasta encontrar la posición en la que los impuestos de las dos parcelas sean similares —confirmó Calpurnio—. Si dibujo el mapa mañana, podemos quedar para decidirlo pasado mañana, ¡y si me das un día más vendré con los cálculos ya terminados!

—Calpurnio, tendrás que decidir tú mismo cuál es el sistema más rápido, porque corremos el riesgo de que llegue el tribuno de Italia y tengamos que irnos en seguida.

—Yo no me preocuparía por eso —dijo Arrio—, ¿has visto alguna vez a un tribuno que después de quince días de viaje quiera partir de inmediato? En el mejor de los casos querrá quedarse una semana a descansar, ¡y en una semana seguramente habremos acabado!

—También hay que colocar las pilastras —añadí.

—Eso lo haremos rápido —respondió Arrio—. Pienso traer conmigo a cuatro legionarios. Están todos hartos de pasar el día en los barracones, aunque tengan tiempo libre para ir a algún burdel. ¡Si te comprometes a proporcionarnos almuerzos como el de hoy y un poco de vino, ¡ya verás como no se harán de rogar!

Antes del anochecer, Arrio y los demás se marcharon; yo me quedé solo, dueño absoluto de la villa. O, mejor dicho, habría sido el dueño de no ser porque a la hora de cenar vino a buscarme Cleide, la anciana sirvienta. Me sirvió la cena con pan recién hecho, queso y diversas salsas, y en el momento justo vino con la fatal copa de veneno.

Empezó a golpear la mesa con la palma de la mano.

Se parecía a mi madre cuando yo tenía seis o siete años.

No quise discutir y tuve que volver a tragarme el brebaje. Pero evidentemente aquella papilla debía de tener algún efecto beneficioso, porque me sentía mejor, aunque al tocarme los hematomas, que ahora eran de un color azul oscuro, aún me dolían bastante.

Con todo, me habría gustado preguntarle qué era y cuáles eran los ingredientes.

Aquella noche me quedé a solas con mis pensamientos. Los siervos también se habían retirado y, por primera vez desde que estaba en Macedonia, pude meditar con calma, sin dejarme abrumar por la rapidez de los acontecimientos o las prisas por hacer esto o aquello. Ahora me había refugiado en un lugar seguro, y había dispuesto las cosas de modo que mis compañeros vinieran a avisarme de una posible salida repentina, evitando así ser acusado de deserción.

Semejante acusación me habría obligado a ocultarme para no poner en peligro mi vida.

De hecho, he de reconocer que había sembrado muchos problemas en Thessalonica.

El del legado Marco Polio sólo había sido el último. Hicesio y yo habíamos sido huéspedes en casa del legado el año anterior, y yo había iniciado un fogoso romance con su esposa. Era verdad que su marido nunca había conseguido dejarla embarazada, cosa que yo había conseguido en la medida de mis posibilidades. Pero no dejaba de ser una absoluta bajeza haberme aprovechado de manera tan indigna de la hospitalidad de un colega. Fabritia Secunda era una mujer encantadora, sin embargo, si no la hubiera dejado embarazada quién sabe qué problemas habría tenido con su marido y su familia política que ansiaban un heredero. No sabía cómo había acabado, ni cómo el legado Polio se había enterado de su traición. Sin duda, de un modo u otro había llegado a enterarse de todo. No podía pensar en ninguna otra razón para que quisiera matarme. Tal vez algún siervo nos había espiado, o la propia Fabritia, en un momento de ira o arrepentimiento, había dejado escapar algo.

Sólo los dioses sabían cómo lo estaba pasando. Sería demasiado arriesgado intentar recabar información para saber algo más.

Ahora lo que me convenía era poner tierra de por medio, y lo antes posible.

Si se hubiera corrido la voz de mi cobarde comportamiento, habría perdido todo mi prestigio, por no hablar del hecho de haber recibido una solemne paliza de dos desconocidos e ignorantes siervos. Me habría convertido en el hazmerreír del cuartel.

Estuve sin noticias de Arethi durante unos días.

Yo me sentía tranquilo y seguro en la gran villa, con un siervo y la anciana criada Cleide disponibles para todas mis necesidades.

Di algunos paseos cortos a poca distancia de la casa, mientras los moratones empezaban a curarse poco a poco. La rodilla también se desinflamaba con el reposo, y mejoraba sobre todo si seguía al pie de la letra las instrucciones de la vieja criada: ella me había enseñado, con gestos, a tumbarme durante largos ratos con la espalda contra el suelo, protegiéndome del frío con unas alfombras, con la rodilla y la pantorrilla en alto, apoyadas en el catre. Esa posición favorecía la eliminación de los humores que se estancaban en la rodilla.

Al tercer día de haber terminado las mediciones de la finca, Calpurnio y Arrio vinieron a verme en un carruaje de alquiler con el proyecto de la división.

Nos acomodamos bajo el toldo, que preferíamos a la casa, y abrimos un gran papiro que contenía un plano del latifundio con los distintos campos, las dos acequias secas, la villa con sus eras y cubiertos, los caminos e incluso los cultivos, éstos por supuesto indicados de forma aproximada porque nunca hubiera sido posible trazar en el plano cada planta de olivo.

Respondía exactamente a nuestras necesidades.

Calpurnio, de quien yo sabía que era un buen agrimensor con experiencia en cálculos matemáticos, había cuantificado las superficies de las distintas parcelas, y en rojo había añadido al lado las cantidades anuales que el Erario del Estado exigiría en concepto de impuestos.

Ahora todo estaba preparado para realizar el acuerdo entre los dos copropietarios. Si lograba a ver a Hicesio se lo entregaría todo a él, de lo contrario se lo pasaría a Athanasios, el hijo de Stratios.

Mientras discutíamos sobre nuestro trabajo, saboreando buen vino, llegó la hora sexta y nos dispusimos a comer en nuestra habitual mesa improvisada bajo el cubierto, como si fuéramos los pudientes propietarios del latifundio.

—Me parece que estos griegos viven mejor que los romanos —observó Arrio—. Desde luego, el trabajo duro les gusta menos que a nosotros, pero saben valorar la satisfacción de la tranquilidad, la comida ¡y el buen vino!

—Es cierto —le respondí—, deberíamos haber venido hasta aquí a alistarnos, ¿verdad? ¿Hay alguna novedad sobre las pilastras de mármol?

—Estarán listas en un par de días. Para algo bien hecho habrían tardado al menos quince días, pero tu compañero, Calpurnio aquí presente, dijo que había prisa y por eso recurrimos a bloques de mármol usados procedentes de la demolición de viejos edificios.

—Éstos de aquí son edificios civiles —intervino Calpurnio—. No necesitamos que todos los pilares sean perfectamente idénticos. No tenemos que poner los miliarios de una Vía Consular. Los bloques de mármol serán diferentes entre sí, pero del peso adecuado y aptos para enterrar dos tercios de su altura, tendrán su propia *decussis* ¡y costarán muy poco! ¡Ni un tercio de lo que costarían unos de mármol nuevo!

—Entiendo. Servirán igualmente —le comenté—. Siempre corremos el riesgo de que aparezca nuestro tribuno con prisas por irse. Acordamos que te encargarás de que sean entregados aquí en carretas, y en cuanto sea posible invitaremos a algunos de nuestros legionarios que tengan ganas de hacer musculación.

Permanecimos juntos un buen rato, deambulamos por la casa y los edificios en peligro de ser invadidos por la maleza, examinamos el pozo, el que suministraba la maloliente agua a la villa y luego, hacia la hora undécima, Calpurnio reunió los rollos de cuerdas con nudos que habíamos utilizado para las mediciones y se los llevó al

cuartel. Y yo volví a entrar en mi papel de enfermo, a merced de la sirvienta Cleide y sus pócimas.

Durante la segunda vigilia[68] oí los cascos del caballo y el crujido de las ruedas de un carruaje sobre el pavimento de la era frente a la villa. Abrí la ventana y vi a Arethi con un siervo. A la luz de un candil, descargaban el equipaje del carro.

Ella también me vio y me saludó con la mano.

—Quintilio —me dijo—, ven al *tablinum* a tomar algo.

—¿Hay novedades?

—Siéntate, Quintilio. He cenado con nuestro amigo común, Agapios. Hemos charlado un rato y le he tranquilizado al decirle que no te había pasado nada grave, estaba un poco preocupado por ti.

—Lo entiendo, lamento no haber vuelto a aparecer por su casa, pero necesitaba quedarme en un lugar apartado y no llamar la atención.

—Sí, ya me lo has dicho. Un oficial del ejército se presentó ayer en casa de Agapios preguntando por ti. No se presentó como amigo tuyo, sólo dijo que quería verte. No quiso decir por qué te buscaba, pero el hecho de que se presentara solo deja claro que se trataba de un asunto privado.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—Era el legado Polio, le dejó el nombre a Agapios por si tenía noticias tuyas. Pero Agapios no sabía que eras mi invitado, y he considerado que fuera mejor no decirle nada.

—Has hecho bien. En cualquier caso, esto es un asunto privado entre el oficial y yo y no te causará ningún problema.

—Sí, me ha quedado claro que no tenía nada que ver con el ejército. ¿Fue él quien te golpeó?

—No. No fue él. Sin embargo, hay un asunto pendiente que quiero dejar tal y como está.

—¡Estás lleno de misterios, Quintilio! Llevas poco en esta ciudad y ya estás metido en un montón de líos, ¡y complicados!

—Bueno, he tenido algún que otro problemilla. ¿Y quién no los tiene hoy en día? Pero de todos modos, problemas o no, que sepas

que aquí hemos avanzado. ¿Quieres saber hasta dónde hemos llegado?

—Por supuesto, Quintilio, me encantaría —y mirándome fijamente, añadió con una sonrisa—: Pero si no quieres contarme nada de ti, lo entiendo y no te preguntaré más.

Tras ser reprendido por mis torpes intentos de desviar la conversación, no podía seguir fingiendo, así que le dije:

—Arethi, tengo que agradecer tu hospitalidad que en estos momentos tan complicados es una ayuda extraordinaria para mí, pero no quiero involucrarte en asuntos que quizá puedan acarrearte inconvenientes.

—Sí, Quintilio, ya me lo has dicho.

Esperaba que ella no llegara a saber nada del asunto de la mujer del legado Polio, pues de lo contrario saldría de su casa cubierto de gloria. Pero no sabía nada, y tampoco el legado Polio había insinuado evidentemente la naturaleza de las cuentas que quería saldar conmigo.

Sin embargo, es imposible no saciar la curiosidad de una mujer, algo tendría que explicarle, así que pensé en contarle otra cosa en lugar de lo que quería saber.

—¿Recuerdas las historias que conté en la cena de Agapios?

—¡Claro que las recuerdo! Se notaba que estabas muy involucrado.

—Eran todas ciertas. Como puedes imaginar, nunca me habría aventurado a decir mentiras a un pretor, aunque estuviéramos en una cena entre amigos. Me metí en un montón de problemas por culpa del partido de los optimates, los conservadores. Declaré ante los jueces por hechos que perjudicaban a ese partido, y desde entonces he tenido que cuidarme las espaldas.

—Sí, lo sé —asintió ella—. Hicesio nos contó algo de vuestros viajes, cuando os escondíais de los sicarios.

—Esas persecuciones continuaron. Fui arrestado justamente aquí, en Thessalonica, y confinado en un campamento del Cuerpo de Ingenieros. Pero no bastó con eso: me llamaron de vuelta a Roma, y me encerraron en la peor prisión de la república, la Mamertina. Arrio y yo estuvimos en una celda juntos durante un tiempo.

—¡Ah! ¡Pero conseguiste que te liberaran!

—Sí, no había pruebas contra mí, sólo la enemistad de un partido. Se vieron obligados a dejarme salir.

—Me alegro de tenerte aquí conmigo, Quintilio, a esta casa le ha faltado un hombre durante años. Había olvidado lo que es tener cerca a alguien capaz de tomar decisiones y tratar con la gente. Me ha costado mucho sobrellevar el duelo, estar sola y además del dolor de la pérdida, intentar de alguna manera sobrevivir y poner en orden, lo mejor que podía, el negocio que me había dejado mi marido… y no sé si he conseguido poner las cosas en orden o enredarlas aún más. También has visto a Diotimo. Es una buena persona, pero es demasiado mayor para lidiar a diario con todos los asuntos pendientes. Ahora espero que con tu ayuda pueda salvar esta casa, que me recuerda momentos felices del pasado. Momentos que nunca volverán.

—Arethi, te costará creerme —le respondí—, pero hace dos años, después de haberme librado de la absurda acusación del homicidio de un patricio, la misma en la que también estaba implicado Hicesio, estaba convencido de que la vida no me depararía otra cosa que clavar estacas de agrimensor en la tierra hasta el final de mis días… ¡y realizar mediciones con la *groma*! En cambio, estuve huyendo durante un año de los sicarios, luego me marché a trabajar a Dalmacia, después a Macedonia y ahora, en breve, partiré en una misión hasta los confines de las tierras conocidas. ¡Imagínate lo equivocado que estaba!

—Tal vez sea así, Quintilio, y te agradezco estas buenas palabras. Ahora me retiraré a mis aposentos, y si lo deseas, puedes venir conmigo.

No hizo falta que lo repitiera, ni le mencioné el dolor de mis articulaciones, ni de la rodilla, ni de los moratones que tenía en el costado, ni mucho menos el corte de la cabeza.

Fui con ella hasta su lujoso dormitorio. Su duelo había terminado, y comprendí que ahora quería mirar un poco más lejos, más allá de las reminiscencias de su vida anterior.

XVIII.

La poseí apresuradamente, había pasado demasiado tiempo desde que había estado con una mujer. Ella lo entendió, y se mostró solícita, dejándome actuar casi en silencio, complaciéndome hasta que me quedé satisfecho, como si estuviera pensando en otra cosa. Y durante un rato no sentí los dolores en el costado y en la rodilla, los olvidé, hasta que me relajé como si por fin me hubiera quitado un gran peso de encima.

Me adormecí, pasé un rato en duermevela, luego sentí que ella se pegaba a mi costado, y cuando estuvo segura de que no estaba dormido me preguntó en voz baja:

—Quintilio, ¿hacía mucho que no yacías con una mujer?

—Hum… no lo sé… sí, hacía bastante.

—¿Mejor ahora?

—Claro.

Poco a poco se colocó encima de mí para hacerme saber que ella también tenía sus atrasos, y a su vez, primero suavemente, luego con furia, se tomó su placer.

Por primera vez en años pude dormir en una cama mullida y lo bastante larga para tumbarme, y conseguí conciliar un sueño profundo.

Mientras aún estaba en el mundo de los sueños sentí que alguien me retorcía el dedo gordo del pie. Intenté aguantar, pero no lo pude remediar, tuve que despertarme en el mejor momento, mientras soñaba que estaba acostado con una hermosa mujer, un sueño con apariencias casi reales al que no quería renunciar por nada del mundo.

¡La vieja Cleide! Era ella quien me tiraba del dedo. Murmurando algo en su incomprensible idioma, quería que me bebiera su maldita pócima.

Pero no era un sueño, yo estaba de verdad en la cama con la bella Arethi.

Ella estaba de espaldas, aún dormida.

La sirvienta me dio otro tirón, murmurando.

Y no hubo respiro hasta que me decidí a engullir la pócima, sólo entonces desapareció.

Por fin pude dedicarme a acariciar a Arethi, que ahora estaba despierta y absolutamente relajada después de haber puesto fin a su luto.

—Disculpa, pero ¿sabes qué es esa pócima que tu sierva se empecina obsesivamente en que me beba mañana y noche?

—¡Ay, tampoco sé yo cómo oponerme a Cleide! —profirió, volviéndose hacia mí, somnolienta y radiante al mismo tiempo—. Pero ¿acaso no te ha servido de nada la pócima?

—No, no. Lo cierto es que me ha sentado bien, al menos eso creo. Sólo tenía curiosidad por saber de qué se trataba.

—Cleide es una vieja sierva que viene del campo y conoce las propiedades de muchas hierbas. Ella ha preparado esa pócima con hierbas que recoge en los campos que rodean la casa. El brebaje que te dio es el que sirve para las yeguas preñadas cuando tienen que parir. Con ella, las yeguas están más relajadas, sufren menos dolores por los espasmos y, después del parto, recuperan antes las fuerzas para amamantar como es debido al potrillo. Creo que además de las hierbas también le pone orín de yegua, precisamente porque el medicamento tiene que arraigar en ella. Si quieres le pregunto y te confirmo…

—Mira… mejor déjalo —le respondí.

Además, yo no tenía que amamantar a ningún potro.

Desayunamos con leche y miel y un buen queso en la cocina de la casa como si fuéramos dos viejos cónyuges felices por un nuevo día que nos habían concedido los dioses.

Esto era lo que Arethi necesitaba: cerrar la puerta de su vida pasada, no olvidar los buenos recuerdos, pero tampoco vivir sólo en función de ellos, y pensar en la nueva vida que ahora tenía por delante. Pero yo también había encontrado algo de tranquilidad, además de placer, en los brazos de aquella encantadora mujer.

Pasamos un par de jornadas sin pensar en nada ni planear nada, simplemente disfrutando de lo que el día nos ofrecía. Buen vino, un

pequeño paseo por el latifundio hasta los matorrales de las viñas, ahora silvestres, observando los numerosos pájaros que se afanaban en preparar sus nidos para la nueva estación, y luego a la cama, dándonos placer el uno al otro cada vez que nos venía en gana.

Al cabo de unos días, Arethi parecía más joven: era menos seria que de costumbre y a veces decía cosas graciosas, como si fuera una chiquilla.

Del cuartel no llegaban novedades, ni yo me preocupaba por preguntar. Sabía que, si ocurría algo, Calpurnio o Arrio llegarían corriendo, o en su caso me enviarían un mensaje.

Un día, durante el almuerzo, le expliqué a mi anfitriona que estábamos listos para comenzar la división de sus tierras. Le aclaré con todo lujo de detalles hasta dónde habíamos llegado, y que sólo faltaba terminar con la colocación de las pilastras para marcar los límites, y lo más importante: poner en acción a Hicesio.

Tras una breve discusión decidimos que a la mañana siguiente iríamos juntos a su despacho para ver si había vuelto de Byzantium.

Encontré tiempo para darle una tarea a la sirvienta Cleide: pedí ayuda a Arethi y le pedí traducir que pronto tendría que pasar muchos días cabalgando, y que mi trasero acabaría muy dolorido. ¿Acaso no conocía la receta de algún ungüento?

La anciana respondió que sí, que tenía una receta, pero que yo nunca sería capaz de preparar el medicamento por mí mismo, así que ella lo prepararía y me lo daría antes de partir.

Le pedí que me lo preparase en gran cantidad, pues seguramente habría muchos hombres que lo necesitarían.

A la vieja se le escapó una risita ambigua y me contestó algo sobre los militares que se creen muy astutos, pero luego, cuando les duele el culo, necesitan a las viejas e inútiles siervas.

A Arethi le gustó el plan que había elaborado con Calpurnio hasta en los más mínimos detalles: sólo le costaría el producto de la venta de una parte de las tierras, ese terreno que nunca necesitaría por su posición tan incómoda, y podría quedarse con la villa y algo menos de la mitad del latifundio; además, podría, si fuera necesario,

alquilar las tierras de labranza a su cuñado, que estaría encantado de tener toda la finca a su disposición.

Y, sobre todo, Arethi no necesitaría discutir con nadie, pues las negociaciones más complicadas las habría llevado a cabo Hicesio.

Era una solución que podía resultar satisfactoria para todos.

La oficina de Hicesio se parecía a otros bancos[69] que yo había visitado en ocasiones: una salita de espera con un par de banquillos para los clientes y dos salas separadas para mantener conversaciones privadas. La oficina tenía mobiliario y alfombras bizantinas para dar credibilidad a la presencia del desconocido argentario titular del banco. Un pasillo conducía al domicilio privado de Hicesio, al que sólo en señaladas circunstancias dejaba pasar a algunos clientes importantes.

En la oficina encontramos a Athanasios, el secretario de Hicesio, que se alegró de vernos. El argentario, según nos dijo, seguía en Byzantium y, por lo que pudimos deducir, estaría fuera unas semanas más.

Le expliqué a Athanasios el motivo de la visita; me escuchó con gran atención y me hizo algunas preguntas:

—¿Queréis que empiece a contactar con los vecinos y el cuñado, o preferís que esperemos a que regrese Hicesio?

Reflexioné un instante:

—En mi opinión sería conveniente que, de momento, y a través de un mediador anónimo, intentaras averiguar si los vecinos están interesados en esa pequeña parte del terreno que está encajada en su propiedad. Por ahora nos interesa actuar así, porque nos estamos moviendo sin el consentimiento del otro propietario, el cuñado de Arethi. Más adelante, el mismo intermediario podría volver y sembrar alguna duda entre los mismos vecinos, para ver qué pasa. ¿Qué opinas?

Athanasios me miró a la cara y exclamó:

—¡Pues opino que me parece que estoy escuchando al mismísimo Hicesio! ¡Sois como dos embaucadores que trabajan juntos de toda la vida!

El plan fue aprobado de inmediato, con la condición de que el contacto con el cuñado lo haría directamente Hicesio en el momento oportuno.

Athanasios realizó una copia aproximada del plano del terreno y prometió hablar con el intermediario en breve, también para evaluar los valores de mercado y, a partir de ahí, la petición económica que podría realizarse.

En cambio, para la asignación de los dos lotes principales, bastaría con la confirmación de la igualdad sustancial de impuestos que gravaban en cada uno de los dos lotes, algo que Calpurnio ya había comprobado.

Cuando regresamos a la casa de campo, nos encontramos a tres carreteros descargando los cipos de mármol para clavarlos en el terreno e identificar los linderos. Aproveché uno de ellos para enviar un mensaje para Arrio al cuartel, para que supiera que podíamos continuar con el trabajo.

En la villa disfrutamos de otro par de días de tranquilidad.

El tiempo siguió siendo bueno, y Arethi y yo dimos algún que otro paseo, que me sirvió para conocer a fondo el latifundio.

Un día examiné con Arethi los olivos, árboles que había que podar antes de que se volvieran silvestres, y llegamos a una cabaña de pastores que en aquel momento estaba vacía.

Caminamos por senderos trazados por los animales, quizás utilizados de tanto en tanto por algún pastor; vi las estacas recién plantadas por Arrio y Calpurnio en las lindes y las huellas de sus cáligas tachonadas cuando habían recorrido toda la propiedad en distintas direcciones para realizar las mediciones.

El latifundio estaba infestado de malas hierbas por todas partes y necesitaba urgentemente la siega y la eliminación de los tupidos matorrales que se estaban adueñando de los pastos.

Una parte del terreno, a septentrión, contenía también un pequeño bosque de varias yugadas[70]: había muchos robles, algunos de los cuales se habían secado debido al caluroso clima de la región; si hubiera sido necesario, se podría haber obtenido aquí algo de leña para la villa. En el monte vivían unos zorros cuyas

madrigueras y excrementos vimos esparcidos por los alrededores. Arethi me contó que, antiguamente, esos zorros llegaban hasta la villa para saquear el corral: eso ocurría antes de que todos los animales fueran exterminados, cuando había un capataz y suficientes siervos para gestionar el latifundio.

La propiedad era realmente enorme, más de una centuria[71], y para trabajarla haría falta un ejército de siervos encabezados por un buen capataz.

Era un problema que también atormentaba a Parmenión, el cuñado de Arethi; antes de reanudar la explotación de la finca, tendría que disponer de una granja con eras, corrales, pocilgas, almacenes y dependencias para los criados, y mucho dinero. Ésta era la razón por la que aún no había empezado a cultivar en la zona indivisa.

Pero eso a nosotros nos importaba hasta cierto punto; era mayo y los días eran cálidos; nos acomodamos a la sombra de un roble sobre una manta que traía conmigo junto con una cesta en la que había queso, pan y una tinaja con agua y vino.

Comimos de buena gana, nos bebimos todo el vino y, por último, echamos una breve siesta abrazados.

Cuando se despertó, Arethi se aferró a mí y supe que era el momento de recoger nuestras cosas y regresar al dormitorio para darnos placer hasta la extenuación, porque los dos sabíamos, como ya nos había enseñado la vida, que teníamos que aprovechar cada oportunidad que nos brindaba el destino.

Después de aquellos días pasados junto a Arethi, yo ya no sufría los dolores de la feroz paliza, y aunque unos extensos moratones me lo recordaban constantemente, dejé de darle vueltas a aquella triste experiencia.

Quizá fuera gracias al brebaje de la vieja sierva, o tal vez al amor de aquella mujer que estaba redescubriendo conmigo los placeres y los propósitos de la vida después de un período funesto.

Ambos habíamos encontrado una cura adecuada a nuestros males.

Tenía que ser así, ya que ni siquiera Cleide había hecho ningún comentario, e incluso había dejado de venir detrás mío con la jarra de la pócima de las yeguas preñadas.

Una mañana oímos ruidos procedentes del camino de acceso y vimos llegar a Arrio, Calpurnio y cuatro fornidos legionarios con palas y *dolabrae*[72] a cuestas. Habían venido a ocuparse de las pilastras de las lindes.

Lo primero que hice fue preguntarle a Arrio si había alguna novedad, y éste me contestó simplemente:

—El tribuno llegó anoche. Aún no sabemos qué quiere hacer, pero si hay noticias cuando volvamos al cuartel te enviaré a alguien con un mensaje.

Mis vacaciones llegaban a su fin. No le dije nada a Arethi, ya lo hablaríamos más tarde.

Mientras Arethi ponía en marcha a los siervos para que nos trajeran bebidas, yo me quedé a un lado con Arrio y Calpurnio y comprobé en el mapa dónde había que colocar las pilastras.

En poco tiempo comprobamos lo que necesitábamos, suministramos a los hombres un gran odre de agua y comenzamos la operación, en la que también implicamos a dos siervos de la casa.

El transporte y la colocación de cada pilastra ocuparía un par de horas a un par de hombres, y la operación se completaría en el día.

Mientras los hombres trabajaban, Arethi y la vieja sierva fueron en la calesa a por medio ternero, abundante vino y pan recién hecho de unos vecinos, pues a los legionarios se les había prometido un abundante almuerzo. Yo me quedé con Calpurnio, ocupado en colocar una pilastra a poca distancia de la villa.

A la hora sexta empezó a salir algo de humo del brasero instalado en un rincón del corral, y poco después comenzó a propagarse el olor a asado.

Los legionarios regresaron a la villa por parejas, y nos instalamos todos en una gran mesa improvisada con tablones de madera bajo el cubierto de los aperos: los militares hicieron honor a su proverbial apetito, y los siervos que habían participado en los trabajos también

fueron invitados a la mesa, dadas las circunstancias. Acabamos con medio ternero asado, una bandeja de excelentes aceitunas negras y varios quesos de oveja. Y ¡pan! Arethi había encontrado pan del día: fue calentado sobre las brasas, rociado con aceite de oliva y devorado con rodajas de cebolla asada.

Parecía imposible que tan poca gente pudiera comerse todos aquellos manjares, pero la sabia Cleide, que observaba el movimiento en torno a la mesa, no dejó de expresar su aprobación con repetidos movimientos de cabeza, porque ella venía del campo y sabía lo que era el trabajo físico.

Arrio asumió la difícil tarea de dosificar el vino y evitar que los legionarios se emborracharan y no pudieran terminar el trabajo.

A última hora de la tarde habíamos terminado y Arethi tenía por fin todos los papeles en regla para seguir con la división de su propriedad.

Cuando los hombres se marcharon, ella los esperó en la puerta y les dio, a cada uno de ellos, unos denarios de plata como muestra de agradecimiento. Me despedí de Arrio haciéndole una señal con el dedo cerca del ojo para que estuviera alerta y me comunicara las novedades.

Cuando todos se hubieron marchado, Arethi y yo decidimos darnos un baño en la gran bañera de mármol que se había construido en una de las habitaciones de la planta baja y en la que cabían perfectamente dos personas.

Hicimos que los criados calentaran una gran olla de agua para templar la que ya había en la bañera.

Bromeamos un poco entre los dos sobre lo que estábamos haciendo, tan poco habitual en las termas domésticas, y entonces Arethi rompió el hielo:

—¿Te marchas, Quintilio?

—Sí, ¿te lo han dicho mis colegas?

—Lo he adivinado por algunas palabras que de vez en cuando se les escapaban a tus legionarios.

—Así es. El tribuno que esperábamos ha llegado de Roma; quizá se quede unos días en el cuartel para recuperarse, pero luego

partiremos. Ya estoy preparando una lista de cosas que hacer para la segregación del terreno. Si os ceñís a estas instrucciones y confiáis en Hicesio, estoy seguro de que todo saldrá bien.

—No me refería a eso, Quintilio. Es que esperaba que te quedaras más tiempo conmigo, en esta casa.

—Yo también lo esperaba, pero la expedición es la razón que me trajo aquí y no tengo ninguna posibilidad de posponerla.

—¿Y sabes si volverás aquí después, quiero decir, a Thessalonica? —insistió Arethi.

—La expedición terminará aquí, en Thessalonica. Pero no puedo decirte cuánto tiempo durará. Ciertamente unos meses, tal vez tres o cuatro, no lo sé. Nadie lo sabe. Vamos a tierras donde ningún romano ha estado nunca, es difícil hacer predicciones.

—¿Será peligroso?

—Quizás. Es posible que haya algún peligro. Los oficiales han tomado muchas precauciones, pero por lo que tengo entendido los riesgos serán equivalentes a los de una expedición en territorio enemigo. Todos hemos contribuido a hacer todo de nuestra parte para que el viaje sea seguro, pero al final siempre hay problemas y, una vez que hayamos hecho todo lo posible para resolverlos, tendremos que aceptar, para bien o para mal, lo que el destino nos depare.

Le di unos instantes para que comprendiera bien lo que le había dicho, y luego continué:

—Que sepas que estoy agradecido a los dioses por lo que me han concedido estos días, y a ti, que me has mostrado tu cariño.

Mientras hablaba, ella me había abrazado con fuerza, y sentí un sollozo contenido y una lágrima cálida mojarme el hombro.

—Tú también deberías estar agradecida a los dioses por habernos concedido vivir juntos.

Guardó silencio un rato y luego dijo:

—Sí, Quintilio, pero sólo han sido unos pocos días.

Comprendí que ésta sería nuestra despedida. No volveríamos a hablar de ello.

Aún nos quedaban unos días juntos, pero nunca volveríamos sobre ese asunto.

Nada más podía prometerle. Los dos tendríamos que pasar por lo que nos había tocado.

Dos días después llegó a la villa un siervo con una nota de Calpurnio avisándome de que me esperaban en el puesto de mando del cuartel a la mañana siguiente.

Incluso Cleide se dio cuenta de que era la señal de que la aventura había terminado, y vino a entregarme un tarro de barro con cuatro o cinco libras de ungüento para las nalgas. Pensaba compartirlo con quien lo necesitara. Seríamos una treintena de hombres con ese problema, seguro que lo utilizarían.

La tarde transcurrió entre el aburrimiento y la monótona espera de algo que estaba a punto de cambiar nuestras vidas, como cuando uno se detiene a observar las nubes de una tormenta que se avecina. Di un paseo por la villa y vi con orgullo que la dejaba mucho más ordenada de lo que la había encontrado.

Aquella tarde Arethi y yo comimos muy poco, estábamos silenciosos y no teníamos apetito. Por la noche, en la cama, nos entregamos apasionadamente, sin freno, como si fuéramos unos condenados que no verían el día siguiente.

Nos dimos placer mutuamente muchas veces, incluso con algo de rabia.

Aún era de noche cuando llegó la hora y la besé en el dormitorio.

Le rogué que se quedara allí y no quise encender la luz para no verla llorar.

Luego bajé y saludé a la vieja Cleide; le dije que vigilara a su ama. Ella me hizo señas de que había entendido, aunque yo no le había dicho ni una sola palabra en su idioma.

¿Y qué otra cosa podía decirle?

Entonces me abrazó como si yo también fuera hijo suyo.

Cuando salí con mi zurrón al hombro por la era, los primeros destellos del alba empezaban a enrojecer una delgada franja del horizonte.

Recuerdo bien aquel día, eran los idus de mayo del año 708[73].

CIMERIA

XIX. La Vía Egnatia

Me acerqué al barrio en el que se encontraba el cuartel con la mayor cautela posible y, antes de poner un pie en la calle a la que daba la puerta principal, eché una ojeada hacia todos los lados. No deseaba llevarme ninguna sorpresa.

No me esperaba ninguna emboscada, saludé a los dos guardias del portón y entré.

El aire de movilización era palpable.

Me presenté al centurión Octavio, que me saludó con una sonrisa y profirió en tono burlón:

—¡Quintilio! Menos mal que estás aquí. ¡Empezaba a pensar que tendría que enviar a mis hombres a buscarte!

—No era necesario, centurión. Fui huésped en casa de unos amigos y aproveché para curarme de la inesperada agresión sufrida hace unos días.

—¡Has hecho bien! Tus colegas me han dicho que has estado muy ocupado aquí, en Thessalonica. Es una buena idea, ¡ay de nosotros si no tuviéramos cuidado de dejarnos querer allá dondequiera que el ejército nos mande!

Mientras el centurión me hablaba, pensé en cómo me había ganado la antipatía del legado Polio, pero que, sin duda, más placentero había sido ganarse el favor de su esposa. El centurión prosiguió:

— Todos los hombres están confinados en los barracones. Dentro de una hora, nosotros, los oficiales, y por supuesto vosotros, los agrimensores, nos reuniremos con el tribuno Agripa. Probablemente nos darán nuevas disposiciones para la misión. Y esta tarde llegan los caballos. ¡Mañana al amanecer partimos! ¿Estás preparado?

—¡Preparadísimo, centurión!

En la sala de reuniones del Estado Mayor vi por primera vez al tribuno Valerio Agripa: un enérgico oficial, cincuentón, de pelo cano y porte distinguido. Se podría decir de él que era un comandante de

primera línea. Su tez oscura delataba largas estancias en las provincias africanas.

—Quiero saludaros a todos los que participáis en esta misión. Os traigo los buenos deseos del ilustre César, que nos ha ordenado llevar a cabo esta exploración en tierras que Roma conoce poco, pero que son importantes porque se encuentran en nuestros confines orientales. Su control garantiza la seguridad de la república. Nada de lo que se diga aquí esta mañana debe filtrarse fuera de nuestro grupo de mando porque algunas informaciones podrían perjudicar a la expedición y echar a perder nuestros esfuerzos. Por tanto, os conmino a que guardéis para vosotros todo cuanto os diga. Los legionarios se enterarán sobre la marcha, según sea necesario. Así pues, veamos, sabed que me quedaré con vosotros mientras dure la misión, pero seré vuestro invitado, por así decirlo. Viajaré con vosotros porque mi destino es la ciudad de Teodosia, en el Reino del Bósforo, donde me quedaré como representante de César.

Hizo una larga pausa para mirarnos fijamente a la cara, mientras un ordenanza colocaba una tinaja de vino y agua sobre la mesa.

—El Reino del Bósforo es un reino vasallo de Roma. Allí mandan ellos, pero cumplen lo que les ordenamos y sugerimos. Si no estuvieran bajo el escudo de Roma, en pocos años serían invadidos por los pueblos vecinos, ¡bárbaros que no crean nada pero que lo destruyen todo!

Hizo un gran barrido con la mirada antes de concluir:

—Ahora puedes continuar tú, Valeriano.

—Nuestra misión, como habéis oído del tribuno —comenzó su explicación Valeriano—, consiste en llevar al representante de César a Teodosia. Durante el viaje se debe recopilar toda la información útil para evaluar si es posible pensar en una ruta terrestre desde el delta del Ister hasta Cimeria en el futuro. Los puertos más cercanos sobre los que Roma ejerce su dominio se encuentran en Asia Menor, en la costa meridional del Ponto Euxino, a varios cientos de millas de Cimeria. Pero nuestros barcos no están demasiado seguros en ese mar, porque no está del todo bajo nuestro control. Así que los agrimensores medirán la longitud de las calzadas y estudiarán cómo cruzar los ríos, porque hay muchos, algunos de ellos muy anchos.

Llevaremos a Roma toda la información que consigamos recopilar y los técnicos del Cuerpo de Ingenieros la valorarán muy atentamente. Las Vías Consulares que vemos hoy en la república fueron construidas de la misma manera: primero se enviaron exploradores a pueblos hostiles o casi hostiles, luego comerciantes con nuestras mercancías y los frutos de la civilización, y por último los ingenieros para construir carreteras pavimentadas y de grava. ¡Nosotros somos los exploradores del Bósforo Cimerio! Por el momento no tengo nada más que añadir, cedo la palabra al centurión Octavio. Si necesitáis enviar cartas, podéis hacerlo hoy mismo, pero, en cualquier caso, sabed que contaremos con un servicio regular de mensajeros a lo largo de la Vía Egnatia, que seguiremos hasta la encrucijada de Lisimathia. Más adelante aún encontraremos algunos comerciantes, pero no será lo mismo que con nuestro servicio estatal, no podremos estar seguros de que las cartas lleguen a su destino.

Y tomó la palabra el centurión Octavio.

—Terminad de empaquetar vuestros enseres esta tarde. Todo el viaje se hará con equipo ligero, ya lo sabéis. Nada de equipaje pesado y cargas adicionales, nada de tiendas de *contubernium*[74], pero sí una lona encerada por cabeza, que pueda formarse una tienda junto con las lonas de los demás, y el equipo personal ordinario de marcha de un legionario. Pensadlo bien: es inútil llevar cosas innecesarias, tendríais que cargar con ellas durante un montón de días. Durante la primera parte del viaje, unos veinticinco días, viajaremos a caballo y podréis llevar alguna libra más de provisiones; sin embargo, a partir del río Ister iremos a pie y habrá que racionarlas. Sólo lo esencial y el equipo para nuestro trabajo. Revisad las cáligas, aún estáis a tiempo de conseguir unas nuevas en el almacén. Al anochecer, en el patio del cuartel, habrá un sacrificio a los dioses por nuestra misión y después de cenar haré una inspección. Mañana empezamos el primer tramo, serán algo más de trescientas cincuenta millas, a caballo.

Arrio y yo nos miramos pensativos. Esta vez iba en serio.

Lo que era la reunión de partida había terminado, pero cuando estábamos a punto de levantarnos y abandonar la sala, pareció que el tribuno Agripa tenía algo que añadir.

De hecho, se levantó y nos afrontó, dejando claro que requería nuestra atención. Retomó la palabra, pero esta vez en tono coloquial, abandonando el lenguaje oficial.

—Mi llegada a Thessalonica se ha retrasado por diversos asuntos —comenzó a explicar—. Asuntos que me obligaron a esperar la llegada a Roma de oficiales de nuestro protectorado de Armenia, en la frontera con el Reino Parto. Esta es la razón por la cual se pospuso la salida de la misión. Quiero aprovechar este encuentro para poneros al corriente de una vieja historia. Algunos de vosotros recordaréis lo que ocurrió hace nueve años, en el 699: Craso se enfrentó al ejército parto en Carras, y salió derrotado. No está muy claro lo que pasó en esa batalla. Ciertamente erró en su táctica: envió a nuestra infantería contra los catafractos cuando no había ninguna esperanza. Algunos supervivientes han dado versiones contradictorias, pero a la postre, la batalla se perdió y las insignias de las legiones de Craso pasaron a manos de los partos.

El tribuno recorrió la sala con la mirada, mientras esperábamos a que fuera al grano.

—Empleamos casi cuarenta y cinco mil hombres, entre infantería y caballería, en aquella batalla. Las cuentas de esa derrota nunca se han aclarado del todo. Sabemos que, probablemente, unos diez mil hombres fueron apresados, y puede que quince mil murieran en el campo de batalla. Sólo diez mil hombres, que estaban bajo el mando de Casio, se separaron de las legiones de Craso, se replegaron a Siria y se salvaron. Aún faltaban dos legiones en nuestro recuento. Me han dicho que no hay nada seguro en estos relatos, salvo el número de esos diez mil hombres de Casio que se separaron del grueso del ejército debido a malentendidos entre los generales. Por lo tanto, las cuentas no cuadran. Incluso admitiendo un amplio margen de error debido a informaciones no siempre ciertas y difíciles de comprobar, pues bien, abundando en el error, ¡sigue faltando, no menos de una legión! ¡Cinco mil hombres! Algunos oficiales, basándose en rumores procedentes de la región, creen que estos legionarios murieron de hambre en el desierto mientras intentaban escapar hacia el norte. Lo cierto es que no fueron capturados ni aniquilados por los partos. Lo habríamos sabido. Tal vez tomaron

direcciones tales que los partos consideraron inútil perseguirlos. Pero esos mismos oficiales que he mencionado afirman que tal vez una legión pudo haber logrado atravesar zonas inhóspitas, desiertos y montañas, y llegar hasta el mar del Ponto Euxino para refugiarse en el Reino del Ponto o a lo largo de la costa cercana. Pues bien, en aquella época, en el año 699, este reino controlaba el Reino del Bósforo. Concluyendo, algunos refugiados podrían, repito, podrían, pero no lo sabemos, haberse refugiado en zonas casi salvajes de la parte oriental de Cimeria e integrado en algunas de esas miserables colonias griegas, o haber fundado las suyas propias. Si obtenemos noticias de estos hombres, los buscaremos, o buscaremos lo que quede de aquella legión, y nos pondremos en contacto con ellos. Tengo un salvoconducto para ellos. ¡Podrán reincorporarse a la república! O mejor, los alistaremos en el acto, ¡y ya tendremos una legión dispuesta y preparada en el Bósforo Cimerio!

Arrio y yo nos miramos estupefactos. No es que hubiéramos entendido todo lo que había dicho el tribuno, que había hablado de muchos lugares desconocidos para nosotros, pero ¿quién no había oído hablar de la derrota de Carras?

—Quintilio, ¿no crees que es un poco tarde para salir a buscar a esos desdichados fugitivos? —me dijo Arrio en voz baja.

—Bueno, la verdad es que no tengo ni idea. Ya han pasado nueve años. Por lo que dice el tribuno debería tratarse de una legión, un montón de hombres se salvaron de la masacre. Recuerdo que, cuando era niño, mi tutor solía leerme las historias de la expedición de Jenofonte contra los persas[75], y les ocurrió algo parecido, también en el Ponto. Consiguieron escapar, pero luego tuvieron problemas para regresar a Macedonia. No recuerdo bien toda la historia, ¡pero era muy parecida a ésta!

Al atardecer, todo nuestro grupo, una treintena de hombres, se alineó en el patio del cuartel para un auspicioso sacrificio a los dioses.

Un oficiante rechoncho y lozano, un griego que se encargaba de los asuntos religiosos en el cuartel, apareció por una entrada lateral

del patio seguido de dos niños de unos diez años que llevaban los instrumentos de sacrificio. Todos vestían túnicas blancas.

El oficiante nos dirigió un breve discurso:

—Nos vamos en misión —comenzó a declamar en tono solemne.

Arrio, que estaba a mi lado, sin llamar la atención, me hizo señas de que no entendía a qué se debía esta novedad:

—¿El oficiante también viene con nosotros?

—¡No lo creo, Arrio! Sin duda es un decir: "Vosotros os vais", es eso lo que pretende decir. —El pequeño y lozano oficiante jamás se expondría a las dificultades de tal empresa, ¡se podría apostar una cena para toda la unidad!

—¡Roguemos a los dioses que hasta hoy nos han mantenido sanos y salvos para que sigan haciéndolo! Y con nuestro comportamiento, obedientes a la voluntad de los dioses y observantes de las órdenes de nuestros comandantes, ¡intentemos merecer esta protección!

Siguió con la misma historia durante un rato, y en un momento dado, mientras Arrio a mi lado murmuraba entre dientes: «No es más que un borrachín», entraron en el patio dos de nuestros legionarios conduciendo una oveja hacia el altar del sacrificio.

La oveja parecía asustada desde el momento en que entró en el patio. Algo le pasaba, aunque lógicamente no podía saber que aquellos serían sus últimos pasos. Tal vez fuera por algún olor, o por la presencia de los silenciosos legionarios.

Se movió a saltos, tirando del ronzal con el que la habían atado, y cerca del altar de mármol intentó escapar de un tirón y casi derriba a uno de los soldados, que intentó calmarla como pudo.

Después la subieron suavemente al altar, pero olió a sangre y sus intestinos se descargaron de repente.

Evacuó un enorme montón de excrementos que fueron a parar al altar, al suelo, a los pies del oficiante y a su toga. Debía de padecer alguna dolencia intestinal grave, porque las heces eran una cantidad tan enorme que todos se quedaron con los ojos de par en par.

Pero el oficiante siguió a lo suyo, y sin perder más tiempo la sacrificó antes de que el animal hiciera algo más nefasto. Luego examinó las entrañas y las encontró regulares, con lo cual nos

despidió, habiendo sido el sacrificio, según él, conforme a las buenas costumbres.

¡No es que fuéramos ciegos! ¡El sacrificio había sido cualquier cosa menos auspicioso! A nadie se le escapaba que la oveja no quería acabar degollada, y al final la túnica del oficiante no sólo estaba manchada de sangre, ¡sino de excrementos!

Vi a más de un legionario rascándose la cabeza e incluso alguno se toqueteó la barba con mirada inquisitiva.

Siguió una cena desprovista de toda algarabía, en la que todos comimos silenciosamente algo sólo para llenar la barriga.

Tras la cena los centuriones nos habían prometido la inspección de las sarcinas y yo también fui a terminar de recoger mis escasas pertenencias. Revisé las dos *gromas* que llevarían a su vez los legionarios, y el material de escritura, incluido el rollo de pergamino de conejo y las tintas. Para mayor seguridad, también llevaría conmigo un paquete de hojas de papiro que me servirían de borrador. Trasladé el frasco de barro con el ungüento a la sarcina, con cuidado de que no estuviera en contacto con nada duro que pudiera agrietarlo o romperlo. Mientras, me topé con una carta que evidentemente habían metido entre mis cosas antes de mi partida de la villa campestre de Arethi.

Y la letra era la suya.

Arethi saluda a su amado Fausto Quintilio.
Como has dicho, no sabemos si nuestros días juntos ya han terminado.
Quizás los dioses nos reserven algo más.
Pero ahora sólo quiero pensar en tu salvación.
Has de saber que antes de verter el ungüento en el frasco de barro coloqué en el fondo cinco monedas de oro.
No sé a dónde irás, pero el oro nunca le ha hecho mal a nadie y ha salvado la vida de muchos.
Si quieres, puedes sacar de ahí las monedas y cosértelas en el dobladillo de la túnica.
En la bolsa también encontrarás una navajita en una funda de cuero. En lugar del mango hay una pieza de oro. Cuélgatela

del cuello, no se verá y tal vez pueda serte útil.
Goza de buena salud, que yo siempre estaré aguardando tu regreso, mi querida alma gemela.
Arethi

Saqué la navaja del estuche; era un objeto pequeño pero muy afilado, ¡si fuera necesario incluso podría cortar el cuello de un hombre!

Arethi había comprendido el espíritu de la expedición y había pensado en algo útil.

Los centuriones nos habían mandado preparar sarcinas diferentes de las reglamentarias: tenían un bolsillo lateral, del tamaño justo para ocultar la vaina del gladio, y yo también tenía una, junto con un precioso gladio nuevo. La empuñadura podría haberse ocultado fácilmente con un trapo; habríamos viajado la mayoría del tiempo como civiles y era mejor no exhibir armas romanas.

Ahora sí que estaba todo listo.

Mientras Arrio completaba su sarcina, yo me tumbé un rato en mi catre, mirando las vigas del techo, atrapado entre mil pensamientos. Mi familia, Regila y Rusonio. Arethi.

En marcha hacia lo desconocido.

Fue uno de esos momentos en los que te das cuenta de que estás en el umbral: sólo tienes que dar un paso, salir y cerrar una puerta, y ya estás en otro lugar.

Mucho antes del amanecer nos despertaron. Todos habíamos dormido poco y mal, teníamos un poco de frío y ninguna gana de charla. Recogimos nuestras cosas y fuimos a la cantina a por un bollo de pan y una taza de leche caliente con miel.

Luego fuimos a las cuadras, en el porche abierto a la calle, donde nuestros caballos ya habían sido preparados por los mozos de cuadra.

Antes de salir por el portón, aminoré el paso, me coloqué cómodamente la sarcina a cuestas y observé la calle con detenimiento, por si había algún extraño por los alrededores, aparte de mis compañeros legionarios.

Mi sigiloso ardid no pasó desapercibido para el centurión Octavio, que me dijo tranquilamente:

—Quintilio, ahora eres mío. Y lo serás hasta el final de la misión; no tienes nada ni a nadie que temer. Yo te necesito: ¡si alguien se atreve a acercarse a ti, treinta hombres le asaltarán con el gladio en la mano!

Este discursito, aunque era temprano y había dormido mal, me hizo sospechar que Octavio hubiera barruntado algo de mis cuitas en esta ciudad. O puede que fuera sólo mi imaginación. Me había mirado con recelo, era consciente de que me habían dado una buena paliza y había querido gastarme una broma para tranquilizarme.

Sin embargo, yo ahora formaba parte de un contingente operativo, ¡y nadie podía tocarme bajo ningún concepto! Excepto, por supuesto, los enemigos de Roma.

Era el decimoquinto día antes de las calendas de junio[76].

Amanecía en el horizonte y nos dirigimos pensativos hacia oriente, justo hacia la salida del sol.

XX.

Partimos en dirección a Byzantium por la Vía Egnatia.

El tiempo era bueno y nos encontramos con un abundante tráfico de carros y viandantes.

La Vía Egnatia estaba en su mayor parte cubierta de grava, pero en muchos tramos se había pavimentado con adoquines o mármol local: en la salida de Thessalonica habían empleado lápidas y placas de mármol recuperadas de viejos edificios.

Su estado era excelente, ya que era evidente que el mantenimiento se llevaba a cabo con esmero, extendiendo y nivelando finas capas de gravilla fina o arena que permitían transitar fácilmente a pie, a caballo o con carros. En los últimos años se había visto mucho movimiento de legiones y ni César ni los difuntos Pompeyo y Craso querían arriesgarse a dejar empantanados a sus hombres.

Llevábamos un equipo ligero y habríamos podido cabalgar incluso una cincuentena de millas al día si hubiera surgido la necesidad.

Para no atascar la carretera obstruyendo el tráfico en sentido contrario, no avanzábamos de dos en dos, sino en una larga fila de unos doscientos pasos.

De este modo era más difícil intercambiar una palabra, y cada uno de nosotros permanecía aislado con sus pensamientos hasta que llegaba una orden de los oficiales al mando o se hacía una breve parada.

Tuve tiempo de observar detenidamente a mis camaradas y al tribuno Agripa, que conversaba a menudo con otro oficial, el legado Licinio Nigro. No habría problemas con ellos, eran gente acostumbrada a los viajes largos.

Las dificultades habrían venido de la tropa, ya que eran simples legionarios de infantería. Todos sabían montar a caballo, pero ésa no era su actividad habitual. Yo sabía que eran hombres del tribuno Elpidio, y que estaban acostumbrados a cualquier peligro, incluso a tener que robar gallinas del corral del enemigo en zona de guerra si surgía la necesidad.

El centurión Octavio, al contrario de lo que nos habíamos imaginado, decidió ponernos a prueba: nos hizo recorrer las doscientas sesenta millas hasta Lisimathia[77], justo después del puente sobre el río Hebrus[78], en sólo siete días.

Vi cómo el tribuno Agripa mantenía un porte que daba testimonio de su larga costumbre de viajar a caballo, pero no la tropa, cuyas doloridas posaderas les impedían observar la belleza de la zona y las inmensas vistas del mar Egeo, que a veces se abrían desde la espesura y eran claramente visibles desde las monturas. Sólo el primer día pudimos disfrutar de una parada en la *mansio* de Amphipolis, cuando fue necesario cambiar un par de caballos, pues de las dos bestias, una no valía y la segunda era demasiado asustadiza para el legionario que la montaba.

Después de Amphipolis recorrimos doscientas millas en una región montañosa que, aunque sólo era mayo, ya era bastante árida. Los pastos habían producido mucha hierba a principios de la primavera y ahora empezaba a oscurecerse a la espera de más lluvias. En su lugar, se imponía el matorral, con tupidas manchas verdes que acabarían sirviendo de forraje para ovejas y cabras en cuanto la hierba empezara a escasear.

Sólo encontramos forraje fresco para los caballos en las hondonadas, donde la humedad era mayor.

En pocos días pasamos por las ciudades de Philippi y Otopisius, y continuamos hasta el puente de vigas de madera sobre el Hebrus, y la ciudad de Lisimathia.

En la región del Hebrus ya podíamos distinguir desde la distancia que el paisaje estaba cambiando del color de la tierra al verde. Y a medida que nos acercábamos al río, la Vía Egnatia descendía alguna pértica[79] por una suave pendiente, conduciéndonos al amplio valle en cuyo fondo yacía el río.

Este valle era de un verdor increíble y rebosaba frutas y verduras en toda su extensión. Estaba ocupado por el hombre en su totalidad y se cultivaba con todo tipo de especies útiles: así, almendros y álamos habían sido dispuestos en hileras para interrumpir el flujo del viento que quemaría los huertos en la estación estival.

Fueron días agotadores. Cuando llegamos al Hebrus, todos nos encontrábamos cabalgando con inseguridad en una búsqueda constante de alguna nueva postura que aliviara nuestras nalgas y muslos. A estas alturas era como si la silla de montar estuviera erizada de púas y necesitábamos cambiar de postura cada poco tiempo. Incluso nuestro comandante, el legado Valeriano, cabalgaba incómodo, víctima de una escasa práctica.

Cruzamos el río en un punto donde tenía una docena de pasos de ancho, pero antes de atravesar el puente, hecho de vigas de madera fijadas a grandes postes clavados en el fondo, desmontamos en un banco de arena que apenas sobresalía del agua. Otros jinetes también se habían apeado de sus animales y los abrevaban.

Los legionarios aprovecharon para meterse en el agua hasta la cintura y refrescarse un poco muslos y nalgas.

A partir del segundo día, ya había empezado a usar el ungüento de la sierva Cleide: conseguía hacerme dormir por la noche sin dolor y relajar mi piel inflamada a la espera del día siguiente. Arrio estaba peor que yo; por la noche me vio manipulando el linimento, sintió el extraño olor de la medicina y me preguntó qué era. Le expliqué en qué consistía y, naturalmente, lo compartí con él.

En los días siguientes, al observar el comportamiento de nuestros compañeros, noté que Arrio y yo sufríamos mucho menos y pensé que debía de ser el beneficioso efecto del linimento.

En Lisimathia nos quedamos un día para que descansaran tanto las monturas como nosotros mismos y aprovechamos para intentar comer algo decente, ya que en las *mansiones* los posaderos solían ahorrar en la comida para los soldados.

Hicimos una larga parada en el establo de un cuartelillo legionario cerca del cruce desde donde partía la carretera que se dirigía hacia septentrión, la que tomaríamos en dirección a Apollonia Pontica[80].

Cebamos a los caballos con abundante forraje teniendo en cuenta que en adelante sólo encontraríamos hierba en los campos junto a la carretera.

Entretanto, había corrido la voz entre los legionarios acerca de mi ungüento. No sé quién fue, tal vez a Arrio se le escapó la información, pero salió a la luz que yo tenía el linimento de la vieja

Cleide y justo cuando estábamos en aquel establo, un miserable cobertizo abierto en la carretera comenzó la procesión de legionarios, que venían a preguntarme si podía darles, aunque fuera sólo un poco.

Hasta el tribuno se enteró.

Y no podía ser de otro modo, pues en cuanto le daba a cada uno su dosis de medicamento, enseguida se la untaban en el trasero quedándose en la carretera tal cual, sin importarles los transeúntes que se reían al contemplar aquel extraño comportamiento.

—Quintilio, ¿qué estás tramando? —me preguntó el tribuno con una sonrisa cuando vino a ver lo que estaba pasando—. ¿Ya has montado tu propio negocio? ¡Creía que eras agrimensor!

—Efectivamente soy agrimensor, tribuno —le respondí obsequioso —. Pero cuando me marché, no pude rechazar el regalo de una vieja sierva que me dio este linimento. Es muy eficaz y puede ayudarnos a que a los hombres les moleste menos el contacto con la montura. Así que si alguien me lo pide no puedo decirle que no, sólo que pronto se acabará.

—Bien, me complace que podamos ayudarnos mutuamente, pues donde vamos no encontraremos ayuda tan fácilmente. Creo que has tenido una buena idea. Todavía nos queda mucho camino por recorrer. Intenta preguntar en el cuartelillo si aquí también tienen algo parecido y consigue algo para nuestros legionarios. De todos modos, ya que estoy aquí, ¡déjame probarlo a mí también!

Así que le ofrecí también al tribuno una buena dedada del linimento de la sierva Cleide, pero él fue a aplicárselo detrás de un arbusto, fuera de miradas extrañas, como corresponde a un oficial.

Al salir del arbusto pareció recordar algo y añadió:

—Quintilio, anota en el diario de la expedición que hoy es el *Tubilustrium*[81]! ¡No hay mejor día para abandonar la Vía Egnatia y dirigirse a Tracia!

Por la noche, en el miserable barracón de los legionarios que custodiaban el cruce de Lisimatia, tras una frugal cena a base de sopa de farro, tomé prestada la mesa del oficial. Rasqué en mi diminuto tintero de viaje un poco de tinta seca de una de esas bolas

que me había dado el agrimensor jefe de Bononia y la amasé con agua hasta que salieron unas gotas de líquido negro.

Extendí el ligero pergamino de piel de conejo que estaba enrollado en un palo de madera, y comencé, de manera oficial, el diario de la expedición.

Empleé en la redacción caracteres pequeños para ocupar el menor espacio posible.

Ya había escrito en Thessalonica, en la primera página, la relación de los componentes de la unidad, y ahora describía las etapas del viaje de los últimos días: una fecha y una línea de descripción; la ruta, las millas recorridas en el día y la mención "nada que reseñar".

XXI. El río Ister

El noveno día antes de las calendas de junio[82] giramos a la altura del gran miliario de mármol marrón erigido junto a la encrucijada y tomamos la ruta del septentrión.

Fiel al programa que nos habíamos dado, el legado Valeriano adelantó a la primera posición de la columna al legionario Servilio, un soldado robusto y de rostro anguloso que era de ascendencia tracia; conocía aquellos lugares y, sobre todo, hablaba su lengua.

La carretera era a todas luces una vía secundaria, como lo demostraba el tráfico escaso y su anchura inferior, en comparación con la Vía Egnatia.

Observamos muchos baches que no habían sido subsanados y unos surcos producidos por el agua de lluvia al pasar por la carretera.

Aquel día recorrimos una cuarentena de millas a través de una región ligeramente ondulada y esteparia, con algunas plantas y verdor en las hondonadas. Nos alojamos en una taberna mugrienta y miserable; tan poca confianza nos inspiraban tanto el lugar como las caras de los lugareños que el centurión Octavio había organizado turnos para que siempre hubiera cinco hombres custodiando los caballos, que aquí eran un bien tan preciado que podían justificar cualquier asesinato. Por no hablar de que habrían degollado con sumo placer a los romanos, ya que antes eran tracios que ciudadanos de nuestra república.

Durante los días siguientes las cosas tomaron su propio ritmo y dormitamos sobre nuestros caballos bajo la guía del legionario Servilio.

Seguimos avanzando por un terreno que nunca era completamente llano, siempre ligeramente accidentado y ondulado, encontrando poca hierba para los caballos, y sólo en los valles. Al tercer día abandonamos la carretera y nos pusimos en marcha por un sendero en el que dos jinetes a duras penas habrían podido cruzarse.

Oí al legado Valeriano discutir con los centuriones y el guía porque era evidente que tomábamos caminos poco transitados. Servilio no mostró preocupación y explicó que éste era el atajo a Deultum[83].

Valeriano también me convocó a mí, ya que yo tenía un croquis de un mapa que había hecho para pasar el tiempo y que, sin embargo, era inexacto. El mapa confirmaba que era posible evitar la ciudad de Apollonia Pontica e ir directamente a Deultum, por la carretera costera que nos llevaría al delta del río Ister. Yo lo había trazado basándome en habladurías, sin saber exactamente si existía una carretera y en qué condiciones se podía encontrar. Se lo expliqué igualmente al legado Valeriano.

La noche nos sorprendió en el sendero sin que nos hubiéramos encontrado con nadie. Los excrementos de burro que veíamos de tanto en tanto eran recientes, así que alguien tenía que haber pasado por esos lugares. Poco antes del anochecer los centuriones nos hicieron parar en un altozano desde donde era posible comprobar los alrededores. No había tiempo para preparar defensas: sólo cortamos apresuradamente algunas ramas espinosas para cercar nuestro campamento improvisado.

Oí cómo el centurión Octavio reprendía severamente al tracio Servilio; gracias a su ineptitud, habíamos acabado haciendo algo totalmente contrario a las buenas prácticas legionarias: habíamos acampado como pastores, sin establecer un mínimo de defensas.

Mientras algunos hombres recogían las lonas enceradas que cada uno había amarrado entre la espalda y la sarcina para armar las tiendas, otros seguían juntando y acomodando ramas espinosas alrededor del perímetro. Dos hombres prepararon un poco de sopa con agua de los odres.

Poco o nada sabíamos de esos lugares y el centurión dispuso que diez hombres vigilaran el recinto mientras los demás dormían. El fuego se preparó en un hoyo para que a los guardias no les molestara la luz y pudieran vigilar en la oscuridad.

A partir de esa noche comenzó el hábito de acampar en lugares aislados que nos acompañaría durante el resto de la expedición. No

ocurrió nada durante la noche, lo único que oí fueron las quejas de los hombres que se levantaban para relevar a los guardias.

Servilio el tracio, como no podía ser de otra manera, se reía de nuestras preocupaciones.

Desde que habíamos girado en el miliario gris de la encrucijada de Lisimathia pasaron seis días, que empleamos en recorrer caminos de herradura entre las lomas, en zonas casi completamente deshabitadas. Las escasas aldeas eran grupos de unas pocas casitas de adobe con tejados de paja, similares a las de nuestros pastores, con gente ignorante y niños sucios rebuscando en el suelo con las gallinas.

El aspecto de estas gentes nos disuadió de pedirles hospitalidad.

En las aldeas, encontrábamos agua fresca en los pozos, para nosotros y para los caballos, y forraje para los animales, que pagábamos siempre con los fondos de la expedición del legado Valeriano.

También comprábamos de vez en cuando algún animal para obtener carne fresca: una oveja o un cabrito, y nos los descuartizaban los lugareños, que luego se quedaban con las pieles, inútiles para nosotros, ya que no podíamos detenernos a limpiarlas y curtirlas.

Al sexto día de marcha llegamos a divisar el mar y enseguida salimos a una carretera más grande y transitada. El sendero, el atajo de Servilio, había terminado.

La ciudad de Deultum estaba a una milla de nosotros y esa noche nos detuvimos en una posada del lugar.

Por la tarde asistí con los centuriones a una breve reunión del estado mayor de la expedición. El legado Valeriano pidió que organizáramos una retaguardia: dejaríamos atrás a un par de hombres que nos seguirían a dos horas de distancia para ver si alguien nos pisaba los talones.

Éste no era territorio de la república, y aunque vestíamos de paisano, con nuestros gladios enganchados a las sarcinas e invisibles a primera vista, cualquiera se habría dado cuenta de que no éramos comerciantes. Esas carreteras eran frecuentadas por mercaderes

griegos o bizantinos con carros de vajilla, vino, *garum*[84], sólo que nosotros no llevábamos nada que vender. Éramos treinta viajeros sin mercancías, pero con cáligas del ejército. Como mucho, podríamos haber dicho que éramos mercenarios en busca de patrón, o quizá desertores.

Aquella noche pedí prestados aguja e hilo a un legionario y empecé a coser pequeñas bolsitas en los dobladillos de los costados de mi túnica; el linimento de la vieja Cleide se había acabado hacía muchas millas, y tenía que hacer escondites para las monedas de oro que Arethi me había dado y que permanecerían siempre conmigo. Eran cinco hermosas monedas, antiguos estateros de la época de Filipo II de Macedonia. Llevaban el sereno rostro de Júpiter Propiciatorio.

Continuamos nuestra marcha por la carretera de la costa, cada uno de nosotros absorto en sus propios pensamientos, a menudo vislumbrando el mar Euxino y en alguna ocasión recorriendo algunos tramos escarpados cerca de la orilla.

Fue precisamente en esta carretera donde perdimos dos caballos en el mismo día. Uno metió la pezuña en un agujero y se rompió la pata delantera. El segundo, unas horas más tarde, también metió una pezuña en una hendidura y resbaló por una pendiente, hiriéndose irremisiblemente y arrastrando consigo al legionario que lo montaba.

Los caballos fueron sacrificados con un tajo de gladio que les seccionó las venas del cuello para que no sufrieran innecesariamente y acabaron devorados vivos por los animales salvajes. El legionario que cayó por el precipicio, aunque magullado, no sufrió heridas graves y pudo continuar con nosotros.

Seis días después llegamos a Tomis[85], una pequeña localidad en el Mar Euxino. La víspera de nuestra llegada a la ciudad, utilizamos por segunda vez la estratagema de dejar atrás una retaguardia, con lo que tuvimos la certeza de que nadie nos seguía.

En Tomis nos detuvimos en una posada de las afueras, un poco apartada de miradas indiscretas, y por la noche, mientras los hombres atendían a sus animales y se aseguraban de que comían y

bebían adecuadamente, hubo una reunión del estado mayor de la expedición.

No nos seguían, pero cualquiera que se cruzara con nosotros nos miraba con abierta hostilidad. El saludo que generalmente recibíamos aquí era un escupitajo en el suelo y una mirada adusta.

Para los legionarios ni siquiera se hablaba de salir de permiso. Eran lugares donde acabarían apuñalados en cualquier riña.

Además, la ciudad era un lugar miserable: un puñado de viviendas de barro, calles polvorientas y callejones en los que perros, gallinas y mendigos competían por las sobras de verdura con algunas cabras.

Se decía que Tomis había sido en un principio una colonia griega, pero no encontramos los emporios que los griegos solían instalar allí donde llegaban, y oímos hablar la áspera lengua de los tracios o la de los escitas.

Al final, Tomis nos resultó tan poco acogedora que el legado Valeriano, en lugar de permitirnos parar a pasar el día, como estaba previsto, decidió que saliéramos a la mañana siguiente, al amanecer, para evitar cualquier conflicto con la población.

También se decidió que, a partir de ahora, ya no nos detendríamos en ningún pueblo, sino que enviaríamos a alguien a buscar agua o a comprar comida y aguardaríamos ocultos para evitar problemas. Naturalmente, esta decisión intranquilizó aún más a los legionarios.

Salimos en cuanto amaneció, con los que habían montado guardia de mal humor; murmuraban porque habían dormido poco y mal, mientras que los demás mostraban un pésimo humor porque no habían disfrutado de permiso. Para colmo, habíamos comido muy mal y, por lo tanto, todos estábamos irascibles sin excepción alguna, desde el tribuno hasta el último de los legionarios.

En la monotonía de la marcha yo también, como todos los demás, me recluí a solas con mis pensamientos y, naturalmente, meditaba sobre la hermosa Arethi que me había amado y a la que había dejado sola en Thessalonica. Y sobre la villa donde Arrio y yo, hasta hacía unas semanas, solíamos sentarnos bajo el cobertizo y comer

como auténticos señores. Y en aquellos campos abandonados, a la espera de que alguien tomase las riendas de la situación.

Quién sabe si aquélla podría ser una solución para mí. Aún me quedaban dos años de servicio en el Cuerpo de Ingenieros, a las órdenes del prefecto Festio.

Durante las marchas no me faltaba tiempo para repasar una y otra vez las mismas cosas, pero nunca llegaba a ninguna conclusión. No me veía como campesino, ése era el problema. Yo ya sabía que no era lo mío. Estaba familiarizado con el trabajo del campo porque había nacido en el campo, mi padre tenía una gran finca que cultivaba junto con algunos siervos, pero aquella vida no me atraía. Y tampoco le atraía a Arethi, que parecía odiar todo lo que tuviera que ver con la tierra y el polvo.

Pero aquella mujer era maravillosa. Además de ser hermosa, me comprendía y no había consentido que me molestara porque ella fuera rica, mientras que yo no era más que un simple soldado.

De vez en cuando me acordaba también de Regila, que había aceptado sin vacilar a aquel buen suboficial en Ravenna. Y probablemente había hecho bien. Si me hubiera elegido a mí, ahora estaría aguardándome en algún lugar mientras yo viajaba por provincias lejanas.

Ya no tendría la oportunidad de averiguar si me había enviado una carta antes de casarse, pero eso ya poco importaba. Esa historia se había acabado y yo sólo podía desearle que fuese feliz.

Continuamos avanzando entre áridas lomas, poco más que suaves ondulaciones del terreno: a medida que pasábamos una, el horizonte se ensanchaba un poco, pero en seguida divisábamos otra onda de tierra delante de nosotros.

Al día siguiente, el legado Valeriano, que intuía nuestro sombrío estado de ánimo, y teniendo en cuenta que ahora estábamos cerca del delta del Ister, tuvo la feliz idea de comprar una vaca en la única granja con la que nos habíamos cruzado en muchos días.

Se entabló negociación con un tracio, que se suponía que era el granjero, y finalmente llegamos al acuerdo de sacrificar al animal in

situ y utilizar un cobertizo con paredes de postes de madera enlucidos con tierra para ahumar la carne.

Como no teníamos mucho tiempo que perder, mientras se preparaba un sencillo campamento apartado de la carretera, algunos hombres fueron con el tracio a sacrificar al animal. Pusimos a ocho hombres a cortar tiras finas de carne; había que tener mucho cuidado de que fueran tiras largas y delgadas, porque no teníamos tiempo de secarla en trozos más grandes.

Las tiras se colgaban de ramas suspendidas dentro del cobertizo, y en cuanto se terminó de cortar la carne, encendimos un fuego con leña verde que la secaría y la ahumaría al mismo tiempo.

No muy lejos, preparamos también un segundo fuego para obtener una brasa abundante, sobre la que arrojábamos, cada poco, una rama de fragante romero y, finalmente, cada uno de los hombres eligió un trozo de músculo o costillar, lo saló a su gusto y lo asó en una horquilla.

Con algunos huesos y sobras, los legionarios también cocinaron un caldo concentrado.

Un par de soldados, que tan pronto como se vieron libres de sus tareas se pusieron a hacer el payaso, encontraron ayuda inmediata en un tercer legionario que tenía la habilidad de imitar a nuestros centuriones.

Por la noche diez hombres permanecieron de guardia, por turnos: una parte de ellos entre el campamento y los caballos, y la otra en el ahumadero, añadiendo de vez en cuando un poco de leña y ahogando la llama con follaje.

A la mañana siguiente cada legionario tenía siete u ocho libras de carne ahumada que, tras envolverla en hierbas de los pantanos, se guardó en su sarcina.

Por último, se desmontaron las tiendas, cada hombre tomó su lona encerada y partimos hacia el delta del Ister.

A la hora sexta llegamos a unas lomas, que por primera vez vimos completamente cubiertas de arbolado. El camino continuaba a través de la espesura durante algunas millas, y en el punto más alto, a través de una brecha en la vegetación, nos topamos con la vista de una llanura verdísima, con exuberantes plantas y praderas,

abundantes masas de agua y pantanos cruzados por ríos: ésta era la región del delta y los ríos eran las ramas meridionales del Ister.

A la derecha vimos el azulado mar Euxino.

El inmenso humedal no se podía cruzar por esa zona, era necesario avanzar varias millas a poniente, porque allí encontraríamos el curso principal, aún no dividido en ramales secundarios, y podríamos cruzarlo con una barcaza.

Llegamos a la ciudad de Histria[86], situada en uno de esos ramales del Ister que, por sí solo, era más majestuoso que nuestro Po; pasamos detrás de las casas y evitando el centro de la ciudad porque el legado Valeriano consideró más oportuno no mostrarnos a sus habitantes.

Por último, llegamos a la aldea de Aegyssus[87], a treinta y seis millas del mar, donde estaba la única barcaza con la que se podía cruzar el gran río; aquí el legado Valeriano y el guía Servilio fueron en busca de cierto establo donde por lo visto podríamos vender los caballos.

Conocían el nombre de un griego, un mercader que solía tratar con los romanos y que era capaz de mantener la boca cerrada: él revendía los caballos, aunque llevaran la marca identificativa del ejército romano, distribuyéndolos sin despertar demasiadas sospechas. A nuestro regreso volveríamos a recurrir a él para conseguir caballos capaces de llevarnos por la misma ruta en sentido contrario.

En el emporio de aquel griego compramos las últimas provisiones: reabastecimos nuestras reservas de farro y trigo y también adquirimos legumbres y más carne seca para añadir a la que ya teníamos, de modo que la expedición tuviera víveres suficientes para al menos una veintena de días.

Mientras estábamos aún en el establo, el guía Servilio y el legado Licinio Nigro se adentraron en la aldea de Aegyssus para buscar al nuevo guía que nos conduciría por el territorio de las tribus escitas. Volvieron poco después, explicando que habían encontrado al tratante: era un veterano tracio que vivía aquí con su familia; se reuniría con nosotros en la barcaza a la mañana siguiente, justo al amanecer.

Al atardecer nos retiramos a pasar la noche a un bosquecillo de sauces próximo al río. No nos habría importado dormir en una posada, pero nuestro paso estaba despertando demasiada curiosidad entre los lugareños. Cualquiera podía ver que éramos un grupo demasiado grande de hombres sin mercancías, ni mujeres, ancianos o niños a cuestas. Y calzábamos cáligas cuyas tachuelas de hierro dejaban huellas en el polvo. Era obvio que no estábamos ahí por casualidad y que éramos soldados.

A primera hora de la mañana, nuestro grupo, ahora ya a pie, pero con la ayuda de dos mulas, fue el primero en llegar a la barcaza: en un maltrecho embarcadero encontramos al nuevo guía que acompañaría a Servilio, que no estaba muy familiarizado con las tierras allende el Ister. Era un jovial veterano de la zona que se había retirado a vivir aquí tras terminar su servicio. Se presentó con un quinceañero, su hijo, que vendría con nosotros.

La barcaza era una balsa destartalada que atravesaba el río atada a una soga con una polea y, mediante un gran remo que hacía las veces de timón, se dirigía hacia la corriente, lo que permitía conducirla hasta la otra orilla sin ningún esfuerzo.

La embarcación no podía transportar más de seis o siete personas en cada viaje hasta la otra orilla, así que nuestro transbordo duraría bastante tiempo.

Discutí largo y tendido con Arrio sobre aquella barcaza, la única existente en la zona, que nunca podría servir para las necesidades de traslado de tropas y legiones. Arrio me señaló que el punto débil era aquella larga soga que cruzaba el Ister y propusimos tomar una medida de la anchura del río mientras esperábamos nuestro turno.

Era evidente que no podían vernos manipulando una *groma*; saltaría a la vista que estábamos montando algo relacionado con una operación militar. Por lo tanto, utilicé una escuadra de bronce, una placa de metal con clavijas dispuestas formando un cuadrado; me permitiría crear, marcando tres vértices en el suelo y permaneciendo en nuestra orilla, un triángulo a partir del cual podría medir la anchura del río[88].

Pedí ayuda a seis legionarios y, a medida que avanzaban por la orilla del río, hice que Arrio les hiciera señales con una larga rama de sauce. Les pedí a los hombres se movieran de uno en uno hasta que conseguí colocarlos en los tres vértices de un triángulo rectángulo imaginario, con uno de los lados menores en la orilla del río.

Para construir el segundo triángulo imaginario, había elegido como punto de referencia en la otra orilla una planta gigantesca, que se elevaba por encima de toda la vegetación circundante. El lado del triángulo se midió por pasos, porque no se nos podía ver jugueteando con una cuerda con nudos. Resultó que el Ister, en ese punto, tenía trescientos treinta y cinco pasos de ancho, medida que al parecer coincidía con las estimaciones hechas a simple vista por Arrio.

Los barqueros no se fijaron en nuestros tejemanejes, ni tampoco los tres chiquillos que limosneaban en el embarcadero. Acto seguido, vendamos los ojos de nuestras mulas para que no se desbocaran durante la navegación y, con el último cruce, embarcamos Arrio y yo.

Los dioses se mostraron muy benévolos aquel día y no quisieron cebarse en la deshilachada soga que nos servía de guía a través del río, ni se percataron de que la barcaza hacía aguas por todos lados al ir sobrecargada, ni que los barqueros eran unos perfectos imbéciles y que hubiese sido un acto de misericordia atarles una piedra del cuello y hundirlos en el Ister.

Los dioses querían que sobreviviéramos a esta travesía, y que me fijara bien en todo, pues tal vez fueran otros los tormentos que nos tenían reservados.

Era el tercer día después de los idus de junio[89].

Hacía un mes que habíamos dejado Thessalonica.

Ahora empezaba la verdadera expedición: nos esperaban seiscientas millas de territorio inexplorado.

XXII.

En cuanto desembarcamos al otro lado del río, el centurión Maximino me llamó para decirme algo que le había contado el tracio Servilio:

—Quintilio, si te puede servir para tu diario, anota que el Danubio aquí, durante el invierno, ¡a menudo se puede cruzar caminando sobre el hielo!

Tomé nota de la novedad que incluiría en el diario. Pero sólo por pura curiosidad. Ningún general obligaría a sus soldados a cruzar un río helado, sin puente. Era información que podría ser útil para espías fugitivos, a lo sumo.

Con la ayuda de Arrio y de los legionarios, repetí la estimación de la anchura del río con la escuadra de bronce también desde esta orilla, y obtuve una medida compatible con la anterior, referida a una sección ligeramente diferente.

Al terminar la medición Arrio me dijo:

—Anota en tu diario que el puente de barcas en esta zona se puede hacer, quizás incluso utilizando pontones fijos que entren un poco en el río para acortar el tramo flotante. Pero habrá que dejar aquí un destacamento con muchos hombres y barracones durante todo el año, porque es un río que tiene grandes crecidas. ¿Ves esas marcas en las orillas? —y me señaló con el dedo hasta dónde había subido el nivel del agua de la crecida unos meses antes, pues había una capa de basura, lodo y plantas muertas río arriba.

—El nivel del agua aumenta considerablemente —continuó—. Nadie podría mantener un puente de barcas en su sitio durante el deshielo. No deja de ser el mismo problema que teníamos en Placentia: depende de la naturaleza, ¡y las leyes de la naturaleza son evidentemente las mismas aquí que en la Cisalpina!

Ese día comenzamos la marcha a pie.

Todos gozábamos de buena salud y estábamos bien alimentados, en las mejores condiciones para afrontar tan largo viaje.

El ánimo. Ése era el que no estaba en su mejor momento.

Los legionarios no habían podido tomarse un permiso e ir al burdel, emborracharse o meterse en una pelea desde que habíamos abandonado Thessalonica.

Había indicios de nerviosismo, se hablaba poco, la marcha era demasiado regular sin que se levantara cada poco un murmullo alegre y, por último, se echaba en falta de vez en cuando un rostro sonriente. No había perspectivas de ningún permiso hasta que llegáramos a Teodosia, ciudad que, según mis cálculos, estaba a no menos de un mes de marcha.

Di instrucciones a dos legionarios para que contaran los pasos desde la orilla del Ister, y les ordené que marcaran el número en una tablilla cada vez que dejaran de contar por cualquier motivo.

A partir de ese día, todas las noches me daban las distancias recorridas; y también llevaban un registro de las distancias parciales si durante el día nos encontrábamos con un río u otra cosa digna de mención.

A unas pocas millas de la orilla del río abandonamos la región del delta, y la marcha continuó por senderos que nada tenían que ver con nuestras vías consulares y que ni siquiera permitirían el paso de una carreta. Parecían sendas de animales salvajes sólo usadas de tarde en tarde por el hombre.

Con nuestro equipamiento ligero planeábamos recorrer no menos de veinte millas al día, y eso hicimos desde un principio.

A medida que nos alejábamos de la próspera región bañada por el Ister, desaparecieron las viviendas, si es que se podían llamar así esas toscas y bárbaras casuchas de tierra cuyos techos eran de heno o caña, y junto con ellas desapareció toda señal de presencia humana.

Encontramos extensas llanuras suavemente onduladas, verdaderas praderas de hierbas y arbustos en las que no había más señales que una senda por la que deberíamos haber dado gracias a los dioses, pues por primitiva que fuera, nos evitaba la extenuante marcha a través del páramo.

Esa noche acampamos al borde de una lomita de unas decenas de pies de altura y preparamos la habitual cena en el puchero. Al

anochecer, el viento empezó a soplar perturbando el fuego y sacudiendo la tienda, mientras Calpurnio y yo ordenábamos nuestras notas antes de transcribir el informe de los últimos días, con las medidas de las rutas y cualquier otra cosa que hubiéramos observado. El informe avanzaba a buen ritmo: ya habíamos completado el tramo hasta el Ister, con una descripción escueta de los lugares y millas recorridas que no había exigido ningún esfuerzo particular. En cambio, el tramo desde el Ister a Teodosia, que acabábamos de comenzar, resultaba más complejo. Organicé los capítulos en mi pergamino para que cualquiera pudiera después estudiar la ruta con facilidad. Recorrerían fielmente nuestro mismo camino: del río Ister al río Tyras[90], desde éste al río Hypanis[91], luego al río Borystenes[92], y, por último, a la ciudad de Teodosia.

De vez en cuando, en una esquina del pergamino, incluía un dibujo o un plano de lo que había visto, vías fluviales, lagos, ríos, contornos de lomas, para que al final del viaje fuera posible dibujar un mapa con algunos detalles de los lugares.

Aquella noche y las que siguieron montamos campamentos bastante tristes.

En un rincón, entre la tropa, oí refunfuñar a los tres legionarios que siempre estaban bromeando; uno de ellos, un tal Decio, ahora se quejaba de haber acabado aquí porque en efecto no había que combatir, pero, de todas formas, uno se jugaba igualmente el pellejo y tampoco había derecho a un premio, ni a saquear al enemigo vencido.

Al otro lado, observé al tribuno Agripa conversando con el legado Nigro y el comandante Valeriano, empeñados en estudiar la ruta.

—Dentro de un mes nos instalaremos en Teodosia —dijo el legado Nigro—. Y quién sabe, cuando tengamos que volver a Roma quizás lo hagamos por mar.

—Aún no sé si nos quedaremos en Teodosia o en Fanagoria —le respondió el tribuno—. Depende de dónde quieran ejercer el poder los soberanos del Reino. Donde ellos estén, estaremos nosotros. ¡Pero no te engañes pensando que el viaje de vuelta por mar será una broma! Tampoco sabemos si será posible llegar a Byzantium por

el Ponto Euxino sin una buena escolta. Esta frontera de la república es una zona inestable, nunca sabes realmente con quién estás tratando y te puedes topar con demasiada gente que no conoces.

Éstos eran los pensamientos que circulaban entre los oficiales.

Mi trabajo tenía la gran virtud de mantener la mente ocupada, y mientras escribía, no pensaba ni en Arethi y sus posesiones, ni en mi mezquina actuación con el legado Marco Polio, que a estas alturas evidentemente ya estaba al corriente de que había sido yo quien había dejado embarazada a su esposa, y que tarde o temprano, encontraría la manera de devolverme tal deferencia.

Nuestra marcha continuó durante días a través de un paisaje tenuemente ondulado y prácticamente llano, en una pradera de hierba casi seca y escasos arbustos.

La estación avanzaba y las lluvias habían sido escasas.

Nuestros guías tracios, el exlegionario Vedio y su joven hijo, nos fueron de gran ayuda a la hora de elegir buenos lugares para acampar y buscar agua. No habíamos olvidado las advertencias sobre las plagas causadas por las aguas de los ríos, y nunca beberíamos de ellas.

Por cada pozo excavado, yo anotaba en un minúsculo mapa su ubicación entre las líneas del escrito de mi papiro, con una indicación: "Abundante agua potable" o bien: "Agua potable pero escasa", dependiendo del resultado.

Una tarde vimos a tres hombres montados a caballo en la pradera, observándonos desde media milla de distancia. Éramos claramente visibles en la planicie y ellos se habían situado en una suave loma. Nos habían visto y no parecían pastores.

Vedio, el guía, nos tranquilizó. Sabía quién mandaba en esta zona y estaba al tanto de los acuerdos que se habían tomado el año anterior.

Al día siguiente, antes del anochecer, vimos que una docena de jinetes armados con lanzas nos observaban desde una loma a quinientos pasos de distancia. No hicieron ningún gesto hostil, pero estaba claro que ahora nos vigilaban de cerca.

A la mañana siguiente, hacia la hora quinta, mientras marchábamos en fila de a uno, al pasar una suave loma avistamos, en la hondonada contigua, una concentración de un centenar de jinetes armados con lanzas que nos esperaban.

Se habían situado a un centenar de pasos, a un lado del sendero.

Nos detuvimos y el exlegionario Vedio, junto con Servilio y el legado Valeriano, fueron a hablar con aquellos jinetes: nos estaban esperando, no había nadie más en aquel páramo deshabitado.

Nos hallábamos en aplastante inferioridad numérica. No habríamos podido intentar nada contra aquellos jinetes si hubieran decidido atacarnos. Pero ésa no era su voluntad. Nuestro paso había sido comprado a un altísimo precio y la mitad del premio sólo sería entregado a nuestro regreso al Ister. Aquellos jinetes incluso podrían habernos ayudado si lo hubiéramos necesitado, porque valíamos mucho oro para ellos.

El legado Valeriano y los guías estuvieron hablando con el que estaba al mando durante una hora, luego la reunión se disolvió pacíficamente; los jinetes se acercaron con sus caballos y nos miraron de cerca antes de marcharse.

Apestaban hasta la saciedad. No es que nosotros oliéramos muy bien, pero ellos olían a estiércol, humo y mugre, todo a la vez.

Cuando el que se suponía que era su caudillo, con una piel de oso echada en los hombros, pasó junto al legado Valeriano, tomó de sus manos un medallón de oro prendido de una cadena, también de oro, y se lo puso rápidamente al cuello.

No se pronunció ni una palabra, y se fueron en silencio por la pradera.

Continuamos durante días por el páramo desierto, viendo de vez en cuando en alguna loma no demasiado cercana, quizá a una milla de distancia, a tres o cuatro jinetes que nos vigilaban para comprobar nuestro camino. No se escondían y nunca tuvimos ocasión de hablarles, ni siquiera se acercaron jamás a nosotros.

Nueve días de marcha después de dejar el río Ister, llegamos al río Tyras.

Los guías nos habían llevado por senderos que cruzaban la llanura manteniéndose tierra adentro a decenas de millas del mar Euxino, pero de pronto nos desviamos hacia el septentrión pasando cerca de la aldea de Tyra, que debía su nombre al cercano río. Ese río, el Tyras, a lo largo de muchas millas y en ambas riberas contenía unas inmensas marismas que eran quizás más extensas que las del Ister.

Al undécimo día, el guía Vedio, marchando junto al río y remontándolo varias millas, nos condujo hasta donde era posible cruzar a la otra orilla con las barcas de los pescadores mediante el pago de unas monedas de cobre. Allí nos detuvimos para tomar nuestras medidas.

Monté una groma y envié a algunos legionarios por las riberas, que Calpurnio dirigía transmitiendo señales con un trapo claro amarrado en lo alto de una rama. El río no era muy ancho y, en consecuencia, el triángulo imaginario que formé disponiendo a los legionarios en los vértices, como es costumbre en la *fluminis varatio*, no requirió demasiado espacio ni tiempo. A la hora sexta había repetido las mediciones tres veces y resultó que el río, justo ahí, tenía algo menos de cien pasos romanos de ancho.

Mientras los legionarios, dos o tres en cada viaje, se embarcaban en los botes de unos paupérrimos pescadores, que los trasladaban hasta la otra orilla a remo, Arrio y yo observamos el lugar, y llegamos a la conclusión de que sin duda sería posible construir aquí un puente fijo, hecho de tablones de madera apoyados en vigas y robustos troncos plantados en el lecho fluvial con un poderoso martinete, como ya había hecho César en el Rin.

Arrio me señaló que, en cualquier caso, nada se podía dar por descontado sobre el régimen de aquel río durante las crecidas, y me pidió que lo señalara para que quedara bien claro que no podíamos saber lo que ocurriría durante el deshielo.

Antes de anochecer cruzamos también a la otra orilla y, después de montar el campamento, asistí a la reunión de oficiales que se celebró justo fuera del cercado, para evitar ser escuchados por los legionarios.

Y Valeriano fue el primero en hablar:

—¡No estoy nada satisfecho con la tropa! —profirió sin más preámbulos, negando con la cabeza—. Todo son murmuraciones, y en cuanto me doy la vuelta para buscar al autor todos miran hacia abajo. ¡No hay disciplina! ¡Así no vamos a ninguna parte!

—Lamentablemente, eso se debe a nuestra larga estancia en Thessalonica sin nada que hacer, y a las marchas forzadas sin siquiera la posibilidad de ir a gastarse la paga en algún burdel —le respondió el centurión Octavio—. Aún no he visto ningún acto de insubordinación, pero mucho me temo que esos tres holgazanes me obligarán a dar algún castigo. —Estaba hablando de esos tres legionarios que yo había notado que animaban la marcha hasta hacía unos días, pero que ahora se habían convertido en incómodos murmuradores.

—Tendremos que pensarlo bien —sentenció Valeriano—. Aquí no tenemos refuerzos y no podemos arriesgarnos a que la unidad se venga abajo. Todavía tenemos más de veinte días antes de llegar a Teodosia.

—¿Podemos darles algún permiso antes? ¿No hay ciudades importantes? —preguntó Maximino.

—Las únicas ciudades donde podrían ir de permiso no son seguras. Acabarían en alguna refriega con los escitas y no puedo arriesgarme a que un hombre sea detenido y posiblemente torturado hasta hacerle hablar. Aquí tenemos bastante protección, pero no todos los jefes locales están al tanto de los acuerdos a los que hemos llegado, hay muchas tribus rebeldes que no aceptan órdenes de superiores —explicó el legado Valeriano.

—Quintilio, y según tu mapa, ¿qué ciudades vamos a encontrar? —me preguntó el centurión Octavio.

—De acuerdo con lo que me ha dicho el guía Vedio —le respondí —, sabemos que en unos ocho días de marcha llegaremos a Olbia Póntica; es una antigua ciudad griega, pero ahora su población es escita, y desde un principio me ha aconsejado rodearla para evitar provocaciones. Al cabo de otros quince días llegaremos por fin a Teodosia, donde los hombres podrán gozar de libertad; es una ciudad grande y está sometida a Roma, como bien sabéis.

—Entonces, ¡no hay solución! —continuó el legado Valeriano—. Debemos llegar a Teodosia sin perder tiempo. Como ahora los días son muy largos y esta estepa está seca y caminamos bien, creo que deberíamos aumentar las millas diarias. Al atardecer los hombres estarán así más cansados, y tal vez ganemos dos o tres días. Quiero recordaros a los dos centuriones algo importante —continuó Valeriano, señalando con la mano a Octavio y Maximino—. Tened cuidado de no dejaros provocar. Ya sabéis que estamos fuera de la república y se aplica la disciplina de guerra. Si entráis en una provocación, ese hombre deberá ser ejecutado. No podemos hacer otra cosa. Si no aplicamos la disciplina de guerra pronto tendremos una rebelión.

A continuación, el legado se dirigió al tribuno Agripa, que había escuchado muy atento todas nuestras observaciones:

—¿Me he olvidado de algo, tribuno?

—Te agradezco que pidas mi parecer, pero ya sabes que sólo soy un mero acompañante. Sin embargo, puedo responderte a título personal y decirte que no has olvidado nada. No podemos recibir ayuda de otras unidades, estamos demasiado lejos de nuestras provincias y rige la disciplina de guerra, no puede ser de otra manera, como bien has señalado. Pero te haré una oferta: acompaña el aumento de millas diarias con la promesa de una rica recompensa que yo personalmente pagaré a cada uno en Teodosia, no sé, tal vez cien denarios a cada uno, lo que para ellos son seis meses de sueldo. Pero dejemos que la noticia se filtre lentamente entre los hombres. En un par de días lo confirmaré y mientras ellos tendrán algo en qué pensar, nosotros seguiremos adelante.

—Te lo agradezco, tribuno —respondió el legado Valeriano—, tu gran experiencia siempre es bienvenida. ¡Y la magnanimidad también! Te doy las gracias de antemano en nombre de todos. Correré la voz mañana a través de ese charlatán de Servilio.

Proseguimos la marcha, con un aumento de las horas de viaje por día, y aunque no íbamos por una vía consular en buen estado, sino por un sendero a través de la estepa póntica, conseguimos recorrer unas veinticinco millas diarias con las paradas necesarias para

efectuar las mediciones y observaciones de las que Calpurnio y yo íbamos tomando nota.

Pero la jornada no terminaba ahí. Al anochecer, después de levantar el campamento, justo fuera de la vista del sendero, el legado Valeriano ponía a los hombres a trabajar cavando un pozo.

Si alguna vez aquellos legionarios habían necesitado un poco de ejercicio para aguzar el apetito, ¡ése era el momento! Nuestros soldados eran expertos en este trabajo, y se coordinaban admirablemente. Cada hombre tenía su *dolabra* atada a la sarcina, para no perder tiempo; después de escoger cuidadosamente la hondonada más prometedora de los alrededores para que hubiera que cavar menos para llegar hasta el agua, el primer hombre se ponía manos a la obra y cavaba un círculo de unos tres pies de diámetro.

Habiendo alcanzado rápidamente la profundidad de un pie, cuando el ímpetu del primer hombre se agotaba y empezaba a disminuir por el cansancio, le reemplazaba un segundo legionario, que entraba en el agujero y descendía otro pie, y así sucesivamente hasta que se encontraba el agua.

Esa tarde me quedé observando el procedimiento y al cabo de poco más de una hora, a una profundidad de unos siete pies, apareció el terreno húmedo.

Pronto el legionario de turno se encontró cavando con los pies en el agua, momento en el que intervino el centurión Maximino. Observó que el agua se acumulaba en el fondo y ordenó que se profundizara la excavación ya no haciendo una zanja de forma cilíndrica, sino reduciendo su diámetro para darle forma cónica y evitar que se hundiera.

Cuando el legionario se vio sumergido en el barro hasta las rodillas, se detuvo la excavación.

Maximino debía de estar muy familiarizado con este tipo de trabajos, y me explicó que era necesario dejarlo todo quieto hasta la mañana siguiente: entonces podríamos llenar los odres con agua limpísima, filtrada del suelo.

Tomé nota de lo que se había logrado: se habían turnado en la excavación una decena de hombres y en poco más de una hora se

había completado la excavación de un foso de campo de unos diez pies de profundidad.

Aquella noche hubo una pelea entre dos legionarios para decidir quién encendía el fuego del campamento. Oí que peleaban justo fuera del vallado que se había levantado rápidamente con algunos matorrales espinosos. No dije nada y creo que los centuriones también fingieron no darse cuenta de lo que ocurría para no tener que aplicar severos castigos. No teníamos tiempo de recoger y curar a los legionarios heridos por los azotes.

Como la noticia de un posible premio se iba extendiendo entre los hombres, y al menos los más sensatos parecían interesados en saber algo más sobre su alcance, la excavación del pozo del campamento se convirtió en una actividad cotidiana; en todos los campamentos, conscientes de lo que nos habían contado sobre las muertes en esta región de quienes utilizaban las aguas de los ríos, pudimos disponer de agua clara y potable.

La única precaución necesaria era dejar decantar el agua y sacarla con cuidado para evitar que se enturbiara.

Evidentemente, ésta no podría ser la solución para las legiones, que también tenían que abrevar a los caballos y a un gran número de soldados. Por lo tanto, haría falta construir grandes pozos con mucha antelación, a intervalos regulares, como ya se había hecho a lo largo de las grandes vías en las provincias de Asia.

De momento, teníamos pruebas de que la excavación de pozos para las legiones no encontraría excesivas dificultades. Calpurnio tomaba nota a diario de toda la información en tablillas de cera, a la espera de poder detenerse en un campamento fijo y transcribirlo con todo lujo de detalles en mi pergamino.

Una noche, el tribuno confirmó finalmente, delante de algunos de los legionarios, que entregaría personalmente a cada uno un premio de cien denarios y que la estancia en Teodosia, dentro de unos días, duraría por lo menos dos o tres semanas.

En unos instantes la noticia dio pie a las más disparatadas fantasías sobre cómo gastar el dinero, pero noté cómo algunos no se

la tomaban con muy buen humor, e incluso escuché el argumento de que nada de ese dinero llegaría a sus lejanos hogares en Italia, despilfarrado en posadas y burdeles, mientras que, si hubieran participado en algunos saqueos en lugar de marchas, seguro que les quedaría algo para guardar.

No se podía encontrar ninguna lógica en esos argumentos, salvo la del legionario ignorante.

Seis días después del cruce del río Tyras atravesamos una región de bajíos en los que el fango y el agua se estancaban.

En uno de estos bajíos tuvimos que atravesar una turbera, y tomamos una ruta irregular para evitar los pozos mayores; lo mismo hicimos al día siguiente.

Para los legionarios, e incluso para mí, aquellos tramos eran un verdadero tormento. Cada dos por tres acabábamos con el agua hasta las rodillas, y si las cáligas no hubieran estado bien atadas se las habría tragado el fango.

A las dos mulas les fue mejor: cargadas con poco equipo, fueron más hábiles que nosotros eligiendo la ruta más cómoda.

La víspera de nuestra llegada a Olbia nos topamos con un pequeño asentamiento formado por cuatro chozas de barro con techo de hierba y heno.

No vimos señales de vida y, para no asustar a los lugareños, enviamos a un par de exploradores para ver si era posible comprar una oveja o unas gallinas, y poder así comer algo de carne fresca.

Los dos regresaron poco después informando de que el lugar estaba desierto y que habían visto esqueletos de hombres y caballos alrededor de la casa. No había flechas ni lanzas clavadas en las paredes ni en los tejados, ni las casas habían sido incendiadas.

Nos marchamos de inmediato, sin hacer más averiguaciones.

A la mañana siguiente, al partir, se descubrió que faltaba una de las dos mulas. Eso era algo que nunca debería haber sucedido en un campamento vigilado: los guardias, mientras vigilaban que no hubiera enemigos alrededor, ¡deberían haberse percatado de que faltaba una mula!

¡Y, sin embargo, eso fue lo que ocurrió! No estaba claro si los centinelas se habían quedado dormidos o si algún cuatrero se había atrevido a robárnosla delante de nuestras narices. Pero la mula no apareció y cualquier observación desde lo alto de una loma de veinte pies fue inútil. Los centuriones anotaron los nombres de los posibles culpables que se habían turnado en la guardia, pero como tres cuartas partes de los legionarios estaban en esos turnos, no se tomó ninguna medida. Si hubieran tenido que castigar a tres cuartas partes de la guarnición a base de vergajazos, ¡nos habríamos encontrado con tres cuartas partes de los efectivos inválidos!

Cuando nos encontrábamos a pocas millas de Olbia Pontica vimos brillar las casuchas de barro desde lo alto de una loma, pero el legado Valeriano ordenó apresuradamente al guía Vedio que siguiera adelante, sin pasar por la aldea.

XXIII.

El ambiente entre la tropa se había enrarecido.

Los tres legionarios que hasta hacía unos días eran la alegría de la unidad ahora no paraban de refunfuñar, pero sólo cuando creían que no los veían. E incluso entre los demás empezó a cundir el descontento.

Maximino me comentó que había visto a los tres conversando varias veces con el guía Servilio, lo que podía sugerir que tuvieran un plan en marcha: tal vez estaban contemplando la idea de largarse.

Solos nunca habrían podido llegar muy lejos, pero con Servilio, que hablaba la lengua local, una fuga era ciertamente factible.

Se informó a los centuriones y al legado de lo que estaba ocurriendo, pero no se pudo tomar ninguna medida porque no había ni la más mínima prueba de que tuvieran intención de desertar. El castigo previsto por el reglamento de guerra para ese delito era la pena capital.

Nunca vimos la ciudad de Olbia Pontica, apenas vislumbramos sus lejanos humos; en cambio, remontamos el curso del Hypanis hasta un lugar situado a unas treinta millas a septentrión de la ciudad, y allí acampamos con el río a la vista.

Al llevar el equipaje hacia el refugio de la tienda, me di cuenta de que la segunda *groma*, que había sido cuidadosamente embalada por los legionarios, ¡había desaparecido! Imaginé que los encargados de transportarla, hartos del voluminoso aparato, la hubieran tirado fingiendo perderla, y tampoco nos sería posible averiguar quién la había llevado durante el día.

Los centuriones me echaron una mano para interrogar a los presuntos culpables, haciendo alguna oscura referencia al reglamento de guerra y al delito de sabotaje, que conllevaba la pena de muerte.

Sin embargo, no se podía insistir más para que no creciera el grupito de los que podían estar barajando la posibilidad de una

huida, pero a partir de ese día se establecieron por escrito los turnos para transportar el único aparato que quedaba.

A lo largo del río Hypanis, el exlegionario Vedio nos condujo a una ensenada donde había unas cuantas barcas de pesca y nasas tendidas al sol para secarse. Algunas casuchas estaban habitadas por gente pobre con la que acordamos cruzar el río, que en aquella zona tenía una anchura considerable: la corriente no era demasiado fuerte y, a fuerza de remos, transportaron poco a poco a los hombres y a la última mula que nos quedaba.

En cuanto estuve en la otra orilla, monté mi *groma* y, con la ayuda de cinco legionarios, tomé una medida precisa. Resultó que la anchura del río en aquel punto era de doscientos cuarenta pasos romanos. Junto con Arrio y Calpurnio pasé varias horas recorriendo un tramo de la orilla para ver si se podía hacer un punto de paso fijo.

Arrio dictaminó que necesitaba una evaluación más exhaustiva porque se notaba que el río tendía a estrecharse considerablemente río arriba, y no estaba seguro de si proponer un puente sobre pilotes clavados en el fondo con un martinete montado en una barcaza, o un puente flotante sobre barcas. Si hubiera alguna posibilidad, un puente fijo habría sido infinitamente menos trabajoso que uno de barcas.

Decidimos que a la vuelta cruzaríamos el río más arriba, para poder realizar más mediciones.

Así que reanudamos la marcha, encontrando cada vez más el rastro de habitantes y senderos que se desviaban de nuestra ruta y divisando algunas chozas a lo lejos.

En una encrucijada, marcada por la presencia de unas estacas plantadas al borde del sendero, nos detuvimos y enviamos una vez más a dos exploradores a visitar esas casuchas de bárbaros que habíamos divisado a un cuarto de milla, para preguntar si podíamos comprar gallinas y huevos. Para entonces ya habíamos comenzado a racionar nuestras provisiones.

Poco después, los exploradores regresaron con el ceño fruncido. El exlegionario Vedio nos lo explicó:

—¡Sólo hemos encontrado muertos! Hemos gritado y nadie ha respondido. Hemos abierto la puerta y mirado dentro: sólo había unos cadáveres esqueléticos. Luego hemos girado alrededor de la casa y hemos visto restos de cadáveres que habían sido arrastrados antes de ser devorados por animales salvajes. ¡Aquí todo el mundo está muerto! Y muerto desde hace mucho tiempo, ¡los huesos estaban limpios!

—Muertos desde el año pasado —concluyó el legado Valeriano meditabundo—. Nos contaron que la plaga fue la primavera pasada y que ni siquiera tuvieron tiempo de cultivar los campos. Este año, por tanto, será el segundo sin cosecha.

Aunque abatidos por estos sombríos detalles, el centurión Octavio levantó a la tropa y reanudamos la marcha. Durante la parada, algunos legionarios situados en la cola de la columna habían empezado a discutir acaloradamente, pero el grupito se disolvió en cuanto se dieron cuenta de que el centurión no les perdía de vista.

Durante días, cuando nos acercábamos ya al final de nuestras provisiones, vagamos por esa región que hasta el año anterior había tenido campos de trigo y cebada, granjas y rebaños.

Cada inspección de las escasas granjas siempre dio el mismo resultado: esqueletos de las personas que habían vivido allí, restos de cadáveres arrastrados y devorados por depredadores nocturnos y el abandono total de toda actividad.

Incluso se encontró un establo en el que habían muerto ovejas y vacas, probablemente de hambre y sed, encerradas en cobertizos y privadas de todo cuidado de sus dueños, que habían muerto antes que ellas.

Muerte, sólo muerte. Bandadas de cuervos negros, nada intimidados por nuestra presencia, acostumbrados ya a alimentarse de cadáveres humanos, y sombras furtivas en la maleza de la pradera, lobos o perros vagabundos y asilvestrados.

Estábamos en las fronteras de Cimeria, una tierra que hasta hacía muy poco tiempo había producido trigo para muchas ciudades del Ponto Euxino, y ahora nos encontrábamos precisamente ahí, y sin nada que llevarnos a la boca.

Incluso las largas exploraciones de nuestros hábiles arqueros resultaron infructuosas. En los escasos bosques que de vez en cuando aparecían a la vista, ya no había caza, ni ciervos, ni gamos. Ninguno de nosotros tenía ganas de lanzarse a matar y comer carne de perros que, a su vez, se habían alimentado de cadáveres.

Aceleramos al máximo nuestro paso y en sólo tres días de marcha ininterrumpida, a un ritmo que se asemejaba a una huida de la peste, llegamos a la vista de un fértil valle regado por el río Borystenes.

Lo divisamos desde lo alto de una loma. En realidad, no llegamos a ver el cauce, sino el verdor de un fértil valle regado por sus aguas. El exlegionario Vedio nos explicó que ahora nos encontrábamos a pocas millas del curso del río.

Aquella noche, el *optio* Marcio estuvo a punto de enzarzarse en una pelea con Decio, uno de aquellos tres legionarios que llevaban tiempo murmurando contra los oficiales.

La razón era la falta de víveres. El legionario sostenía que la última vez que nos habíamos aprovisionado se habían calculado mal las cantidades, culpando implícitamente a los oficiales que habían organizado la expedición con suma ligereza.

Yo también presentía que algo estaba a punto de ocurrir: los había oído murmurar que estábamos fuera de la república y que, como no estábamos en guerra con nadie, según ellos ni siquiera se podía aplicar el reglamento de guerra. Se rumoreaba que, por culpa de los oficiales, pronto acabaríamos como los habitantes del lugar, cuyos cadáveres habíamos visto arrastrados por los animales.

Una vez más el *optio* Marcio se enzarzó en una acalorada discusión que no supimos si interpretar como rebelión abierta o qué otra cosa. También se vio a otros legionarios murmurando.

Se informó a los oficiales, y por la noche se celebró un consejo a las afueras del vallado para no ser escuchados por los legionarios. El legado Valeriano interrogó a los dos centuriones y al *optio* para tener claro dónde nos encontrábamos.

—No podemos llamar rebelión a esta trifulca, pero tal vez podría considerarse insubordinación. No sé si vale la pena celebrar un consejo de guerra y ejecutar a ese hombre. E incluso, si pensáramos

en tal solución, no tenemos tiempo, debemos pensar en encontrar algo de comer —concluyó Valeriano, y luego añadió—: ¿Qué os parece?

Octavio fue quien habló primero:

—Si hemos de celebrar un consejo de guerra, sería conveniente posponerlo unos días. Los hombres están bajo demasiada presión en este momento.

El centurión Maximino, el *optio* Marcio y Arrio fueron de la misma opinión.

Yo estaba presente pero no dije nada, ya que no tenía un conocimiento completo del funcionamiento de la maquinaria militar.

En cambio, el legado Licinio Nigro, ayudante del tribuno, tenía las ideas bien claras:

—Mirad, si no actuamos duramente ahora, en el momento en que ha surgido el problema, luego no podremos hacer nada. Sabéis que esto mismo ocurre durante los asedios, o inmediatamente después de las batallas.

Todos sabían que era así.

Por último, habló el tribuno Agripa:

—Yo sólo os puedo aconsejar, ya lo sabéis. Comprendo ambos puntos de vista, tanto la necesidad de dar ejemplo, como la oportunidad de marchar, descuidando temporalmente cuestiones menores, ya que estamos a pocos días de la meta. Si no tomamos una decisión ahora, será como darles las de ganar a esos tres o cuatro revoltosos, y un pésimo ejemplo a los demás. Me contaron que hace unos años, un general de César para reagrupar a los hombres se inventó que estaban a punto de ser atacados, aunque no era cierto. Aterrorizó a los hombres para obligarlos a trabajar.

Al instante comprendimos el consejo.

Aquella noche Arrio y el centurión Octavio fueron enviados a una amplia patrulla por la pradera, mientras nosotros nos encerrábamos en el pequeño campamento.

Durante la segunda vigilia[93], mientras todo el mundo dormía excepto los guardias del perímetro, volvieron y ordenaron que se apagaran inmediatamente los fuegos y se despertara en silencio a las tropas.

Arrio hizo correr el rumor de que habían visto unos resplandores no muy lejos de allí, y con cierta circunspección habían ido a comprobarlo: se habían encontrado con un campamento guarnecido por muchos guardias, y un centenar de hombres a caballo que parecían estar preparando algo y que no estaban en absoluto a punto de acostarse.

Por supuesto, todo era una invención, pero estaba bien orquestada y parecía suficiente para sobresaltar a nuestros hombres.

Octavio hizo el resto:

—Marcha rápida en absoluto silencio. Intentaremos movernos a la luz de la luna, continuando hacia oriente. En unas diez millas estaremos en el río, y ya será de día. Tendremos que encontrar la forma de pasar al otro lado y no quedarnos atrapados. ¡Si logramos cruzarlo, será muy difícil que los jinetes nos persigan! Ahora silencio todo el mundo y marcha rápida.

Los legionarios, temerosos de acabar masacrados, sacaron lo mejor que tenían. Incluso los más haraganes guardaron silencio, y emprendimos la huida en la noche. En verano amanece temprano, y con las primeras luces del nuevo día marchábamos por las orillas del Borystenes en busca de una barcaza, o de pescadores que nos cruzaran el río.

Tal vez la terrible epidemia del año anterior también hubiera pasado por aquí y no encontramos a nadie capaz de auxiliarnos.

Recorrimos dos o tres millas por la ribera hasta que un legionario vio una choza derruida, cubierta ahora por las hojas caídas del otoño del año anterior, y al examinarla más de cerca, resultó que detrás de ella había una barca oculta, colocada sobre dos caballetes para pasar el invierno.

Era un bote en el que sólo podíamos pasar nosotros, los legionarios, y sólo unos pocos en cada viaje. Podía servir. Hacía tiempo que contemplábamos la posibilidad de comernos a la única mula que nos quedaba, que a estas alturas empezaba a resultar inútil, y de este modo aligerarnos de algún equipo.

El legado Valeriano primero mandó echar la barca al agua para ver si se podía utilizar, y una vez confirmado, ordenó sacrificar al animal.

En cuanto conseguimos una pértiga para usarla como remo, desprendiéndola de los sauces a golpes de gladio, comenzó el transbordo de tres hombres cada vez a la otra orilla del Borystenes.

Ni que decir tiene que nuestros guardias, situados en un punto prominente de la orilla, nunca divisaron a los supuestos perseguidores, un simple invento del centurión Octavio y Arrio.

Mientras continuaba la lenta operación de transbordo, tuve tiempo de sobra para tomar mis medidas con la *groma*, y Calpurnio anotó los resultados en una tablilla encerada.

Por la tarde todos habíamos cruzado a la otra orilla y nos dispusimos a toda prisa a preparar un improvisado campamento. Como el río estaba bordeado por muchas millas de bosque que alternaban terrenos baldíos con enormes zonas de arbustos, elegimos un claro y en un improvisado brasero empezamos a cocinar la carne de la mula.

La carne de mula tenía un sabor fuerte y algunos de los legionarios se desvivieron por buscar hierbas. La menta abundaba en la zona, así que echábamos un poco al brasero de vez en cuando mientras seguíamos cocinando trozos clavados en trinchantes hechos con ramas de sauce.

Sin embargo, los primeros que probaron la carne dijeron que seguía teniendo un gusto fuerte, algo que no la hacía del todo apetecible. Pero vi que, de todos modos, se atiborraban, así que yo también me lancé.

Tras probar un par de bocados, me puse manos a la obra porque no estaba claro en cuántos días encontraríamos más comida. Pero aquella carne no había manera de tragársela. Tenía un olor y un sabor raros que se volvían repugnantes tras el primer mordisco.

No sabíamos qué le ocurría a aquella mula y por qué aquella carne fuera tan desagradable, pero uno a uno los legionarios, incluso los más voraces, renunciaron a sus raciones. Nos quedamos allí hambrientos, contemplando aquellos trozos de carne imposibles de comer.

Mientras tanto, en la olla se estaba preparando una sopa con los cortes de carne para caldo y nos quedamos esperando a que se sirviera.

Por desgracia, el caldo también tenía ese mismo sabor: el primer sorbo parecía casi agradable, pero luego resultaba imposible de tragar.

Mientras trataba de tomarme el caldo oí a un legionario que, después de haberse atiborrado de carne asada, la vomitaba entre los arbustos.

Poco después le siguió un segundo.

En ese momento el centurión Octavio les dio el alto a todos:

—Hay algo raro en esta carne, es incomible. ¡Será mejor que la tiremos toda!

El olor del vomitivo asado de mula había llegado a extenderse por todo el lugar, y como ahora todos teníamos náuseas, decidimos alejarnos de la hoguera e ir a levantar el campamento, un poco más lejos.

Maldiciendo nuestra suerte, recorrimos algunas millas y antes de que oscureciera salimos de los matorrales que bordeaban el curso del Borystenes: habíamos ido a parar a una extensión de arena desprovista de vegetación y decidimos acampar al pie de una loma arenosa.

El centurión Octavio pasó revista a los hombres, pero afortunadamente no hubo más legionarios con dolencias debidas a la nauseabunda carne. También hizo inventario de los víveres que nos quedaban: un inventario muy rápido, ya que teníamos trigo y carne seca suficiente para un día de ingesta normal o bien, un par de días de ingesta reducida.

Los hombres estaban ocupados cavando un pozo mientras se celebraba un consejo de guerra con los oficiales.

—Es imposible saber qué le pasaba a esa condenada mula, pero algunos hombres vomitaron la carne, simplemente era incomible —sentenció el legado Valeriano. Luego le preguntó a Octavio cómo podíamos administrar los pocos suministros restantes.

—Ya casi no tenemos trigo, cebada ni espelta. lo que podemos hacer es un poco de sopa con algo del cereal sobrante y las últimas tiras de carne seca. Pero tenemos que movernos rápido y encontrar algo de comida —le respondió Octavio.

—Llama al guía Vedio —propuso Valeriano.

—Vedio, ¿qué crees que podemos encontrar aquí para comer? —le preguntó Octavio.

—Aquí hay bien poco. Quizás alguna pequeña tribu o clan familiar, pero me temo que los que no murieron de la enfermedad han huido, así que tendremos que arreglárnoslas solos. Si queréis, puedo adelantarme con un par de arqueros, antes de que el grueso de los hombres ahuyente la caza, y ver si podemos cazar algo. Hay algún conejo de monte, los he visto, y alguna comadreja también. No se me ocurre nada más. —Ésta fue la respuesta de Vedio.

—¿En cuántos días llegaremos a Teodosia? —le pregunté.

—A nuestro ritmo una decena de días. Dado que todos gozamos aún de buena salud, yo propondría esperar hasta mañana para ver si podemos cazar algo sin detenernos de forma permanente en un lugar, y luego podríamos decidir. Queda la posibilidad de acelerar al máximo, incluso marchar unas horas después de la puesta de sol, si la luna nos lo permite, e intentar llegar antes. Si no, podemos detenernos junto a la ribera de un río y hacer nasas, mientras los hombres salen a poner trampas para los conejos de campo.

El legado Valeriano negó con la cabeza:

—¡Por nada del mundo nos detendremos! Quedan pocos días, y durante la marcha puede que nos topemos con alguna aldea aún habitada. Parar sería la última opción, ¡antes probaremos todo lo demás!

La noche era tranquila y fundí un poco de tinta para escribir unas líneas. A la luz de un minúsculo candil pude poner al día mi pergamino; desde que habíamos abandonado los caballos en el Ister lo llevaba encima, porque ya no confiaba en nadie.

Me puse al día con la concisa crónica de los acontecimientos hasta aquel día, informando del descubrimiento de las casas abandonadas y de los cadáveres, sin olvidar el hambre por la maldita carne de la mula.

Al actualizar el diario me percaté de que era el quinto día antes de los idus de julio[94]. Llevábamos casi dos meses de viaje. Si superábamos las últimas dificultades, habríamos llegado a nuestro destino en pocos días.

Por la mañana, los guardias, encaramados a una loma desde donde habían divisado el paisaje circundante con las primeras luces del día, nos comunicaron una noticia increíble:

—¡Estamos al principio de un desierto de arena!

Por supuesto era algo que parecía imposible, así que los centuriones interrogaron al exlegionario Vedio.

—Sí, es cierto, hay una zona desértica —les confirmó—. Los vigías dicen la verdad. Hay dunas de arena como en el desierto de África, es una zona que se extiende unas siete u ocho millas. Desgraciadamente, ayer nos desviamos un poco de nuestra ruta y hoy tendremos que buscar otro camino. Pero tranquilos, ¡al atardecer acamparemos fuera de la arena!

Se oyeron algunos murmullos, cuyos autores no pudieron ser identificados. La disciplina ya se había quebrado. En tiempos y situaciones normales, ¡un murmullo tras las órdenes habría significado latigazos para todos los *contubernia* de la unidad!

A estas alturas estaba claro que permaneceríamos todos juntos: aquí ya no era posible desertar porque no había ningún lugar donde refugiarse. En cuanto a las dunas, era cierto: parecía un desierto similar a los descritos por los que habían estado en África, y habían hablado de extensiones de arena interminables como el mar y salpicadas de montículos movidos por el viento. El guía, sin embargo, había afirmado que esta extensión sólo tenía siete u ocho millas de largo[95], y todos le habíamos creído.

A la hora sexta tuvimos que detenernos porque hacía demasiado calor para marchar: descansamos un par de horas a la sombra de nuestras lonas, colocadas precariamente sobre unos arbustos.

Reanudamos la marcha a la hora nona y, en poco menos de una hora, el desierto de repente se terminó, ¡tal y como había empezado!

Nos encontramos en la pradera de siempre, con hierba prácticamente seca y unos pocos matorrales entre tenues ondulaciones del terreno.

En aquel momento, un par de arqueros se pusieron en vanguardia, junto con Vedio. Aquella tarde fueron afortunados, y

antes del anochecer tres conejos silvestres acabaron ensartados por las flechas, listos para complementar la sopa legionaria.

Por una vez no escuché los humillantes argumentos de los legionarios descontentos: todos estábamos demasiado cansados, lo único que nos importaba ahora era tumbarnos y dormir.

Durante dos días continuamos con ese sistema: cazadores por delante y la tropa por detrás a media milla, para no molestar a la caza.

De vez en cuando podíamos ver alguna señal humana, aunque el camino por el que Vedio nos conducía a veces parecía un tanto indefinido.

Durante aquellos dos días me percaté de que yo también había llegado, como los demás, a odiar esta marcha más que a nada en el mundo. Reducido a dormir en el duro suelo, con pocos víveres o ninguno, y a beber agua caliente y fangosa de los odres, que apestaba a cuero. Todos habíamos adelgazado mucho y los legionarios estaban hartos de cargar con mi *groma* que, aunque desmontada, seguía constituyendo un buen bulto.

A estas alturas estábamos andrajosos y sucios, nuestras ropas antes bien limpias ahora eran del mismo color que la tierra, y entre sudor, suciedad y olores desagradables, ahora apestábamos igual que los tracios.

Por momentos, mientras caminaba encerrado en mis pensamientos, reflexionaba si alguna vez me permitirían volver a ver a Arethi y entregarme junto a ella a los placeres de la carne. Otras veces pensaba en Regila y en la extraña historia que habíamos tenido, en cómo había terminado abruptamente y nunca se había aclarado. Aquellas ácidas palabras suyas seguían resonando en mi mente: «Pensaba que sólo te gustaban las viejas matronas, las que van babeando detrás de los gladiadores». Aquellas palabras me habían hecho mucho daño. Ahora, en estos parajes, nada era más inútil que esos pensamientos. Pero caminando estaba solo todo el día, solo con mí mismo durante la marcha, un paso tras otro. Muchas veces volvía al recurrente asunto inconcluso con el legado Polio, y reflexionaba que no había sabido nada más de Fabritia Secunda y de su hijo, que también era mío.

Y me abrasaban los golpes que había recibido de aquellos siervos imbéciles mientras huía como si fuera un ladrón, como si fuera un mancebo al que han sorprendido con las manos en la masa.

Historias tan poco honrosas que no se podían confiar a nadie. ¡Cuántas cosas había hecho mal! Y otras muchas había desestimado.

Empecé a caminar como un sonámbulo, y a aislarme en mis cavilaciones tan herméticamente que me costaba un buen rato cada vez que tenía que volver a la realidad. Tal vez fuera el efecto del hambre, o del cansancio, o del calor, o de todo a la vez.

Sin olvidar que ésta era la tierra de la muerte.

Y así continuamos, cazando un conejo de tanto en tanto, y repartiéndolo entre treinta bocas. Por la noche, el hambre nos apremiaba, y el día en que cruzamos las fronteras del reino del Bósforo, delimitadas por un mojón de piedra con el símbolo del sol tallado en él, dos soldados empezaron a zurrarse de lo lindo por razones de las que ya no se acordaban al final de la pelea.

Encontramos algunas casuchas derruidas, y sin siquiera acercarnos, ya sabíamos que la paja del tejado ennegrecida por el viento y el sol, la puerta entreabierta y los cuervos negros eran la triste señal del paso de la peste.

Estábamos a cuatro o cinco días de Teodosia, según los cálculos de Vedio.

Por mucho que nos esforzáramos en explorar la zona, no había ninguna posibilidad de encontrar a nadie vivo.

Ahora era cuestión de hacer esos últimos días de marcha y poder alimentarnos lo suficiente para llegar.

Aquella tarde encontramos un pequeño estanque que se había secado parcialmente debido lo avanzado de la estación estival, y en un palmo de agua habían quedado aisladas dos grandes carpas de una decena de libras cada una.

Tras una tremenda discusión sobre cómo podríamos atraparlas, pues era obvio que en cuanto uno de nosotros entrara en el agua intentarían escapar hundiéndose en el fango, enviamos a un legionario corriendo para que detuviera a la vanguardia e hiciera regresar a los arqueros.

Sea como fuere, aquellas carpas nunca hubieran podido escapar de treinta legionarios hambrientos: aquella noche, de hecho, todos tuvimos nuestro trocito de pescado.

Por desgracia, sin embargo, la captura de los conejos silvestres no iba demasiado bien. Tras largas discusiones que ocupaban las horas en las que no marchábamos, se nos ocurrió la idea de detenernos antes de la puesta del sol y aprovechar las últimas luces para preparar unos lazos.

Pensamos en utilizar algunas pieles de conejo que se habían guardado para intentar hacer el caldo: con ellas podríamos cortar finas tiras de cuero y utilizarlas para poner trampas para otros tantos conejos.

Antes de la puesta del sol nos detuvimos para acampar y, después de preparar los lazos, Arrio y yo nos adentramos en la pradera buscando lugares donde la caza no se hubiera espantado ya con nuestro paso. Colocamos cada lazo entre bloques de tierra donde era lógico imaginar un paso obligado para un conejo silvestre, y clavamos cerca una estaca en la que yo había atado unas ramitas para que pudiéramos reconocerla desde lejos.

Regresamos al campamento cuando ya era de noche, esperanzados, orientándonos con los reflejos de la hoguera.

Arrio acordó con los hombres de la tercera guardia que le despertasen para ir a quitar las trampas y regresar antes de la salida.

Era de noche cuando Arrio me despertó y me preguntó si quería ir con él.

A pesar del cansancio no me importó abandonar el campamento y acompañar a Arrio.

Caminamos hacia septentrión y yo le dije:

—Arrio, ¡esto era justo lo que necesitaba! ¡Dar un paseo matutino para empezar bien el día!

—¡Por eso te he llamado! ¡Supongo que nos tocará estar sentados todo el día! —Ambos sabíamos que nos esperaban no menos de diez horas de marcha.

Al empezar a debilitarse la luz de las estrellas, cuando apenas se veía dónde poníamos los pies, nos dirigimos a la primera estaca y poco a poco, fuimos avanzando hacia las siguientes.

Habíamos examinado cuatro trampas, tres vacías y una con la cuerda roída, de la que el conejo salvaje se había escapado, cuando vimos movimiento a lo lejos, en la llanura.

Por el polvo se veía que era un grupo de caballos montados: avanzaban rápidamente en dirección a nuestro campamento.

El sol aún no había salido, pero por el resplandor contra las nubes antes del amanecer ya se notaba que algo inusual estaba sucediendo.

Arrio me puso una mano en el hombro y me tiró al suelo sin decir palabra.

Algo no iba bien.

XXIV.

Estábamos demasiado lejos para ver con detalle lo que estaba ocurriendo.

Pero, aun así, notamos signos inequívocos de confusión en el campamento y en un momento dado se vio volar por los aires la lona de una tienda: era un ataque en toda regla, llevado a cabo exactamente al amanecer, cuando hay luz suficiente para matar y la capacidad de reacción de los atacados es reducida.

Observamos el desarrollo de la acción en silencio porque estábamos a media milla de distancia y los ruidos no nos llegaban con claridad. En unos instantes el campamento quedó oculto por la nube de polvo levantada por los caballos.

Arrio fue más rápido pensando que yo, y me dijo:

—Tenemos que encontrar un escondite, pronto vendrán a por nosotros, ¡y yo ni siquiera tengo un gladio!

—¿El gladio? No podríamos hacer nada, ¡son un centenar!

—¡No debemos dejar huellas de las cáligas! —exclamó Arrio—. Quítatelas y entiérralas aquí.

No había tiempo para cavar, así que arranqué algunos matojos de hierba y las oculté como pude.

Arrio estaba haciendo lo mismo, pero al cabo de un momento cambió de idea y me dijo:

—¡No, no las dejaremos aquí! ¡Cuélgatelas del cuello con un cordel!

Y así lo hice. Manteniéndonos agachados, sorteamos una pequeña loma de unos quince pies de altura y, una vez que estuvimos ocultos de la vista del campamento, empezamos a correr con todas las fuerzas que nos quedaban en el cuerpo.

Mantuvimos aquella débil ondulación del terreno que habíamos bordeado entre nosotros y el campamento, pero por desgracia no había ningún lugar donde esconderse. Sólo la pradera.

Seguimos corriendo durante al menos una hora hacia septentrión, mirando constantemente hacia atrás, hasta que la polvareda del campamento desapareció de nuestra vista.

Ahora había salido el sol y un jinete no tendría dificultad en divisarnos a una milla de distancia.

Nos detuvimos jadeando para recuperar el aliento; desde un montículo de una decena de pies de altura oteamos a nuestras espaldas por si alguien seguía nuestro rastro.

Sólo vimos la desolada y desierta pradera.

Tras una breve parada, reanudamos la marcha. Con los pies descalzos debíamos tener mucho cuidado de no herirnos al pisar piedras y maleza. Arrio examinó nuestras huellas, y se alegró de que las pisadas sobre el suelo seco fueran prácticamente invisibles.

—¿Qué te parece? —le pregunté—. ¿Nos volvemos a calzar las cáligas?

—Mejor no. Dejan una marca que se puede ver durante mucho tiempo si no llueve, y eso es culpa del tachonado de clavos.

Debíamos de estar a unas diez millas del campamento cuando nos topamos con un pequeño arroyo de un par de pasos de ancho. Estaba casi seco, sólo un poco de barro estancado en el fondo; se le veía desde lejos por la presencia de unos juncos palustres, ahora casi completamente secos, cuyas características inflorescencias en forma de salchicha se habían secado y desprendían un poco de plumón.

Nos sentamos en el suelo junto a los juncos a pensar qué podíamos hacer.

—¿Crees que se los habrán llevado a todos prisioneros? —le pregunté a Arrio.

—¿Treinta bocas que alimentar? —me respondió mirándome fijamente—. ¡Lo veo difícil! Ha sido un ataque meticulosamente preparado, no se trata de algo improvisado. No teníamos nada de valor, tal vez lo único de valor fuera el tribuno.

—Arrio, ¿y qué hacemos ahora?

—Lo más importante es seguir con vida, luego ya veremos si encontramos una solución. Tal vez lleven tiempo espiándonos y sepan cuánta gente había en la expedición. Se darán cuenta de que faltamos nosotros dos.

—Puede que también falten los otros dos legionarios, los que debían ir a comprobar las trampas colocadas a mediodía del

campamento.

—De todos modos, en estas condiciones no podemos ir a ninguna parte —continuó Arrio—. Necesitamos equipo, una *dolabra*, tal vez un arco. Sólo tengo mi zurrón de caza y un cuchillo. ¿Qué llevas contigo?

—Llevo cinco monedas de oro cosidas en la túnica y mi bandolera con el papiro del diario de la expedición. No lo dejé en el campamento porque ya no me fío de los legionarios. ¡Ah!, también tengo una navaja en su estuche.

—¡Ahí le has dado, la navaja!, ¡eso es lo más importante ahora! ¡Afeitarse! —respondió con un mal disimulado desprecio—. Pero en cuanto al diario, has hecho bien en no confiar en los legionarios. Tendremos que volver al campamento y ver si han dejado algo. Incluso un odre nos sería de gran ayuda, luego buscaremos la forma de largarnos. Ahora será mejor que nos quedemos aquí agazapados hasta que oscurezca. Si quisiéramos volver al campamento, ¿sabrías encontrar el camino de noche?

—Creo que sí. Sin embargo, para estar seguro, voy a plantar ahora mismo dos trocitos de caña en el suelo para indicar la dirección, y en cuanto oscurezca apuntaré a una estrella.

—Hazlo, Quintilio, éste es tu trabajo. Ahora tengamos cuidado de no dejar rastro en los alrededores y busquemos un escondite hasta la noche. Esa gran extensión de juncos de ahí no sirve, es el primer lugar donde un jinete iría a plantar su lanza, pero esa hilera más pequeña puede que sí. ¿Lo entiendes, Quintilio? Nos buscarán en el lugar más obvio, y nosotros estaremos allí muy cerca, pero donde no se preocuparán de mirar.

Poco después, con mucho cuidado de no pisar hierbas o arbustos para no dejar ninguna señal, fuimos a agazaparnos junto a la pequeña hilera de juncos donde nadie pensaría que hubiera sitio para dos fugitivos.

—Ahora excavaremos un hoyo en la orilla, contra los juncos. El suelo está húmedo, no es tan duro, y tal vez si hacemos un agujero se filtre algo de agua para beber.

Éste era el plan de Arrio, que sacó provecho de todo lo que había aprendido durante su estancia de dos años en la Décima Legión.

No volvimos a hablar de nuestros compañeros, y me imaginé que los habrían matado a todos. Puede que el tribuno hubiera sido capturado vivo. Si nos hubieran descubierto, casi seguro que nos habrían ajusticiado acto seguido.

Cavamos un largo agujero de poco más de un palmo de profundidad contra la orilla, invisible debido a la presencia de los juncos, incluso para quienes observaran desde el otro lado. El suelo estaba ligeramente húmedo y no era demasiado duro, y cavando con las manos y ayudándonos de una piedra, en un par de horas conseguimos un cubil. Arrio también empezó una segunda excavación, un agujero de dos o tres palmos de ancho: cuando llegó a la longitud del brazo, se acumularon en el fondo unos tres dedos de agua. Se podía succionar el agua con una caña.

Arrio se llenó la boca una decena de veces, escupiendo agua y barro. Poco a poco, aspirando lentamente, empezó a filtrar agua limpia. Se podía sacar medio vaso cada vez, luego había que esperar un rato a que se volviera a llenar. Poco a poco saciamos nuestra sed.

Sólo nos quedaba aguardar, aplastados como ratas en su ratonera, a que llegara la noche.

Faltaba poco para la puesta de sol cuando sentimos algo diferente en el aire. Los pequeños pájaros que piaban con cierta regularidad en la espesura de juncos a una veintena de pasos se habían callado. Poco después, arrastrado por el viento, percibimos el agrio olor de los bárbaros y sus caballos, esa mezcla de suciedad, sudor, orina y podredumbre que siempre los acompaña.

Por último, oímos los pasos de dos caballos que resonaban en el suelo seco.

Los bárbaros se acercaron al mayor matorral de juncos y luego pasaron también a nuestro lado, a unos dos pasos de distancia.

No vieron nada anormal y no se percataron de nuestra presencia. Los oímos alejarse y, al cabo de un rato, los pájaros del carrizal reanudaron su gorjeo.

Esperamos a que oscureciera y, cuando las sombras se desvanecieron, salimos del cubil. Estábamos hambrientos, pero al

menos habíamos conseguido calmar la sed con esa agua con sabor a barro, gracias a una caña.

Habíamos sobrevivido a nuestro primer día de fugitivos.

Miramos atentamente a nuestro alrededor y, cuando estuvimos seguros de que no había nadie, nos armamos de valor y fuimos a otear la llanura desde una pequeña elevación de una decena de pies.

Nuestras ropas habían adquirido ya el color de la tierra y era poco probable que nos descubrieran en la primera oscuridad.

La pradera estaba desierta. Comprobé los dos trozos de caña con los que había marcado la dirección a tomar y me orienté hacia las primeras estrellas nacientes. Luego nos pusimos en marcha.

Nuestro silencioso avance se vio interrumpido de repente por una ocurrencia de Arrio:

—Quintilio, ¡he de confesarte algo! ¡Ha sido una experiencia dura permanecer escondido en ese agujero contigo que apestas como un macho cabrío en celo! ¡Hueles peor que cuando estabas en prisión enfermo y cubierto de tus excrementos! ¿Qué crees que te diría ahora la hermosa Arethi?

—Hermano, siento mucho lo que me dices y te pido perdón. Yo, en cambio, he disfrutado de tu dulce aroma a jazmín. Pero voy a confesarte algo más, tú me has devuelto el aroma de esa maldita mula que no nos pudimos comer. ¡Eso es lo que llevas! ¡Aroma de mula!

Nuestras chanzas al estilo legionario eran ciertamente inútiles, pero habíamos superado la prueba suprema y seguíamos vivos. Esto, incluso nos había provocado cierta euforia.

En un par de horas, ayudados por un tenue cuarto de luna, llegamos a media milla del campamento.

Arrio dijo que podíamos volver a ponernos las cáligas, y ya era hora, porque mis pies comenzaban a sangrar.

Con sumo cuidado nos acercamos al campamento, atentos a cualquier movimiento.

A la escasa luz de la luna divisamos a cincuenta pasos el débil resplandor de unas pocas lonas esparcidas por el viento, y

empezamos a encontrar a nuestros compañeros, tendidos en el suelo en posturas antinaturales, semejantes a objetos inanimados que ya no tenían nada de humano.

Estaban todos muertos y parcialmente desnudos.

Arrio me recomendó que me pusiera un traje de marcha completo, con gladio, *dolabra*, odre y tela de tienda.

El campamento había sido completamente arrasado y los hombres despojados de sus ropas y cáligas, pero aún quedaban muchos objetos esparcidos por la pradera.

Se habían llevado las armas, pero aún y todo, conseguí encontrar una sarcina olvidada bajo el bulto de la lona de una tienda: todavía tenía el gladio metido en el bolsillo lateral.

Seguimos rebuscando durante un par de horas. Incluso Arrio había conseguido montar una sarcina casi completa, y buscaba una túnica de repuesto. También encontramos un par de capas, e incluso apareció la bolsa que aún contenía un puñado de carne seca. Nos serviría para comer algo.

Finalmente pensamos qué hacer con los cadáveres de nuestros camaradas. Pero no podíamos hacer nada. Teníamos que dejarlos ahí, que se pudrieran en esa llanura. Si se daban cuenta de que alguien los había enterrado tendrían una pista de que nos habíamos salvado y estábamos en la zona.

Antes de partir, le sugerí a Arrio que contáramos los muertos, para ver si los bárbaros habían hecho prisioneros.

Así que empezamos a mirar los cadáveres y les dimos la vuelta uno a uno.

Habían sido asesinados a lanzazos por jinetes a caballo, y tenían unas heridas horrendas. A muchos ni siquiera pudimos reconocerlos, bien porque estaban cubiertos de sangre seca, bien porque la luz de la luna era demasiado débil. En cambio, pudimos reconocer, sin sombra de duda, al tribuno Agripa. También lo habían matado, y no hecho prisionero como habíamos llegado a pensar.

Reconocí a Octavio y a Maximino, cubiertos de heridas, debían de haber luchado tenazmente. No pude distinguir a mi colega, y ahora amigo, Calpurnio.

Eché mentalmente la cuenta: nuestra unidad constaba aquel día de treinta y tres hombres, incluidos Vedio y su hijo quinceañero.

Estábamos vivos, así que deberíamos haber encontrado treinta y un cadáveres.

Pero había muchos menos, tal vez otros hubieran escapado. Mientras echaba las cuentas Arrio me llamó:

—¡Corre, Quintilio! ¡Éste está vivo!

Por increíble que pareciera, un legionario seguía vivo. Era un tal Metelo, no lo conocía muy bien, nos habíamos hablado poco durante la marcha. Lo toqué y reconocí que era cierto, gemía un poco.

Cogí el odre en el que aún quedaban unas gotas de agua e intenté mojarle la cara. Aparte de las heridas muy graves, había estado todo el día al sol. Tenía el vientre reventado y, por alguna jugarreta de los dioses, había seguido vivo hasta nuestra llegada.

A fuerza de mojarle la boca y la cara conseguimos que volviera en sí.

—¿Sabes si alguien ha escapado? —le pregunté.

—Malditos cobardes traidores, buscadlos y matadlos —me respondió entre estertores.

—¿De quiénes estás hablando, legionario? ¿Ha escapado alguien?

—No lo sé, nos han traicionado.

—Dime qué ha pasado, y quién es el traidor —le pregunté con calma, sin dejar de mojarle la cara.

—Ese maldito ayudante del tribuno, el legado, ha sido él con el guía tracio Servilio.

Arrio, estupefacto, escuchaba conmigo el extraño relato.

El legionario tomó aliento y prosiguió:

—He visto al legado Nigro impartir órdenes durante la masacre. ¡Él, a los bárbaros! El tracio Servilio le traducía las órdenes y los bárbaros ejecutaban a los que se les ordenaba. Mandó matar al tribuno sin siquiera dejarlo hablar. Ha sido una masacre.

—¿Sabe si alguien ha escapado? —le insistí.

—No lo sé… sin embargo, de lo que estoy seguro es que esos dos, al principio del ataque, se pusieron del lado de los bárbaros: los demás intentaron luchar, pero ya era demasiado tarde, y había muchos jinetes.

El legionario tenía fiebre y empezó a quejarse de dolor por la herida en el abdomen.

Me quedé a consolarlo mientras Arrio reanudaba su examen del campamento. Volvió al cabo de media hora:

—He encontrado más cadáveres fuera, a un centenar de pasos. Eran tres. Creo que intentaron escapar, pero no tenían ninguna posibilidad. Hay veintiséis muertos y este herido. Todavía faltan dos.

Llamé a Arrio aparte y le pregunté:

—¿Qué podemos hacer con este hombre? ¿Lo abandonamos aquí? Debemos huir cuanto antes, no nos pueden sorprender aquí al amanecer.

—No podemos abandonarlo como a un perro y no podemos transportarlo. Morirá pronto. Si no muere solo, tendremos que ocuparnos de él, no quiero abandonarlo para que lo devoren vivo los animales salvajes. ¿Me has dicho que tienes una navaja?

—Vamos a esperar, Arrio, a ver si podemos reconfortarle. Tú sigue examinando el campamento y mira si hay algo útil para nuestra huida. También hay que buscar los documentos que tenía el tribuno, si se ha dejado algo, hay que hacerlo desaparecer.

Nos quedamos rebuscando como perros vagabundos entre los escombros y los muertos del campamento. Cuando volvimos junto al herido lo encontramos inconsciente y aunque intenté reanimarlo no pudimos hacer nada. Sentí en mi costado que su corazón latía débilmente.

Esperamos un poco más.

Al comienzo de lo que nos pareció la cuarta vigilia decidimos que no podíamos demorarnos más.

Arrio iba a pedirme la navaja para degollar al pobre legionario.

Fui a palpar su costado. Lo encontré inerte y no pude oír ningún latido. Había muerto solo.

Arrio enterró las pocas hojas de papiro que habíamos encontrado revoloteando por el campamento y, con el pesar en el corazón por no haber podido dar siquiera un entierro digno a nuestros amigos, Calpurnio, los centuriones Octavio y Maximino, y el tribuno Agripa, nos pusimos en marcha.

Cada uno de nosotros tenía un equipo de legionario casi completo para la marcha, y ahora incluso albergábamos alguna esperanza de poder huir.

Nos quitamos de nuevo las cáligas para no dejar huellas que se alejaran del lugar de la masacre, y partimos hacia el mar, que según mis cálculos debía de encontrarse un poco a poniente de la ruta que habíamos seguido en los últimos días.

El amanecer nos sorprendió a unas millas de distancia.

Nos detuvimos a la sombra de unos arbustos y Arrio sacó un rollo que había atado sobre la sarcina.

—Me he llevado un trozo de lona —me explicó—. Podemos cortar tiras y enrollarnos con ellas los pies para protegerlos de las piedras. Aún estamos demasiado cerca y no podemos calzarnos. ¡Sería como dejar indicaciones de por dónde han pasado los romanos!

Con un gladio empezamos a cortar tiras de lona encerada, que enrollamos y atamos a nuestros pies a modo de rudimentario calzado.

Arrio dio unos pasos para comprobar que no dejaban marcas apreciables en el suelo yermo.

Terminamos el inventario de nuestras pertenencias: habíamos encontrado un par de gladios, pero ninguna *dolabra*. Lo más urgente era buscar agua. Pronto también sería urgente la comida.

En el campamento no habíamos encontrado un arco para intentar cazar conejos silvestres, así que tendríamos que recurrir a otro sistema. Estábamos cansados, sedientos y hambrientos.

Yo había salvado mi diario, que siempre había estado conmigo en su funda de cuero grueso: ahora era mi deber transmitir el resultado de la expedición a alguien y contarle la masacre que habían sufrido nuestros hombres para que fueran vengados.

Mientras intentaba calcular qué día era, faltaban ocho días para las calendas de agosto[96], de repente Arrio me zarandeó: teníamos que avanzar otro poco antes de detenernos a descansar.

XXV.

Con los pies envueltos en trapos, aquel día recorrimos no menos de veinticinco millas, manteniéndonos entre poniente y septentrión.

Por la tarde, abrasados por el calor y el viento que se había levantado, empezamos a buscar agua. Habíamos visto un par de chozas de bárbaros, pero nos habíamos desviado. No teníamos intención de beber donde los anteriores habitantes habían muerto.

También aquí, los únicos seres vivos, aparte de un esquelético perro vagabundo que huyó al vernos, eran bandadas de cuervos negros que se alimentaban de cadáveres.

Mientras buscábamos un lugar adecuado para iniciar una pequeña excavación, Arrio me hizo señas para que corriera a ver lo que había visto en el suelo: ¡huellas de cáligas tachonadas!

O se trataba de uno de los nuestros que había escapado de la masacre, o de alguien que las había robado de los cadáveres de los legionarios. Seguimos las huellas durante un rato y nos convencimos de que eran de dos hombres que iban en la misma dirección que nosotros.

Nos habíamos cruzado accidentalmente en su camino y podíamos seguirlos fácilmente: debían de ser los otros dos legionarios que habían escapado de la masacre.

Poco antes de la puesta del sol los vimos a una milla por delante de nosotros, y ellos nos vieron a su vez.

—¡Tenemos un problema, Quintilio! Esos dos idiotas han dejado su camino claramente marcado, un par de jinetes podrían rastrearnos en pocas horas. Tenemos que solucionar esto.

Alcanzamos a los dos que, como nosotros, habían visto a los jinetes bárbaros y adivinado que toda la unidad había sido masacrada. Pero no se habían fiado de dar marcha atrás, se habían escondido de inmediato y habían llegado hasta allí sin más equipo que un morral para la caza y un par de cuchillos.

Se llamaban Domicio y Emilio. Eran buenos legionarios, diestros en muchas lides, pero no habían prestado atención al rastro que habían dejado tras de sí.

Nos detuvimos para hacer balance de la situación y organizar mejor nuestra huida.

—¡A partir de ahora vamos a funcionar así! —exclamó Arrio—: Como yo soy el único suboficial, vosotros dos estáis a partir de ahora bajo mis órdenes. De hecho, los tres, ya que tú, Quintilio, sólo eres un simple civil. En primer lugar, debemos despistar a los jinetes.

Arrio se había agarrado al instante a su grado. No me esperaba esta desagradable broma, pero comprendí que no iba dirigida a mí. Y, en cualquier caso, era necesario que uno estuviera al mando, porque ésta no era una de esas excursiones de niños al bosque. Arrio tenía dos años de experiencia en la Décima Legión y sin duda había participado en muchas acciones. Y no carecía de gran habilidad práctica, sabía trabajar con las manos.

Los dos legionarios no hicieron ningún comentario, me pareció que estaban más que agradecidos de tener a alguien al mando y con alguna idea de cómo salir del paso.

—Seguiremos así hasta encontrar un riachuelo y allí perderemos el rastro. No nos paremos ahora, será mejor que hagamos unas cuantas millas.

Pero no encontramos ningún río. Quizá en la oscuridad pasáramos junto a él, pero no lo vimos. Los ríos parecían haber desaparecido de la región. Sólo había praderas esteparias, hierba amarillenta y arbustos casi secos.

En su lugar, cruzamos un camino, uno de los habituales senderos polvorientos, en dirección a poniente.

—Éste también nos servirá —dijo Arrio—. Si no encontramos el río, utilizaremos éste para perder nuestro rastro.

Hizo que los dos legionarios se quitaran las cáligas tachonadas y les envolvió los pies con tiras de lona encerada.

A partir de ese momento, quien nos hubiera seguido no habría encontrado rastro alguno de cáligas, y probablemente se habría ido a buscar a otro lugar. Hicimos una corta marcha nocturna por el sendero, primero en dirección a poniente, y luego, con cuidado de no dejar huellas en el suelo, giramos para ir hacia levante. Continuamos durante un par de horas en esa dirección, y finalmente, aprovechando un tramo que parecía de grava y no apto

para huellas, abandonamos el sendero y reanudamos la marcha hacia septentrión, ayudados por un tenue cuarto de luna.

Al cabo de un rato nos desplomamos al suelo, agotados por la sed.

Encontramos una hondonada, con hierba que aún no estaba completamente seca y, mientras dos de nosotros hacíamos guardia, los otros dos se turnaban para cavar.

Al cabo de una hora, encontramos tierra húmeda y pronto empezó a filtrarse agua sucia. Uno a uno fuimos bajando al agujero y aspiramos el agua turbia con una pajita de juncia.

Dormimos unas horas por turnos y todos comprendimos, sin necesidad de hablarlo, que no podríamos continuar a este ritmo durante mucho tiempo.

Al amanecer empezamos a llenar los odres con el agua que se había acumulado en el fondo, que entretanto se había aclarado; enseguida volvimos a sellar el agujero y cubrimos la zona con un poco de la tierra de la superficie para que no se vieran manchas de distinto color.

Partimos en busca de un lugar escondido para encender un fuego y hacer sopa con la mitad del último puñado de carne seca que quedaba y que nunca habría podido alimentar a cuatro legionarios inmersos en las penalidades de la marcha.

Yo ya no podía más. En varias ocasiones ya me había preguntado cómo había podido meterme en este berenjenal. Ahora me lo preguntaba al menos cada media hora, pensando a veces en toda aquella tierra que Arethi tenía a su disposición en la casa de campo y que nadie quería cultivar. Comparado con la monotonía de nuestra huida, trabajar la tierra parecía ahora casi una forma de entretenerse, ni siquiera un trabajo.

No hallamos ningún lugar adecuado para encender un fuego, ni madera seca para encenderlo, sino sólo matorrales espinosos. Dormimos sobre la tierra desnuda durante unas horas, y finalmente reanudamos la marcha, siempre en dirección al mar, o en la dirección que creíamos que se encontraba el mar.

No tuvimos más remedio que continuar a caminar, cada vez más débiles y cansados.

Al amanecer nos repartimos lo que quedaba de carne seca y la masticamos mientras caminábamos: ahí se acabaron los últimos restos de comida que teníamos.

Pensé que los que intentaran perseguirnos tendrían mucho trabajo, porque habíamos hecho un recorrido muy irregular, como si estuviéramos ebrios. No es que tuviera una idea clara de la mejor ruta a seguir, pero sabía que tarde o temprano entre el septentrión y el poniente encontraríamos el mar, saliendo aproximadamente a la frontera del reino del Bósforo.

El sol acababa de asomar por el horizonte, anunciando otro abrasador día de julio; me acerqué a una pequeña loma, una ondulación del terreno de unos veinte pies más alta que la hondonada donde nos habíamos detenido, y escudriñé cuidadosamente el panorama.

No vi ningún movimiento sospechoso, en cambio observé a dos o tres millas de distancia una estrecha franja verde que destacaba sobre la árida estepa póntica. Debía de ser un riachuelo.

Fui a decírselo a Arrio. Podía ser un golpe de suerte: todos los ríos desembocan en el mar.

Nos encaminamos sin perder tiempo. Estábamos débiles, y si no encontrábamos comida y bebida pronto, moriríamos. Necesitábamos agua de inmediato, la de los dos odres se había agotado hacía ya horas.

Arrastrando los pies llegamos a las primeras plantas verdes y nos adentramos en una espesura que bordeaba las orillas del río. Era un torrente de agua casi estancada, de siete u ocho pasos de ancho y con una corriente muy débil.

Mientras estábamos buscando algo de comer, el legionario Domicio nos llamó. Junto a la orilla del río había un pequeño meandro en el que había avistado algunos peces. Pero no sabíamos la profundidad del agua, verde y llena de plantas y fango.

Domicio nos explicó qué quería hacer:

—Con el gladio voy a cortar unas cuantas ramas rectas de sauce para usarlas como jabalinas. Si consigo aturdir o matar a un pez, me tiro al agua y lo recojo.

Arrio asintió y decidió que Emilio y yo podríamos cavar un hoyo a unos treinta pasos del río para que el agua se filtrara por el suelo. Los muchos esqueletos vistos en Cimeria nos convencieron de que siguiéramos el consejo de los oficiales y utilizáramos siempre agua subterránea.

Arrio montaba guardia al borde del valle que contenía el torrente. En poco más de una hora teníamos nuestra primera agua para beber y Domicio pescó un extraño pez de unas diez libras.

—Se me han escapado otros cinco o seis, y valdría la pena perseverar un poco, porque están atrapados en ese meandro y no pueden salir. Mientras tú sigues llenando los odres, yo intento pescar otro.

Mientras discutíamos sobre el pescado que íbamos a asar, Arrio se unió a nosotros y nos hizo callar:

—Allá arriba, en la estepa, a media milla de distancia, hay tres hombres a caballo que avanzan lentamente. Tienen sus lanzas. Pero no saben que estamos aquí. Creo que están buscando huellas.

—¿Podemos atacarles y robarles los caballos? —le pregunté.

—No, ni siquiera deberíamos intentarlo. Sólo tenemos dos gladios y estamos en desventaja, aunque seamos cuatro, porque ellos van a caballo. Pero, aunque les ganáramos y les robáramos los caballos, sus cabecillas enviarían a alguien en su busca, y ellos se mueven bien por aquí, comiendo y bebiendo sin nuestras dificultades, mientras que nosotros no sabemos ni adónde ir. Sabrían que hemos sido nosotros. No creo que pudiéramos escapar de ellos, ni a caballo.

—Tienes razón, Arrio —le respondí—: nuestra mejor baza es que nos crean en otra parte, muy lejos de aquí. Mientras sigan buscándonos nos alejaremos cada vez más. Buscan huellas de cáligas tachonadas. Yo también he estado observando por dónde hemos pasado: ¡con el sol pegando en la tierra reseca no hemos dejado ni rastro!

Nos agazapamos en el límite entre la vegetación crecida en el valle y propiciada por la presencia de agua y la estepa reseca; vimos las sombras lejanas de los bárbaros que patrullaban la zona y se

alejaban. Ahora se encontraban a una milla de distancia y no tenían ni idea de dónde estábamos, ni sospechaban de nuestra presencia.

—Si queremos asar ese pescado no habrá que quitarles ojo —dijo Emilio—. Dos de nosotros podríamos vigilar y los otros dos podrían intentar pescar otro, ¿tú qué opinas, Arrio?

—Por supuesto, Quintilio y yo montamos guardia —dijo Arrio—. Pescad todo lo que podáis y buscad leña seca; luego, al atardecer, encendemos un fuego en un hoyo, asamos el pescado, llenamos los odres y nos largamos. Cruzaremos el río a nado, no es demasiado ancho. ¿Sabéis nadar?

Emilio negó con la cabeza. ¡No sabía nadar!

—Lo haremos así —dije—: echaremos al agua la pértiga más larga que encontremos, o uniremos dos atándolas con brotes de sauce, y para el último tramo le echamos una mano entre todos. ¿De acuerdo?

—¿No nos darás problemas para salvarte el pellejo, verdad, Emilio? —le preguntó Arrio—. Lo único que tienes que hacer es quedarte quieto, no te asustes y no intentes hundirme. Si no, ¡tendremos que dejarte ahí!

Emilio estaba mortificado. Por supuesto que nunca le hubiéramos dejado, pero aun así teníamos que irnos lo antes posible.

—Y una última advertencia: no rompáis el ramaje y tampoco dejéis marcas alrededor. Si cortáis ramas, ensuciad la madera blanca recién cortada para que no se distinga.

Con estas recomendaciones, los dos se fueron al meandro a intentar pescar algo más, y nosotros nos quedamos en una ligera elevación para vigilar si aquellos jinetes volvían alguna vez en nuestra dirección.

Poco después, los hombres a caballo desaparecieron de nuestra vista mientras avanzaban paralelos al río; buscaban huellas fáciles de ver, como las de las cáligas. ¡Ya se habían cruzado con nuestra pista y no la habían visto!

Al oscurecer fui a ver qué estaban tramando los dos legionarios: habían pescado un segundo pez, grande; nos llenaríamos la panza y quedaría algo para el día siguiente. Ahora estaban jugueteando alrededor de una pequeña fogata, aireándola constantemente con

un abanico hecho de ramas y follaje. El constante abaniqueo era suficiente para evitar cualquier rastro de humo.

Les dejé limpiando y asando el pescado y volví con Arrio.

—Creo que, si cruzamos al otro lado del río y seguimos otro día más con las tiras de lona en los pies, los habremos despistado definitivamente —me dijo, como si estuviese hablando consigo mismo.

—Pues yo tengo mis dudas —le repliqué—. Nos parece que cubrimos grandes distancias, pero vamos a pie y nos frena la falta de agua. Ellos, en cambio, tienen suministros seguros, agua y comida. Hay que darse cuenta de que la ruta que nosotros hacemos en cuatro días ellos la hacen en uno. Tengo la idea de que estos jirones en nuestros pies nos acompañarán durante mucho tiempo.

—¿Cuánto crees que falta para llegar a la costa?

—Aún quedan un par de días, suponiendo que podamos mantener un recorrido recto. Quizá al acercarnos al mar encontremos senderos que nos dejen caminar mejor.

—Sí, pero donde se camina bien también habrá gente —me replicó Arrio—. La peste hizo huir a los habitantes del interior, pero en la costa podría ser diferente.

Emilio vino a relevarnos y Arrio se fue a comer algo de pescado. El legionario me dijo que pronto los odres estarían llenos, y con las primeras estrellas en el cielo podríamos cruzar el río.

Poco después, yo también me acerqué a comer un cuarto de pescado. Estaba soso y sabía a barro, pero me llenó la barriga.

Los dos legionarios ya habían preparado un largo palo que guiaría a Emilio hasta la mitad del río, donde Arrio, el más robusto de nosotros, le ayudaría a alcanzar la otra orilla.

Había muy poca corriente, el agua estaba casi quieta, y rápidamente iniciamos la operación. Hice dos viajes para sacar nuestras pertenencias de allí y a Emilio le acompañamos hasta la otra orilla sin ningún tipo de problema.

Aprovechando la oscuridad de la noche recorrimos algunas millas. Estudié con Arrio una ruta que nos llevaría por el cauce del río, caminando paralelos a éste, pero manteniéndonos a un par de millas de distancia. Era admisible que las patrullas nos buscaran cerca del

río y no en la desierta estepa póntica; un par de millas era una buena distancia para hacernos prácticamente invisibles. Volveríamos al río por la noche, para dormir, pescar y llenar nuestros odres. Era un plan exigente, pero seguro.

A medida que nos alejábamos más y más de aquellos bárbaros que aún nos buscaban, fue tomando forma la idea de llegar a la costa y buscar una embarcación para navegar hasta el delta del Ister, donde encontraríamos asistencia y caballos para volver a entrar en los dominios de Roma.

No es que fuera algo fácil, pero con unos simples cálculos era más que evidente que no podríamos recorrer quinientas millas por tierra en estas condiciones, sin víveres ni apoyo. La única opción que nos ofrecía alguna esperanza era el mar. Y que nadie se diera cuenta de que todavía estábamos vivos.

Más de una vez discutimos sobre lo acaecido en el campamento. No sabíamos por qué la unidad había sido aniquilada. Nos habían traicionado, eso estaba claro, pero debía de haber algo más, y la felonía del legado Nigro debía de formar parte de un plan más complejo.

Arrio lanzó una observación:

—¡Aquí no quieren a los romanos! ¿Y cuál es la forma más fácil de que los romanos se queden en casa? ¡La eliminación del tribuno, del hombre de César con poder de mando! ¡Y destruir ese maldito pergamino tuyo que allanaría el camino para la penetración romana!

—Puede que sea así —le respondí—, ¿y al legado Nigro? ¿Qué le ha pasado?

—¡Al legado Nigro lo han comprado, seguro! Le han ofrecido más oro del que jamás habría pensado, ¡y él ha hecho lo que le pedían! Lo habrán cubierto de oro, ¡hubiera traicionado hasta a su mismísima madre!

—Si fuera así —le respondí con escasa convicción—, ¿por qué han dejado que nuestra unidad llegara hasta aquí?

— Puede que en un principio esperaran que nosotros renunciáramos. Nos detuvieron a pocos días de Teodosia porque para entonces era seguro que llegaríamos, ¡incluso comiendo sólo de

conejos de campo! ¡Pero créeme, es así! Por donde pasaba la Décima Legión, sólo había historias de traición, ¡y gente comprándose y vendiéndose todo el tiempo! Éstas eran las tragedias del ilustre César. Él luchaba. ¡Y los demás mientras tanto compraban a sus oficiales!

Sabía que muchas veces esto había sucedido.

—¿Sabes lo que pienso? —añadió Arrio mientras caminábamos—. Que deberías tener tu diario al día, anotar todo lo sucedido en el campamento de la masacre porque al Mando le interesarán más los detalles de la traición y lo sucedido con el tribuno, que la anchura de estos condenados ríos.

Empecé a pensar seriamente que nuestra aventura estaba bien lejos de terminar, ¡quizá no hubiera hecho más que empezar! Si el legado Licinio Nigro se había pasado al bando de los bárbaros, estaba claro que no le haría ninguna gracia que volviéramos a Roma y les contáramos lo de su traición. Si nadie sabía nada, podría disfrutar de su oro donde quisiera, tal vez disfrazado de rico mercader.

Y detrás de aquellos jinetes bárbaros sólo podían estar los monarcas del Bósforo, los más interesados a que la expedición acabara en la nada y que nunca se supiera qué había sido de ella. ¡Así habrían podido seguir reinando muchos años más sin tener cerca a los funcionarios de la lejanísima Roma!

Por eso nos habían atacado justo en el centro de su reino: llevábamos cuatro días dentro de las fronteras, ¡y faltaban otros cuatro para llegar a Teodosia!

Si César llegaba a enterarse de que el legado Nigro había traicionado y mandado matar a los miembros de la expedición y al tribuno Agripa, a quien había nombrado su plenipotenciario en el Bósforo, ¡seguro que lo habría mandado buscar por todas las provincias de la república!

¡Seguro que habría comprendido de inmediato que el regente del Bósforo estaba detrás de todo, y habría organizado con prontitud una expedición punitiva contra él.

Por eso no podían permitirse ahora que volviéramos a Thessalonica o a Roma para ser testigos de lo ocurrido.

Seguro que nos buscarían para eliminarnos.

XXVI. El Ponto Euxino

En dos días de marcha llegamos a divisar una llanura verde más allá de la cual se vislumbraba el mar azul.

Las tiras de lona que llevábamos en los pies estaban ahora hechas jirones y tuvimos que cortar una de las dos lonas que nos quedaban para volver a protegernos, y continuamos nuestra marcha por la llanura, buscando el camino correcto hacia la orilla del mar.

Estábamos fuera del reino del Bósforo y era necesario encontrar un lugar adecuado para abastecernos de provisiones suficientes para unos días. Cuando cruzamos un tramo de pradera esteparia lleno de madrigueras de conejos de campo, no tuve la menor duda: ¡aquí conseguiríamos carne! Para hacer trampas, sin embargo, se necesitaba una cuerda sólida o tripa, y no teníamos ninguna. Intentar cazar algún ciervo u otro animal de gran tamaño que pudiera proporcionarnos tripas estaba completamente descartado, nunca seríamos capaces de conseguirlo. Sin embargo, siempre cabía la posibilidad de hallar un animal muerto que aún no hubiera sido devorado por completo.

Quizá estuviera a nuestro alcance capturar algún perro asilvestrado, si hubiéramos podido acercarnos a uno de ellos, o bien algún pez grande.

En un esfuerzo por encontrar algo útil, nos dirigimos a los matorrales y marismas cerca del mar.

No pudimos encontrar ninguna charca de aguas muertas en la que pescar con los rudimentarios medios de que disponíamos, y a través de un sendero trazado por animales llegamos finalmente a la playa. Por primera vez pudimos bañarnos en las aguas del Ponto Euxino.

Caminamos un rato por la orilla del mar en busca de algo que pudiera ser útil, y admiramos la belleza del lugar. Observamos a lo lejos un gran número de pájaros alrededor de algo en la playa, y nos dirigimos hacia allá.

Las olas del mar habían depositado un enorme pez en la orilla: era uno de esos delfines de hocico largo que suelen flanquear a los

barcos durante la navegación.

El animal debía de llevar muerto varios días y estaba lleno de gases de descomposición; los pájaros intentaban perforar su piel para alimentarse de la carne. Ni por un instante nos planteamos alimentarnos de su carne putrefacta.

—¡Hemos encontrado la tripa para las trampas! ¡Sólo es cuestión de sacarla! —dijo Arrio.

Entre todas las desdichas de esta expedición, ahora también tocaba destripar un maloliente cadáver, lo que faltaba. Emilio tenía experiencia, ya había sacrificado cerdos. Hizo una pequeña incisión en el vientre del animal, hinchado por los gases, y las tripas se derramaron solas: fue fácil extenderlas sobre la arena y, por último, cortarlas para separarlas del cuerpo.

Emilio se metió en el agua hasta la ingle y empezó a llenar las tripas de agua de mar, mientras nosotros nos manteníamos cautelosamente alejados del mefítico hedor del putrefacto animal y del hediondo contenido de sus entrañas.

Pero la operación se llevó a cabo con gran habilidad y, una vez cortadas las tripas a lo largo y enjuagadas abundantemente en el agua, nos encontramos en posesión de material apto para hacer los lazos. Haríamos decenas de ellos, de tan largo y abundante que era el intestino del delfín. Dejamos de nuevo los restos a los centenares de hambrientas aves marinas, que se arrojaron agradecidas sobre el cadáver eviscerado, nos instalamos cerca de un gran tronco arrastrado a la orilla por las olas, y montamos en él un improvisado taller.

Afilamos nuestros cuchillos con guijarros recogidos de entre la arena y cortamos decenas de pequeñas tiras de tripa, cada una de un metro de largo y medio dedo de ancho. Finalmente, las extendimos al sol sobre el tronco para que empezaran a secarse, cosa que ocurrió en un par de horas.

A medida que se secaban, pero antes de que se pusieran correosas, las trenzábamos de tres en tres para hacer una cuerda muy resistente. Por último, Emilio me enseñó a frotar el cordel que habíamos trenzado con hojas de adelfa silvestre hasta impregnarlo

del venenoso jugo blanquecino, detestado por los animales, para evitar que insectos y ratones royeran la tripa.

Confiados en nuestra suerte, pero terriblemente hambrientos, volvimos a aquella zona tan poblada de conejos silvestres, y antes de la puesta de sol ya habíamos colocado una treintena de trampas. Con la oscuridad llegó también el agua para beber sacada de un agujero que hicimos en la pradera, lejos del agua salada.

Nos acostamos con el estómago quejándose, pero con la esperanza de las capturas de la mañana.

Justo antes del amanecer, Emilio y Domicio salieron a hacer la ronda de las trampas; tal era nuestra confianza, que para cuando el primero de los dos aún estaba a media milla de distancia, las brasas ya estaban listas.

El paseo matinal nos deparó tres conejos silvestres. Eran unos animales pequeños, probablemente ejemplares jóvenes e inexpertos, pero nos alimentarían igual. Los limpiamos en un instante, los asamos rápidamente y por fin empezamos a comer carne fresca.

—Son animalillos, pero hay muchos en esta zona —nos explicó Emilio—. Cambiando de lugar las trampas de vez en cuando podríamos capturar cientos de ellos. ¡Podemos hacer que la carne dure! Haremos una rejilla para secarla al sol con unas ramitas, ayudándonos con un fuego lento desde abajo. Podemos secarla rápidamente. Pero las tiras de carne deben ser muy finas.

—Muy bien, así lo haremos —le confirmó Arrio—. Instalaremos nuestro matadero entre la vegetación, cerca del mar, y podremos hacer una hoguera en la playa y dejar que la carne se impregne de sal. Lo haremos así: dos de nosotros estarán de guardia en todo momento, los otros dos tratarán la carne. Tenemos que estar alerta y listos a pirárnoslas si vemos movimiento, porque todos esos postes de las trampas se ven desde lejos.

—Desde luego, pero si sólo es eso quizá podríamos acortarlos, ¡siempre y cuando podamos encontrarlos de nuevo!

—Sí, es mejor hacerlos menos visibles. Tenemos que ensuciarlos con tierra húmeda. Para tener algo de provisiones para el viaje que tenemos que hacer necesitamos varias libras de carne seca. Somos

cuatro y en veinte días consumiremos… a ver… ¡echa tú las cuentas, Quintilio!

Hice un cálculo aproximado:

—Supongamos que nos conformamos con una libra de carne al día, realmente lo mínimo para mantenernos en pie, y con la esperanza de encontrar algo más para acompañarla. Una libra al día de carne seca, por cuatro personas durante veinte días, ¡son ochenta libras! Pero ¿estamos seguros de que hay tantos conejos aquí?

—Cazaremos todos los que podamos, luego recogeremos los lazos y nos dirigiremos hacia Thessalonica, ¿no? —indicó Domicio. Pero era obvio que tendríamos que arreglárnoslas y encontrar algo más de comida.

Durante los cinco días siguientes añadimos unas cuantas trampas más de tripas de conejo, comimos conejos silvestres asados, evisceramos conejos, secamos carne de conejo y raspamos y limpiamos pieles de conejo para hacernos calzados nuevos que no dejaran huellas. ¡Parecíamos campesinos que hubieran montado alegremente una granja de conejos!

En la zona abundaban estos animales: se alimentaban de ciertos tubérculos que crecían mucho por ahí y que también intentamos probar, con poco éxito porque sentaban mal al estómago.

En pocos días conseguimos capturar un centenar de animalitos, y no perdimos el tiempo con ciertas ratas de gran tamaño que a veces se quedaban en las trampas y que arrojábamos a los animales silvestres.

Evidentemente, al cabo de dos o tres días las capturas disminuyeron porque los animales se habían vuelto desconfiados y nuestra caza había sido demasiado intensa.

El tiempo era favorable, conseguimos secar la carne y al sexto día estábamos listos para partir.

Recogimos las trampas y las colocamos cuidadosamente en una sarcina, ya que nos servirían allá donde fuéramos, y, sin dejar de otear para estar al tanto si algún pequeño grupo de jinetes cimerios se divisaba en el horizonte, nos pusimos en marcha.

Hablando de ello, nos habíamos convencido de que el plan con más posibilidades de éxito era encontrar una aldea en la costa y robar una barca de pesca. Aún llevaba el oro conmigo, pero sabía de sobra que nunca podríamos comprar una.

Dejarle a un lugareño una moneda de oro equivalía a mostrar a todo el mundo dónde estábamos.

Teníamos que movernos sin que nos vieran y sin contacto con los habitantes para que no quedara rastro de nuestro paso.

Hablé largo y tendido con Arrio sobre este asunto, y llegamos a la conclusión de que, si nuestras sospechas eran correctas y detrás de la traición estaban los intrigantes monarcas del Reino del Bósforo, seguramente enviarían sicarios tras nosotros.

No había otros posibles instigadores de la masacre de nuestro cuerpo expedicionario: seguramente harían todo lo posible por taparnos la boca sin escatimar recursos.

El legado Nigro seguramente sabía que cuatro hombres habían faltado a su cita con la muerte, incluido yo, el agrimensor, ¡el que siempre llevaba encima el pergamino!

A pesar de la carne de conejo, el hambre nunca nos abandonó: se necesitaba mucho más para unos legionarios famélicos, pero ya mejor organizados partimos hacia poniente en busca de una aldea.

Caminamos durante cuatro días por senderos de animales sin toparnos con nadie. Nos alejamos de la ribera del mar Euxino, y un par de veces divisamos a lo lejos casuchas de bárbaros construidas con tierra, pero por mucho que miramos nunca vimos salir humo de ninguna de ellas, ni nos acercamos lo suficiente para investigar más.

En la tarde del cuarto día desde que habíamos abandonado el campamento de conejos silvestres, volvimos a ver el mar a lo lejos y nos dirigimos hacia él.

Nos encontramos con una costa larga, recta y uniforme hasta donde alcanzaba la vista, con unas pocas dunas de arena bajas. No había señales de vida, ni indicios de que hubiera habido morador alguno.

Sabedores de que la arena de la playa suele albergar interesantes hallazgos entre los restos que arrojan las olas, nos dirigimos hacia

poniente, caminando a pocos pasos del agua.

Cada vez que encontrábamos una duna de unos diez pies de altura, subíamos a ella para mirar a lo lejos en busca de alguna aldea; durante una de esas observaciones vimos, hacia mediodía, muy lejos, un bote de pescadores navegando.

Pronto daríamos probablemente con una aldea costera y por la noche haríamos un intento de robarles la barca.

Con esta esperanza, caminamos durante dos días y en la arena encontramos peces muertos, ya podridos, troncos arrastrados al mar por los ríos y luego a tierra por las olas, así como parte del casco de una gran nave: algunas cuadernas con cinco pasos de tablazón, semienterradas y completamente podridas.

Vadeamos un arroyo que fluía desde tierra firme hacia el mar, y en un algún punto llegamos a unas lagunas de aguas muertas que bordeaban el lado interno del litoral: el mar en el exterior, la franja de arena con algunas dunas, y espejos de agua estancada tierra adentro.

Escalamos una duna, pero nada más interrumpía la uniformidad del paisaje. Fuimos a examinar lo que era un objeto varado, arrastrado quizá por alguna tormenta hasta el pie de una suave loma, y encontramos una barca pesquera enterrada en su mayor parte en la arena. Es probable que fuera el pecio de un naufragio, y se encontraba en muy mal estado, prácticamente inservible.

Y le pregunté a Arrio:

—¿No será lo que necesitamos?

—¡Lo dudo mucho! —me respondió negando con la cabeza—. Si tuviera aquí mis herramientas de carpintero, tal vez podríamos intentar aprovecharla, pero nos llevaría varios días de trabajo, ¡y no tenemos utensilios, ni tampoco tablas para reconstruir las piezas dañadas!

Así que seguimos adelante, y al atardecer llegamos a un lugar en el que la costa se veía interrumpida por un brazo de mar de unos cien pasos de ancho que conectaba el mar Euxino con las lagunas. Más adelante, continuaba la costa recta; podríamos haber intentado cruzarla a nado haciendo flotar a Emilio con un odre lleno de aire.

Encendimos una pequeña fogata y comimos un poco de carne seca; aparentemente estábamos en un punto muerto: no sabíamos qué hacer, ni si nos convenía seguir adelante.

A la mañana siguiente, celebramos un consejo de guerra: podríamos desandar lo andado y retomar el camino por tierra, pero nos habría llevado al menos una semana, y justo después habríamos necesitado otra semana para cazar algo que comer. Después de varias discusiones inconclusas, Arrio decidió por todos:

—Regresaremos a aquella barca destartalada que vimos ayer. La sacaremos de la arena y si hay alguna posibilidad de que se mantenga a flote, navegaremos en ella. Mientras dos trabajarán en el pecio, los otros dos volverán hasta el costado podrido de la nave que encontramos hace un par de días. Tenemos que recuperar algunos clavos de ese pecio, y la única manera es romper unos trozos de madera y quemarlos. Tendremos que hacer una fogata en un hoyo y ventilarla continuamente con un abanico de ramitas y follaje para que no haga humo. Debemos pasar desapercibidos, y, además, caminar siempre por la orilla seca, ¡para no dejar huellas!

—Bueno Arrio, vamos al grano: ¿crees que lo conseguiremos? ¿Cuántos días tardaremos?

—Lo conseguiremos, ¡ya lo creo que lo conseguiremos, porque yo no quiero morir en esta tierra de bárbaros! ¿Cuánto tardaremos? Eso no lo sé. Tenemos que comprobar el estado real de esa barca. Puede que le falte algo de fondo, estaba semienterrado en la arena y no lo hemos visto entero, seguro que va a dar mucho trabajo. No tenemos vela, ni cuerdas, tendremos que talar un sauce para conseguir un mástil, tampoco tenemos estopa ni brea para el calafateo. ¡Ya veremos!

Y nos separamos.

El legionario Domicio y yo fuimos en busca del pecio de la nave dispuestos a quemar trozos de madera y recuperar los clavos. Llegamos al tocón que sobresalía de la arena a altas horas de la noche. Intentamos arrancar algunos trozos y la madera estaba lo bastante podrida como para que pudiéramos romper algunas tablas con facilidad.

Decidimos encender el fuego de inmediato: cavamos un hoyo en la arena al abrigo de una duna y encendimos una pequeña hoguera de maleza en la que colocamos los primeros trozos de leña. Por la noche, no era tan importante reducir el humo como vigilar la reverberación de las llamas contra la duna, que se veía desde el lado del mar.

Con calma y determinación, turnándonos para dormir y avivando las llamas con un abanico de ramas, hicimos fuego durante dos noches y un día. Alimentamos las llamas con broza seca, ya que la madera de la nave, empapada de sal, ardía con dificultad.

Al final, nos encontramos con más de ochenta clavos de diversos tamaños, en parte de hierro y en parte de bronce, y un par de piezas metálicas irreconocibles que habían formado parte de la estructura de la nave, y cuya función desconocíamos.

Al regresar, nos encontramos con que Arrio y Emilio habían extraído por completo la vieja barca de la arena y que, armados de un gladio y mucha paciencia, ya habían tallado un par de piezas utilizando madera arrastrada por las olas hasta la orilla, para cerrar dos grandes boquetes del casco. Nos pusimos los cuatro manos a la obra para voltear el bote y poder trabajar en los tablones del fondo.

La barca estaba podrida y por las uniones de los tablones podíamos meter los dedos y sacarlos por el otro lado. Pero el carpintero era Arrio y aseguraba que en el puente sobre el Po habían flotado cosas peores. De momento yo no sabía si creerle, tenía miedo de que su jactancia fuera un alarde que sólo sirviera para endulzarnos la amarga realidad.

Por la tarde nos mandó cortar unos manojos de cierta planta de hojas muy largas y borde afilado que crecía junto con los juncos, en las lagunas detrás de la playa.

Nos enseñó a aplastar los tallos para hacerles perder su rigidez y reducirlos a estopa, y a trenzarlos de tres en tres para obtener así un cordel, si bien no de gran resistencia, apto para sellar las juntas entre las tablas en lugar de la pelusa de cáñamo de la que no disponíamos.

Yo le expresé todas mis dudas sobre esta operación. Jamás una barcaza podría contener el agua con grietas selladas con un cordel

de hierba. Pero Arrio me reprendió y me lo explicó:

—Tú ahora ves esta barcaza tal y como está, pero no puedes olvidar que ha estado fuera del agua durante al menos un año, las tablas se han encogido y las grietas se han ensanchado. Cuando la volvamos a meter en el agua, las tablas volverán a hincharse y aplastarán la estopa de cuerda que estamos introduciendo en las grietas. Tardará un poco, pero aguantará.

Yo guardé silencio. El carpintero era él.

A la mañana siguiente desapareció en el bosque con Emilio donde iban a buscar un mástil y un par de ramas para sujetar una vela.

El problema era que no teníamos vela. Aunque nos hubiéramos quitado toda la ropa y la hubiéramos cosido, seguiríamos sin tener vela.

Pero yo era un simple agrimensor, no un carpintero y mucho menos un velero. Los dos legionarios también guardaron silencio, fiándose de Arrio y prefiriendo obedecer órdenes. Por la noche, en el habitual consejo de guerra, discutieron sobre cuánto faltaba aún.

—Es evidente que nos faltan muchas de las piezas necesarias para navegar, así que seguimos en la envidiable posición de poder elegir libremente. Por ejemplo, morir de hambre aquí, y luego, el que quede último que haga una bonita pira funeraria para todos, ¡pero os repito que no me haría gracia morir entre bárbaros! Mañana empezaré a clavetear las tablas, y espero tener suficientes clavos. Vosotros iréis a las marismas que hay detrás de las dunas y recogeréis grandes manojos de la consabida planta: la utilizaremos para entrelazar unos paneles y así conseguiremos una vela. Básicamente haremos una de esas esteras que habéis visto alrededor de las casas no sé ni cuántas veces. En el bosque que bordea ese arroyo hay varios sauces; haremos cortes en la corteza y, al tirar, observaréis que las tiras de corteza verde se desprenden fácilmente, por lo menos seis o siete pies. Haremos pequeñas tiras de medio dedo de ancho, y las trenzaremos de tres en tres para hacer las cuerdas del mástil y de la vela.

—Pero ¿crees que eso podrá aguantar? —le pregunté ingenuamente.

—Con un viento flojo, podrá aguantar… con un viento fuerte, la vela se rasgará. Si tienes algo mejor que proponer ¡dilo! ¡Ah, se me olvidaba!, si mañana alguien ve una buena piedra, no sé, de unas cien o doscientas libras, la ataremos entre dos palos para transportarla y la convertiremos en un ancla.

Empezamos a trabajar como leñadores descortezando los sauces y poco después fuimos a recoger aquellas hojas largas y puntiagudas de plantas palustres; nos pusimos a tejer esteras y a trenzar cordeles, y tal era el deseo de partir que todos trabajamos como bestias y al cabo de cuatro días lo terminamos todo. Fue una gran suerte que tuviéramos que hacer todo aquel trabajo a toda prisa porque no nos quedaba tiempo para pensar en nuestros problemas. Quizá si hubiéramos pensado bien las cosas ni siquiera habríamos empezado a hacer todo ese trabajo.

Fijamos el mástil con cuerdas y atamos la vela a un palo que podía subir y bajar mediante otra cuerda que pasaba por una horquilla del mástil.

Como timón, utilizamos un largo palo atado a la popa también con una cuerda; su fuerza en el agua nos permitiría gobernar la embarcación.

Finalmente, movimos la barca con sumo cuidado para no desvencijarla, frágil como era, la depositamos en la orilla y admiramos nuestra obra maestra. Además de nosotros, podría haber transportado cómodamente a dos o tres personas más.

Arrio dejó que se llenara de agua, luego la bloqueamos sumergiéndola y colocando unas piedras para que así las tablas la absorbieran tanto por dentro como por fuera; al cabo de unas horas vimos que la estanqueidad empezaba a mejorar. Para completar el trabajo tapamos algunas grietas que quedaban introduciendo más cordeles con los cuchillos.

Al contemplar nuestra perplejidad, Arrio se sintió obligado a añadir:

—Cuando estemos en el mar, uno de nosotros tendrá que arrojar agua continuamente con las manos o con un achicador, si tenemos tiempo de construir uno. Aquí no hay resina ni brea para calafatear, y llevaría demasiado tiempo hacer algo mejor.

Planeamos partir a la mañana siguiente y me acerqué a la duna para mirar el mar y comprobar de dónde venía el viento.

Poco después se me unió Arrio:

—¡Por fin, mañana nos vamos!

—Sí, Arrio, confiemos en poder movernos. Siempre hace buen tiempo y no hace demasiado calor junto al mar. Ahora estamos en agosto, si perdemos la oportunidad tendremos que invernar aquí y ¡no será ninguna broma! El invierno nos mataría, no podemos esperar aguantar tanto. Ahora los cuatro seguimos con buena salud, pero no sé cuánto nos durará. No tenemos ropa, ¡no tenemos nada!

—Lo sé, Quintilio. He intentado apurar el tiempo todo lo posible. No se podía trabajar mejor, ¡sólo tengo el gladio y un par de piedras por herramientas! En cualquier caso, nuestra barca flota, ¡ya lo has visto!

—Sí, flota. Cuando emprendimos nuestro viaje, el tribuno Elpidio sabía muy bien que podía acabar mal, y había elegido a los hombres de tal manera que al menos la mitad de ellos supieran gobernar un barco. La mala suerte quiso que de los cuatro supervivientes no hubiera ninguno de esos, ¡ahora no nos queda otra que aprender!

—Quintilio, es inútil que sea yo quien te recuerde que cuando partimos todos los presagios fueron funestos. Tú estabas allí, viste lo que pasó durante el sacrificio la mañana de la partida. La expedición debería haberse pospuesto, hazme caso. Pero ahora estamos aquí, y el hecho de que hayamos escapado de la matanza significa que los dioses ya nos han hecho pagar nuestra deuda, de lo contrario también habríamos muerto allí, en Cimeria, ¿no crees? Y, además, ¿no había dicho el prefecto Festio que "nosotros dos fuimos elegidos"? ¡Más elegidos que así, imposible! Nuestro destino no cambia: o nos largamos o perecemos aquí de inanición, tú también lo sabes.

XXVII.

La barca aguantaba el agua, de hecho, sólo necesitábamos achicarla cada cierto tiempo, e incluso la vela, extendida en una pequeña parte para ver qué pasaba, parecía darnos algo de empuje. Albergábamos dudas sobre la fragilidad de la madera, y nos desplazábamos con cuidado sabiendo lo fácil que era romper accidentalmente las tablas podridas.

Ninguno de nosotros había gobernado jamás un velero, pero poco a poco nos alejamos media milla de la costa y empezamos a navegar paralelos a la orilla.

Arrio intentó hacer algunos leves giros a estribor y a babor utilizando el palo que hacía las veces de timón, sólo para ver cómo respondía la embarcación: pareció responder, aunque bastante torpemente, sin embargo con un poco de paciencia era posible mantener el rumbo deseado. Comenzamos a desplegar un poco más de vela para tratar de aumentar nuestra mísera velocidad.

Por desgracia, durante una de estas pruebas la barca empezó a curvarse hacia estribor y no pudimos corregir esta querencia con el supuesto timón. Una vez la barca se detuvo por completo con el viento de través, todos caímos por la borda.

En previsión de algo así, habíamos atado nuestras pertenencias a la barca, y yo siempre llevaba mi zurrón de cuero encerado al hombro, bien cerrado, con mi rollo de pergamino y las tintas a buen recaudo.

La barca volcó, pero no se hundió, sólo era de madera y no tenía lastre, y tuvimos que esforzarnos para salir de la maraña de cuerdas. Le oí a Arrio gritando:

—¡Coged a ese idiota de Emilio que no sabe nadar!

Pero Emilio ya había desaparecido.

Nunca volvió a salir a la superficie.

Por mucho que le llamamos y le buscamos sumergiendo la cabeza bajo el agua, no pudimos encontrarle. Comprobamos que no estuviera enredado en las cuerdas que colgaban o en la cuerda del

ancla, que se había ido hasta el fondo. A Emilio se lo habían tragado las olas. No pudimos hacer nada.

Probablemente se había dado en la cabeza al volcar la barca, o había sido incapaz de zafarse del remolino de las olas.

Arrio maldijo a los dioses y golpeó con fuerza sobre las tablas del casco:

—¡No he hecho más que repetirle que se aferrara a la cuerda!

Seguimos buscando un rato más, pero todo fue en vano.

Los dioses del mar nos habían exigido este sacrificio para poder salir vivos.

Tras otra hora de búsqueda en el agua, nos dimos cuenta de que no podíamos hacer nada más. Nos vimos obligados a ponernos manos a la obra para que la embarcación pudiera volver a navegar.

En primer lugar, recuperamos la gran piedra del ancla y la volvimos a colocar en el casco, que aún estaba lleno de agua; después, con las manos, empezamos a achicar. Al cabo de un rato Domicio pudo subir a bordo y emplearse con más rapidez. Poco después, subí yo y finalmente Arrio también lo hizo.

Seguimos buscándole, pero no había ni rastro de Emilio.

No tuvimos más remedio que, compungidos, dirigirnos a tierra firme.

Habíamos avanzado sólo unas pocas millas a un precio tremendo.

Llevamos el casco a descansar sobre la arena. Arrio empleó unas horas en realizar unas pruebas y concluyó:

—La barca es ingobernable. Con un simple palo sólo se pueden controlar pequeños cambios de dirección, pero a la primera ráfaga de viento se va de lado y vuelca. La única solución es construir un timón como los dioses mandan, con una gran superficie sobre la que el agua pueda fluir y mantener su rumbo. Un timón con la forma de los de las naves. Ahora empezaremos a buscar madera y no nos moveremos de aquí hasta que hayamos resuelto este problema.

Habíamos varado al final de aquel larguísimo litoral rectilíneo, a no más de siete u ocho millas de donde habíamos partido. Tras una noche de sombríos pensamientos, durante la cual nos turnamos para vigilar la barca y los alrededores, amaneció y nos pusimos manos a la obra. Recogimos broza y maderos arrastrados por las olas, y

empezamos a elegir los más adecuados para construir el timón. La lección que habíamos recibido y el tremendo precio pagado convencieron a Arrio a armar un timón de cuatro pies de largo.

Sin duda era más grande de lo necesario, pero él lo argumentó:

—Siempre podremos recortarlo, pero no quiero acabar de nuevo en remojo.

Lo fijamos al palo de gobierno y partimos de nuevo por la tarde, con la intención de navegar de noche, a ser posible.

El timón funcionaba correctamente. Ralentizaba la embarcación, pero cumplía su función y era capaz de contrarrestar la tendencia del casco a irse de lado con el viento.

Justo antes de la puesta de sol nos sorprendió una ráfaga de aire un poco más fuerte que las demás y nuestra vela, hecha de débiles paneles trenzados, se vino abajo. Nos lo esperábamos: teníamos cordel de sobra y la reparamos sin mayores contratiempos.

Nos pusimos de nuevo a navegar, y en un momento dado, la tierra a nuestras espaldas desapareció y nos encontramos aislados en el mar Euxino.

Cuando llegó la oscuridad, cada uno de nosotros se quedó solo con sus pensamientos y el gran temor a las profundidades de la noche y la soledad. Nadie quería preguntar a los demás si había espectros en el tenebroso mar, sabiendo muy bien que la respuesta sería afirmativa. Un escalofrío se apoderaba de nosotros con cada ruido que oíamos, o creíamos oír.

Tratamos de animarnos mutuamente con alguna broma estúpida que nunca le habría hecho gracia a nadie. Domicio no dejaba de mirar de reojo por encima del hombro y yo hacía otro tanto.

Para mantener el rumbo y seguir en la dirección correcta tomé algunas estrellas como referencia, aunque sabía que las estrellas se mueven en el cielo según una trayectoria que las hace descender cada vez más hacia poniente. En cuanto una estrella bajaba demasiado, buscaba otra casi en la misma posición, pero un poco más alta en el horizonte.

Un par de horas después de la puesta de sol, en la oscuridad, aunque en el mar nunca está completamente oscuro, llegó una ráfaga de viento y volvió a rompernos la vela. La amainamos. Ahora

la llamábamos "la estera"; hicimos una reparación chapucera a tientas en la oscuridad, sólo para pasar el rato.

La estera se rompió dos veces más y quedó claro que no podíamos continuar así.

Pasamos parte de la noche achicando agua, y parte discutiendo sobre cómo reforzar los paneles de la estera.

Sólo el miedo a la oscuridad y la inmensidad del mar evitaron una furiosa discusión entre nosotros.

Llegamos a la conclusión de que el único sistema viable era hacer una red de cordeles sobre la que se apoyarían los paneles trenzados, y los cordeles soportarían la tensión que las fibras vegetales de la estera por sí solas no podrían.

Mientras esperaba a que amaneciera, hice mentalmente, uno a uno, todos los cálculos necesarios, y llegué a la conclusión de que necesitábamos unos cien pasos de cordel, para lo cual teníamos que tejer trescientos pasos romanos de finas tiras de corteza de sauce.

Básicamente tendríamos que pelar un bosquecillo de sauces, ¡un bosque entero! Me parecía un proyecto irrealizable, pero preferí guardar silencio.

Con la luz del día nos pareció divisar tierra en el horizonte. Entonces quedó claro que las roturas de las velas sólo habían sido un don de los dioses para vencer el miedo al vacío y a los espectros que nos había asaltado en alta mar, donde nos habíamos encontrado solos con las olas a nuestro lado y las estrellas en lo alto, sin rastro de otros humanos, amigos o enemigos que fueran.

Con el sol, pudimos navegar dosificando el esfuerzo en la vela para que no se rompieran ni cabos ni paneles, desplazándonos al final muy lentamente.

Hacia la hora sexta empezamos a notar algunas particularidades en el terreno que teníamos delante, y reconocimos tres velas de embarcaciones que debían de estar en las inmediaciones de un poblado.

Para no correr el riesgo de encuentros indeseados, Arrio se dirigió a un tramo de costa unas millas más adelante de la aldea, y empezamos a sopesar nuestros próximos movimientos.

—Arrio, ya he echado cuentas: reconstruir y reforzar la vela nos llevará no menos de tres días, entre buscar un bosquecillo de sauces, extraer agua, fabricar cuerdas y entrelazarlas en estos paneles. Dentro de tres días nos quedaremos sin comida, y tendremos que volver a cazar conejos silvestres.

—Así que nuestros problemas siguen aumentando, y tampoco es seguro que podamos encontrar lugares en los que abunden piezas de caza —decidió Arrio—. En cambio, yo tengo otra idea: extraemos agua, racionamos la carne seca que nos quede, reparamos la vela lo mejor que podamos y esta noche vamos a robar una barca. Podríamos, sin embargo, considerar si no nos convendría más bien robar una vela.

—Si hacemos la operación y asumimos el riesgo, ¡al menos robemos una barca de verdad! —exclamó Domicio.

—Cierto, se podría hacer —continuó Arrio pensativo—. Pero si les robamos sólo una vela, puede que duden de que se les haya perdido por el oleaje y que aún pueda estar cerca, y empezarán a buscarla. Si, por el contrario, les robamos una barca, saldrán con otras barcas en su busca, ¡y ciertamente saben navegar mejor que nosotros!

—Claro que saben navegar mejor —me entrometí—, y encima tendríamos que hacer desaparecer este pecio nuestro; hundirlo sería lo más conveniente, para no dejar rastro de nuestra presencia. Cualquiera que lo encontrara se daría cuenta de que no fue reparado por los lugareños, ¡basta ver la vela y las cuerdas!

—Es verdad, Quintilio. Es más prudente entonces robar sólo una vela. Y si hay que cortar alguna cuerda para llevársela, hay que cortarla deshilachándola, para que no se den cuenta de que hay un cuchillo de por medio. Además, hay otro detalle: estos son tracios, ¡y si nos atrapan robando sus cosas nos matarán!

—Supongo que sí, pero no habría mucha diferencia: si nos quedamos aquí moriremos de hambre —concluí por mi parte.

Desembarcamos al anochecer. Nos dedicamos a prensar algunos trozos de cuerda en algunas grietas que hacían agua, y luego nos turnamos para dormitar un rato.

Yo había tomado buena nota de la posición de la aldea, que debía de estar a siete u ocho millas; en la oscuridad nos hicimos de nuevo

a la mar con nuestra destartalada embarcación.

Era noche cerrada cuando vimos un par de lucecitas en la orilla, demasiado bajas para ser estrellas, y nos dirigimos hacia ellas, pensando que fueran hogueras o luces de pueblo.

Nuestra embarcación era de color oscuro e incluso la vela de hierbas trenzadas de la marisma era imposible de ver en la oscuridad.

Cuando estuvimos a media milla del poblado empezamos a reducir vela y nos detuvimos en una completa oscuridad a unos trescientos pasos para comprobar si ahí podríamos encontrar lo que necesitábamos.

Desde lejos ofrecía el aspecto de un miserable pueblucho de una decena de chozas, y nos pareció vislumbrar una barca de pesca a pocos pasos de la orilla, anclada a unos pocos pies de profundidad, como acostumbran los pescadores que hacen un uso frecuente de ella.

Avanzamos lentamente un poco más, hasta que estuvimos a unos cien pasos de la orilla, y luego soltamos el ancla, que tocó fondo a más de veinte pies.

Habíamos discutido a conciencia cómo realizar la operación y nos pusimos en marcha con decisión: bajamos al agua con los cuchillos a mano, atados con un cordel de tripa para no correr el riesgo de perderlos y, nadando sin hacer ruido, nos dirigimos hacia la barca de los pescadores, que se balanceaba anclada.

En el pueblo todo estaba en calma, se oían los ladridos inciertos de un perro, que poco después cesaron por completo. Se encendió una lámpara en una ventana, lo que nos ayudó a distinguir las casas y eventuales movimientos sospechosos.

En pocos instantes examinamos y revisamos la vela, envuelta y atada muy apretada, como un rollo de papiro sobre el mástil central y, confiando en que fuera utilizable, cortamos, deshilachándolas, las dos cuerdas que sostenían el poste de madera y la propia vela. Bajamos todo al agua y comenzamos a nadar silenciosamente hacia el mar abierto.

Estábamos preparados para el gran riesgo que corríamos: podríamos tener problemas para volver a encontrar nuestra barca, y

mi corazón latía desbocado, no por el cansancio de nadar sujetando con los dientes una cuerda de vela, sino por el miedo a no hallar la dirección correcta.

Acabábamos de empezar a nadar hacia nuestra embarcación y mar abierto cuando Arrio se puso a nuestro lado para susurrarnos que nos pusiéramos en marcha mientras él se hacía cargo de "otra misión".

Qué tontería podía estar tramando mientras todos corríamos el riesgo de acabar linchados era imposible de imaginar, pero no podía agredirle en semejante situación ni darle un golpe en la cabeza y, furioso de rabia, seguí nadando. ¿Sería posible que en un momento tan delicado se le ocurriera algún disparate?

Seguí nadando con Domicio detrás de mí, que me ayudaba empujando el largo rollo de lona enrollado en su pértiga, y llegué bien mar adentro, donde empecé a buscar nuestra barca.

Ésta no se veía, y no sólo a causa de la oscuridad, sino porque no estaba allí.

Me detuve a consultarlo con Domicio, pero incluso según él la dirección era correcta y debía estar cerca, sólo que no podíamos verla. En ese momento el pánico empezó a apoderarse de mí.

Vi detrás de nosotros el tenue resplandor de la espuma que señalaba la presencia de Arrio, sin el estorbo de la vela, y le llamé en voz baja. En un instante estuvo a mi lado e inmediatamente comprendió el problema.

Nadamos juntos un rato más, sin perder de vista la lámpara del pueblo para comprobar nuestra posición, pero la embarcación no aparecía.

Ahora sí que los tres estábamos asustadísimos. Arrastrábamos con gran esfuerzo la vela robada y además estábamos extenuados; temíamos que la cuerda del ancla se hubiera roto y la barca se hubiera ido a la deriva. O que aquella gran piedra, atada como buenamente habíamos podido con una cuerda de corteza de sauce, se hubiera soltado.

Por el rabillo del ojo, percibí un imperceptible resplandor a unos pasos y miré más de cerca para intentar adentrarme en la oscuridad: era una ola que echaba espuma contra algo, ¡nuestra embarcación!

En un abrir y cerrar de ojos nos acercamos, giramos la proa hacia mar abierto y empezamos a subir uno a la vez y a cargar el botín.

Levamos el ancla y en un abrir y cerrar de ojos, dosificando la fuerza del viento sobre la precaria vela de estera, nos hicimos a la mar. El tenue resplandor del poblado se alejó y desapareció para siempre.

No pude contenerme y le solté a Arrio:

—Pero ¿cómo es posible que se te ocurra largarte justo cuando estamos a punto de meternos en un lío? ¿Qué demonios tenías que hacer que fuera tan urgente?

—Quintilio, ¡se me ha ocurrido de repente! Nuestra barca tiene una especie de tapón, un trozo de madera plantado en los tablones del fondo, que sirve para vaciarla cuando se lleva a tierra. Todos los barcos lo tienen, sirve para drenarlos bien y hacer que la madera dure más. He ido hasta la barca y le he quitado el tapón. Mañana la encontrarán hundida a tres pies de profundidad, sujeta allí por el ancla, y la recuperarán sin esfuerzo. Pero nunca pensarán que alguien ha ido a robarles la vela; creerán que se fue con las olas. ¡No saldrán a buscar a nadie!

Desde luego estaba bien pensado, y me había equivocado al enfadarme con él, pero la tensión era demasiada para un agrimensor que llevaba meses sin comer ni dormir decentemente y que se jugaba la vida a cada momento.

—Y además he encontrado esto —añadió Arrio, y me puso en la mano un objeto que no entendí lo que era hasta que me pinchó la mano.

Era una tablilla de madera con un cordel enrollado y ¡unos anzuelos!

—Arrio, tengo que pedirte disculpas —le dije—, y ¡si salimos de ésta, os invito a ti y a Domicio a una paletilla de cordero asado!

—¡Una para cada uno! —añadió Domicio al instante.

Al amanecer seguíamos ocupados retocando nuestra vela de estera para no tensarla demasiado y evitar que se rompiera. Pero para entonces el poblado estaba a muchas millas de distancia, nadie nos había visto y nadie saldría en nuestra busca.

La nueva vela era del tamaño adecuado, procedía de una barca similar a la nuestra y estaba tejida con buena fibra de lino o cáñamo, como la que también se utilizaba para nuestras embarcaciones. Tenía varios parches y remiendos, pero estaba en excelentes condiciones para cumplir su cometido.

No nos detuvimos de inmediato para hacer la sustitución. Seguimos todo el día ocupándonos de los anzuelos. Domicio fijó trozos de carne seca atándolos con lacitos de tripa, y empezamos a dejar que la cuerda colgara en el agua.

Tomé el relevo a Arrio en el timón, dejando que me explicara cómo tenía que mantenerlo tenso a sotavento para evitar que la barca se pusiera de lado y se balanceara.

Continuamos así hasta la puesta de sol, a la poca velocidad que se nos permitía y que nos iba acercando, imperceptiblemente, a los confines de la república. Uno de nosotros se turnaba para achicar, era una labor de la que nadie podía librarse.

Al anochecer, de repente, Domicio me señaló:

—Quintilio, aquí hay algo que no va bien. ¡Me parece que está entrando más agua que antes! ¡Échame una mano!

Era cierto. Un tablón del casco debía de haberse movido, o alguna esquina podrida se había desprendido.

Arrio se dirigió a tierra firme, con mucho cuidado de no darle al casco ninguna sacudida que sólo hubiera empeorado la situación, y nos apremió:

—Vosotros dos seguid achicando lo mejor que podáis, ¡estaremos en tierra en una hora como mucho!

Bajamos a tierra cuando la oscuridad lo había cubierto todo; estábamos en un tramo de costa desierto, y a estas alturas no podíamos buscar agua ni emprender ninguna reparación.

XXVIII. "Nosotros fuimos elegidos"

—¿A qué distancia crees que estamos, Quintilio? —preguntó Arrio en cuanto conseguimos arrastrar el viejo casco con seguridad hasta la playa de arena.

—Tenemos que cruzar el delta del Ister para volver a las tierras que, aunque no estén completamente bajo el control de Roma, nos permitirán seguramente mayor facilidad de movimiento.

—Sí, pero más concretamente, ¿cuánto nos falta?

—Necesito revisar las notas que escribí cuando pasamos por aquí a la ida. Lo único que puedo hacer es leer la relación en el pergamino de piel de conejo por la mañana, a la luz del día, e intentar sacar alguna información.

Teníamos un poco de agua en un odre y nos las arreglamos con ella. Fue una noche triste, íbamos bien encaminados hacia nuestro objetivo y habíamos resuelto el problema de la vela, pero enseguida había surgido otro.

Nadie habló de la barca. Había que hacer algunas reparaciones y, por supuesto, no teníamos más herramientas que los dos romos gladios.

Dormimos sobre nuestra nueva vela, turnándonos para vigilar y, al amanecer, Domicio y yo fuimos a buscar agua dulce mientras Arrio comenzaba a inspeccionar el casco para encontrar por dónde entraba el agua.

Después de un par de horas, regresamos porque no encontramos ningún río cercano donde pudiéramos cavar un pozo y obtener agua dulce filtrada del suelo.

Arrio había comenzado algunas reparaciones. Lo encontramos presionando cordaje de plantas palustres en las grietas.

—He iniciado una reparación de emergencia, pero se ha desprendido una tabla inferior y no podemos arriesgarnos a continuar. Tenemos que quedarnos al menos un día para repararla.

—¿No podemos navegar? —le pregunté—. Aquí no hemos encontrado agua. Debemos seguir adelante.

—Quintilio, esa tabla está podrida y si se mueve nos iremos a pique. Lo mejor es que nos quedemos un día, le demos la vuelta al casco y veamos si podemos trabajarla como es debido. Si nos hundimos a una milla de la costa, estamos perdidos.

—¿Y si navegamos muy cerca de la orilla? —preguntó Domicio.

—¿Y si os dejáis de palabrerías y me echáis una mano con mi trabajo?

—¡Arrio, hazme caso! Uno de nosotros tiene que ir a buscar agua, no cabe otra. Y no sabemos cuántas millas habrá que recorrer.

—¡Tenemos que movernos y no perder más tiempo! ¡Si nos detenemos en esta costa, nunca saldremos de aquí! ¡No tiene sentido volver sobre este asunto otra vez! ¡Volquemos este cascarón!

Empezamos a dar la vuelta a la barca, pero el casco estaba tan maltrecho que, tras unos siniestros crujidos, temiendo daños irreparables, decidimos mantenerlo en posición vertical bloqueándolo con trozos de madera que encontramos en la playa.

Domicio iría solo a buscar agua.

Discutí brevemente con él, le di muchas recomendaciones, finalmente se puso en marcha y yo me quedé atrás para ayudar a Arrio. Separarnos siempre suponía un riesgo, pero no podíamos actuar de otro modo.

Arrio, evidentemente, no tenía el puñado de clavos necesario para arreglar la tabla que se había desplazado, y necesitaba al menos una docena. Sin embargo, era un buen carpintero y un experto en esos trabajos, y me dijo que se las arreglaría fabricando unas clavijas de madera.

Encendí una pequeña hoguera y la alimenté con la leña seca que se podía recoger cerca de la playa, llevada allí por las tempestades, y Arrio empezó a cortar sus clavijas de madera. En la práctica, afilaba con su gladio pequeños tarugos del tamaño de su dedo meñique.

Cuando una clavija estaba casi terminada, la quemaba a fuego lento en las brasas para endurecer la madera.

Y de este modo consiguió preparar una veintena.

Sacamos un clavo grande de la quilla, un clavo que ya bailaba en su agujero debido a la corrosión del agua salada, y Arrio empezó a horadar los agujeros: retorció el clavo de hierro al rojo vivo sobre las brasas y, mientras aún estaba candente, hizo los orificios para las clavijas, perforando tanto la madera del tablón que se había desplazado como parte de la cuaderna en la que había que fijar el tablón.

Fue un procedimiento largo y complicado, y mientras Arrio resoplaba tratando de hacer los agujeros con el hierro ardiendo, sujetándolo con dos piedras planas, yo seguía azuzando el viento sobre el fuego para que nunca se formara humo que pudiera revelar nuestra presencia.

Seguí calentando al rojo vivo el clavo tan pronto como se enfriaba luego de haber perforando más el agujero y, una vez plantadas a la fuerza las clavijas de madera, cortamos los tallos que sobresalían de la quilla.

Después de aquel trabajo de carpintero, Arrio, intuyendo lo que pasaba por mi mente, me dijo:

—Quintilio, a estas alturas no debe faltar mucho para el Ister, una vez que lo crucemos encontraremos la forma de desplazarnos a caballo, ¡aunque tengamos que robarlos! Y además a mí "me han elegido", no es mi destino poner fin a mi vida entre bárbaros.

Le preocupaba que nos detuviéramos aquí y nos separáramos, algo que habíamos jurado no hacer nunca.

—¡No hará falta que robemos los caballos, Arrio, los compraremos!

Aún llevaba cosidas a la túnica las monedas de oro de Arethi, las que tenían el rostro de Júpiter Propiciatorio.

No resultaría tan fácil cambiarlas, pero de un modo u otro conseguiríamos comprar esos caballos.

Trabajamos todo el día, y en cuanto podía librarme un instante del brasero, corría a subirme a una duna baja esperando ver regresar a Domicio, o algún movimiento sospechoso en tierra o en el mar.

Pasamos mucha sed, pero el hambre, a estas alturas, ya no nos importaba.

Trasteando con el fuego nos quemamos las manos y nos chamuscamos un poco barba y cabello, pero finalmente, a última hora de la tarde, pude ver a Domicio a lo lejos, caminando por el banco de arena. Llevaba consigo nuestros dos pequeños odres llenos de agua turbia, y en cuanto estuvo con nosotros los vaciamos de inmediato.

—Ésta será la última reparación —sentenció Arrio—. Cuando estemos navegando, procurad no zarandear la tabla que acabo de arreglar, ha sido todo un poco precipitado, ¿comprendéis?

En unos instantes volvimos a poner la barca en el agua, atamos las cuerdas de la nueva vela y partimos hacia el mediodía.

Domicio, durante su solitaria exploración, había excavado un pequeño pozo cerca de un riachuelo que vaciaba sus aguas en el mar a pocas millas de distancia; llegamos a él por mar en un par de horas. Tomamos tierra y, aunque ya era de noche, remontamos el arroyo unos cien pasos hasta encontrar el pozo excavado unas horas antes. Nos aprovisionamos de agua y comimos algo de carne seca. En la oscuridad, Arrio buscó a tientas, comprobó un par de grietas en el entablado y los pasadores que acababa de insertar y nos pusimos de nuevo en marcha. Si nos hubiéramos detenido en tierra habríamos tenido que turnarnos haciendo guardia, pero el tiempo era bueno, teníamos la luna para guiarnos y no queríamos quedarnos en aquellos lugares ni un instante más de lo estrictamente necesario. Más nos valía seguir navegando.

La nueva vela mejoró las prestaciones de la barca, haciéndola más manejable y quizá incluso ligeramente más rápida. Ciertamente, nuestro casco no dejaba de ser un viejo cascarón, un montón de leña, pero aquella noche, bajo la bóveda estrellada, no temimos a los espectros del mar Euxino ni a los monstruos que en él nos acechaban.

Durante la noche nos sentimos razonablemente optimistas y hablamos de los problemas que planteaba volver a la civilización.

—Bueno, Quintilio, hemos recorrido un largo camino desde la cárcel Mamertina, ¿eh? —exclamó Arrio, ahora con ganas de bromear.

—Yo diría que algo hemos avanzado desde que estábamos en la celda. ¿Cuánto hace? Ya ni me acuerdo —le contesté.

—¡Hará ya diez meses! ¿Y recuerdas lo bien que se comía allí?

—Pero… ¿Qué estáis diciendo? ¿Habéis estado en la Mamertina? —nos preguntó Domicio, creyendo que le estábamos tomando el pelo.

—Sí, fuimos huéspedes juntos —le respondí—. ¡Menudas comilonas nos dábamos, prácticamente como las de aquí!

—Me estáis tomando el pelo, a mí que soy un pobre y honesto legionario.

—Quintilio, dime otra vez qué conclusiones has sacado estudiando tus mapas —cambió de tema Arrio—. Será mejor que empecemos a echar cuentas.

Estuvimos discutiendo un buen rato, mientras dirigíamos nuestro rumbo con la suave brisa, ayudados por las estrellas y la luna, que nos permitían distinguir a lo lejos la oscura sombra de la tierra firme.

—Partiendo de los confines del reino del Bósforo, para llegar por mar al delta del Ister hay algo más de trescientas millas. Sin embargo, nosotros hicimos algunas de esas millas a pie: veinte, treinta a lo sumo. En total deben quedar unas doscientas setenta millas de navegación. De ellas creo que ya hemos recorrido unas cien, ciento veinte a lo sumo. No dispongo de un mapa preciso del mar Euxino, pero deberíamos haber pasado la desembocadura del río Tyras. Si el tiempo se mantiene, me imagino que estaremos en el Ister dentro de una semana. Hoy he observado que la costa se curva decididamente en dirección al mediodía, y es allí, al final, donde encontraremos el Ister. Lo reconoceremos porque estaremos navegando al menos un par de días frente a una región tan verde como el delta del Po, llena de marismas y aves acuáticas, y las aguas del mar estarán turbias de tierra durante muchas millas.

—Sólo son unos pocos días —parecía reflexionar Arrio—. ¡Pero no podemos equivocarnos bajo ningún concepto!

—Así es. Y no debemos dejar ni rastro de nuestro paso. Somos portadores de terribles noticias, no dudo que habrá sicarios buscándonos para impedir que las conspiraciones de los gobernantes de Cimeria se conozcan en Roma. Intentarán acabar con nosotros antes de que entreguemos nuestro informe al Mando de Thessalonica. Ya he tenido que defenderme de los sicarios en otra ocasión. Sé muy bien lo que se siente. ¡Nos buscarán por los caminos, nos esperarán en los lugares de paso!

—Quintilio, ¡no podemos llegar a Thessalonica en esta bañera!

—No, desde luego que no. Pero tendremos que estudiar cuidadosamente cómo actuar. A lo largo de la Vía Egnatia podrían hacernos desaparecer como traidores, o algo parecido. O simplemente liquidarnos sin ningún tipo de explicación. Me temo que nos toparemos con nuestro querido amigo Servilio, el traidor guía tracio, en algún paso obligado, señalándonos a los sicarios, mientras que nosotros ni siquiera le veremos. Ésta es la situación.

Arrio y Domicio me escucharon meditabundos.

A lo largo de la costa desértica nos detuvimos tres días con el propósito de cazar algún conejo silvestre con nuestras consabidas trampas, porque para entonces ya no nos quedaba nada que comer. Anclamos la barca en los bajos y la camuflamos con ramaje. La pesca en la orilla también fue fructífera, y capturamos una docena de peces de al menos tres libras cada uno.

Comimos algo de pescado y tendimos nuestras trampas con las que fue posible cazar bastantes conejos y ratas de gran tamaño, pero estas las tiramos enseguida. También encontramos raíces de diente de león y conseguimos colmar nuestros vacíos estómagos.

Nos aprovisionamos de agua permaneciendo escondidos y descansando durante el día. La barca se estaba cayendo a pedazos a causa de las sacudidas de las olas, y Arrio estaba todo el tiempo haciendo pequeñas reparaciones, apretando finas tiras de madera de sauce y la consabida cuerda de plantas palustres en las grietas, entre las tablas.

Las reparaciones eran cada vez más difíciles porque nuestras únicas herramientas, dos gladios usados malamente, se habían convertido en pedazos de hierro que ya sólo servían para asar carne sobre las brasas.

Y por fin tuve tiempo de poner al día por completo el diario de la expedición.

Siempre que había podido, había puesto al sol el pergamino de piel de conejo, que había sufrido un poco por la humedad durante el viaje por mar, pero aunque la cubierta de cuero encerado había perdido parte de su impermeabilidad inicial, el manuscrito se había conservado muy bien y la tinta no se había disuelto.

Durante aquellos tres días, comprobando constantemente los datos tanto con Arrio como con Domicio, completé el relato detallado de la masacre y de nuestra huida, con todos los nombres de los presentes y esos detalles que tanto alegran a los oficiales y que nunca podrían inventarse de la nada.

En aquellos días también se había levantado viento en contra y no queríamos arriesgar nuestras vidas haciéndonos de nuevo a la mar. Aquel vendaval duró poco, esperamos a que terminara y volvimos a zarpar llenos de confianza.

Durante el primer día de navegación nos pareció divisar tierra verde y vislumbramos las velas de unos pescadores, de los que nos mantuvimos lo más alejados posible.

Al día siguiente pasamos por una zona donde las aguas del mar Euxino estaban turbias y fangosas, pero no pudimos ver el río de dónde venía todo ese lodo: debía de ser el Ister o uno de sus ramales principales.

Ahora estábamos frente al delta.

Con dos días más de navegación llegaríamos a la ciudad de Tomis.

Creo que eran los primeros días de septiembre.

Reconocimos la ciudad desde lejos, habíamos hecho una breve parada allí en el viaje de ida, en una mugrienta posada. Por aquel entonces aún teníamos caballos.

Había pasado mucho, muchísimo tiempo.

A la sazón, aún éramos treinta hombres. Con nosotros estaban el centurión Octavio y mi colega el agrimensor Calpurnio, el legado Valeriano y el tribuno Valerio Agripa, el hombre de César. Y todos los demás.

No habían pasado ni cuatro meses desde que habíamos salido de Thessalonica. Ahora me parecía como si hubiera pasado un período de tiempo tan largo como la mismísima eternidad, y aunque me acordaba muy bien de algunos de los acontecimientos que habíamos vivido, no lograba recordar muchos de los rasgos de aquellos treinta legionarios que ya no estaban con nosotros.

Me había dado cuenta de ello con cierta desazón mientras trataba de completar las notas de mi informe en el rollo de pergamino. En la primera página había transcrito todos los nombres y tareas de los miembros de la unidad expedicionaria de Cimeria, y ahora me avergonzaba de ni siquiera poder recordar los rostros de varios de ellos. En cambio, el rostro y la mirada orgullosa de Octavio y la voz confiada de Valeriano me acompañarían siempre, al igual que la solemne figura de Agripa y el humilde legionario Emilio, que permanecían incorruptas en mi memoria.

Sólo quedábamos nosotros tres.

Pero ya ni siquiera éramos los mismos de la partida, ahora éramos distintos: sabíamos que podíamos conseguirlo.

Y nadie iba a detenernos: ya habíamos derrotado a la naturaleza adversa que había intentado aplastarnos y obligarnos a una humillante rendición.

Habíamos luchado contra la estepa póntica y el mar Euxino, contra el hambre y la sed, y nos habíamos rebelado contra todas las circunstancias imprevistas que los traidores o el destino nos habían puesto delante.

Y de todos modos, la persecución aún no había terminado, porque los gobernantes del Bósforo nos darían caza en cualquier circunstancia posible para obligarnos a callar para siempre: no estaríamos a salvo más que en el puesto de mando de Thessalonica, tras entregar nuestros testimonios a los oficiales de César.

Y aquí sólo estábamos en las cercanías de Tomis, todavía a muchas millas de distancia de aquel cuartel.

Mirando a mis dos compañeros, no podía dejar de considerar lo miserable y débil que era la unidad a la que el destino le había otorgado la tarea de llevar a cabo semejante misión. Estábamos muy delgados y nuestras rodillas parecían enormes en comparación con la flaqueza de nuestras piernas, e incluso la piel que las cubría, parecía demasiado grande.

Pero también era verdad que quienes pretendían eliminarnos no eran más que hombres, hombres como nosotros, y que ahora estábamos a la vista de tierra firme: por fin tendríamos un suelo

igual de firme bajo nuestros pies, encontraríamos comida y bebida, y recuperaríamos fuerzas para luchar contra ellos.

Habríamos combatido su traición con nuestra astucia e ingenio, propios del Cuerpo de Ingenieros.

Quizás fuera tal y como no hacía más que repetir Arrio, que "nosotros fuimos elegidos", elegidos para esta misión, tal vez fuera yo quien no había comprendido del todo lo que significaba aquello que el prefecto Festio nos había dicho muchos meses antes.

Fuimos elegidos para ser instrumentos del destino.

Me tocaría entregar a los oficiales de César el informe que estaba escrito en el pergamino de piel de conejo, la única prueba de que todos nuestros compañeros no habían muerto inútilmente.

Y gracias a ese pergamino cada uno de ellos sería vengado.

Pero claro, aún quedaban seiscientas millas por recorrer. Una distancia enorme.

Había muchos lugares donde podrían acabar con nosotros: en la carretera, tal vez en algún desfiladero o en un bosque, o en alguna posada de mala muerte. Nadie nos ayudaría.

Nunca debíamos bajar la guardia y la única forma de sobrevivir sería utilizar la astucia y evitar las emboscadas, porque nos superaban en número y no tendríamos esperanza alguna.

A lo largo de nuestra fuga no habíamos cometido ningún error, y nuestra salvación iba a seguir dependiendo de que nunca nos encontraran.

Eso, hasta ahora, lo habíamos conseguido, habíamos sobrevivido y seguiríamos haciéndolo durante las siguientes seiscientas millas.

Y fue precisamente aquel día, al ver blanquear las casas de Tomis en la lejanía, cuando tuve la certeza de que triunfaríamos, de que volvería a ver a Arethi en Thessalonica, y mi amigo Arrio se reuniría con su amada Domitila.

Ése era el plan que los dioses nos tenían reservado, pero en el fondo yo lo sabía desde el principio, porque nosotros dos éramos los elegidos.

NOTA DEL AUTOR

La historia narrada en la novela se inspira en las actividades habituales de los **agrimensores**, o *mensores*, que trabajaban en el arreglo de las tierras de las colonias y en las asignaciones demaniales a los veteranos.

Su trabajo no se limitaba a las tierras baldías, sino que se ocupaban también de realizar la ordenación hidráulica y territorial, la construcción de la red viaria, los levantamientos topográficos y la inscripción de las propiedades en los catastros.

Desde la época republicana, los agrimensores, además de llevar a cabo las tareas de colonización, eran consultados por los magistrados con nombramientos temporales[97].

Los *mensores*, tanto civiles como militares, eran profesionales que gozaban de gran respeto, como consta en numerosos pasajes literarios, entre ellos el de Cicerón, que en la segunda *oratio* de *De lege agraria*[98] incluso especificó que los expertos encargados de definir las parcelas y los límites de las tierras habían de ser ciudadanos con títulos honoríficos, incluso hijos o nietos de caballeros.

Hacia el final de la república y en los primeros años del Imperio, esta profesión se definió con mayor rigor; en la época imperial los agrimensores se convirtieron en funcionarios del Estado ordenados en *collegia*, y se crearon escuelas para su formación.

Se conocen diferentes figuras de mensores: *mensores* militares, *mensores* empleados en los *tabularia* (archivos y registros de la propiedad), *mensores* de las administraciones locales y, por último, *mensores* libres.

En la comitiva de cada legión había agrimensores militares que se encargaban de las centuraciones para las asignaciones a los veteranos y la parcelación de las nuevas provincias, y por tanto

también de la cartografía de las redes viarias y la representación topográfica de las tierras.

Con la expansión militar, creció también la demanda de personal especializado en la construcción, como se desprende, por ejemplo, de una carta de Plinio el Joven a Trajano en la que le solicita un *mensor*, pero el emperador le responde que «*no hay suficientes ni en Roma ni en las provincias*[99]».

Los mensores para llevar a cabo sus operaciones utilizaban instrumentos diseñados para medir líneas, superficies y ángulos tales como la groma, el chorobate y la dioptra[100]; por último, eran expertos en astronomía y en el cálculo necesario para medir áreas.

Está documentado que en aquella época no faltaban medios ni conocimientos para realizar levantamientos topográficos adecuados y elaborar mapas y catastros, no muy distintos de los que se obtenían con los instrumentos analógicos disponibles antes de la llegada de la óptica de alta precisión y la electrónica.

La arqueología experimental ha demostrado que la eficacia de sus herramientas era mucho mayor de lo que se había supuesto para instrumentos tan antiguos[101], incluso teniendo en cuenta que sólo se podían obtener buenos resultados con habilidad y destreza consumadas.

La ingeniería romana de la época de César estaba muy avanzada en la construcción de las calzadas necesarias para el desplazamiento rápido de las legiones, y los mismos conceptos constructivos se extendieron también a los puentes, donde ingenieros, *mensores* y legionarios, trabajando de forma concertada, llevaron a cabo obras que serían difíciles de creer si no estuvieran ampliamente documentadas.

César se enfrentó a la construcción de **dos grandes puentes sobre el Rin** memorables: él mismo los describe en *De Bello Gallico*[102], junto a otros hechos bélicos.

El primer puente se construyó en el año 55 a.C. para llevar a cabo una expedición punitiva contra las tribus germanas de la orilla oriental del Rin. Un segundo puente, también sobre el Rin, se

construyó dos años después, en el 53 a.C., como parte de una operación bélica que requería cruzar el río.

Como es bien sabido, se trataba de empresas demostrativas, ya que el ejército no carecía de las embarcaciones necesarias para cruzar el río. Sin embargo, César no aprobaba que se cruzara el río con barcas porque, en su opinión, 'no estaba a la altura de la dignidad del pueblo romano'.

De hecho, se sirvió de los puentes para demostrar que la supremacía romana, en un momento dado, podría no acabar en el Rin.

A principios del verano del 55 a.C., en tan sólo 10 días, 50 conjuntos de pilones fueron clavados en el lecho del río, probablemente con un martinete montado en una balsa, para sostener un paso de nueve metros de ancho, pavimentado con pilotes y tablones y cubierto de ramiza y tierra para que tuviera la consistencia necesaria para el paso de caballos y carros.

La operación más allá del Rin duró tan sólo 18 días, después de los cuales el puente fue desmantelado, proporcionando una demostración sin precedentes del poder de Roma.

En el año 53 a.C. César repitió la operación para llevar a cabo una expedición punitiva contra algunas tribus germánicas.

De nuevo, el puente se construyó en '*pocos días*', y al final de la operación contra los suevos, suebos, o suebi, César regresó al oeste del Rin: esta vez no destruyó el puente, se limitó a retirar una sección del mismo y a equiparlo con una torre de vigilancia.

Tras la colonización romana de la ribera izquierda del Rin, se construyeron muchos otros puentes fijos, pero esto no ocurrió hasta muchos años después de César. Destacan el de Tiberio (hacia el 30 d.C.), el de Coblenza (49 d.C.) y el de Colonia, construido bajo Constantino después del 310 d.C.

El **reino del Bósforo**, destino de la expedición ficticia narrada en la novela, nació como reino helenístico en las actuales penínsulas de Crimea y Tamán, a lo largo de la costa del actual estrecho de Kerch, donde una población mixta adoptó la lengua griega y su civilización.

Ya en el siglo VII a.C., los griegos habían establecido varias colonias en esta zona, entre ellas Panticapaeum, la actual Kerch, capital de todas las colonias griegas de la zona, y Fanagoria, la segunda ciudad del reino.

Durante muchos siglos, este reino fue testigo de la alternancia de monarcas y luchas por el poder.

Las primeras relaciones con Roma se remontan al siglo I a.C., cuando Mitrídates VI confió el reino del Bósforo a su hijo Macares, quien lo abandonó a los romanos y a Pompeyo.

El propio Pompeyo, en el año 63 a.C. reorganizó el Oriente romano y las alianzas que gravitaban sobre la región, y los posteriores intentos del pequeño reino por recuperar su independencia fueron en vano, intentos que finalmente extinguió Julio César con la batalla de Zela en el año 47 a.C.

Dentro de la órbita de Roma, el Bósforo Cimerio se convirtió en un 'reino cliente', logrando una notable estabilidad durante unos tres siglos, a menudo apoyada por tropas romanas establecidas en sus territorios para contrarrestar los frecuentes intentos de ocupación por parte de las poblaciones circundantes.

El proyecto de César.

Quise imaginar que en los años 40 a.C. hubiera intereses militares en estas regiones lejanas, tanto como para pensar en calzadas aptas para el paso de legiones.

Estos intereses se verían reflejados en los planes de César.

César estaba pensando en una campaña para conquistar Oriente por tierra al estilo de Alejandro Magno. No sólo quería derrotar y someter a los partos, sino también asegurar la frontera septentrional de Macedonia contra los dacios. Su rey había extendido su dominio desde el territorio de la actual Rumanía hacia el sur, hasta el otro lado del Danubio. Quizá César también quisiera conquistar este territorio, pero sobre todo quería expulsar al rey Burebista al interior de sus fronteras. Más tarde se dirigiría hacia Asia Menor contra los partos, y finalmente quería, partiendo del Cáucaso, rodear el Mar Negro. Calculaba tres o cuatro años para todo ello; en el momento de su partida habría tenido cincuenta y cinco años[103].

Y, en efecto, el Dictador, tras su regreso a Roma luego de sus hazañas en Hispania, puso en marcha este plan, tal y como relata Plutarco[104].

Sin embargo, la historia quiso que César fuera asesinado en los idus de marzo del 44 a.C., apenas tres días antes del inicio de la expedición contra los partos, y las 16 legiones ya desplegadas en Apolonia le esperaron en vano.

El gigantesco proyecto de César fue retomado sin éxito unos años más tarde por Marco Antonio y completado en parte por Trajano, responsable de la conquista de la Dacia y de las campañas contra los partos en Mesopotamia muchos años después.

Los mercaderes romanos.

Mucho antes de las legiones y las conquistas militares, las lejanas tierras que más tarde se convertirían en colonias y luego en provincias eran frecuentadas por los mercaderes romanos.

De manera similar a lo que ocurría en cualquier otra parte del mundo, muchas mercancías disponibles a precios bajos en el mercado romano se exportaban a lugares donde eran demandadas, y como resultado, su precio se incrementaba varias veces.

La penetración comercial romana no fue la primera, ya que los mercaderes republicanos le siguieron los pasos a los griegos que les habían precedido, pero llegaron más lejos.

Según las pruebas arqueológicas, se produjo un fuerte aumento del volumen del comercio a larga distancia tanto en el periodo helenístico como a principios del imperio, como demuestra el gran número de pecios hallados tanto en el mar Mediterráneo como en el Ponto Euxino.

La Ruta de la Seda no atravesaba el reino del Bósforo, sin embargo no dejaba de ser un importante puesto de avanzada hacia Oriente, y la facilidad de acceso por mar permitió la penetración primero de las mercancías griegas con la fundación de colonias jónicas y dóricas, y más tarde, pero con menos ímpetu, de las romanas.

Los mercaderes romanos, por su parte, controlaban mejor las tierras al norte de Macedonia, lo que sería Tracia y parte de Mesia,

hasta las orillas del Danubio (el antiguo Ister).

Naturalmente, el comercio se decantaba por los artículos de lujo, cerámica fina, cristalería y orfebrería.

Y allí donde llegaba el comercio, allí estaban los argentarios.

Sus establecimientos aparecían en las plazas, en los templos, en los mercados y a lo largo de las vías consulares.

Algunos seguían a mercaderes y ejércitos a tierras lejanas, otros se enriquecían con la especulación inmobiliaria, prestando dinero a usura o con la compraventa de esclavos.

Para trabajar como argentario era necesario disponer de capital y garantías, prestadas por colegas o amistades influyentes como senadores y caballeros.

De gran importancia en esta profesión era pertenecer a un *collegium*, verdadera organización profesional que en ocasiones garantizaba incluso la solvencia del argentario.

Los argentarios romanos se ocupaban de financiar, cobrando sus intereses, la compra de tierras, la construcción de villas o el suministro de grandes lotes de mercancías, a menudo alimentos, proporcionando a sus colegas, tal vez asentados en lugares lejanos, las garantías necesarias.

Junto a la figura principal del argentario, con las funciones que hoy les atribuimos a los bancos, existían otros profesionales como, por ejemplo, los *nummularii*, verificadores y expertos en el cambio de las distintas monedas, una actividad muy exigente debido a la enorme extensión del imperio en el que la circulación monetaria era heterogénea. También se ocupaban de reconocer la moneda falsa.

***

PERSONAJES

Fausto Quintilio – agrimensor
Hicesio – liberto griego, secretario
Arrio – legionario del Cuerpo de Ingenieros
Domitila – amante del legionario Arrio
Publio Festio – prefecto del Cuerpo de Ingenieros
Annio Elpidio – tribuno
Livio Veranio – tribuno
Regila – nieta del arquitecto Sextilio (Roma)
Nevio Rusonio – tutor de Regila (Roma)
Valeriano – legado, oficial al mando de la expedición
Valerio Agripa – tribuno, embajador
Licinio Nigro – legado, secretario del tribuno Agripa
Octavio Escauro – general (Thessalonica)
Calpurnio – agrimensor
Octavio – centurión
Maximino – centurión
Marcio – *optio*, suboficial
Servilio – legionario, guía tracio
Vedio – exlegionario, guía tracio
Domicio – legionario
Emilio – legionario
Eustratios – mercenario
Arethi – viuda y terrateniente (Thessalonica)
Cleide – sierva de Arethi (Thessalonica)
Diotimo – tutor de Arethi (Thessalonica)
Parmenión – cuñado de Arethi (Thessalonica)
Terencia – curandera (Ravenna)
Pisón – argentario (Ravenna)
Marco Polio – legado (Thessalonica)
Fabritia Secunda – esposa de Marco Polio (Thessalonica)
Duilio Nepio – oficial (Thessalonica/Atenas)
Stratios – un acomodado ciudadano (Thessalonica)
Athanasios – un acomodado ciudadano (Thessalonica)

GLOSARIO DE LUGARES GEOGRÁFICOS

Aegyssus: Tulcea (Rumanía)
Ad Padum: Calendasco (Piacenza)
Apollonia: Pojan (Albania)
Apollonia Pontica: Sozopol (Bulgaria)
Ariminium: Rímini
Borystenes (río): Dniéper (Ucrania)
Bósforo Cimerio : Crimea
Brundisium: Brindisi
Byzantium: Constantinopla, Estambul
Castrum Truentinum: Martinsicuro (Téramo, Abruzos)
Cimeria: (Península de Crimea, Ucrania)
Deultum: Burgas (Bulgaria)
Edessa: Edessa, Voden (Grecia)
Eporedia: Ivrea
Fanagoria: Sennói (Krasnodar, Rusia)
Faesulae: Fiesole
Fidenae: Villa Spada (Roma)
Flaminia Minor (Vía): Vía Flaminia Militar
Forum Cornelii: Imola
Hebrus (río): Evros o Maritsa (Turquía)
Hypanis (río): Juzni Bug (Ucrania)
Histonium: Vasto
Histria (ciudad): Babadag (Rumanía)
Iader: Zadar
Ister (río): Danubio
Lisimathia: Keşan (Turquía)
Olbia Pontica: Mycolaïf (Ucrania)
Placentia: Piacenza (Emilia-Romaña)
Thessalonica: Salónica (Grecia)
Teodosia: Feodosia (Península de Crimea, Ucrania)
Tyras (río): Dniéster
Tomis: Constanza (Rumanía)
Trinius (río): Trigno (Molise, región de Italia)

Volsinii Novi: Bolsena (provincia de Viterbo, Lacio, Italia)
Zela: Zila (Turquía)

UNIDADES DE MEDIDA

Las horas del día en la Roma Republicana

De las 24 a las 3: *tertia vigilia*
De las 3 a las 6: *quarta vigilia*
De las 6 a las 7: *hora prima*
De las 7 a las 8: *hora secunda*
De las 8 a las 9: *hora tertia*
De las 9 a las 10: *hora quarta*
De las 10 a las 11: *hora quinta*
De las 11 a las 12: *hora sexta*
De las 12 a las 13: *hora septima*
De las 13 a las 14: *hora octava*
De las 14 a las 15: *hora nona*
De las 15 a las 16: *hora decima*
De las 16 a las 17: *hora undecima*
De las 17 a las 18: *hora duodecima*
De las 18 a las 21: *prima vigilia*
De las 21 a las 24: *secunda vigilia*

Unidades de longitud

Dedo = 1,85 cm
Palmo = 7,41 cm
Pie = 29,65 cm
Paso = 1,48 m
Milla = 1,48 km

Monedas y su valor en la época republicana

Áureo = 25 denarios
Denario = 4 sestercios
Sestercio = 4 Ases

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Actus: unidad de medida de superficie agrícola que equivale aproximadamente a 6 hectáreas.

Adonias: festividad que celebraba la resurrección de Adonis (25 de marzo).

Ager publicus: territorio no cultivado propiedad del Estado. Se «centuriaba» o se desarrollaba mediante la construcción de vías y la regulación del agua (véase «centuriación»).

Architectus: técnico y constructor del ejército romano al servicio, en ocasiones, del propio César. También podía ser un técnico privado, no necesariamente militar, así como un liberto.

Argentario (*argentarius* en latín): banquero o cambista.

As: moneda con valor de 1/10 de denario o 2,5 sestercios.

Aureum (Áureo): moneda de oro introducida por César en la época republicana tardía (46 a. C.), con un valor igual a 25 denarios.

Banco: oficina de un argentario (banquero) o de un cambista, banco.

Caligae: calzado militar similar a una sandalia, con una suela gruesa de corambre de aproximadamente un par de centímetros de altura y provista de fuertes tachuelas de hierro para mejorar el agarre en terrenos resbaladizos.

Cardo: línea de división agrícola o calle que discurría en dirección norte-sur, enmarcada en un plano urbano ortogonal o que indicaba una delimitación norte-sur en la centuriación.

Centuria: unidad de superficie en la base de la cuadrícula del trazado centurial, que consiste en una parcela cuadrada de 710 m de lado (equivalente a 478 pasos romanos) (superficie aproximada de 50 ha).

Centuria: unidad de la legión romana que agrupaba a ochenta legionarios distribuidos en una decena de *contubernia*. El conjunto de la centuria estaba normalmente bajo el mando de un centurión. Dos centurias formaban un manípulo.

Centuriación: (véase también *limitatio*): obra de saneamiento y de organización agraria de las zonas no cultivadas por la que se construían caminos según retículas estrictamente cuadradas, y canalizaciones para eliminar el exceso de agua, a fin de permitir el paso de la misma para su uso agrícola.

Centurión: oficial al mando de una centuria del Ejército Romano, comparable a un moderno oficial de rango medio.

Ceriales (véase también *Ludi Cereales* o *Cerealia*): Festividad que tenía lugar del 12 al 19 de abril e incluía, además del sacrificio de una cerda a Ceres, procesiones nocturnas entre una multitud festiva que lanzaba nueces y dulces.

Chorobate: instrumento con una tabla de agua que servía para medir los desniveles, similar a un nivel de burbuja.

Codo: unidad de longitud equivalente a unos 44 centímetros.

Collegium: Asociación dotada de un estatuto que regulaba las actividades de los que ejercen la misma profesión.

Collegium de argentarios: asociación o sociedad de banqueros que tenía por objeto el control del ejercicio de la actividad profesional y, en algunos casos, el reparto del riesgo en los préstamos.

Collegium Nautarum: cofradía o sociedad que tenía por objeto el transporte fluvial de mercancías y personas.

Compitalia (o *Ludi Compitalicii*) era una fiesta tradicional celebrada una vez al año, el 3 de enero, en honor de los Lares Compitales (los Lares de los cruces de caminos), divinidades protectoras de la familia y de los cruces de caminos, a los que la gente dedicaba pequeños templos erigidos cerca de donde se cruzaban las carreteras.

Contubernium: pequeña unidad del ejército romano, agrupación de ocho hombres a cargo de un decano.

Damnatio memoriae: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirse a la posteridad.

Decumano: línea de división agraria y/o calle que corría en dirección este-oeste. Se cruzaba en ángulo recto con el cardo (calle que corre en dirección norte-sur) para formar un esquema urbano ortogonal.

Decussis: grabado en forma de cruz sobre pilares o hitos gromáticos que indica una referencia topográfica.

Dedo (*digitus*): unidad de medida de longitud equivalente a 1,85 cm aproximadamente.

Denario: unidad monetaria básica, equivalente a 1/25 de *aureum* (a partir del 46 a.C.) y a 4 sestercios o 10 ases.

Dioptra: instrumento topográfico dotado de un visor móvil acoplado a una escala graduada horizontal y vertical para realizar mediciones angulares, para la obtención de mapas y cartografías a escala.

Fluminis varatio: procedimiento en el que se utiliza la groma para calcular la anchura de los ríos, la extensión de ciénagas y humedales, y la distancia de los barcos que se acercan a los puertos.

Garum: salsa líquida elaborada con vísceras de pescado y pescado salado que los romanos añadían como condimento a muchos platos.

Groma: instrumento de medición característico de los agrimensores que consistía en un soporte en forma de cruz con cinco líneas de plomada montadas en un marco especial en forma de cruz que se utilizaba para realizar alineaciones a la vista, incluso muy grandes, y dibujar ángulos rectos en el terreno.

Honesta missio: licenciamiento de los soldados al final de su servicio militar regular. Se les expedía un diploma grabado en una placa de bronce, se les pagaba una suma de dinero (normalmente de 12.000 a 20.000 sestercios), se les concedía el derecho de ciudadanía, si era un auxiliar, y a contraer un matrimonio legítimo. Los hijos eran ciudadanos romanos a todos los efectos.

Insula: edificio de varias plantas empleado para viviendas, equivalente a los actuales edificios de apartamentos.

Lanista: propietario de la escuela (*ludus gladiatorius*) donde los gladiadores romanos aprendían el arte de la lucha.

Laralia: festividad en honor de los Lares (1 de mayo).

Latrunculi: juego popular parecido a las damas.

Legatus legionis ("legado"): era el título del comandante de una legión.

Legua: unidad de longitud equivalente a 2,22 km aproximadamente.

Lex Roscia: ley aprobada en el 49 a.C. por Julio César por la que se concedía el *Plenum ius* a los ciudadanos de la provincia de la Galia Cisalpina que con la *Lex Pompeia de Transpadanis* habían recibido la ciudadanía latina en el 89 a.C., mientras que con la ley del 49 a.C. se les concedía la plena ciudadanía romana.

Libra romana: unidad de medida de peso que corresponde aproximadamente a 327 gramos.

Librarius Legionis: oficial encargado de las tareas administrativas del ejército.

Limitatio (véase también Centuriación): obras de saneamiento de tierras y organización agraria de zonas no cultivadas. Las carreteras se construían siguiendo cuadrículas estrictas y se construían canalizaciones para eliminar el exceso de agua, de modo que pudieran utilizarse con fines agrícolas.

Limites quintarii: los cardos y decumanos secundarios de la centuriación, de 12 pies romanos de largo, es decir, 3,55 m, paralelos al *cardus maximus* y al

decumanus maximus.

Ludi Cereales (véase Ceriales).

Lupercali: período de fiestas y jarana del calendario romano comparable a nuestros carnavales.

Mamuralia (o *Sacrum Mamurio*): antigua festividad que se celebraba el 15 de marzo. El rito consistía en golpear, ritualmente con unos bastones, a un anciano cubierto de pieles de animales.

Manumissio: documento o declaración verbal con la que el amo declaraba que dejaba libre a su esclavo.

Manumissio per epistulam: carta con la que el amo declaraba a su esclavo emancipado, y que a partir de ese día obtenía la condición de liberto bajo la protección de un *patronus*.

Mansio (pl. *mansiones*): parada oficial en una carretera, gestionada por el gobierno central y puesta a disposición de dignatarios, oficiales o de quienes viajaban por razones de Estado. Los huéspedes se identificaban con documentos similares a un pasaporte.

Milla romana: unidad de longitud, que corresponde a 1.480 metros y a 1.000 pasos romanos.

Mutatio (pl. *mutationes*): estaciones de cambio de caballos situadas a lo largo de las vías consulares a 15-18 millas de distancia.

Numulario (*nummularius* en latín): cambista, persona experta que comprueba que el dinero no sea falso, y ensaya el oro y la plata.

Onza: unidad de peso equivalente a 27,26 gramos aproximadamente.

Optio: lugarteniente del centurión, suboficial.

Palmo: unidad de medida correspondiente a 7,41 centímetros.

Paso romano: unidad de longitud calculada entre dos apoyos del mismo pie (en la práctica corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día); aproximadamente 1,48 m.

Patronus: abogado o persona experta en procedimientos legales.

Pértica: unidad de longitud equivalente a 2,96 m aproximadamente.

Pie: unidad de longitud equivalente a 29,65 cm.

Pilum: tipo particular de jabalina utilizada por el ejército romano en los combates a corta distancia. Normalmente, cada legionario llevaba dos, uno ligero y otro más pesado.

Poplifugium: festividad del calendario romano que se celebraba el 5 de julio.

Praefectus Fabrum: oficial que coordinaba a herreros, carpinteros, constructores de edificios y máquinas de asedio, y gromáticos («agrimensores»).

Pugio: daga que formaba parte del equipo de combate de los legionarios.

Rudis: los gladiadores que habían luchado honorablemente recibían a veces la licencia con la entrega del *rudis*, una espada de madera.

Saturnalia: fiestas durante las cuales se subvertía el orden social: los esclavos podían considerarse temporalmente hombres libres, y como tales podían comportarse; se elegía por sorteo un *princeps*, especie de caricatura de la clase noble a la que se asignaba todo el poder.

Sestercio: moneda con un valor de ¼ de denario.

Stipendium: el *stipendium* anual era la paga que recibía un soldado romano, de cualquier rango, a partir de la época republicana. Constituía la parte principal de los ingresos del soldado, que desde el final de la república comenzó a recibir, además del botín de guerra, un premio en dinero llamado *donativa*. El *stipendium* anual de un legionario era de 225 denarios, y para un centurión hasta cinco veces más.

Subligaculum: banda de tela equivalente a la ropa interior moderna.

Tablinum: Sala principal de la casa, salón.

Tabularium: oficina pública en la que se guardaban los actos públicos relativos a las leyes y a la propiedad, similar a un archivo o registro de la propiedad.

Talento (romano): unidad d peso, equivalente a 100 libras romanas (aproximadamente 32,7 kg).

Termas: uno de los principales lugares de encuentro de la antigua Roma, a partir del siglo II a.C. Casi todo el mundo podía acceder a las termas, incluso los más pobres, ya que en muchos establecimientos la entrada era gratuita o casi gratuita. Las numerosas termas eran un lugar de socialización, relajación y desarrollo de actividades vitales para hombres y mujeres que, en espacios y horarios separados, se bañaban completamente desnudos.

***Tesserarius*:** mensajero, estafeta, el *tesserarius* del ejército romano era el soldado que, en el *castrum*, tenía la tarea de distribuir la tablilla de madera que llevaba inscrita la contraseña para entrar en el fuerte, pero a veces, se ocupaba también de llevar órdenes.

Tribulus (abrojo o miguelito): clavos de cuatro púas que, independientemente de cómo se lancen, siempre dejan al descubierto una afilada púa de cuatro dedos, capaz de incapacitar tanto a un hombre como a un caballo.

Tribuno ("*Tribunus militum*"): oficial del ejército. En la época republicana había seis tribunos por cada legión. La autoridad se otorgaba a dos de ellos y el mando rotaba entre los seis. Los tribunos eran nombrados por el Senado y, para tener este cargo, bastaba con formar parte de la clase senatorial.

Tubilustrium: ceremonia del 23 de mayo con la que se inauguraban las campañas militares. Consistía en el lavado sagrado de las trompetas de guerra.

Valetudinarium: enfermería, hospital.

Via glareata: vía construida con una base de adoquines de varios tamaños y un revestimiento superficial de grava prensada

Vicus: conjunto de casas y terrenos de modesto tamaño.

Yugada: unidad de superficie agrícola equivalente a la superficie de tierra que podría ararse en un día de trabajo con un par de bueyes. Corresponde aproximadamente a un cuarto de hectárea, 2.519 m².

***

Copyright © 2025 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.

Foto de portada: Estatero de oro de Lámpsaco, aproximadamente del 360-340 a.C., con la imagen de Júpiter Lámpsaco con corona de laurel. Foto original de Marie-Lan Nguyen. *Public Domain*.
Foto de portada: paisaje, Foto original de Claudio Rossi.

01.02.2025

---

[1] El año 707 *ab Urbe condita*: el año 47 a.C., en plena guerra civil.
[2] Ivrea (Piamonte, Italia).
[3] El 10 de octubre.
[4] Los *Vigiles*, un cuerpo militar encargado de mantener el orden en la Urbe.
[5] Piacenza.
[6] Goito, cerca de Mantua.
[7] *Latrunculi*: juego popular similar a las damas.
[8] Teserario: mensajero, del latín *tesserarius*.
[9] Popina: del latín *popina*, taberna o local donde se servían comidas y bebidas y se reunían tanto ciudadanos como soldados.
[10] Clavos de cuatro puntas que, se lancen como se lancen, siempre dejan al descubierto un afilado aguijón de cuatro dedos capaz de dejar cojo tanto a un hombre como a un caballo.
[11] Calendasco (Piacenza).
[12] El 12 de noviembre.
[13] Salónica (Grecia).
[14] El Valle de Aosta.
[15] *Limitatio*: subdivisión del territorio en parcelas agrícolas, con construcción de carreteras y regulación del agua.
[16] Escuadra típica utilizada por los agrimensores, consistente en un soporte transversal con cinco líneas de plomada.
[17] Abogado.

[18] *Collegium*: Asociación provista de estatuto que regulaba las actividades de quienes ejercían la misma profesión.
[19] El 29 de noviembre.
[20] Hora sexta. De las 11 a las 12 de la mañana.
[21] El 30 de noviembre.
[22] Hora cuarta: de las 9 a las 10 de la mañana.
[23] Rímini (Italia).
[24] Hora nona: de las 2 a las 3 de la tarde.
[25] Local de la casa utilizado para recibir invitados, sala de estar.
[26] El 1 de noviembre.
[27] Banquero.
[28] Calendasco (Piacenza, Emilia Romaña).
[29] En los años 53 y 55 a.C.
[30] Bolonia.
[31] La Vía Flaminia, o *Flaminia Vetus* (220 a.C.) iba de Roma a Pisaurum (Pésaro) y a Ariminium (Rímini), conectando con la Vía Emilia. La Vía *Flaminia Minor*, o "Militar", atravesaba los Apeninos desde Arretium (Arezzo) hasta Bononia (Bolonia).
[32] Arezzo.
[33] Fiesole.
[34] El 5 de febrero.
[35] La actual Crimea.
[36] La actual Zela (Turquía); batalla del 9 de agosto del año 47 a.C.
[37] Crimea
[38] Harrán (Turquía).
[39] Constantinopla, Estambul.
[40] Río Danubio.
[41] Feodosia (Crimea).
[42] Pie romano: 29,6 cm.
[43] Paso romano: 1,48 metros.
[44] Región correspondiente al área de las actuales Ucrania, Rumanía y sur de Rusia.
[45] Más tarde, a partir del año 30 a.C. Augusta Treverorum, la actual Tréveris.
[46] El 14 de febrero.
[47] Imola.

[48] El calendario de César ("calendario juliano") fue elaborado por el astrónomo egipcio Sosígenes de Alejandría. César regresó de Egipto y lo puso en vigor en Roma, ya que el antiguo calendario estaba ahora tan desfasado con respecto a las estaciones que ya no servía de nada. Para compensar el desajuste, ese año tuvo 445 días ("*Annus confusionis*").
[49] La oficina de un argentario (banquero) o de un cambista.
[50] Zadar (Dalmacia).
[51] Las cuatro de la tarde.
[52] Suboficial encargado de tareas administrativas.
[53] De las tres a las seis de la madrugada.
[54] Adonías: festividad que celebraba la resurrección de Adonis, el 25 de marzo.
[55] Feodosia (Crimea).
[56] El río Trigno (Molise, Italia).
[57] Vasto.
[58] Bríndisi.
[59] Pojan (Albania).
[60] 8 de abril.
[61] La modificación del calendario querida por César (ver nota 45).
[62] Oficina pública en la que se depositaban los actos públicos relativos a las leyes y la propiedad, similar a un catastro o registro de la propiedad.
[63] Sala con piscina para tomar un baño en agua caliente.
[64] Segunda vigilia: de las 9 de la noche a medianoche.
[65] Tira de lino o cuero equivalente a la moderna ropa interior.
[66] *Decussis*: grabado en cruz que indica una referencia topográfica.
[67] Hora séptima: de las 12 del mediodía a la 1.
[68] Entre las 9 de la noche y medianoche.
[69] Oficinas de argentarios (banqueros) o cambistas.
[70] Unidad de superficie equivalente a 2.500 metros cuadrados aproximadamente.
[71] Una centuria: 710 x 710 m = aprox. unas 50 ha.
[72] *Dolabra* (Plural *Dolabrae*): instrumento similar a una azuela que se utilizaba para excavar. Formaba parte del equipo básico del legionario.
[73] 15 de mayo del año 46 a.C.
[74] Pequeña unidad del ejército romano compuesta por ocho hombres encabezados por un decano.
[75] La Anábasis de Jenofonte.

[76] El 18 de mayo.
[77] Keşan (Turquía).
[78] El río Evros o Maritsa (Turquía).
[79] Pértica: medida equivalente a 2,96 m.
[80] Sozopol (Bulgaria).
[81] *Tubilustrium*: ceremonia que se celebraba el 23 de mayo con la que se inauguraban las campañas militares. Consistía en la purificación de las trompetas de guerra sagradas (*tubae*).
[82] El 24 de mayo.
[83] Burgas (Bulgaria).
[84] Salsa de pescado preparada con vísceras fermentadas que los romanos añadían como condimento tanto a primeros como a segundos platos.
[85] Constanza (Rumanía).
[86] Babadag (Rumanía).
[87] Tulcea (Rumanía).
[88] Este procedimiento es similar al utilizado con la *groma* (*fluminis varatio*), y basado en los teoremas de congruencia de triángulos, ya conocidos desde la época de los etruscos.
[89] El 16 de junio.
[90] Río Dniéster (Ucrania).
[91] Río Bug Meridional (Ucrania).
[92] Río Dniéper (Ucrania).
[93] Desde las 9 de la noche hasta medianoche.
[94] El 11 de julio.
[95] Cerca de la orilla oriental del río Dniéper, entre Zelenyvka y Nueva Mayachka se extiende una zona semicircular desértica de dunas de arena, de unos 16 km de diámetro.
[96] El 25 de julio.
[97] M. C. Panerai: *Gli agrimensori romani: tecnici e giudici*, en «Misurare la terra: Centuriazione e coloni nel mondo romano, AA.VV. 1989.
[98] Cicerón, *De lege agraria*, 2.13.32.
[99] Plinio el Joven, *Epistulae*, 10.17-10.18
[100] M. C. Panerai: *Gli agrimensori romani: Studi e competenze; Gli strumenti: un agrimensore a Pompei; Gli strumenti: Vitruvio ed Erone*, en «Misurare la terra: Centuriazione e coloni nel mondo romano, AA.VV. 1989.
[101] J. P. Adam, *Groma et chorobate, exercises de topographie antique*, 1982.

[102] *De bello Gallico*. Libro IV, 17-18.
[103] Christian Meier, Caesar, Wolf Jobst Siedler Verlag GmbH, Berlin, 1982.
[104] Plutarco, Caes., 58, 6-8.